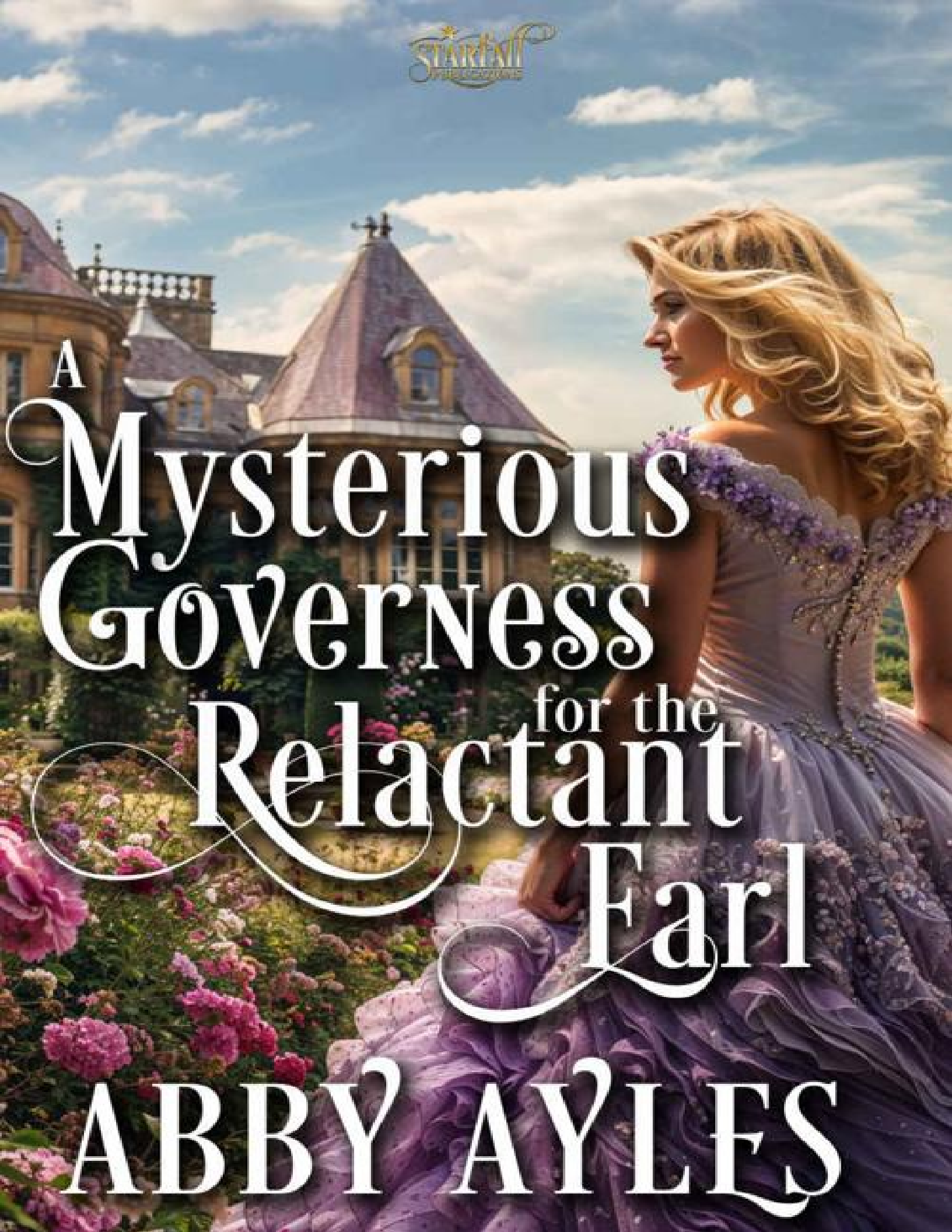

A
Mysterious
Governess
for the
Reluctant
Earl
ABBY AYLES

El Conde y La Enigmática Institutriz

Una Novela Romántica de Regencia

Abby Ayles



Starfall Publications

Copyright © 2024 por Abby Ayles
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los EE. UU. Para solicitudes de permisos, contacte a Starfall Publications info@starfallpublications.com.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.

Contents

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

26. Capítulo 26

27. Capítulo 27

28. Capítulo 28

29. Capítulo 29

30. Capítulo 30

31. Capítulo 31

32. Capítulo 32

33. Capítulo 33

34. Capítulo 34

35. Capítulo 35

36. Capítulo 36

37. Epílogo

Bonus Escena

¡Reunámonos!

Free Book

Also by Abby Ayles

Capítulo 1

—Lord Grimshaw, debe entender que esto es muy poco ortodoxo.

—No puedo imaginar cómo podría serlo —afirmó Sebastian Blackburn, el Conde de Grimshaw, con un resoplido de irritación—. Ciertamente no soy el único que viene a buscar una institutriz a través de ustedes.

—Por supuesto que no, mi lord —respondió el abogado, empujando las gafas sobre su nariz—. Ese es el propósito principal de nuestro establecimiento, por supuesto. Solo quiero decir que pedir que varias institutrices vengan aquí para ser entrevistadas personalmente por usted es muy poco ortodoxo, y posiblemente no sea factible con tan poco tiempo de aviso.

—Bien —dijo Grimshaw, haciendo su mejor esfuerzo por mantener una voz constante—. ¿Cuánto tiempo consideraría suficiente si no puede conseguir candidatas hoy? ¿Le daría suficiente tiempo hasta mañana?

—Una semana sería más razonable, Lord Grimshaw.

—¡Pues no tengo una semana! —exclamó Grimshaw, poniéndose de pie en la habitación.

El abogado se reclinó en su silla en respuesta a la presencia física de Sebastian en la pequeña oficina.

—Es culpa suya que me encuentre aquí. Le pedí que me consiguiera una institutriz y en menos de un año se fuga. Obviamente no puedo confiar en que usted elija una candidata adecuada, así que aquí estoy para hacerlo yo mismo. Este viaje a Londres ya ha sido bastante inconveniente. Quiero terminar con todo este asunto en no más de tres días.

El abogado volvió a mover las gafas sobre su nariz. No le agradaba particularmente ser reprendido en su propia oficina, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Muchas jóvenes tomaban estos trabajos de institutriz solo el tiempo suficiente para verse casadas adecuadamente. Aunque una renuncia en menos de un año era inusualmente rápida, era

común que una institutriz dejara a sus pupilos por el matrimonio.

—Lamento mucho que la señorita Watts dejara su servicio...

—¿Qué tal si le dice a mis dos niñas lo mucho que lo lamenta? En los últimos dos años, han perdido a una madre y ahora a su institutriz. Quizás si no me proporciona candidatas para entrevistar yo mismo, lo llevaré conmigo de vuelta a Brighton Abbey. Entonces podrá mirar a sus ojos de cierva y explicarles por qué no han tenido una figura femenina que las apoye y guíe estos últimos cuatro meses.

—Le aseguro que eso no será necesario, Lord Grimshaw —dijo el abogado, revolviendo papeles en su escritorio—. Estoy seguro de que podré encontrar varias candidatas listas para su aprobación mañana por la mañana.

El abogado se sentía bastante aterrorizado por la presencia imponente del Conde y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para apaciguar al hombre.

Lord Grimshaw asintió en aprobación con un gruñido antes de girarse para recuperar su sombrero de piel de castor y su bastón.

—Entonces llegaré puntualmente mañana a las nueve en punto y espero tener varias opciones para elegir —anunció con una voz menos dura pero aún exigente.

—Por supuesto, Lord Grimshaw. Es nuestra pasión asegurarnos de que todos nuestros clientes estén completamente satisfechos con cualquier empleo que necesiten cubrir —dijo el abogado, poniéndose de pie y recitando el lema de la empresa.

Sebastian salió furioso de la oficina y del edificio hacia las concurridas calles de Londres. Miró en ambas direcciones a las diversas personas que caminaban por la calle antes de ponerse el sombrero.

—¿Necesita un coche, mi lord? —le llamó una vocecita.

Bajó la mirada para inspeccionar los ojos del huérfano sucio que esperaba expectante. Sebastian supuso que esperaba un penique a cambio de su ayuda para conseguir un carruaje de alquiler.

—Está bien, de acuerdo —dijo Sebastian mientras estudiaba al niño.

El rostro del pequeño se iluminó al recibir finalmente una respuesta afirmativa. Sebastian no dudaba que era una de las pocas que había conseguido en toda la semana. El niño apenas era un esqueleto.

A pesar de su desnutrición, se puso su propia gorra andrajosa y corrió hacia la calle enlodada y llena de inmundicia para llamar a un carruaje.

Solo tomó un momento para que el niño llamara al carruaje amarillo tirado por un solo caballo. Sebastian tuvo que admitir que era bastante competente en su trabajo.

Mientras el carruaje se dirigía hacia el lado elevado de la acera para evitar que el Conde ensuciara sus botas de cuero en la calle, el niño abrió la puerta y se quitó la gorra, haciendo una reverencia de respeto.

—Para usted, mi lord —dijo.

Sebastian metió la mano en su bolsillo y sacó una moneda de seis peniques para dársela al niño. Supuso que el chico había extendido su gorra para recibir el dinero, sin esperar que alguien de su clase estuviera dispuesto a ponerlo directamente en una mano tan sucia.

Sin embargo, en lugar de colocar la moneda en la gorra, Sebastian se arrodilló al nivel del niño. Tomando la mano delgada y sucia del niño con la suya enguantada de blanco, colocó la moneda en su palma.

—Odiaría que se cayera por el agujero de tu gorra —dijo Sebastian, señalando la desgastada prenda.

—¡Gracias, mi lord! —El niño estaba tan emocionado por el dinero que apenas podía respirar.

Sebastian revolvió el cabello enmarañado y castaño del niño y le sonrió antes de levantarse y entrar en el carruaje.

—¿A dónde, patrón? —llamó el conductor desde su asiento elevado frente a la caja.

—Grand Hotel, Covent Garden —respondió Sebastian sin fanfarria mientras se acomodaba en el asiento del carruaje.

Estaba sumamente irritado por tener que pasar un día más en Londres, pero parecía que no había nada que hacer al respecto.

Había confiado en un abogado una vez, aunque no estaba del todo seguro si era exactamente ese hombre al que había conocido hoy, como había acusado, para conseguirle una institutriz.

Si había algo que Sebastian Blackburn, Conde de Grimshaw, había aprendido en la vida, era que si quería que algo se hiciera correctamente, tendría que hacerlo él mismo.

A la mañana siguiente, Sebastian entró en la oficina de empleo satisfecho al ver una fila de damas sentadas y esperando pacientemente.

Fácilmente podía tachar a varias de ellas de su lista de candidatas, ya que eran demasiado atractivas a la vista. No iba a permitir que su futura institutriz volviera a llamar la atención de algún caballero local.

Sus niñas ya habían sufrido bastante sin la pérdida de otra figura materna en sus vidas. Se decidiría por una dama que no solo destacara como tutora, sino que también pareciera tan

recatada como para no arriesgarse nunca a marcharse de nuevo.

Sebastian fue conducido al mismo despacho del procurador. Este habló con cierto nerviosismo mientras revolvía sus papeles y hacía espacio para el conde en el escritorio.

—Tengo una lista de todas las damas cualificadas. Todas necesitan empleo y pueden viajar tan lejos como sea necesario. Les he asegurado a todas que este puesto de institutriz no es temporal y que se requiere dedicación.

Sebastian asintió en señal de aprobación. Era consciente de que podía parecer un hombre bastante severo, así que intentó suavizar su expresión. No era fácil cuando ya estaba de tan mal humor. Nunca le gustaba viajar a Londres. Había demasiada gente.

—Por favor, haga pasar a la primera —dijo Sebastian, tomando asiento en la silla del procurador detrás del escritorio.

El hombre solo dudó un momento antes de asentir y salir de la habitación. Unos segundos después regresó con una dama. Era una de las señoritas sentadas que había descartado de inmediato por ser demasiado hermosa para el puesto.

—Gracias, estoy seguro de que es muy hábil —dijo Sebastian antes de que la mujer entrara completamente en la habitación—, pero busco algo diferente en una institutriz. Buenos días.

Mantuvo sus gruesos brazos sobre la mesa con los dedos entrelazados. Ella miró con asombro al conde y al procurador antes de que este último finalmente la sacara de la habitación y regresara con otra.

—Esto servirá, por favor tome asiento, señorita... —dijo Sebastian, tomando el control de la sala como era su costumbre.

—Señorita Mary Prescott, señor —dijo ella mientras tomaba asiento.

Sebastian pasó las siguientes horas entrevistando a una señorita tras otra. Algunas, como la primera, fueron descartadas de inmediato. A otras se les dio la oportunidad de responder algunas preguntas, pero rápidamente se les encontraron defectos.

Sebastian estaba empezando a perder la esperanza cuando la señorita Hannah Jacobson entró en la habitación. La examinó, encontrando sus rasgos muy satisfactorios para sus necesidades.

Su vestido claramente indicaba que pertenecía a una clase social inferior. No solo era extremadamente sencillo y no seguía la moda que había visto últimamente, sino que también estaba alterado en los bordes. Apenas podía distinguir su rostro entre la gran cofia blanca que le cubría completamente la cabeza y las gafas de aro ancho que ocultaban el resto de su cara.

—Señorita Hannah Jacobson —dijo el procurador antes de salir de la habitación.

Ella tomó asiento y, pasando su información al conde, mantuvo la mirada fija en las manos pulcramente dobladas sobre su regazo. Sebastian apartó los ojos de su curiosa figura para mirar el folleto que tenía delante.

Su vestido parecía tener más sentido cuando leyó que su educación había sido en la Escuela Preparatoria Hendrick para Señoritas. Conocía la institución. Aunque producía educadoras satisfactorias, era una opción frecuente para quienes no podían permitirse algo mejor.

—Necesito una dama que pueda enseñar a mis dos hijas pequeñas tanto las lecciones educativas apropiadas para su edad como la etiqueta que necesitarán en preparación para sus vidas adultas. ¿Confío en que su educación en la Preparatoria Hendrick fue satisfactoria?

—Sí, Lord Grimshaw.

—Y si se le ofreciera el puesto, ¿cuándo podría llegar a la Abadía de Brighton? Por supuesto, yo pagaría su transporte —añadió con un gesto de la mano.

—Podría partir tan pronto como sea necesario, o tan pronto como le resulte conveniente —respondió ella con la cabeza aún baja.

No le gustaba mucho lo apagada y taciturna que parecía. Se preguntó cómo se llevaría con sus niñas, que a menudo eran revoltosas y salvajes. Aunque, por otro lado, pensó que quizás su comportamiento podría influir en ellas.

—Veo aquí que Hendrick la colocó primero con el Barón Edgley. Veo que pasó casi un año allí, pero no veo ninguna referencia.

—Eso es correcto —dijo ella, mirándolo a los ojos por primera vez desde que entró en la habitación.

—¿Podría por casualidad decirme por qué terminó su puesto con el barón y quizás por qué no hay referencia? —dijo Sebastian, un poco más severamente de lo que pretendía.

Estaba frustrado, no con la señorita, sino con el hecho de que esta era otra bandera roja contra otra institutriz no cualificada.

—¿Tal vez conoce al barón? —replicó Hannah, aún sin estar lista para responder a la pregunta.

—No.

—Oh, bueno, mi pupilo era su hijo, Joseph. Enfermó repentinamente y después de varios meses sin recuperarse, pensaron que era mejor despedirme. Tanto el Barón como la Baronesa Edgley estaban muy preocupados por Joseph, y no me pareció apropiado pedir una referencia en ese momento.

—¿Por qué no le proporcionaron una al despedirla?

—Supongo que fue por el estrés que estaban pasando. Creo que el Barón lo olvidó; tenía tantas cosas en mente, ¿sabe?

Sebastian reflexionó sobre esto y consideró que era una razón aceptable para no dar una referencia. Hannah Jacobson no parecía el tipo de chica que fracasaría en su trabajo como educadora si sus calificaciones escolares eran un indicio.

—Bien —dijo el conde, poniéndose de pie. La señorita Jacobson hizo lo mismo—. He visto todo lo que creo que necesito ver. Está contratada. Organizaré un coche para recogerla a usted y sus pertenencias a primera hora de mañana por la mañana.

—¿Mañana por la mañana? —dijo Hannah, sorprendida no solo de conseguir el trabajo con un historial laboral tan dudoso y una explicación sospechosa del mismo, sino también de empezar de inmediato.

—Dijo que estaba disponible, ¿no es así?

—Sí, sí, por supuesto. Estaré encantada de empezar tan pronto como desee. Solo me sorprendió, eso es todo —añadió con una tímida sonrisa.

Bajó la mirada del conde, sin duda para ocultar un rubor detrás de los grandes volantes de su cofia. Más tarde ese día, no pudo evitar preguntarse si lo que también había visto junto con el rubor en sus mejillas eran en realidad hoyuelos.

Capítulo 2

Hannah tomó una profunda bocanada de aire antes de abandonar el pequeño piso de alquiler que había sido su hogar durante los últimos seis meses. No podía evitar sentirse ansiosa por el nuevo empleo y uno fuera de Londres.

Hannah se había repetido numerosas veces que sería mejor conseguir un puesto fuera de la ciudad en la que había nacido. Necesitaba alejarse lo suficiente para que la reputación que el barón Edgley estaba difundiendo no la alcanzara.

Cogió su pequeña maleta y cerró la puerta con llave. Más que nada, necesitaba desesperadamente los ingresos que esta oportunidad le proporcionaría. Había aprendido a vivir con frugalidad desde muy joven, pero aun así no la había preparado para el período de seis meses sin trabajo.

Por supuesto, siempre podría haber acudido a sus tíos y pedirles ayuda si realmente lo necesitaba. Sin embargo, era algo que no consideraría a menos que estuviera al borde de la muerte.

Ellos pensaban que estaban siendo amables cuando la enviaron a la Escuela Preparatoria Hendrick. Había aliviado a sus propios padres de al menos uno de los siete hijos en ese momento. Ahora la prole de su madre se jactaba de tener doce hijos. Sus tíos estaban satisfechos con su deber caritativo de enviarla a ella, la mayor, a recibir una educación adecuada y la promesa de empleo después.

Hannah comenzó su educación a los once años. Desde ese momento, cada deseo consciente para ella, y para todas las demás niñas de esa escuela, era simplemente ser liberadas al cumplir los dieciocho años.

A diferencia de tantas que murieron de desnutrición o enfermedad en los estrechos aposentos de la escuela mal calefaccionada, Hannah había llegado a su decimoctavo año. Fue rápidamente

sacada de la escuela y colocada en la casa del barón.

Cómo algo tan horrible como esa escuela podría haberle proporcionado un puesto aún más horripilante era algo que Hannah nunca entendería. Claramente se preocupaban poco por los hogares a los que enviaban a sus pupilas.

Hannah solo podía esperar que su nueva posición fuera una mejora respecto a la última, y que pudiera nuevamente enviar dinero a su familia que lo necesitaba tan desesperadamente.

Observó el campo pasar por la ventana del carruaje público. Estaba feliz de estar dentro del compartimento en lugar de sentarse afuera con los equipajes como habían hecho otros dos hombres por la tarifa más barata.

En el carruaje, estaba apretujada contra la ventana para evitar todo contacto con el caballero que tenía al lado. Habría preferido no estar aplastada en un vehículo con otros cinco cuerpos, de los cuales solo uno era otra mujer, durante todo el trayecto.

Sin embargo, no podía tener opinión al respecto, ya que había sido su empleador quien había hecho los arreglos.

Hannah pensó en el conde de Grimshaw mientras el atardecer comenzaba a caer sobre su viaje de un día. Se preguntó qué tipo de hombre sería. Había parecido bastante feroz en su único encuentro. Era una figura tan imponente que incluso el abogado parecía encogerse ante él.

Lord Grimshaw le recordaba bastante a los maestros de su pasado. Rápidos para golpear la mano y lentos para mostrar cualquier tipo de amabilidad. Parecía una idea insufrible ir a una casa que se asemejaba tanto a su crianza infantil.

No tenía elección en el asunto. Había agotado todas sus reservas y ya había sido rechazada para seis puestos diferentes en Londres, ya sea por falta de referencias o peor aún, por referencias de boca en boca del propio barón.

En ese momento, mientras estaba perdida en sus pensamientos, el caballero que se había quedado dormido a su lado comenzó a inclinarse en su dirección. Hannah se puso rígida cuando su brazo entró en contacto con el de ella.

Hannah hizo todo lo posible por inclinarse más hacia la ventana. Incluso el mero contacto inocente de un hombre dormido era suficiente para hacerla desear gritar de miedo.

Su nariz ya estaba congelada por la fría brisa que soplaba en el oscurecido mundo exterior. No le importaba si su nariz se le caía por el frío; se mantendría fuera del carruaje todo el tiempo necesario hasta que el hombre se enderezara de nuevo.

Finalmente, justo después de la medianoche, el coche se detuvo en las puertas de Brighton Abbey. Afortunadamente, antes de eso, su compañero caballero se había despertado y ya se

había bajado en una parada anterior.

Incluso con el espacio adicional en el carruaje, cuando llegó su turno de desmontar, no pudo evitar soltar un suspiro de alivio. Agradeció al hombre que le bajó el baúl y comenzó a caminar a través de las puertas hacia su nuevo hogar.

No podía ver mucho en la oscuridad. Afortunadamente, algunas luces aún estaban encendidas en las ventanas guiando su camino. Justo cuando llegó al frente de la casa, una mujer apareció doblando la esquina.

Hannah suspiró aliviada al ver que no tendría que sentarse afuera y esperar a que la casa despertara para que la dejaran entrar. Sonrió agradecida a la mujer y la siguió hacia el lado de la casa donde estaba la entrada de servicio.

Dentro, pudo ver a la señora con mayor claridad. Sin duda estaba en sus cincuenta y tantos años y cubría su cabeza con una gran cofia de encaje como Hannah, aunque Hannah estaba segura de que por una razón completamente diferente.

—Soy la señora Brennon, el ama de llaves —dijo mientras se limpiaba la nariz contra el frío—. Entra rápido, niña, y caliéntate. Insistí en que David mantuviera el fuego encendido hasta tu llegada.

—Gracias, señora Brennon. Fue muy amable de su parte —respondió Hannah, agradecida por el calor.

—Ven y siéntate, y haré que te traigan té y sándwiches.

—Por favor, no se moleste tanto por mi cuenta. Si pudiera mostrarme mis aposentos, no la mantendré despierta por más tiempo.

—Tonterías, a mi edad una no duerme mucho de todos modos —dijo la señora Brennon mientras se acomodaba en una silla frente a una cálida chimenea.

Hannah no podría haber estado más agradecida por la ligera comida y la bebida caliente que trajo una de las criadas. Se hizo una nota mental para devolver la amabilidad en una fecha posterior.

—Ahora —dijo la señora Brennon después de terminar su té—, Lord Grimshaw te verá mañana en la sala de la mañana después del desayuno. A las nueve en punto, ¿me oyes? —advirtió con un dedo amenazador—. No le gusta que lo hagan esperar.

—Sí, señora.

—El conde quiere darte personalmente los detalles de tus deberes y los parámetros de tu estancia en Brighton Abbey. Después de esto, te llevaré a ver a tus nuevos alumnos y te haré un breve recorrido por la casa. No te serviría de nada verla ahora.

—¿Cómo encontraré el camino a la sala de la mañana? —preguntó Hannah.

Había visto muy poco de la propiedad en la oscuridad, pero lo que vio era bastante imponente. Estaba segura de que era fácil perderse en sus extensos pasillos.

—Mary te traerá el desayuno por la mañana, ella podrá ayudarte a llegar.

—Gracias, señora Brennon. Esta es una bienvenida mucho mejor de lo que jamás podría haber deseado —dijo Hannah, agradecida desde lo más profundo de su corazón.

A la mañana siguiente, Hannah se despertó temprano en la intimidad de su propia habitación. Era algo que nunca había experimentado antes en toda su vida. Ya fuera compartiendo cama con sus hermanos, en los enormes dormitorios de su escuela o en las dependencias de los sirvientes de la casa londinense del barón, siempre había tenido al menos un acompañante en su habitación.

Todo le pareció muy tranquilo mientras se levantaba de la cama y se vestía para el día. Lo primero que hizo, incluso antes de que la doncella pudiera entrar, fue volver a ponerse la cofia y las gruesas gafas que no servían para nada más que para ocultar su rostro.

Cuando terminó, oyó un suave golpe en la puerta. Hannah se envolvió en su chal antes de entreabrirla. Al ver que, efectivamente, era la doncella con su desayuno, abrió la puerta de par en par para dejarla entrar.

—Soy Mary —dijo alegremente mientras dejaba la bandeja—. Usted debe de ser la señorita Jacobson.

—Llámame Hannah, por favor —dijo Hannah mientras la doncella se giraba para examinarla.

Mary soltó una risita.

—Nunca he visto a alguien tan joven llevar una cofia. ¿Y por qué la llevas puesta antes de vestirte? —preguntó, señalando el camisón que Hannah aún llevaba puesto.

—Es que tenía un poco de frío esta mañana —se excusó Hannah.

—Bueno, enseguida te subiré el agua caliente. ¿Puedes encender el fuego o necesitas ayuda?

Hannah miró hacia la pequeña repisa de la chimenea con las cenizas del fuego que había brillado a su llegada la noche anterior.

Junto al hogar había una cesta llena de más leña y pequeños trozos para encender el fuego. Hannah apenas podía contener su alegría. Tener un fuego para calentarse era un acontecimiento muy apreciado.

—Puedo arreglármelas sola. Acabo de despertarme. ¿Hay algún cubo donde pueda barrer las cenizas?

—No digas tonterías —dijo Mary, descartando la idea con otra risa—, la camarera vendrá y se ocupará de todo eso.

Hannah no estaba acostumbrada a que le llevaran el desayuno ni a que las doncellas limpiaran por ella. Incluso en la casa del barón, no se podían permitir tales lujos y se esperaba que Hannah se ocupara de sus propias necesidades y comiera con el resto del personal.

—No quiero dar trabajo a los demás —dijo Hannah.

Después de todo, era algo que le habían inculcado, literalmente a golpes, mientras crecía. Cada persona en este mundo tenía un propósito ordenado por Dios. Para las señoritas de Hendrick's Prep, era servir a los demás, no ser atendidas.

—No es más trabajo del que estamos acostumbrados. Esta es una casa grande. Se necesita un gran personal para mantenerla. Verás que estamos más que suficientemente preparados para atender tu comodidad. De esa manera, podrás concentrar toda tu energía en Lady Caroline y Lady Rebecca. Al menos eso es lo que desea el conde.

—Bueno, si son las instrucciones de Lord Grimshaw, no interferiré —dijo Hannah con cierta reticencia.

Mary le dedicó una última sonrisa de bienvenida antes de salir de la habitación y continuar con el resto de sus tareas.

Para cuando Hannah terminó de encender el fuego, Mary ya había vuelto para traerle la palangana de agua caliente prometida.

—Gracias —fue todo lo que Hannah pudo decir antes de que Mary se fuera de nuevo.

La casa podía estar completamente atendida, pero también era un lugar muy ajetreado. Hannah se asomó a su habitación y vio el bullicio de varios otros sirvientes realizando sus tareas diarias.

De vuelta en su habitación privada, Hannah se lavó, sintiéndose muy refrescada después de un viaje tan largo, y se vistió con su sencillo vestido de muselina gris. Se envolvió el cuello con su fichú de algodón, lo suficientemente largo como para meterlo por el corpiño y hacer las veces de delantal sobre la falda.

Hizo todo lo posible por alisar las arrugas tanto del fichú de algodón como del vestido que se habían producido durante el tiempo que habían estado en su baúl.

Sintiéndose por fin completamente arreglada, Hannah se sentó a tomar su desayuno. Se alegró de ver una humeante tetera, tostadas y mermelada fresca.

Se sentía bastante mimada mientras comía su tostada y observaba lo que la rodeaba. Además de su cama, había un armario para guardar sus prendas, una mesita y un espejo. Además, tenía su mesa de desayuno y una silla, y un mirador con grandes ventanales.

Después de terminar el desayuno, se acercó a la ventana para hacerse una mejor idea de los terrenos que la rodeaban.

A Hannah se le cortó la respiración cuando miró por la ventana y vio el exuberante bosque verde que se extendía más allá de los cuidados jardines de Brighton Abbey.

Ahora estaba segura de que entendía por qué se llamaba así. El sol parecía tocar la copa de cada árbol, extendiéndose por la vasta variedad de vegetación que rodeaba la casa.

Hannah nunca había visto tanto verde junto en toda su vida. Era una visión de lo más encantadora. Alargó la mano y abrió una de las ventanas, dejando entrar el aire fresco.

Estaba segura de que incluso el aire olía mejor que en Londres. Cerró los ojos por un momento mientras se empapaba de todos los olores y sonidos que parecían envolverla.

Finalmente, al echar un vistazo al reloj de su cintura, se sobresaltó y salió de su relajante meditación. Eran las nueve menos cuarto.

El pánico se apoderó de ella al darse cuenta de que tenía quince minutos para llegar a la sala de estar. Lo peor de todo es que se había olvidado de preguntarle a Mary cómo llegar allí.

Si sus primeras impresiones del conde, por no mencionar las advertencias del ama de llaves la noche anterior, eran un indicio, Hannah tenía la sensación de que no se tomaría a la ligera su tardía aparición.

Capítulo 3

—Disculpe —dijo Hannah a un caballero que por fortuna se encontraba en el pasillo que estaba registrando—. ¿Sería tan amable de indicarme dónde está el salón de la mañana?

Reconoció al lacayo como el que había avivado el fuego la noche anterior. Él le dedicó una amplia sonrisa dentuda mientras la observaba.

—Así que usted es la nueva institutriz, ¿no es así?

—Sí, y lamento ser descortés, pero llego un poco tarde a una reunión con el conde. Si pudiera indicarme rápidamente la habitación correcta, le estaría muy agradecida.

Él la examinó de nuevo. Hannah no podría haber estado más agradecida por su apariencia sencilla mientras sus ojos la recorrían. Finalmente, decidió que no era de su interés, para gran alivio de ella.

—Bueno, para empezar va en la dirección equivocada —dijo, sin encontrar mucho atractivo en su aspecto—. Luego gire a la derecha en la escalera principal, y lo encontrará dos puertas más allá en el ala este.

Hannah miró en la dirección que le indicaba e hizo todo lo posible por recordar sus palabras. Asintió en señal de agradecimiento antes de apresurarse de vuelta por donde había venido.

Por suerte, encontró la habitación justo cuando el reloj sujeto a su cintura marcaba la hora. Suspiró aliviada mientras llamaba puntualmente a la puerta.

—Adelante —llamó una voz profunda y autoritaria desde el interior.

Hannah abrió la puerta, alzó la barbilla a una altura adecuada y entró en la habitación.

Encontró al conde sentado detrás de un pequeño escritorio situado en una esquina de la sala. Era una habitación exquisitamente hermosa con papel tapiz dorado y sofás florales orientados hacia unos grandes ventanales al este. No era de extrañar que se llamara el salón de la mañana, pues la luz del sol naciente aportaba calidez a cada rincón.

—Por favor, tome asiento —indicó el conde desde detrás de su escritorio mientras continuaba con su trabajo.

Hannah dudó por un momento. No había otro lugar para sentarse más que en los sofás frente a la ventana delante de él. No parecía apropiado darle la espalda, ya que su escritorio estaba detrás de los sofás.

—Señorita Jacobson, ¿hay alguna razón por la que no se sienta? —preguntó con cierta impaciencia mientras dejaba la pluma por un momento para estudiarla.

—Es solo que —Hannah vaciló—, me pregunto si sería apropiado sentarme cuando los únicos asientos disponibles me dejan de espaldas a usted.

—Si fuera tan amable de tomar asiento, señorita Jacobson, me uniré a usted en breve. Solo estoy terminando algunos asuntos.

Hannah no creía que su tono cortante fuera necesario. No obstante, se sentó y disfrutó de la vista por la ventana lo mejor que pudo con el sonido de su rápida escritura rayando el pergamino detrás de ella.

Finalmente, el conde terminó su nota y la selló para su envío. Una vez hecho esto, se levantó de su asiento y vino a sentarse frente a ella en un sofá opuesto.

—Le pido disculpas por la demora —dijo mientras intentaba calmar sus propios nervios—. ¿Se ha instalado bien en sus nuevos aposentos?

—Sí, gracias, Lord Grimshaw. Son más de lo que esperaba.

—Bien. Ahora pasemos al asunto de las expectativas para la educación de las niñas y su papel en la casa.

—Por supuesto —dijo Hannah expectante.

—Mis hijas tienen siete y cinco años. Estoy seguro de que será más que adecuada para asegurarse de que continúen con su educación académica, ¿no es así?

—Sí.

—Le pediría que la mitad del día se dedique al aprendizaje académico y la otra mitad a la formación como señoritas adecuadas. Puede organizar el día como desee siempre que se cumplan ambos estándares.

—Estaré encantada de impartir los conocimientos que considere necesarios.

—Me alegra oír eso —dijo Sebastian, aliviado de ver que la recatada dama era toda profesionalidad, al igual que él.

—Ahora, hay algunas reglas en las que debo insistir que siga mientras esté aquí en Brighton Abbey. Le aseguro que hay un propósito importante para todas ellas y le pediría que las cumpla

estrictamente.

—Regla número uno, le pediría que no vaya al pueblo local a menos que yo mismo la lleve.

La mandíbula de Hannah se abrió de golpe.

—Pero, señor, no estoy segura de entender el significado de tal regla. Seguramente si voy acompañada de otros miembros del personal sería suficiente para verme segura de ida y vuelta. ¿Qué otro propósito podría tener para insistir en que vaya solo en su presencia?

—Por favor, le aseguro que es por una buena razón. Quizás pueda asignar a otra persona que considere apropiada para la tarea, pero por ahora no es así. Iremos al pueblo cada domingo, y luego una vez más a la semana en la tarde que usted elija. Por favor, avíseme qué día sería mejor lo antes posible para que pueda hacer mis propios preparativos para estar disponible en ese momento.

Hannah estaba completamente sorprendida por su exigencia y por la forma en que la transmitía. No había duda en su mente de que esto era completamente incorrecto.

—La segunda regla está relacionada con la primera. Le pediría que cada domingo asista a los servicios con nosotros en nuestro banco familiar para vigilar a las niñas.

Hannah se ponía cada vez más nerviosa con cada regla que anunciaba. ¿Insistiría en que estuviera en su presencia en todo momento? A pesar de su temor, simplemente asintió en señal de reconocimiento.

—Tercero, como estoy solo en la casa con las niñas la mayor parte del tiempo, les permito que me acompañen en las cenas. Le pediría que también asista a la cena.

—Por último —continuó sin esperar su respuesta—, mientras esté aquí bajo mi empleo, debo insistir en que no se relacione con ningún miembro del sexo opuesto en el pueblo o entre el personal, a menos que yo lo apruebe.

—¿Relacionarse? ¿Sexo opuesto? No estoy segura de lo que está insinuando, Lord Grimshaw —dijo Hannah, habiendo escuchado ya demasiado—, pero soy una dama respetable.

—No estoy insinuando nada, señorita Jacobson. Estoy seguro de que lo es, y nunca sugeriría lo contrario. Simplemente le estoy informando de estas reglas por el bien de mis hijos.

—¿Cómo podría eso beneficiar a sus hijas?

—Me temo que tendrá que confiar en mí en esto —dijo el Conde de Grimshaw con un rostro estoico que no revelaba nada.

Hannah no estaba segura de si se sentía más conmocionada, herida o insultada después de su reunión con el Conde de Grimshaw. ¿Cómo podía haberle pedido tales cosas con sensatez?

Había esperado que esta vez pudiera dejar su empleo con una recomendación prometedora. ¿Cómo podría ser ese el caso cuando no podía aceptar tales reglas?

Por supuesto, entendía la necesidad de educar a las niñas tanto en su formación como en su preparación para sus vidas como señoritas apropiadas. Tampoco le importaba la idea de atenderlas en la iglesia y durante la cena, aunque fuera poco ortodoxo.

Sin embargo, se sintió enormemente insultada al que le dijeran que solo se le permitía salir de la casa en su presencia. ¡Cómo se atrevía el conde a insinuar que tendría interacciones inapropiadas con los miembros del personal masculino y, por lo tanto, prohibir cualquier interacción en absoluto!

Era la misma presencia físicamente exigente de su último empleador. Una y otra vez, Hannah se había dicho a sí misma que el barón era solo una anomalía y que su próxima situación sería mucho mejor. Empezaba a cuestionar ese sabio consejo que se daba a sí misma.

De pie frente a la puerta del aula, se alisó el delantal y tomó un respiro para calmarse. Llamó primero antes de que la invitaran a entrar.

—Buenos días, señorita Jacobson —dijo una niña de ojos amables, acercándose a ella.

Hizo un gesto para que las dos niñas pequeñas se pusieran de pie. Hannah aprovechó el momento para examinar a sus alumnas. Ambas tenían el cabello negro que coincidía con el de su padre. De hecho, todo en sus rostros recatados y sombríos le recordaba al conde.

Se sintió inmediatamente atraída por la menor de las dos, que la miraba con los ojos marrones más grandes que jamás había visto.

—Soy Abigail, su niñera. Esta es Lady Caroline y la pequeña de allí es Lady Rebecca —señaló la joven a Hannah.

Hannah se sorprendió de que una niña tan joven fuera su niñera. No parecía tener más de dieciséis años. Se preguntó si eso quizás explicaba por qué el conde había insistido en que fuera Hannah quien atendiera a las niñas fuera de la escuela en lugar de su niñera.

—Es un placer conocerlas, Abigail, así como a usted, Lady Caroline, y a usted, Lady Rebecca —dijo Hannah, sonriendo a sus pupilas de la manera más tranquilizadora posible.

—Si les parece bien, me gustaría evaluar lo que su última institutriz ya les ha enseñado antes de que comencemos con nuestras propias lecciones. ¿Estaría bien?

Ambas niñas primero miraron a su niñera. Incluso a su corta edad, estaba claro que ella era la única figura materna constante que habían tenido hasta ahora en sus vidas.

Abigail les dio un asentimiento alentador, y ambas niñas se volvieron hacia su nueva institutriz listas para la tarea.

—Nuestra última institutriz nos hacía sentarnos en la mesa de allí —dijo Lady Caroline a modo de ayuda mientras Abigail se excusaba y salía de la habitación.

—Gracias, Lady Caroline —dijo Hannah mientras escaneaba la habitación y comenzaba a tomar nota de su disposición.

Había una estantería ampliamente abastecida con recursos para que Hannah los revisara y utilizara. Una chimenea cálida para usar en los meses de invierno con una cómoda silla para que ella se sentara y leyera a las niñas. Había un escritorio para su uso y una pequeña mesa para el uso de las niñas.

Hannah pasó el resto de la tarde evaluando a sus dos alumnas. Rebecca era muy joven, con solo cinco años, y estaba muy al principio de su educación. Hannah estaba segura de que su educación comenzaría desde el principio. Caroline, por otro lado, conocía muy bien sus números y letras e incluso fue capaz de demostrar una exquisita caligrafía.

Sin embargo, ambas niñas eran muy calladas, y gran parte de lo que Hannah llegó a saber de ellas fue un proceso lento y doloroso de extraer.

Notó que los ojos de Caroline también seguían desviándose de la tarea que tenía entre manos. Se dio cuenta de que su primera tarea para la niña sería enfocarse en las tareas en cuestión y no perderse en sus pensamientos.

Cuando la mañana llegó a su fin y un sirviente llegó con una bandeja de almuerzo ligero, Hannah se sintió aliviada por el descanso.

Su último alumno, aunque realmente había enfermado hacia el final, había sido un niño salvaje y bullicioso. Era una gran diferencia con estas niñas de voz suave.

—Señorita Jacobson —dijo Caroline después de que Hannah sugiriera que tomaran un descanso para el té y una comida ligera—, nuestra última institutriz siempre nos leía al final de nuestras lecciones.

Sus ojos se desviaron de nuevo detrás de Hannah, y ella se dio cuenta de que la distracción de la niña había sido la silla con un libro ya colocado en su brazo.

—Puedo ver que estás muy interesada en que te lean algo —dijo Hannah—. Tal vez valdría la pena dejar reposar el té unos momentos para leer unas pocas páginas.

—El libro está justo ahí en la silla —continuó Caroline alentadoramente mientras tomaba la mano de su hermana y las sentaba a ambas en la alfombra.

Hannah no había visto tal luz en los ojos de esta niña hasta ahora. Tomó nota del entusiasmo de Caroline por la narración de cuentos. Tal vez sería una forma de animar a la niña a abrirse más a ella.

Siguió a las niñas, tomó la novela encuadernada en cuero y se sentó en la silla. Era un asiento muy cómodo y no pudo evitar deleitarse también con la idea de muchas tardes sentada allí leyendo a las niñas.

Acababa de examinar la portada del libro cuando sintió un movimiento en sus faldas. Hannah sintió escalofríos que le dieron la clara indicación de que una criatura viva estaba caminando por sus faldas.

Apartando el libro, inspeccionó sus pliegues y, para su consternación, vio un pequeño bulto que comenzaba a moverse debajo de la tela gris. Agarrando la falda y la enagua con una mano, retiró la tela y expuso un gran ratón gordo con su larga cola enroscada a su alrededor.

Por un momento, Hannah se quedó paralizada en el lugar, simplemente observando al ratón mordisquear un trozo de galleta que tenía felizmente entre sus patas. Cómo un ratón o la galleta habían llegado a la silla, no le interesaba saber.

Cuando la sensación volvió a su cuerpo, se levantó rápidamente de su silla y gritó. El ratón, habiendo sido interrumpido de su comida de mediodía, comenzó a corretear frenéticamente alrededor del asiento de la silla, sin saber a dónde ir a continuación.

Hannah gritó de nuevo. No era el primer ratón que había visto; ciertamente había muchos en su escuela cuando era niña. Pero nunca esperó ver uno en su asiento. Rápidamente blandió el libro contra el ratón, esperando poner fin a la miseria de ambos.

—¡No! ¡Detente! —Caroline se puso de pie y gritó también.

Hannah observó con total perplejidad cómo la niña agarraba al ratón por la cola y lo recogía con sus manos, donde se quedó bastante tranquilo.

—¿Por qué intentarías aplastar al señor Bigotes? —dijo Lady Rebecca con lágrimas a punto de brotar de sus ojos como platos.

Capítulo 4

—¿Qué significa todo esto? —gritó el conde antes de abrir completamente la puerta del aula.

Hannah estaba aún tan desconcertada por todo el incidente que apenas registró el puro pánico en los ojos oscuros del conde. En su lugar, tanto las niñas como la institutriz se quedaron mirándolo fijamente. Detrás de él, Abigail se asomaba alrededor de su empleador para ver el estado de los niños a su cargo.

—Padre —exclamó Caroline, corriendo a sus brazos.

Rebecca no tardó en seguir a su hermana. Grimshaw envolvió a ambas niñas en sus gruesos brazos e hizo todo lo posible por calmar sus temores. Se agachó a su nivel y dejó que ambas niñas lloraran en cada uno de sus hombros.

—Intentó matarlo —sollozó Caroline.

—¿Matar a quién? —preguntó Grimshaw con mucha suavidad, aunque su mirada de daga hacia la señorita Jacobson era menos que gentil.

—Al señor Whiskers —respondió Caroline, levantando su roedor para que su padre lo inspeccionara—. Intentó golpearlo con un libro.

—Ya está todo bien, niñas —las arrulló a ambas. Poniéndose de pie, se enfrentó a la señorita Jacobson con toda su imponente estatura.

—Señorita Jacobson, puedo entender por qué podría gritar al ver al señor Whiskers, pero le aseguro que es solo una mascota. Si lo deja en su contenedor adecuado, ni siquiera tendrá que pensar en él. No hay necesidad de que cause ningún daño a la mascota.

Ambas niñas se acercaron al lado de su niñera. Aunque Rebecca tenía cinco años, aún era lo suficientemente pequeña como para que Abigail pudiera tomarla en sus brazos.

—Era difícil saber su estatus familiar ya que estaba sentado en mi silla bajo mis faldas y no en su contenedor como usted dijo que es su hogar —replicó Hannah, completamente enfurecida de

que la estuviera regañando por sus acciones.

—¿Qué quería que hiciera al encontrar un roedor en tal lugar? —añadió, cruzando los brazos.

Hannah no se dejaría intimidar por este hombre. Ya había tenido suficiente de eso en su último empleo.

Grimshaw volvió su mirada hacia sus dos hijas e inmediatamente los ojos color chocolate de ambas se clavaron en el suelo con culpabilidad. Se volvió, ahora ensombreciéndolas con su desagrado.

Para un hombre que una vez había hablado tan suavemente a las niñas, su voz era ahora profunda y llena de enojo.

—¿Es eso cierto? ¿Caroline? ¿Rebecca? ¿Pusieron al señor Whiskers en la silla de la señorita Jacobson?

—Solo le di un poco de mi galleta del desayuno. Él quería comerla en la silla, no en su jaula. Supongo que olvidé que estaba allí —dijo Caroline, aunque era fácil ver que estaba inventando la historia en el momento.

—No creo que sea toda la verdad —replicó él, mirando ahora a su hija menor.

Rebecca se quebró bajo la presión de la mirada decepcionada de su padre.

—Solo lo hicimos como una broma, padre, de verdad —dijo con su voz suave y temblorosa.

—Estoy muy decepcionado con ambas —las reprendió mientras lágrimas silenciosas se deslizaban por sus ojos bajos.

—Me tomé la molestia de traerles una nueva y excelente institutriz desde Londres, ¿y así es como la reciben?

—No quiero una nueva —dijo Caroline con los ojos en el suelo—. Quiero que vuelva la señorita Watts.

—Bueno, ella no va a volver, Caroline. Es hora de que te resignes a ese hecho. Eres demasiado madura para estar jugando bromas tan tontas. Les sugiero que durante el resto del día trabajen en escribir una carta de disculpa para la señorita Jacobson.

Hannah abrió la boca para protestar. Era completamente innecesario. Sí, fue una broma desagradable, pero hacer que escribieran una carta de disculpa seguramente solo haría que la despreciaran más.

Aunque Grimshaw estaba de espaldas a la institutriz, instintivamente supo que iba a protestar por su castigo. Levantó una mano para silenciarla.

—Abigail se encargará de ustedes el resto del día —continuó cuando estuvo satisfecho de que la señorita Jacobson no iba a hablar fuera de turno—. No se unirán a mí en el ala oeste ni para la

cena esta noche. Espero que ambas estén en la cama temprano para que puedan reflexionar sobre cómo podrían dar una mejor bienvenida a su nueva institutriz —añadió profundamente.

Ambas niñas, que primero se sorprendieron por su castigo, ahora miraban la alfombra bajo sus pies y simplemente murmuraron un "Sí, padre".

—Ahora, si me acompaña, señorita Jacobson, tenemos más que discutir, mientras Abigail se encargará de la tarea de las niñas para la tarde.

Hannah abrió y cerró la boca varias veces. Hubiera preferido manejar la situación por sí misma, no que su señoría entrara como una tromba y tomara el control de la situación.

Sin embargo, él se paró en la puerta y le indicó que saliera con él, y no había nada que ella pudiera decir al respecto.

—Lo sentimos, señorita Jacobson —dijo Rebecca justo por encima de un susurro cuando Hannah pasó.

Ella se arrodilló frente a ambas.

—Sé que lo sienten, y las perdono a ambas. También lo siento por haber intentado aplastar a un miembro tan importante de su familia.

El conde se aclaró la garganta y la señorita Jacobson se levantó y salió de la habitación con él. Pensó que ella también podría estar en problemas con él, aunque no tenía idea de cómo podía ser esto.

Sin embargo, para su sorpresa, en el momento en que la puerta se cerró firmemente detrás de ella, el conde se dobló en una risa incontrolable. Una vez más, se encontró completamente desconcertada por este hombre.

Finalmente, se enderezó y se secó una lágrima perdida del ojo.

—Un ratón en su asiento —dijo más para sí mismo que para su compañía presente—. Debo decir que no me sorprende tanto de Caroline, pero no puedo creer que Rebecca haya participado.

—Me alegra que encuentre humor en la situación —dijo Hannah bastante fríamente mientras lo miraba con los brazos cruzados.

—Oh, lo siento, señorita Jacobson. No es mi intención ofenderla. Estoy seguro de que fue un susto tremendo para usted. Aunque debo decir que requirió una buena dosis de valentía intentar matarlo.

—Al principio fue un shock, debo admitirlo, pero no ayudó que usted no me diera la oportunidad de recomponerme. En su lugar, se hizo cargo por completo de toda la situación. ¿Cómo voy a ganarme el respeto de las niñas si me ven a usted tomando el control ante cada tropiezo?

—Bueno, son mis hijas —replicó Grimshaw—. Ciertamente es mi responsabilidad disciplinarlas, no la suya.

—¿Y por qué tuvo que hacerlo de manera tan severa? Claramente no encontró la ofensa tan atroz por la forma en que apenas pudo salir de la habitación sin reírse. Habría sido mejor que me dejara manejarlo por mi cuenta.

Él repitió el gesto defensivo de Hannah cruzando sus propios brazos y mirándola por encima de su larga nariz puntiaguda.

—Solo intentaba ayudar. Quizás si no hubiera gritado tanto, no habría sentido la necesidad de venir corriendo e intervenir.

Hannah dio un paso atrás en su discusión e intentó ver las cosas desde su perspectiva. Por supuesto que él habría entrado corriendo, con los puños listos, cuando se trataba de sus hijas y una supuesta amenaza a su seguridad.

Había visto lo gentil que era con ellas, y claramente las amaba mucho más de lo que ella jamás había visto en su último empleo. Sus hijas eran tesoros y él se tomaba muy en serio su responsabilidad como padre.

—Le pido disculpas entonces. No debí enojarme tanto con usted. Supongo que aún estoy un poco alterada —dijo Hannah, quitándose las falsas gafas y frotándose el puente de la nariz. Las condenadas cosas pellizcaban terriblemente.

—No necesita disculparse —dijo Grimshaw, sintiendo que su propia resolución de estar enojado se desvanecía—. Venga, sentémonos a tomar el té y quizás pueda darle una mejor idea de por qué las niñas podrían haberse comportado así.

Hannah levantó los ojos para encontrarse con su mirada, sorprendida por su invitación. Cuestionó sus motivos. Francamente, cuestionaba a cualquier hombre que deseara estar en su presencia a solas, especialmente a su empleador.

Sebastian no pudo evitar sentir que su corazón se le atascaba en la garganta cuando vio a la dama frente a él sin sus molestas gafas. Eran tan gruesas y grandes que ni siquiera había notado los asombrosamente hermosos ojos azules debajo de ellas. Mientras ella estudiaba sus intenciones, él se quedó asombrado por sus espesas pestañas oscuras que parecían aletear como alas de mariposa.

Se preguntó cómo se vería sin las gafas y sin la exagerada cofia de matrona. ¿Sería su cabello oscuro como sus pestañas y cejas o de un color más claro? Intentó imaginar qué le quedaría mejor. Era imposible saberlo con la cabeza tan cubierta.

—Le prometo que lo encontrará muy esclarecedor —añadió el conde a modo de aliento—. Creo que entenderá mejor a las niñas una vez que le haya contado sobre su historia.

—Está bien —dijo Hannah con cierta renuencia.

Al principio, ella había temido sus rasgos imponentes, especialmente cuando culminaban con ira en su dirección. Pero ahora parecía tan gentil. Era como si fuera muy consciente de su temible estatura y ajustara su movimiento y habla para suavizar su áspero exterior.

Juntos se sentaron en un lujoso salón. Aunque la habitación era de buen gusto, le pareció que no se había utilizado durante bastante tiempo. Estaba el hecho de que varias criadas se apresuraban a abrir las cortinas del suelo al techo. Detrás de cada juego había magníficas ventanas arqueadas que dejaban entrar el resplandor del sol de la tarde.

Después de unos momentos observando la habitación, Hannah pudo percibir su clara feminidad. Sin duda, este había sido alguna vez el salón de su esposa. Los ojos de Hannah se posaron en un bastidor de bordado lleno de una rosa rosa a medio terminar.

Sus dedos hormigueaban por tocar la muestra mientras su cuerpo estaba seguro de que su mera presencia estaba invadiendo el espacio de la difunta señora de la casa.

La señora Brennon entró en persona llevando el fino juego de té de porcelana en una bandeja de plata. Colocó la bandeja en una mesita junto a Hannah.

Hannah miró alrededor de la habitación y se dio cuenta de que sin duda estaba sentada en el lugar de la señora de la casa. Toda la habitación estaba dispuesta alrededor de esta única silla con su mesa al lado. Haría fácil para una dama servir a sus invitados y hablar libremente con todos ellos sentados alrededor del calor de la chimenea.

Cuando la realización la golpeó, miró al conde. Él hizo todo lo posible por ocultar su incomodidad ante el hecho, pero no lo estaba haciendo bien.

—¿Puedo servir el té? —preguntó Hannah.

—Sí, por supuesto —dijo él torpemente mientras se aclaraba la garganta varias veces.

Ella sirvió el té y añadió dos sándwiches a un platillo pequeño. Levantándose, se lo llevó a él. Luego tomó su propia taza y un platillo pequeño y sigilosamente se movió para sentarse en un lugar diferente.

Él le sonrió, agradecido por su comprensión. Estaba muy claro para Hannah que, así como el conde amaba a sus hijas, su corazón aún estaba lleno de luto por su esposa.

Capítulo 5

Durante unos momentos, los dos permanecieron en silencio y Hannah se preguntó por qué él había insistido en que pasara este tiempo con él, ya que no parecía tener nada que decir.

Ese viejo nudo volvió a crecer en la parte posterior de su garganta. ¿Acaso solo buscaba una audiencia privada con ella? Parecía diferente del barón en los pocos días que llevaba conociéndolo, pero quizás todos los hombres eran iguales en ese aspecto.

—Le pido disculpas de nuevo por ser tan autoritario hoy. Debería haberle dejado manejar la situación —dijo Grimshaw después de terminar sus sándwiches y dejar a un lado su té sin tocar.

—Aunque usted se preocupa profundamente por sus hijas —insertó Hannah el razonamiento que sin duda él estaba pensando—. Estoy segura de que fue solo una reacción automática acudir en su ayuda.

Él se suavizó en una pequeña sonrisa. Parecía una expresión un tanto extraña en alguien tan hábil para fruncir el ceño.

—No es solo eso. Verá, esperaba poder aprovechar esta tarde para explicarle mejor las cosas. Quizás entonces mañana, cuando se reúna con ellas en el aula, no les guarde rencor por las acciones de hoy.

—Jamás haría tal cosa. Son niñas, y los niños cometen errores. Estoy segura de que pensaron que era una broma bastante divertida —aseguró Hannah al conde que no tenía intención de reprenderlas más allá de los requisitos de su padre hoy.

—Me alegra oír eso, pero si me permite explicarle su situación de todos modos —dijo suavemente.

Era un hombre tan grande que parecía llenar todo el sofá en el que estaba sentado. A Hannah le pareció un poco cómico. Se preguntó si realmente había algún lugar en la tierra donde este hombre no pareciera desbordarse con su presencia física.

—Sabe que su madre murió cuando ambas eran muy pequeñas. Enfermó repentinamente y la perdimos —dijo Grimshaw, apartando la cabeza de Hannah y mirando hacia la ventana.

—Estoy segura de que Caroline sintió la pérdida con mayor intensidad —Hannah alentó sus palabras cuando él no habló más.

—Sí, bueno, ella la recuerda. Rebecca solo tenía tres años. Tan pequeña. Me rompe el corazón que no tenga ningún recuerdo duradero de su propia madre.

Hizo una pausa de nuevo. Este no era un tema fácil de abordar para él, y Hannah le dio tiempo para recopilar sus pensamientos.

—Caroline está realmente en esa edad en la que la influencia de una madre es necesaria. Por supuesto, es necesaria para una dama a cualquier edad, pero a medida que crecen, necesitan cada vez más ese ejemplo femenino.

—Pensé que había encontrado algo así en mi última institutriz. Ambas niñas la adoraban. Por supuesto, siempre han tenido una luz juvenil, pero con la institutriz era diferente. Eran felices de una manera que no puedo explicar. Luego nos dejó repentinamente.

Hannah quería preguntar por qué, pero también temía su respuesta. Ella también había dejado su último puesto repentinamente. Si sus reglas y modales controladores eran una indicación, Hannah temía que el conde estuviera cortado por la misma tijera que el barón.

Desafortunadamente, él no dio la razón por la que la institutriz se fue, y eso solo hizo que Hannah se cuestionara y se preguntara más.

—Cuando nos dejó, las niñas estaban desconsoladas. Hice todo lo posible por ayudarlas y mantenerlas entretenidas, pero hay algo diferente en el tiempo que pasan con una mujer. Necesitan esa influencia. Supongo que a lo que voy —dijo, pasándose una mano por el pelo negro corto—, es que su pequeña actuación de hoy fue más por miedo.

—¿Miedo, Lord Grimshaw?

—Sí, estoy seguro de que temen encariñarse con una dama solo para que las deje de nuevo. Por eso me aseguré de entrevistar yo mismo a las institutrices, por muy poco ortodoxo que fuera. También es por eso que la elegí a usted. Parecía alguien que estaría dispuesta a ser su pilar.

Miró profundamente a los ojos de Hannah y ella temió que hubiera llegado hasta su alma.

—Sé que es mucho pedir, pero necesito que sea esa mujer para mis niñas. ¿Puede pasar por alto sus acciones y ver el dolor que hay detrás? ¿Las perdonará verdaderamente y será esa figura femenina que necesitan en sus vidas?

Hannah no pudo hablar por un momento. Estaba abrumada por las emociones ante su sincera súplica y la penetrante mirada de sus ojos marrones.

Tomó un sorbo de té, más que nada para romper la intensa conexión entre ellos. También le dio la fuerza para responder.

—Me siento honrada de que deposite tanta confianza en mí. Le prometo, Lord Grimshaw, que haré todo lo que esté en mi poder para no defraudarle ni a usted ni a las niñas.

Lord Grimshaw pareció relajarse visiblemente ante sus palabras. Hannah sintió un extraño consuelo al saber que lo había aliviado de alguna carga que debía haber estado llevando en silencio; al menos estos pocos meses desde que se fue la última institutriz.

—Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer en el ala oeste.

Hannah se puso de pie al unísono con él.

—¿Y qué haré yo el resto del día, ya que parece haberme relevado de mis alumnas?

—Lo que usted quiera. Por supuesto, por favor, quédese dentro de los terrenos de la finca —añadió como una ocurrencia tardía—. Pero aparte de eso, es libre de explorar y acomodarse. Naturalmente, sigue siendo bienvenida a acompañarme a cenar incluso con la ausencia de las niñas —agregó, antes de hacer una reverencia y salir de la habitación.

Hannah no le respondió. Con sus palabras, sintió de nuevo el agarre claustrofóbico de sus reglas controladoras. No se le permitía salir de la finca.

Puede que él simplemente hubiera solicitado su presencia en la cena y no se lo hubiera ordenado, pero aun así le trajo terribles recuerdos de su último puesto. No se uniría a él para cenar sin la presencia de los ojos inocentes de las niñas sobre ellos.

En su lugar, aprovecharía la oportunidad para explorar más la casa, luego tomaría una comida tranquila en su habitación antes de preparar cómo abordar las clases del día siguiente.

A la mañana siguiente, Hannah estaba lista para ponerse a trabajar. No estaba acostumbrada a tener las manos ociosas. Había pasado el resto de la tarde de ayer en su habitación y también había cenado allí.

Le inquietaba bastante no tener nada que hacer más que revisar las cosas que había traído. Dio un corto paseo por la mansión, pero no se sintió muy cómoda haciéndolo.

En su última casa, había estado tan ocupada atendiendo las necesidades de su alumna y evitando al barón que nunca había salido de las pocas habitaciones en las que la necesidad dictaba que estuviera.

Hannah se alegró de llegar al aula de las niñas antes que ellas al día siguiente. Le daría tiempo para organizarla a su gusto.

Ya había evaluado las debilidades y fortalezas de las niñas y había organizado las lecciones para los próximos meses.

Tal vez fuera por el movimiento de libros pesados y muebles o por el hecho de que los días empezaban a calentarse de verdad; en cualquier caso, Hannah se sentía bastante acalorada con su vestido de lino y su cofia de algodón.

Le hubiera encantado quitársela, pues realmente detestaba la prenda, al igual que las gafas falsas que le pellizcaban la nariz y le provocaban un constante dolor de cabeza.

Sin embargo, no podía hacer nada al respecto. Por supuesto, no sentía la necesidad de esconderse de los niños o de su niñera, pero siempre existía la posibilidad de que Lord Grimshaw irrumpiera de nuevo.

Ya su estatus autoritario y sus exigentes reglas la ponían en guardia. No le daría ni el más mínimo motivo, como el barón había afirmado que ella le había dado.

—Buenos días, niñas —dijo Hannah cuando la niñera llevó a sus pupilas a la habitación.

Ambas entraron, hicieron una reverencia con los ojos en el suelo y murmuraron sus saludos. Hannah sospechaba que estaban preparadas para una severa reprimenda o, al menos, para una disposición agria después de los acontecimientos de ayer.

—Pensé que podríamos empezar la mañana con un cuento, si os parece bien —dijo Hannah.

Ambas niñas simplemente asintieron tímidamente, y Rebecca miró a su hermana mayor en busca de una señal.

—No os preocupéis, ya he comprobado y me he asegurado de que el señor Bigotes está felizmente encerrado en su jaula —añadió Hannah, con la esperanza de que su pequeña broma alegrase el ánimo de las niñas.

Sin embargo, no lo consiguió.

—Vamos —dijo Hannah, agachándose ante ellas—. ¿Por qué esas caras tan tristes?

Hannah estaba haciendo todo lo posible por hablar con suavidad y amabilidad a las niñas. Era como animar a un gato asustadizo a acercarse a un cuenco de leche.

—¿Se irá usted ahora, como hizo la señorita Watts? —preguntó finalmente Rebecca en voz baja—. ¿Por nuestra mala broma?

—Oh, no, querida —respondió Hannah, tomando la mano de la niña—. Hará falta mucho más que el señor Bigotes para asustarme.

—Ella no se fue por el señor Bigotes —dijo Caroline—. Se fue porque encontró un pretendiente. El señor Collins, que también va a nuestra parroquia —explicó.

—Ya veo. ¿Y supongo que la queríais mucho antes de que se fuera?

Ambas niñas asintieron al unísono. Los grandes ojos marrones de Rebecca se llenaban de lágrimas.

Hannah estaba segura de que las niñas aún sufrían profundamente por la pérdida de su institutriz.

Sin duda, habían esperado empezar con mal pie para que Hannah fuera cruel con ellas. Sería mucho más fácil dejar marchar a una institutriz mala que a una a la que hubieran llegado a querer como a la anterior.

A Hannah le dolía el corazón por ellas. Sin embargo, no sería cruel con ellas. En su lugar, les mostraría la abundancia de amor maternal que les faltaba y también les demostraría que, pasara lo que pasara, ella sería constante en su vida.

—Bueno, os puedo asegurar que no tengo planes de irme en un futuro próximo. Más bien esperaba que vosotras dos estuvierais de acuerdo con eso. Creo que todos podríamos divertirnos mucho juntos.

Rebecca se frotó un ojo con su mano aún querubina para borrar una lágrima traidora y se suavizó en una sonrisa esperanzada.

Hannah se sintió aliviada de que al menos una de las niñas estuviera dispuesta a abrirle su corazón.

—De hecho, debo confesar que me inspiré en el señor Bigotes. He traído conmigo una colección de cuentos relativamente nueva. Están escritos por una encantadora dama llamada Beatrix Potter. ¿Los conocéis?

Ambas niñas negaron con la cabeza, Rebecca intrigada y Caroline aún decidida a mantenerse distante.

—¡Oh, espléndido! —dijo Hannah, poniéndose de pie.

Mantuvo su mano en la de Rebecca y las llevó a sentarse junto al hogar. Levantó el cojín e inspeccionó el asiento de forma dramática antes de sentarse. Consiguió una pequeña risita de la más pequeña.

—Su primera historia es sobre un conejito muy travieso llamado Peter Rabbit. Sin embargo, pensé que podríamos empezar con una historia que os resultaría más interesante llamada El sastre de Gloucester.

Hannah se acomodó en la silla y hojeó su colección de historias encuadernada en tela hasta que llegó a la tercera. Les mostró la imagen introductoria a ambas niñas. Era un pequeño ratón sentado en un carrete de hilo leyendo un papel.

—En esta historia, un sastre lucha desesperadamente por terminar su trabajo a tiempo. Por suerte, tiene unos ratones muy amables que viven en el aparador y le ayudan con su trabajo.

Cuando Hannah terminó su historia, ambas niñas estaban fascinadas con el cuento y los pequeños personajes. Incluso Caroline, que había intentado con tanto empeño mantenerse distante, no pudo evitar sentir la emoción del encantador relato.

—Tal vez si dejo mi dechado en la jaula del señor Bigotes, él lo termine por mí —reflexionó Caroline cuando terminó el cuento.

—Simplemente lo destrozaría y haría una cama con él como con todas las demás telas que le damos —respondió Rebecca.

—Eso también me parece bien. Así no tendría que seguir trabajando en él.

—Me parece maravilloso que ya hayas empezado un dechado, Caroline —respondió Hannah —. Debes de ser muy hábil para tener uno empezado siendo tan joven. Tienes que enseñármelo después de nuestra clase de caligrafía.

Caroline levantó un poco más la cabeza ante el cumplido. Solo había empezado el dechado justo antes de la partida de la señorita Watts y se había negado a continuar el trabajo después de que se fuera. Sin embargo, ahora que oía que estaba bastante avanzada para su edad, sintió el repentino deseo de retomarlo.

Capítulo 6

Como era sábado, Hannah por fin obtuvo su primer respiro de enseñar a las niñas. No fue tan deseado como había esperado.

En la casa del barón, Hannah contaba los días hasta que tuviera su día libre de educar al alumno que era tan difícil como su padre.

Después de enseñar a las niñas durante casi una semana, Hannah podía decir fácilmente que había disfrutado cada momento y no tenía deseos de separarse de ellas.

Para sorpresa de Hannah, también se encontró disfrutando de su cena vespertina en la mesa del conde. Ambos parecían centrarse más en las niñas que en cualquier otra cosa.

No podía evitar admirar al hombre por su dedicación a sus hijas y su genuino interés en sus vidas.

Aunque esperaba con ansias la oportunidad de ponerse al día con algunas calificaciones de la última semana y tener un pequeño descanso del trabajo, también se sentía aprensiva sobre el día.

Hannah no quería quedarse encerrada en la casa, pero también sentía preocupación por viajar al pueblo cercano.

Las reglas abrumadoras de Lord Grimshaw parecían resonar en el fondo de su mente. Se negaba a pedir su permiso o incluso su compañía mientras iba al pueblo a recoger algunos artículos que necesitaba. Al mismo tiempo, temía ligeramente su ira por romper a sabiendas sus exigencias.

No podía permitirse ser despedida de un trabajo una vez más y sin una buena referencia. Más que eso, no soportaba dejar a las niñas después de haber avanzado tanto con ellas esta última semana. Estaba segura de que hacerlo sería un gran detrimento para sus temperamentos ya delicados.

En su lugar, Hannah buscó el consejo de la señora Brennon. Tal vez la señora la acompañaría al pueblo, evitando así los requisitos del conde.

—Me pregunto si podría tener un momento de su tiempo, señora Brennon —dijo Hannah después de llamar suavemente a la puerta de la oficina del ama de llaves.

—Sí, por supuesto —respondió la señora Brennon, levantándose de detrás de su escritorio.

—No quiero molestarla si está ocupada —dijo Hannah, señalando el papeleo frente al ama de llaves.

—Tonterías, justo estaba pensando que podría ser un buen momento para tomar un descanso.

Tiró de un cordón en la pared que también contenía una serie de campanas para sus propias llamadas desde la casa principal.

Al instante, una joven criada de cocina entró en la habitación e hizo una reverencia.

—¿Podrías traer algo de té para la señorita Jacobson y para mí? —preguntó la señora Brennon a la chica cortésmente.

Asintió y salió rápidamente de la habitación. La mujer de mediana edad le indicó a Hannah que se uniera a ella en dos sillas con una pequeña mesa entre ellas. Aparte del sonido de las faldas crujientes y el tintineo de las llaves de la señora Brennon en su cintura, la planta baja de la mansión era un lugar tranquilo.

—¿Se está adaptando bien? —preguntó la señora Brennon después de que ambas se sentaran.

—Sí, la habitación es magnífica. La casa es una de las más hermosas que he visto jamás.

—¿Ha estado por los jardines? Están en plena floración en esta época del año.

—He salido algunas veces con las niñas en los últimos días. La habilidad de los jardineros es impresionante.

—Tendré que transmitir sus cumplidos a Hanson, nuestro jardinero jefe. Estará encantado de saber que lo ha disfrutado.

—Sin embargo, tengo una preocupación que esperaba que pudiera ayudarme a resolver.

—Por supuesto —dijo la señora Brennon mientras les servían el té.

—Necesito ir al pueblo a comprar algunas cosas. Desafortunadamente, el conde ha expresado que no debo ir sin que él me acompañe.

El ama de llaves asintió en señal de comprensión.

—Odiaría ser una carga tan grande para él. Me preguntaba si tal vez usted necesita ir al pueblo en algún momento en el futuro y yo podría acompañarla. Si Lord Grimshaw teme por mi seguridad fuera de la finca, seguramente su compañía o quizás la de Mary sería suficiente para satisfacerlo.

—Puedo asegurarle que sus reglas no tienen nada que ver con el peligro en Concordshire. Es un lugar muy pacífico y ciertamente no hay nada como los rufianes de Londres de qué preocuparse —añadió con disgusto.

Hannah dedujo que a la señora Brennon no le gustaba la ciudad.

—Entonces, ¿por qué tener una regla tan tonta? —preguntó Hannah con un nudo en la garganta.

Había esperado que él no fuera tan controlador como el barón. Sin embargo, no podía ver otra razón por la que pondría tales exigencias sobre ella más que para tener control sobre ella en todo momento.

—¿Le contó el conde la naturaleza de la partida de la última institutriz?

—Solo sé que conoció a un caballero y se casó.

—Sí, un hombre amable de la parroquia local. Era estudiante del vicario y desde entonces se ha ido para hacerse cargo de su propia parroquia. Fue muy duro para las niñas.

—Lord Grimshaw me lo dijo y pude notarlo fácilmente en ellas.

—Sí —asintió la señora Brennon pensativa—. Creo que duda en dejar que otra institutriz se vaya de la misma manera. Haría cualquier cosa para proteger a esas niñas de la angustia. No puedo culparlo por eso.

—Yo tampoco —tuvo que estar de acuerdo Hannah—. Pero ciertamente, no se me puede responsabilizar por la elección de otra persona. Puedo prometerle que no tengo ningún deseo de encontrar marido o casarme —continuó Hannah, tirando de su sencillo vestido de muselina marrón.

—Dele tiempo y estoy segura de que se ablandará. Hasta entonces, le sugeriría que se adhiera a sus requisitos. Es muy protector con sus hijas y no tomaría a la ligera ningún acto que considerara una amenaza para su felicidad.

—Lo siento, pero no puedo obligarme a pedirle que me acompañe al pueblo.

—Le aseguro que a pesar de su gran estatura, es un hombre muy gentil. Encontraría su compañía muy agradable.

—No lo dudo, pero no sería apropiado y no puedo hacerlo —dijo Hannah con vehemencia.

—Bueno, sé que Mary también va al pueblo los sábados. Estoy segura de que estaría más que feliz de recoger lo que necesites o enviar cualquier carta que tengas.

Hannah se sentó mientras consideraba las palabras de la señora Brennon. Había esperado que la señora simplemente estuviera de acuerdo en que ir con otro miembro del personal era suficiente.

No podía arriesgarse a la ira del conde y su consiguiente despido. La señora Brennon podría haber pensado que él era de alguna manera gentil bajo ese exterior sombrío. Ciertamente, ella había visto tal cosa con sus hijas, pero ni por un segundo consideró que eso se extendiera a ella misma.

Si sus únicas dos opciones eran someterse a una audiencia privada con el conde o estar confinada en la mansión como en una prisión, tendría que elegir la última.

No perdería este trabajo por el bien de las niñas y su propio sustento, pero eso no la llevaría ni por un segundo a renunciar a su moral. Había rechazado al barón; estaba segura de que también podría resistir al Conde de Grimshaw.

***

Hannah salió de la oficina de la señora Brennon no con el resultado que deseaba, pero al menos con una resolución a sus problemas. Buscaría a Mary. Con suerte, aún no se habría ido al pueblo.

Para su satisfacción, encontró a Mary sentada en el área común del personal y ella estaba feliz de recoger los artículos necesarios en nombre de Hannah.

Hannah se dirigía por el pasillo de vuelta a sus aposentos. Pensó que ya que no podía hacer el viaje al pueblo, seleccionaría un libro de su habitación y pasaría algún tiempo en el jardín.

—Vaya, miren quién ha encontrado el camino a la planta baja —llamó una voz masculina detrás de ella.

Se dio la vuelta para encontrar al señor Poole, el lacayo, apoyado en el marco de una puerta que acababa de pasar. Pensó en seguir caminando e ignorarlo por completo.

—¿Cómo está encontrando Brighton Abbey, señorita Jacobson? —preguntó él, frotándose las manos con un paño y dando un paso hacia ella.

Aunque al principio había tenido pensamientos inquietantes sobre el caballero, pensó que era una conversación lo suficientemente inocente, así que se volvió completamente para responderle.

—Muy bien, gracias, señor Poole. Todos han sido muy acogedores conmigo.

—Estoy seguro de que lo han sido —dijo él, mirando el borde de su cofia.

De repente, tuvo el impulso de tirar de ella para ajustarla más alrededor de su cabello y subirse el fichu al mismo tiempo.

Él continuó caminando lentamente hacia adelante hasta que estuvo demasiado cerca de ella. Ella intentó dar un paso atrás, pero él instantáneamente puso una mano sobre su hombro.

—Disculpe, señor Poole —dijo ella, tratando de sacudirse su agarre sin éxito—. Realmente debo irme.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó él mientras su pulgar frotaba la tela de su vestido.

Ella intentó alejarse de él nuevamente, pero en su lugar, él aprovechó el movimiento para empujarla contra la pared del pasillo. Metiendo el paño en su bolsillo trasero, colocó su otra mano contra la pared, bloqueándola completamente.

—No puedo evitar preguntarme qué estás escondiendo bajo toda esa tela, señorita Jacobson —dijo él, mirándola de arriba abajo con ojos hambrientos.

Su corazón latía con fuerza en su pecho y quería gritar.

Su mano se movió de su hombro y ella sintió sus dedos recorrer el borde de su fichu blanco. Sintió que tiraba de él.

Con un jadeo, ella levantó la mano para detenerlo, pero en su lugar, él agarró su muñeca y la sostuvo con fuerza. Continuó tirando de la tela blanca hasta que un lado quedó completamente fuera.

—Por favor, deténgase señor Poole. Gritaré —dijo Hannah, reuniendo todo el coraje que tenía.

Él no le prestó atención y logró quitarle la prenda, exponiendo la parte superior de su pecho lleno.

—Vaya, señorita Jacobson, estaba escondiendo algo magnífico bajo toda esa tela. ¿Qué veré cuando quite su cofia? ¿Quizás un hermoso cabello rubio? ¿O un rico castaño oscuro? ¿O me sorprenderá una pelirroja? Ciertamente tiene la piel blanca como la leche que combinaría con un cabello más claro.

Pasó un dedo por el borde de su vestido. Parecía que o no creía que ella gritaría o no le importaba.

—Señor Poole, quitará su mano de mí en este instante, o iré directamente al conde para informarle de su comportamiento indecente.

—Oh, no creo que lo haga —dijo el señor Poole, sonriendo con satisfacción ante su mirada desafiante.

—Soy muy consciente de que el conde le ha prohibido tener cualquier interacción con el sexo opuesto. Si se lo dice, simplemente responderé que usted se me insinuó. ¿A quién cree que Lord Grimshaw le creerá más? ¿A un empleado de largo tiempo o a la nueva institutriz?

Hannah abrió y cerró la boca varias veces en pánico. El señor Poole tenía toda la razón. Si el lord los confrontaba a ambos, ¿quién diría que le creería a ella?

El señor Poole sonrió con satisfacción sabiendo que tenía razón en su línea de pensamiento.

—Ahora, quítese esa cofia para mí, para que finalmente pueda conocer el color de ese cabello. Creo que será un buen lugar para empezar de todos modos.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Hannah. No le daría la satisfacción de obedecer, pero también estaba aterrorizada de no tener salida de esta situación.

—Señor Poole, ¿ya ha terminado con la platería? —llamó una voz masculina desde el fondo del pasillo.

Si el hombre podía ver que el señor Poole la tenía inmovilizada contra la pared, no estaba segura, pero no esperó para averiguarlo. Tan pronto como el señor Poole se volvió en dirección a la voz, ella apartó su mano de un manotazo y corrió tan rápido como sus faldas se lo permitieron, dejando atrás su fichu.

Se detuvo justo antes de doblar hacia las escaleras que conducían a la casa principal y a su propia habitación. El señor Poole había recogido la prenda perdida. La sostuvo contra su nariz y respiró profundamente antes de abrir los ojos de nuevo directamente hacia ella.

Sintió un escalofrío de miedo recorrer su columna vertebral ante su mirada. Puede que hubiera escapado de él, pero estaba claro que no se iba a rendir.

Con lágrimas calientes corriendo por su rostro, corrió hasta su habitación y cerró la puerta con llave detrás de ella. Arrojándose sobre la cama, se deshizo en un llanto histérico.

Nuevamente, iba a ser atormentada por un hombre. Todas las imágenes del barón volvieron a ella. Todas las veces que la acorraló, inventó excusas para quedarse a solas con ella en su oficina, e incluso le hizo insinuaciones frente a su hijo.

Al final, la noticia había llegado a oídos de su esposa, y el barón había insinuado que Hannah era la causante de todo desde el principio. Afirmó que ella lo había tentado con su belleza y sus costumbres promiscuas.

No era más culpa de Hannah haber parecido una joven hermosa que una muchacha común. Sin embargo, la baronesa había creído a su marido, y Hannah fue despedida con una reputación manchada y sin esperanza de conseguir otro empleo.

Estaba segura de que con su nuevo plan de cubrir completamente cada centímetro de su cuerpo, no habría habido duda alguna sobre su virtud o cualquier atentado contra ella. Había estado tan equivocada.

Parecía que sin importar dónde se encontrara, estaría indefensa para detener a los libertinos y su deseo de tomar de su carne.

Capítulo 7

—Hannah —la voz del barón Edgley resonó en la oscuridad.

No estaba segura de dónde se encontraba exactamente, solo sabía que llevaba un tiempo vagando en la oscuridad. Al escuchar su voz, la suya propia se le atascó en la garganta.

Hannah corrió por el espacio oscuro buscando alguna salida mientras sus burlas parecían acercarse cada vez más.

Finalmente, pudo distinguir una tenue luz en la distancia y corrió hacia ella. Cuanto más se acercaba, más se daba cuenta de que era la rendija de una puerta y la luz de la libertad y la seguridad estaba justo al otro lado.

—Hannah, mi mascota. No hay razón para hacerte la tímida conmigo.

La voz se acercaba cada vez más desde atrás mientras Hannah, jadeando contra su corsé, hacía todo lo posible por correr hacia la puerta.

Por fin, agarró el pomo y lo usó para impulsarse dentro de la habitación. Cayó exhausta solo para darse cuenta de que no era el suelo lo que la había atrapado.

Levantó la mirada, sus ojos siguiendo las manos, subiendo por los brazos, hasta los hombros y luego el rostro.

—Vaya, señorita Jacobson —dijo el señor Poole con esa sonrisa enfermiza plantada en su rostro estrecho—. No hace falta que se lance sobre mí.

Hannah luchó por levantarse y alejarse, pero los brazos que la habían atrapado ahora apretaron su agarre hasta que ella chilló de dolor.

Sujetándola con fuerza, la levantó y la inmovilizó contra la pared.

—¡Auxilio! —gritó con todas sus fuerzas.

—Grite todo lo que quiera —dijo él, presionando su cuerpo contra el de ella—. Aquí no hay nadie que pueda oírla.

Se relamió los labios mientras sus ojos recorrían el cuerpo de Hannah. Con un rápido movimiento de su mano, agarró la parte superior de su vestido y lo rasgó, exponiendo su ropa interior y su hombro desnudo.

Le besó el cuello y el hombro, y ella volvió a gritar. Esta vez, cuando él levantó la cabeza, mostraba el rostro del barón Edgley.

—¡Déjeme en paz! —gritó mientras golpeaba al hombre sin éxito.

Él la atacó de nuevo a lo largo del cuello y la clavícula. Esta vez, cuando se levantó, era nuevamente el señor Poole.

Agarrándola por ambos hombros con su doloroso agarre, la levantó del suelo y la arrojó al otro lado de la habitación sobre un diván.

Hannah cayó con un fuerte golpe contra los cojines y gritó con todas sus fuerzas mientras él caminaba lentamente hacia ella, con una horrible sonrisa siempre presente en sus delgados labios.

Hannah se incorporó de golpe en su cama. El sonido de sus propios gritos la había despertado y en la oscuridad no estaba segura de si realmente estaba despierta o si la pesadilla continuaba.

Luchaba por recuperar el aliento cuando unos pasos pesados y rápidos terminaron con la puerta de su dormitorio abriéndose de golpe.

Hannah gritó de nuevo instintivamente y saltó de la cama.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —exigió una voz profunda y ronca.

Apenas vio la figura del conde a la luz de la vela que sostenía, pero la imagen no se registró. En su lugar, alcanzó el primer objeto que pudo, un libro en la mesa junto a su cama, y se lo arrojó.

—¡No dejaré que se me acerque! —gritó Hannah.

Lord Grimshaw bloqueó instintivamente el libro que le arrojaron, completamente desconcertado por sus acciones. ¿Acaso se había vuelto loca?

Se acercó y, agarrándola por un codo, la sacudió con fuerza.

—Señorita Jacobson, ¿qué le pasa?

Pareció salir de su trance con la sacudida. Miró alrededor de la habitación, sobresaltada y desconcertada. Una mano cubrió su boca y grandes lágrimas brotaron de sus ojos.

—Lo siento mucho —murmuró, finalmente despertando.

Grimshaw colocó el candelabro sobre la mesa que antes sostenía el libro y con mucha suavidad dio un paso hacia ella.

—Oí gritos. Pensé que algo podría estar... ¿fue un sueño? —preguntó, todavía tratando de entender todo lo que acababa de suceder.

Todo lo que ella pudo hacer fue asentir con la cabeza mientras aún se cubría la boca. Temblaba incontrolablemente y Grimshaw estaba seguro de que en cualquier momento se derrumbaría en el suelo.

El instinto se apoderó de él y la atrajo hacia su pecho. Ella no luchó contra la acción; en su lugar, se dejó caer contra él y dejó salir sus sollozos con toda su fuerza.

—Tranquila, señorita Jacobson. Todo está bien —la arrulló con la barbilla apoyada en la parte superior de su cabeza—. Solo fue un sueño, nada más.

Mientras Grimshaw la sostenía, permitió que una de sus enormes manos frotara su espalda de arriba abajo para calmarla. Sus ojos se detuvieron en la larga trenza dorada que brillaba a la tenue luz de la vela y que recorría toda la longitud de su espalda.

Distraídamente, se preguntó cómo cabía un mechón dorado tan largo bajo una cofia tan pequeña.

—¿Quiere contarme sobre ello? —dijo Grimshaw contra su cabello cuando finalmente empezó a calmarse.

Fue como si las palabras la despertaran por segunda vez. Dio un paso atrás y salió de sus brazos. Aunque él la dejó ir sin oponer resistencia, inmediatamente sintió un vacío frío donde ella había estado apoyada contra él.

—Lo siento, perdóneme, Lord Grimshaw —balbuceó.

Se envolvió con sus brazos, sin duda para ocultar su estado de desvestir, aunque él estaba seguro de que nunca había visto una bata más sencilla y modesta.

—No hay nada que perdonar —dijo Grimshaw con voz suave, muy parecida a cuando una de las niñas estaba alterada.

—Sí, lo desperté en medio de la noche. No puedo imaginar la molestia que he causado. Por favor, perdóneme. No volverá a suceder, lo prometo —murmuró la señorita Jacobson, sus ojos azules ahora más llenos de miedo que de lágrimas.

—Vamos, está bien —dijo Grimshaw, dando otro paso adelante.

Sin embargo, ella dio un paso atrás temeroso, y eso lo detuvo en seco. Grimshaw estaba acostumbrado a ser temido por sus rasgos imponentes, pero por alguna razón, esta noche le dolía ver su terror.

—Si está segura de que se encuentra bien, entonces la dejaré —dijo, dejando caer sus manos a los costados—. Enviaré a alguien con una taza de té para calmar sus nervios.

Era una afirmación, no una pregunta, y por una vez Hannah estaba de acuerdo con su naturaleza exigente. No estaba segura de si podría volver a dormir después de esa pesadilla, pero la bebida caliente sería un consuelo bienvenido.

—¿Quiere que también deje la vela? —preguntó él, sus grandes ojos marrones aparentemente llenos de compasión.

Debería haber dicho que no. Ya tenía velas en la habitación, pero esta ya estaba encendida y eso también le brindaba consuelo.

—Sí, por favor —dijo Hannah suavemente.

Lord Grimshaw asintió en señal de comprensión. Se dio la vuelta para irse, pero se volvió—. Si alguna vez necesita hablar sobre —dudó— cualquier cosa... estoy aquí para escuchar.

Hannah asimiló el peso de sus palabras. Era muy amable de su parte, pero en ese momento no podía soportar decir las palabras a nadie. Ciertamente no a él. Lord Grimshaw llevaría sus palabras a Poole, y entonces la acusación recaería sobre ella.

Todo lo que pudo hacer fue asentir antes de verlo salir de la habitación con un suave clic de la puerta tras ella.

***

Grimshaw se sentía bastante ridículo consigo mismo mientras se arreglaba el nudo después de que su ayuda de cámara lo hubiera hecho. Nada parecía estar bien esta mañana de domingo.

Por más que intentara decirse a sí mismo que no tenía nada que ver con que la señorita Jacobson se uniera a ellos en su banco hoy en la iglesia; o el hecho de que desde su repentino encuentro con la señorita Jacobson anoche en su habitación, no había podido sacarse el recuerdo de ella de la mente.

Algo en él había cambiado o quizás se había abierto de nuevo cuando la sostuvo en sus brazos mientras ella lloraba. Sin embargo, desechó la idea. Sin duda eran solo deseos masculinos. Después de todo, sin todos esos vestidos que la cubrían, la señorita Jacobson era en realidad bastante agradable a la vista.

Sin embargo, no le importaba en absoluto su belleza. El día que murió su esposa juró que no habría otra para él. Por supuesto, Lady Grimshaw solo lo había animado a encontrar una madre para sus hijos en su lecho de muerte. Él no quería oír nada de eso.

Ella le había sonreído de esa manera conocedora y débilmente le había pasado una carta.

—Por si cambias de opinión —había dicho con voz débil antes de volver a toser.

Grimshaw había mirado la carta en su mano, y de no ser por la presencia de su esposa, la habría arrojado inmediatamente al fuego. Estaba titulada 'Para la futura esposa de Lord

Grimshaw'.

Había metido la nota en el cajón superior de la cómoda en la habitación de su esposa y no había vuelto a pensar en ella hasta este momento. Su mente vio mentalmente la carta sellada de nuevo y se preguntó sobre las palabras inscritas en la parte superior.

Se aseguró a sí mismo de nuevo, nunca habría una futura esposa para él. Había tenido su felicidad y aunque fue fugaz, tenía dos hermosas niñas para demostrarlo. Eso era suficiente para él.

***

La señorita Hannah Jacobson estaba frente a su propio espejo en su habitación, bastante desmejorada. Hizo lo mejor que pudo para meter su cabello en la cofia antes de ponerse un sombrero encima. Era su sombrero de domingo con un lazo de cinta amarilla brillante atado alrededor de su ala de mimbre.

No se sentía en absoluto radiante como el sombrero en su cabeza o el vestido azul maíz a juego con su estampado de flores amarillas. De hecho, si pudiera volver a meterse en su cama y no salir nunca, eso le habría venido muy bien.

Por supuesto, las niñas la estarían esperando. Debía recogerlas en la guardería y escoltarlas para encontrarse con su padre en el carruaje. Juntos irían al pueblo y asistirían a los servicios semanales.

Hannah habría dicho que se estaba adaptando bastante bien a su vida en Brighton Abbey hasta ayer.

Ahora había sido acosada, tenía el peso de que el señor Poole posiblemente acechara en cada esquina, y peor aún, se había hecho el ridículo durante la noche.

¿Cuánto de lo que gritó habían sido gritos y cuánto habían sido palabras? Lo que más temía era haber dicho algo relacionado con el barón Edgley.

Si ese fuera el caso, Lord Grimshaw ciertamente investigaría su empleo anterior, preguntándose por qué llamaría su nombre por la noche.

Entonces solo sería cuestión de tiempo antes de que la baronesa extendiera sus mentiras incluso a esta lejana casa de campo.

Hannah estaba segura de que para el final de la semana estaría injustamente arruinada de nuevo y habría agotado todas las oportunidades de empleo.

¿Qué iba a hacer entonces? Ciertamente no podía regresar a la Escuela Preparatoria Hendrick's. Por supuesto, le habían ofrecido un lugar allí ya que era una de las estudiantes más destacadas.

Podía soportar vivir en las calles mejor que volver a ese lugar. Sí, la vida sería mejor para ella como maestra que como alumna. Ya no tendría dormitorios fríos y con corrientes de aire, lavados forzados en agua a la que primero había que romperle el hielo, o ropa inadecuada contra el frío invernal.

Nunca podría tratar a esas niñas de la manera en que ella fue tratada ni soportar ver a otro hacerlo y mantener la boca cerrada. Había sido golpeada, avergonzada y pasado hambre suficiente en una infancia como para quedarse de brazos cruzados y ver que le sucediera a otra.

No, nunca encajaría bien en Hendrick's, y dudaba que la baronesa no les hubiera escrito ya también. No había bienvenida que encontrar allí.

Por más nerviosa que estuviera de ver a Lord Grimshaw esta mañana después de un encuentro tan personal y vergonzoso anoche, era una necesidad. Solo entonces podría medir su estado de ánimo, y quizás descifrar cuánto había dicho a través de sus gritos.

No se sentía a la altura de la tarea después de una noche de sueño tan agitada, pero no había nada que hacer al respecto. Después de todo, si Hendrick's era bueno para algo, era para enseñar a las jóvenes damas a soportar casi cualquier cantidad de hambre o falta de sueño y aun así desempeñarse a la altura.

Se colocó el alfiler en el sombrero, cubrió ambas manos con guantes de encaje y salió de su habitación para recoger a sus dos pupilas.

Capítulo 8

Grimshaw se había convencido para cuando salió de su habitación y bajó las escaleras de que todos los sentimientos y nerviosismo no eran más que imaginaciones suyas.

Aun así, no pudo evitar quedarse mirando mientras observaba a la señorita Jacobson bajar las escaleras con sus dos hijas de la mano.

Por supuesto, la diligente Abigail había vestido a ambas niñas con sus mejores galas. Caroline llevaba un vestido de seda gris con un estampado de rosas burdeos que bajaba en rayas, y lazos de terciopelo burdeos a juego en su cabello castaño oscuro.

Rebecca parecía toda una bebé con su vestido de seda rosa y sus enaguas rosas a juego asomando por debajo. Había sido un regalo de su último viaje a Londres y le alegraba verla con él.

A Rebecca aún le encantaba todo lo femenino y Grimshaw quería disfrutar de eso en su hija menor todo el tiempo posible.

Pero ni siquiera la belleza de sus pequeñas podía apartar sus ojos de la señorita Jacobson. Mientras bajaba lentamente con una niña en cada mano, parecía un ángel dorado con la gran ventana reflejando la luz detrás de ella.

El gran lazo amarillo de su sombrero le recordaba tanto al cabello sobre el que había reposado su cabeza la noche anterior.

También le sorprendió ver que, por primera vez, la señorita Jacobson no llevaba las grandes gafas que habían ocultado la mayor parte de su rostro desde que la conoció.

No pudo evitar fijarse en sus ojos azules perfectamente claros, que hacían juego con su vestido, así como en los suaves hoyuelos en cada mejilla. Quizás, si sonreía, se harían más pronunciados.

De repente, sintió un deseo antinatural de decir algo gracioso solo para experimentar con la veracidad de su hipótesis.

—¿Ha olvidado sus gafas? —preguntó Grimshaw tan pronto como las damas terminaron su descenso y se detuvieron frente a él.

Quería decir lo refrescante que le resultaba ver su piel de porcelana perfecta sin ese estorbo, pero sabía que sería demasiado atrevido.

—Sí —dijo la señorita Jacobson, soltando la mano de Caroline y pellizcándose el puente de su pequeña nariz—. Solo las necesito para leer.

—¿No las necesitará para leer el himnario? Tenemos tiempo de esperar si necesita ir a buscarlas —añadió Grimshaw con cierta reticencia.

Esperaba ver más a la señorita Jacobson sin el constante escudo que sus gafas suponían para ver realmente sus ojos.

—No, estaré bien. Solo las necesito para leer durante períodos prolongados, como para el trabajo escolar —continuó ella con su historia fabricada.

En realidad, Hannah había renunciado a regañadientes a las gafas solo porque el llanto de la noche anterior le había provocado tal dolor de cabeza que no podía soportar la sensación de pellizco que le producían detrás de las orejas y en el puente de la nariz en ese estado.

Había esperado que no supusiera una gran diferencia, pero el conde lo había comentado.

Él también la estaba mirando de una manera que resultaba bastante aterradora en ese momento. Odiaba sonar vanidosa, incluso en su propia mente, pero estaba segura de que su belleza no era más que una maldición que le había caído encima.

Afortunadamente, no se dijeron más palabras sobre el asunto y Hannah siguió al conde, quien tomó felizmente la mano libre de Caroline, mientras salían de Brighton Abbey.

Hannah tuvo que protegerse contra la luz brillante al salir de la mansión. El exterior parecía tan hermoso y lleno de vida que por un momento se preguntó si podría ser la mañana de Pascua.

El viaje en carruaje hasta el pueblo fue memorable para ella. En su camino a Brighton Abbey, había estado demasiado oscuro para ver los campos verdes o los árboles cargados de hojas primaverales. Ahora parecía haber todos los tonos de verde a su alrededor.

A lo largo del borde del camino brotaban pequeñas flores silvestres. Hannah se preguntó si podría llevar a las niñas a recoger algunas por la tarde.

Cuando el pueblo apareció a la vista, Hannah no pudo evitar sentir un poco de emoción. Por fin lo estaba viendo por primera vez.

Se parecía más a una aldea pintoresca que a un pueblo, con solo una calle principal que conducía a una gran plaza. En el centro de la plaza había un pozo comunal y detrás se alzaba la iglesia de piedra.

Era, con diferencia, el edificio más elegante del pueblo. La hacía aún más hermosa la exuberante glicina púrpura que trepaba por su costado.

Hannah no pudo evitar respirar la frescura de la nueva vida que parecía caer sobre ella con los rayos del sol mientras salía del elegante carruaje del conde.

Ya había un flujo constante de aldeanos con sus mejores galas dominicales saludando al vicario en la puerta y entrando en la iglesia.

A su salida, el cochero continuó su camino, sin duda hacia un establo para acomodar a los dos caballos blancos que galopaban con gran majestuosidad.

El conde lideró el camino mientras Hannah lo seguía con una niña en cada mano. Rebecca se aferraba a ella de manera cariñosa. Caroline, por otro lado, aún no se había acercado del todo a Hannah, aunque se mantenía obedientemente al lado de su institutriz.

Rebecca era lo suficientemente joven como para amar a casi cualquiera incondicionalmente. Caroline, en cambio, aún recordaba bien el amargo aguijón de un abandono tras otro. Hannah estaba segura de que sería un proceso mucho más delicado para ella abrir su corazón de nuevo.

Hannah no debería haberse preocupado ni un ápice por tal cosa. Ciertamente, su enseñanza en Hendrick's era hacer su trabajo de la manera más profesional y sin apego emocional. Tales cosas eran solo un estorbo e inapropiadas a los ojos de sus instructores de la infancia.

Hannah encontró, por el contrario, que eran las conexiones emocionales las que realmente ayudaban a sus pupilas a crecer como seres humanos completos.

Hannah estudió al resto de la congregación mientras entraban en la capilla. Aparte de su pequeño grupo, parecía que la mayoría eran simples granjeros. Sin embargo, reconoció a algunos miembros del personal de Brighton Abbey. Su corazón se heló ante la revelación. No sabía por qué no se le había ocurrido antes.

Ciertamente, si el conde asistía a los servicios en Concordshire, también lo haría el resto de la casa. Si había una parroquia apoyada por el conde en su propiedad, ciertamente asistiría allí.

Junto con los habitantes del pueblo y los granjeros cercanos, también habría una buena cantidad de miembros del personal de Brighton Abbey en la congregación de hoy. Eso, desafortunadamente, incluiría al señor David Poole.

—Buenos días, Lord Grimshaw —canturreó una voz débil con una reverencia.

Al mirar al vicario, Hannah tuvo que adivinar que estaba cerca del final de su vida. Sin duda, era la razón por la que había un hombre más joven en la parroquia en el momento del servicio de su última institutriz.

Aunque ahora le dijeron que tanto la señorita Watts como su nuevo marido predicador habían sido trasladados de este lugar a otro sitio.

—Buenos días, doctor O'Driscoll —respondió Grimshaw con su voz profunda y autoritaria—. Permítame presentarle a nuestra nueva institutriz —añadió con un amplio gesto de la mano para que Hannah se acercara—. La señorita Hannah Jacobson.

Hannah hizo una reverencia respetuosa. Él pareció mirarla con una ceja levantada. Quizás el doctor O'Driscoll también recelaba de ella debido a las institutrices anteriores que habían estado a su servicio.

—¿Y de dónde procede usted, señorita Jacobson? —preguntó con voz temblorosa mientras juntaba las manos frente a su sencillo atuendo negro de predicador.

—Nací y me crié en Londres.

—Me lo imaginaba, ya que Lord Grimshaw solo busca a las mejores institutrices y, naturalmente, vendrán de la gran ciudad. Pero, ¿de qué parte de Londres, querida?

Ya podía ver que iba a ser evaluada por su origen. No tenía ninguno del que hablar y, aunque este hombre era un religioso, sospechaba por su mirada baja que planeaba juzgarla por ello.

—Pasé la mayor parte de mi infancia en la Escuela Preparatoria Hendrick para Señoritas. Mi tía y mi tío tuvieron la amabilidad de patrocinarme —dijo Hannah con la esperanza de eludir la pregunta.

—Ah, conozco bien esa escuela. Es uno de los pocos establecimientos de calidad que quedan —dijo ahora a modo de información para el conde—. Con demasiada frecuencia, estas escuelas se han ablandado con sus pupilas y han olvidado la necesidad de una educación adecuada en humildad y en la palabra de Dios.

Hannah hizo todo lo posible por ocultar la sombra que se cernía sobre su rostro al oír sus palabras. Ciertamente, se habían esforzado por enseñar estas dos cosas mediante palizas regulares, humillaciones y hambre.

Estaba claro que el reverendo era de la misma opinión: escatimar la bondad y apresurar la vara.

—Puedo asegurarle que fueron muy minuciosos en ambos aspectos —dijo Hannah con un sabor amargo en la boca.

El doctor O'Driscoll asintió con aprobación y emitió un gruñido áspero.

En ese momento, Hannah se dio cuenta de que el conde la estudiaba con mucha atención. Parecía estar buscando una forma de entrar en su mente. Ella apartó la mirada rápidamente, incapaz de sostener una mirada tan penetrante.

Se dirigieron a la fresca capilla por el camino de losas, pasando junto a los bancos ya ocupados por el personal y los granjeros de Brighton Abbey.

Hannah pudo ver que en la parte delantera de la capilla había asientos mucho menos ocupados. La vestimenta de las personas en estos bancos también era más refinada. Supuso que se trataba de los pocos habitantes del pueblo que tenían un nivel de vida ligeramente mejor que los que se sentaban más atrás.

Aquí los vestidos de las damas eran de mejor calidad y de colores más bonitos en comparación con sus discretas contrapartes de atrás. Sus narices también estaban claramente más altas que las de los que estaban detrás de ellas.

El conde les condujo al banco delantero y luego se hizo a un lado para permitir que las tres damas de su compañía tomaran asiento primero.

Hannah tuvo una extraña sensación de protección cuando el conde ocupó su lugar en el extremo del banco. Aún no había visto al señor Poole entre la congregación. Sin embargo, le reconfortaba estar encerrada sin posibilidad de que alguien se acercara a ella sin tener que pasar primero por Lord Grimshaw.

El sermón en sí fue bastante aburrido, como ella esperaba después de conocer al doctor O'Driscoll. Parecía tener una gran pasión por reprobar a los pecadores, y parecía encontrar que todas las mujeres encajaban en esta categoría.

Con tales opiniones sobre el sexo femenino, Hannah no pudo evitar preguntarse cómo debió de sentirse cuando su pupilo anunció su deseo de casarse con la señorita Watts.

Fue un sermón excruciantemente largo para Hannah que le recordó bastante al tiempo que pasó en Hendrick's. No pudo evitar sentirse orgullosa de las dos niñas a su lado, que se sentaban con las manos delicadamente dobladas en sus guantes blancos de encaje, con la mirada fija en el rostro del predicador.

Fue solo después del sermón, cuando el grupo del conde se levantó para marcharse, que Hannah fue especialmente consciente de todas las miradas puestas en ellos.

El conde, por su parte, no prestó atención y, en su lugar, agradeció al vicario sus palabras y luego continuó su camino, intercambiando palabras aquí y allá con varios hombres.

—¿Cuánto tiempo crees que durará esta? —Hannah oyó que una dama susurraba detrás de su mano a otra.

—Bueno, al menos no es tan bella como la última. Quizás esa sea la gracia salvadora del conde. Pobre querido, estaba tan desconsolado después de su esposa. Y luego que la última institutriz lo abandonara.

—Es un milagro que sus hijas no sean salvajes —convino la primera—. He oído que se niega a llevarlas a la ciudad para que se beneficien de los tutores. Insiste en que se queden en la residencia del condado. Se podría decir que tiene suerte de que sus hijas se comporten relativamente bien.

Ambas damas miraron en dirección a Hannah, y ella les sostuvo la mirada. No iba a ocultar el hecho de que las había oído ni a rehuir de ello.

Una de las damas tuvo la decencia de sonrojarse al verse descubierta. Sin embargo, eso no les impidió darse la vuelta y continuar su conversación en voz baja mientras salían del santuario.

Capítulo 9

—¿Es usted la nueva institutriz? —Una suave voz femenina sacó a Hannah de su escucha furtiva.

Hannah se giró para ver a una amable mujer mayor con un vestido de lino gris, limpio pero gastado.

—Sí, soy Hannah Jacobson —se presentó Hannah a la señora, sintiéndose reconfortada por la primera sonrisa amable desde que entró en la iglesia.

—¿Y ha venido desde Londres, según tengo entendido?

Hannah no pudo evitar mirar hacia abajo a la señora; era solo una cabeza más alta que Caroline. Tampoco ayudaba que tuviera una curvatura severa en la columna.

A pesar de su incómoda postura, parecía ser de un carácter muy alegre. Su cabello era blanco y su barbilla hacía juego con bigotes blancos, con sus pequeños ojos tan hundidos en su rostro redondo y regordete que casi parecían pasas incrustadas en una hogaza de pan.

Eran ojos oscuros y pequeños rodeados por oleadas de piel arrugada que contaban la historia de toda una vida. Cuando sonreía, Hannah no pudo evitar notar que también le faltaban algunos dientes.

—Sí, señora —respondió Hannah.

—Oh —la mujer desestimó a Hannah con un sonrojo—, no me llame así. Yo no soy nada de eso.

—¿Entonces cómo debo llamarla? —preguntó Hannah, encantada de hacer una amiga en esta congregación de chismosos y agoreros.

—Pues la mayoría me llama la viuda McCarthy, aunque nunca me gustó. ¿De qué sirve que te recuerden que estás sola con cada palabra que sale de la boca de alguien?

Hannah tuvo que sonreír ante su lógica.

—Seguramente no está completamente sola, ¿verdad? —preguntó Hannah, mirando alrededor de la sala en busca de alguien que quizás cuidara de la anciana señora.

—Oh, está mi hijo, Matty. Aunque está demasiado ocupado para pasar tiempo con una vieja como yo.

Hannah miró por la sala con interés. Seguramente esta dulce señora no regresaría a casa sola.

—Disculpe —dijo una voz masculina detrás de ella y Hannah se giró rápidamente—. Creo que mi madre la está molestando.

Hannah estudió la figura del caballero. Parecía tener unos veinticinco años y era bastante apuesto, además.

—No, en absoluto. Solo estábamos teniendo una conversación encantadora —Hannah se volvió hacia la señora McCarthy—. Ella ha sido un comité de bienvenida de lo más amable para mi primer servicio dominical.

—¿Es usted su hijo entonces? —preguntó Hannah—. La señora McCarthy mencionó uno. Creo que Matty, ¿no?

Él se aclaró la garganta.

—Matthew McCarthy, a su servicio, señorita...

—Señorita Hannah Jacobson.

—Señor McCarthy —retumbó una voz áspera junto a Hannah.

No se había dado cuenta, pero Lord Grimshaw había terminado su conversación y ahora aparentemente se unía a la de ellos.

—Veo que no ha perdido tiempo en trabar conocimiento con mi institutriz.

—En realidad, solo estaba aquí para recoger a mi madre. ¿Madre? —dijo, haciendo un gesto para que la anciana señora lo siguiera.

Hannah percibió algo tácito y no comprendido por ella entre los dos caballeros. Parecían mantener la mirada del otro durante varios segundos.

—Bueno, ha sido un placer conocerla, señora McCarthy —dijo Hannah, haciendo lo posible por ocultar su confusión ante la tensión entre los dos hombres.

—Venga a visitarme cuando quiera. Me encantaría tener compañía —dijo la señora McCarthy, dando unas palmaditas en la mano de Hannah mientras se alejaba arrastrando los pies hacia su hijo—. Estoy sola en mi pequeña cabaña y me alegraría mucho. Solo vaya a la tienda local y pregúntele a Matty aquí y él le mostrará el camino.

—Gracias, señora McCarthy. Es usted muy amable.

—Señorita Jacobson, debemos irnos ya —dijo Lord Grimshaw con voz exigente.

—Sí, por supuesto —dijo Hannah, vacilando solo un momento mientras veía a los McCarthy alejarse.

No era Matthew quien le interesaba tanto, sino la dulce anciana. Hannah estaba segura de que encontraría un momento en la próxima semana para ir a visitar a la señora.

—Creo que está olvidando mis condiciones —dijo Lord Grimshaw bastante bruscamente después de que todos estuvieran de nuevo sentados en el carruaje que los esperaba afuera.

—No estoy segura de a qué se refiere —replicó Hannah, sin saber si estaba más sorprendida por sus palabras o por la acusación que había detrás de ellas.

—Entonces supongo que será algo que podremos discutir esta noche después de la cena —dijo, penetrándola con sus ojos marrones oscuros.

Estaba completamente sorprendida por sus palabras, pero más aún por la severidad de su rostro. Podría jurar que durante el viaje de ida él estaba radiante de calidez y sus ojos brillaban con una dulce alegría de miel. Ahora su rostro se había oscurecido con su habitual solemnidad y sus ojos estaban tan oscuros como un pozo profundo.

—Le aseguro que no hay nada que necesite ser discutido. Simplemente estaba hablando con una anciana amable.

—Y con su joven hijo soltero —añadió Grimshaw.

Hannah abrió la boca para replicar, pero se dio cuenta de que había dos pares de grandes ojos de cierva observándolos atentamente.

Estaba segura de que este no era un tema apropiado para un viaje en carruaje frente a las dos pequeñas de Grimshaw. No estaba dispuesta a dejarse intimidar para admitir que estaba intentando coquetear con el señor McCarthy cuando ciertamente no lo estaba haciendo; ni quería faltarle el respeto al hombre discutiendo con él delante de sus hijas.

—Entonces supongo que hay un malentendido entre nosotros y una conversación adecuada podría ser aconsejable.

Grimshaw estaba más que amargado por haber encontrado a la señorita Jacobson toda sonrisas para Matthew McCarthy en su primer servicio religioso, nada menos. No estaba seguro de qué le irritaba más, que pareciera no perder tiempo en encontrar un pretendiente adecuado en el pueblo, o que hubiera mostrado su primera sonrisa sin trabas a otro.

Ahora, cuando sugirió que discutieran el asunto y lo resolvieran rápidamente, ella tuvo la audacia de fingir que no tenía idea de a qué se refería. Ahora ella afirmaba que la idea de una conversación había sido suya desde el principio.

Grimshaw no estaba acostumbrado a que le dieran la vuelta a las tornas, pero tenía la sensación de que con la señorita Jacobson en su empleo, ahora siempre tendría que estar alerta para contrarrestar sus hábiles capacidades.

La cena en compañía del conde y sus hijas fue un acontecimiento tenso esa noche de domingo. Era como si el peso de las palabras no dichas tanto por Grimshaw como por Hannah los estuviera aplastando.

Aunque Rebecca era demasiado pequeña para notar el cambio de humor y charlaba alegremente, Caroline, por otro lado, era muy consciente de ello.

La niña no dejaba de mirar nerviosamente entre su padre y la institutriz. Hannah hacía todo lo posible por dirigirle a la pequeña una sonrisa tranquilizadora siempre que podía.

Caroline tal vez intuía que algo no andaba bien, pero no podía saber exactamente qué. Hannah dudaba mucho que el conde hubiera puesto a sus hijas al tanto de las ridículas reglas que le había impuesto.

Para empeorar las cosas, parecía que el señor Poole iba a servirles la cena esa noche. Al parecer, uno de los camareros habituales había enfermado y el señor Poole se había ofrecido encantado a ocupar su lugar.

Hannah no necesitaba adivinar por qué. Se aseguró de colocarse contra la pared justo detrás de ella. Aunque había varios metros entre ellos, aún podía sentir su aliento gélido en la nuca.

Por lo visto, se encargaría de atormentarla de todas las formas posibles.

En dos ocasiones se acercó a rellenar la copa de Hannah con más jerez, aunque ni siquiera estaba a la mitad. Ella hizo todo lo posible por ignorar cómo sus ojos se desviaban hacia su pecho mientras servía la bebida.

Ahora que la comida había terminado, a Hannah le habría gustado ir a su habitación, quizás darse un baño caliente si era posible, para quitarse de encima las miradas fulminantes del señor Poole.

Pero esto no sería posible para ella. Debía reunirse con el conde en su despacho de inmediato para recibir una reprimenda sin sentido.

Más que la osadía del asunto, lo que le molestaba era el hecho de que el conde iba a acusarla de ser ligera de cascos con un hombre al que acababa de conocer en el pueblo, cuando él claramente no podía ver las miradas lascivas que recibía durante toda la comida de su propio lacayo.

De pie frente a la puerta del conde, Hannah tomó aire para darse valor y alzó ligeramente la barbilla.

En su juventud, había sido el tipo de persona dócil que le habían enseñado a ser. Eso le había valido el desastre con el barón Edgley. Se prometió a sí misma que nunca volvería a cometer ese error.

Estaba segura de que en cuanto entrara en ese despacho, se enfrentaría a la imponente figura de lord Grimshaw y a sus palabras atronadoras. Intentaría intimidarla, pero ella no lo permitiría.

Llamó con fuerza para dejar claras sus intenciones y, en cuanto le permitieron entrar, abrió la puerta de golpe y entró con paso decidido y la cabeza bien alta.

—Lord Grimshaw, antes de que hable —dijo Hannah, colocándose justo delante del escritorio donde él estaba sentado—, debo informarle de que se ha equivocado gravemente en sus acusaciones.

Grimshaw parpadeó una vez antes de relajarse en su sillón de respaldo alto, entrelazando los dedos y sonriendo ligeramente.

—Bien, entonces —dijo con aire arrogante—, por favor, ilústreme.

—Acababa de conocer a una amable viuda, que parecía muy sola, debo añadir, y con gran necesidad de bondad cristiana y conversación cuando su hijo vino a buscarla. No había hablado más que para presentarnos al hombre antes de que usted irrumpiera en la conversación.

Dejó escapar un largo suspiro, sin darse cuenta de que lo había estado conteniendo durante todo su discurso ensayado.

—Ya veo —dijo él después de dejarla hablar con toda la calma y el decoro propios de un hombre de su rango—. ¿Y el hecho de que esta amable viuda resultara ser la madre del soltero más codiciado de Concordshire es de poca importancia?

—Como he dicho, no sabría nada de eso, ya que apenas intercambiamos nuestros nombres.

—Una coincidencia muy fortuita, sin embargo, que fuera el hombre con el que la vi hablando.

Hannah abrió la boca para replicar, pero él levantó la mano para hacerla callar.

—El caso es que la primera institutriz me pilló desprevenido. Ya no es así. Soy muy consciente de que las damas de su condición solo buscan utilizar mi empleo y hospitalidad como medio para conseguir, digamos, un acuerdo diferente. Por el bien de mis hijas, no permitiré tales motivos astutos mientras esté empleada bajo mi techo.

Las manos de Hannah volaron a sus caderas.

—¡Cómo se atreve a suponer que sabe algo sobre mí! No he hecho nada impropio de una dama y no permitiré que me acuse de tal cosa. Sin embargo, puedo asegurarle que he aceptado este puesto con el único propósito de educar a sus hijas, sin ningún motivo oculto.

—Bien. Me alegra mucho oír eso —dijo Grimshaw con una sonrisa severa en el rostro.

Estaba orgulloso de haberla superado en astucia esta vez. Ella, sin saberlo, había dicho exactamente las palabras a las que él la había conducido.

—Siendo ese el caso, entonces no debería haber objeciones a mis normas ni motivo alguno para que vuelva a encontrarse conversando con Matthew McCarthy.

Hannah cambió el peso de un pie a otro varias veces. No podía estar en desacuerdo con su declaración después de afirmar que su único interés eran las niñas. Sin embargo, al mismo tiempo, no le agradaba especialmente aceptar condiciones que implicaran que le dijeran con quién podía y con quién no podía hablar.

No había nada que hacer al respecto, sin embargo. Así que, dejando caer los brazos a los costados, simplemente asintió en señal de comprensión.

—Maravilloso —dijo Grimshaw, poniéndose de pie—. Entonces creo que puedo desearle buenas noches.

Hannah vaciló. Estaba tan segura de que iba a tener esta discusión bajo su control, pero parecía habérsele escapado de las manos. Sin nada más que hacer al respecto, hizo una reverencia y le devolvió el saludo nocturno antes de abandonar la habitación.

Grimshaw esperó a que la señorita Jacobson saliera del despacho antes de volver a sentarse en su silla. ¿Habría sido ella consciente también del juego de ingenio que acababan de jugar?

No pudo evitar sonreír para sus adentros, pues esta ronda la había ganado él. Tampoco pudo evitar sentir admiración por el coraje y la tenacidad de la joven. Desde luego, no era lo que habría esperado del Colegio Preparatorio Hendrick.

Cuando se enteró por primera vez de su educación, esperaba que fuera una criatura aburrida y tímida como la que siempre se inculcaba a todas las chicas que salían de ese lugar. Había parecido serlo en ese primer encuentro, pero Grimshaw empezaba a descubrir que bajo su cofia había una marimacho de la que quizá ni ella misma era consciente.

Capítulo 10

En las siguientes semanas, Hannah estaba feliz de decir que había caído en una rutina muy regular. Esa rutina incluía mañanas educando a las niñas en temas académicos, luego almorzaban con Abigail, su niñera. Después del almuerzo, Hannah las instruía en varias lecciones de comportamiento y etiqueta o las llevaba a pasear por los jardines.

El clima se estaba volviendo tan agradable con la maduración de la primavera que su tiempo al aire libre se estaba volviendo bastante habitual.

La pequeña Lady Rebecca había florecido ante los ojos de Hannah. Cada momento que Hannah compartía en la vida de esa niña parecía ser mágicamente alegre.

Lady Caroline, por otro lado, todavía dudaba en dejar entrar a Hannah, y ella luchaba por encontrar el punto débil en su armadura.

—¿Podemos ir a visitar a Padre en el ala oeste esta tarde? —preguntó Lady Rebecca con un profundo suspiro mientras dejaba su pluma por un momento.

—¡Oh, sí! —dijo Lady Caroline, animándose al instante—. ¿Dirás que nos permitirás ir?

Hannah no había oído hablar del ala oeste desde los primeros días de su llegada.

—¿Qué tiene de emocionante esa zona? —preguntó Hannah a las niñas.

—Hay montones de piedras desmoronadas para escalar, y podemos escondernos entre los arbolitos mientras Padre trabaja —intervino Rebecca.

—¿Trabaja?

—Lo está reconstruyendo —le informó Lady Caroline.

—Ya veo. ¿Y normalmente irían a visitarlo allí después de sus lecciones matutinas? Me temo que suena peligroso.

—No es nada peligroso con Padre allí —dijo Lady Caroline con emoción brillando en sus ojos oscuros—. Ha pasado tanto tiempo desde que hemos ido. Di que nos dejarás ir. Deseo ver lo que

Padre ha hecho.

Aunque Hannah dudó en llevar a las niñas a un área de la casa que parecía estar en mal estado, también parecía ser muy importante para Lady Caroline.

—Bueno, ambas lo han hecho sonar demasiado tentador como para que yo no quiera llevarlas y verlo por mí misma. Si ambas hacen un muy buen trabajo en sus bordados mientras leemos, entonces no veo razón por la que no debamos ir.

Mientras Hannah se sentaba en la silla junto al fuego leyendo mitología griega a las niñas, tuvo que admitir que nunca había visto a Lady Caroline tan dedicada a su trabajo de bordado.

Quizás hacer estos viajes al ala oeste era justo la aventura que Lady Caroline estaba buscando, y ser quien lo ofreciera podría finalmente abrir el corazón de la niña a Hannah.

Pasearon por los pasillos y corredores desde las habitaciones que Hannah conocía en el ala este, a través de la sección principal de la casa. Y subieron por un conjunto de escaleras majestuosas que Hannah nunca había recorrido antes.

En la cima, estaba claro que esta parte de la casa no era habitable simplemente por la brisa que podía sentir.

La escalera conducía a un largo pasillo con ventanas cada pocos pies. A través de los cristales, Hannah vislumbró los restos del ala.

Había puertas a lo largo del pasillo, sin duda todas conducían a lo que solían ser habitaciones. Ahora todas estaban cerradas con llave, ya que atravesar una llevaría a una larga caída al piso de abajo.

Todo lo que quedaba del ala eran los muros de piedra que la delimitaban. Todo el interior no era más que un piso desnudo con pequeños arbolitos creciendo.

Gran parte del techo también parecía faltar por la luz que brillaba en varios rayos.

Cuando llegaron al final del pasillo, Hannah pudo oír el sonido de hombres trabajando cada vez más fuerte. Finalmente, llegaron a la última puerta que estaba realmente abierta.

Saliendo de su marco había una larga pasarela de madera que se alzaba sobre pilotes para flotar sobre el suelo.

Las niñas pisaron esta pasarela sin la más mínima vacilación. Hannah, por otro lado, tenía mucha más reserva.

—Niñas, no sé si eso es del todo seguro. Tampoco quisiera que se interpusieran en el camino de nadie —añadió, mirando a varios hombres que caminaban de un lado a otro mientras trabajaban en esta parte del muro exterior con piedras pesadas y mortero.

—Lo hacemos todo el tiempo —dijo Caroline antes de levantar sus faldas y correr por la pasarela.

—Ey, ¿quién dejó sueltas a estas salvajes? —llamó una voz profunda, un hombre que se puso de pie y atrapó a una niña en cada brazo.

Ambas niñas rieron felizmente mientras eran envueltas en el fuerte abrazo de su padre.

Hannah acababa de pisar la tabla cuando escuchó la llamada. Él se levantó completamente para quedarse quieto con un brazo sucio envuelto alrededor de cada niña.

Estaba tan sorprendido de ver a Hannah como ella lo estaba de mirar su pecho desnudo. Estaba brillando de sudor y cubierto con la suciedad que salía de las piedras.

Hannah nunca había imaginado cuando las niñas habían dicho que su padre estaría en el ala oeste que él estaría realmente usando sus propias manos para reconstruirla.

Al ver a la dama, rápidamente se dio la vuelta y agarró su camisa por decoro. No era el único hombre que hacía el trabajo extenuante sin una cubierta superior, pero era el único que hacía que Hannah no pudiera recuperar el aliento.

—No pretendíamos molestarle, Lord Grimshaw —dijo Hannah cuando finalmente recuperó la compostura después de la imagen de su marco perfectamente esculpido—. Las damas pidieron venir de visita, pero ahora puedo ver que está muy ocupado.

—Está bien —dijo con una suave sonrisa. Miró a sus niñas—. Id a ver el suelo. Creo que un petirrojo ha construido un nido en uno de los arbolitos más grandes —dijo con alegría en sus ojos.

Ambas niñas chillaron de deleite antes de correr alrededor de su padre y más allá por la pasarela hasta una escalera. Una por una bajaron la escalera con sus finos vestidos.

—Oh, por favor, tengan cuidado —dijo Hannah con preocupación, dando unos pasos más hacia adelante.

Grimshaw agarró un trapo para quitarse algo de la suciedad de las manos y el sudor de la frente.

—Están bien —dijo con un gesto—. Antes de que llegaras, pasaban todas las tardes correteando por esta parte de la finca.

—Su progreso se ve asombroso —comentó Hannah, viendo una oportunidad para desviar la conversación del brillo en los antebrazos de Lord Grimshaw.

Él miró alrededor y admiró el gran espacio por sí mismo.

—Llevó bastante tiempo solo quitar todos los escombros. Ahora que lo hemos terminado, construiremos los exteriores y luego el techo. Después de eso, podré comenzar con el interior.

—Suena como toda una empresa.

—Lo está haciendo por mamá —exclamó Rebecca con orgullo desde la planta baja.

Lord Grimshaw sonrió nerviosamente.

—Sí, siempre le prometí a mi esposa, quiero decir, a mi difunta esposa, que lo haría. Simplemente nunca llegué a hacerlo.

Su tono estaba lleno de pesar.

—¿Qué le pasó? —preguntó Hannah, esperando mantenerlo alejado de pensamientos tristes.

—Un incendio —dijo él—. Puedes ver allí —señaló el borde de la piedra desmoronada—, donde parte de ella todavía está ennegrecida.

—¿Fue así como... —Hannah se detuvo, preguntándose si debería terminar esa frase.

—No —respondió Grimshaw, entendiendo su significado—. En realidad, se incendió antes de que yo naciera. Mi padre simplemente nunca se ocupó de reconstruirlo. Siempre dije que lo haría, pero entonces ella enfermó y...

—¿Fue una enfermedad entonces? —preguntó Hannah, sabiendo que no debería entrometerse pero sin poder evitarlo.

—Sí —respondió con la mirada perdida en un lugar lejano. Volvió al presente—. Siempre estuvo débil después —los ojos de Grimshaw se dirigieron hacia Rebecca—. Luego llegó la difteria a estas partes.

—Lo siento mucho por su pérdida —dijo Hannah con todo su ser.

Era fácil ver cuánto el conde extrañaba a su esposa y aún sufría por su ausencia.

—Bueno —dijo, volviendo su mirada a la habitación nuevamente para luchar contra la emoción que se gestaba—. Le prometí un ala oeste y pienso cumplirlo, sin importar cuánto tiempo me lleve.

—Estoy segura de que ella está muy agradecida contigo por ello.

***

La mente de Hannah estaba distraída al día siguiente mientras reproducía la imagen de Lord Grimshaw de pie frente a ella con el pecho desnudo.

Si era honesta consigo misma, había despertado algo profundo en su interior que no estaba segura de haber sentido antes.

Aunque las niñas habían pedido volver otra vez, tuvo que declinar el viaje; no solo porque no estaba segura de si podría manejar ver al conde en tal estado nuevamente sin desmayarse, sino también porque tenía otra salida planeada para el día.

Le había prometido a Lord Grimshaw que no entablaría conversación con Matthew McCarthy, pero se había asegurado de que todavía hubiera un resquicio legal en este acuerdo verbal.

Lord Grimshaw no había hecho ninguna petición de que no se correspondiera o incluso se reuniera con la señora McCarthy, y Hannah se había asegurado de no mencionar la idea al conde.

En cambio, envió una carta con el primer sirviente que iba al pueblo el lunes después de su primer servicio en la iglesia. Desde entonces había mantenido correspondencia regular con la señora McCarthy.

Ella era, en efecto, una mujer solitaria. Aunque hablaba con cariño de su hijo, parecía que él no venía a verla muy a menudo. La mayor parte del tiempo se quedaba sola cuidándose en la casa que su marido construyó hace cincuenta años.

Aparentemente, tenía una camada muy saludable de gatos que le hacían compañía, y gran parte de sus cartas estaban llenas de relatos de sus travesuras.

Hannah finalmente había decidido aceptar la invitación de la señora McCarthy para tomar el té. La viuda también tuvo la amabilidad de invitar a las dos jóvenes damas.

Hannah vio esto como una oportunidad perfecta no solo para visitar a la señora en persona, sino también para dar a las niñas la oportunidad de practicar su etiqueta del té.

No estaba segura de si el conde estaría de acuerdo con su lógica, razón por la cual no le dijo nada al respecto. De hecho, no les dijo nada a las niñas hasta después de su comida del mediodía el día en cuestión.

Rebecca siempre estaba feliz de hablar y tenía muchas dificultades para guardar cualquier información para sí misma, por trivial que fuera. Hannah no quería arriesgarse a que Lady Rebecca le soltara la información a su padre y que todo el asunto fuera prohibido.

—Tomaremos el carro para ir al pueblo esta tarde —informó Hannah a sus alumnas.

Ambas niñas se animaron con emoción.

—Habéis sido formalmente invitadas a tomar el té en la casa de la señora Joanna McCarthy.

—¡Oh! ¿Podremos usar nuestros guantes y sombreros de domingo y tomar el té como damas apropiadas? —preguntó Rebecca emocionada.

—Por supuesto —animó Hannah.

—Pero, ¿por qué vamos en carro y no en el carruaje? Padre nunca nos ha llevado al pueblo en carro.

—Bueno, pensé que como es un día agradable, sería un buen momento para dejar que la brisa sople contra vuestras hermosas mejillas —dijo Hannah, acariciando las de Rebecca y haciéndola reír.

La verdadera razón era que Hannah podía conducir un pequeño carro por su cuenta. Si necesitara usar el carruaje, seguramente tendría que pedírselo a Lord Grimshaw.

Las niñas no pensaron nada de su razonamiento y se sentaron felizmente en el carro mientras Hannah las llevaba al pueblo.

Solo había una parada que realmente ponía nerviosa a Hannah. Tendría que detenerse primero en la tienda local para preguntar por las direcciones de la casa de la señora McCarthy.

Había dado su palabra de que no volvería a hablar con el señor McCarthy y no la rompería, siempre y cuando fuera apropiado.

Afortunadamente, cuando llegaron, Hannah descubrió que el negocio era grande y había varios jóvenes trabajando detrás del mostrador.

Hannah llevó a las niñas adentro y con sus ganancias hasta el momento les compró a cada una un bastón de menta para guardar para más tarde y le preguntó al joven en el mostrador cómo llegar.

De nuevo, estaban en el carro y en camino, y Hannah estaba feliz de haber mantenido intacta su promesa. De hecho, podía decir con seguridad que ni siquiera había visto al señor McCarthy.

Tampoco es que quisiera hacerlo. Aunque la señora McCarthy hablaba de su hijo con amor y admiración en sus cartas, Hannah no sentía lo mismo. ¿Qué clase de hijo dejaría a su madre completamente sola y no la visitaría durante largos períodos de tiempo?

Finalmente, llegaron a la casa y la señora McCarthy estaba en su pequeño jardín esperando para recibirlas. Ambas niñas saltaron del carro emocionadas y se pararon frente a la señora, sus rizos castaños rebotando con cada paso.

—Señora McCarthy, ha sido muy amable de su parte invitarnos —dijo Hannah cuando alcanzó al resto del grupo—. Permítame presentarle a Lady Caroline Grimshaw y Lady Rebecca.

—Vaya, creo que sois dos de las jovencitas más encantadoras que jamás han visto mis ojos —dijo la señora McCarthy, mirándolas con sus pequeños ojos negros como perlas.

—Gracias, señora —dijeron ambas niñas con una reverencia al unísono.

—Oh, si vuestra institutriz lo permite, debéis llamarme Abuelita. Me temo que mi Matty no tendrá hijos hasta que yo ya no esté en este mundo. Anhelo tanto escuchar a un niño llamarme así.

Ambas niñas miraron a su institutriz, quien no vio ningún inconveniente y asintió afirmativamente.

—Pasad, pasad —dijo la Abuelita con una amplia sonrisa y un gesto de su brazo envejecido.

—Puedo oír la tetera silbando ya.

Capítulo 11

Apesar de su edad, Hannah pronto descubrió que las facultades de la señora McCarthy no se habían atenuado en lo más mínimo. De hecho, parecía todo lo contrario.

La tetera, efectivamente, silbó justo después de que entraran en la pequeña y limpia cabaña. No era más que una sala de estar con una chimenea y una cocina detrás. Una estrecha escalera conducía a un desván que Hannah supuso que servía de dormitorio.

Cubriendo cada pared visible había hermosísimas pinturas y dibujos. En un rincón de la sala de estar había un caballete y las herramientas del oficio.

—¿Es usted pintora, señora McCarthy? —preguntó Hannah después de que se sentaran alrededor de una pequeña mesa redonda con una bandeja de té.

—Dableo un poco —dijo ella humildemente mientras vertía el agua caliente en la tetera de cerámica.

—Por el aspecto de esta habitación, yo diría que hace mucho más que dablear. Estas obras parecen exquisitas.

—Se lo agradezco, querida —dijo antes de sentarse lentamente en la última silla disponible.

—¿Puedo servirlo yo, abuelita? —preguntó Caroline, esperando tener la oportunidad de mostrar su habilidad.

—Oh, eso estaría muy bien —dijo la señora McCarthy con una amplia sonrisa que ocultaba aún más sus pequeños ojos tras sus redondas mejillas.

Caroline se puso manos a la obra. La habitación quedó en silencio por un momento mientras todos los ojos observaban: Hannah con anticipación por la educación duramente ganada de su alumna, Rebecca en un estudio astuto por si surgía su propia oportunidad, y la señora McCarthy por el puro disfrute de la compañía.

—Lo has hecho muy bien —dijo la señora McCarthy cuando Caroline terminó de servir la última taza y dio un suspiro de satisfacción por no haber derramado ni una gota.

Pasaron la tarde charlando alegremente mientras tomaban el té. La señora McCarthy fue lo suficientemente amable como para encontrar siempre una oportunidad de incluir a las niñas en la conversación.

Hannah no pudo evitar sentirse orgullosa de las respuestas educadas y el comportamiento apropiado de las niñas.

Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde, una tristeza empezó a cubrir a Hannah. Había sido una tarde muy agradable, pero era solo una.

Estaba segura, por la cantidad de obras de arte en las paredes, de que la señora McCarthy pasaba casi todo su tiempo en soledad. Una tarde no era suficiente.

—Me pregunto, señora McCarthy, su mano es tan hábil con el pincel, ¿alguna vez ha compartido sus conocimientos con otros? Como profesora, quiero decir.

—No puedo decir que haya mucha gente por aquí buscando clases de acuarela y cosas así —respondió con una sonrisa.

—Bueno, se me ha encargado que me asegure de que las niñas Grimshaw se eduquen como señoritas completas. Seguramente eso incluye que se familiaricen con el arte. Yo no soy ni de lejos tan hábil como usted. Me pregunto si estaría dispuesta a darles clases.

Ambas niñas se enderezaron en sus sillas y sus ojos se iluminaron ante la perspectiva.

—Estaría encantada de compensarla por su tiempo —añadió Hannah para rematar.

—Oh, ni lo sueñe —rechazó con un gesto—. No estoy segura de cuánto puedo enseñar, pero no negaré la oportunidad de ver a estas encantadoras damas de nuevo.

Se fijó la hora para las visitas semanales por la tarde y, aunque la señora McCarthy se negaba, aceptó a regañadientes algunas monedas del monedero de Hannah.

—Es al menos lo suficiente para cubrir el coste de los materiales. No me perdonaría que usted cargara con ese gasto.

Se estaba haciendo tarde, lamentablemente, y con reluctancia, el trío se despidió de su nueva amiga antes de subir a su carro.

—¿Sabéis qué podría ser divertido? —dijo Hannah a las niñas después de llegar al borde del pueblo—. Mantengamos en secreto nuestras visitas a la abuelita de vuestro padre.

—¿Un secreto? ¿Por qué? —preguntó la curiosa Rebecca.

—Bueno —pensó Hannah lentamente—. Así, mientras practiquéis y mejoréis, él no se dará cuenta, pero cuando realmente hayáis dominado la habilidad y tengáis una obra maestra que

mostrar, pensad qué sorprendido estará al verla.

—Podríamos hacerlo como un regalo para padre —convino Rebecca.

—Exactamente. ¿Qué os parece? ¿Sería una idea encantadora para vuestro padre?

Estaba esperando que Caroline estuviera de acuerdo. Rebecca podría ser la charlatana, pero Caroline era sin duda la que mandaba. A menudo Rebecca se remitía al juicio de su hermana mayor. Si Hannah tenía alguna esperanza de ganarse a las niñas, sería a través de Lady Caroline.

—Creo que a padre le gustaría. Quizás termine el ala oeste y ponga nuestras pinturas allí —añadió.

—Oh, eso sería maravilloso —asintió Hannah con un suspiro de alivio.

Sintió una punzada de culpabilidad en lo más profundo de su ser por haber embaucado a las niñas en una especie de engaño contra su padre. Intentó decirse a sí misma que era solo para salvar al conde de su propia ira.

Seguramente desaprobaría sus viajes para ver a la señora McCarthy debido a su hijo elegible. Nunca entendería que Matthew McCarthy tendría tantas posibilidades de encontrarse con ellas en casa de su madre como de atrapar una estrella con la mano.

Podría ser engañoso y deshonesto, pero era por una buena causa. Le harían compañía a una dama que la necesitaba desesperadamente. También, con suerte, llenaría un poco más sus bolsillos.

Hannah ni siquiera dudó cuando dio de su propio dinero para hacerlo. Sí, eso significaría enviar menos a su familia en Londres. Aun así, valía la pena si eso significaba ver la casa de la señora McCarthy un poco menos vacía de lo necesario.

El mes siguiente fue uno de los más agradables que Hannah había tenido en mucho tiempo. Incluso con el dinero que le daba a la señora McCarthy, aún tenía una buena cantidad para enviar a sus padres y hermanos que seguían en casa.

Sabía que su madre apreciaba cualquier pequeña ayuda que Hannah pudiera dar. También sentía la obligación de hacerlo. Aunque la oportunidad que le brindaban sus tíos no era lo que ella habría elegido para sí misma, si hubiera tenido la opción, era una oportunidad mucho mayor que la que tendría cualquiera de sus otros hermanos.

Quizás si uno de sus hermanos tuviera suerte, podría conseguir un aprendizaje. Lo más probable es que sus cuatro hermanos terminarían trabajando en los muelles cargando y descargando mercancías de los barcos como su padre.

Sus seis hermanas, incluida la bebé que su madre acababa de dar a luz, lo tendrían mucho más difícil que los chicos. No habían recibido más educación que la que su madre podía leerles de la

Biblia. Tendrían muy pocas perspectivas en la vida más que casarse con un hombre pobre del puerto y vivir la dura vida de los padres de Hannah una vez más.

Hannah Jacobson se había librado de esa vida solo porque dio la casualidad de que era la primogénita. Aunque algunos podrían haber visto como una carga la perspectiva de enviar salarios a casa, ella estaba más que contenta de hacerlo.

De todos modos, no tenía mucho uso para ellos en Brighton Abbey. Por supuesto, estaban los pequeños artículos que compraba en la tienda del pueblo, todo a través de Mary, pero aparte de eso no le faltaba nada.

Tenía una cama caliente, comida más que adecuada para comer y el simple placer de un fuego cálido si alguna vez lo deseaba. Todas cosas que no habían sido la norma para ella hasta este momento.

Las chicas realmente estaban floreciendo a medida que se acostumbraban más a la presencia de Hannah. Incluso Lady Caroline parecía aceptarla más.

Gran parte de esta nueva aceptación se debía a sus viajes semanales al pueblo. Lady Caroline se había unido a la abuela, como ahora la llamaban cariñosamente todas ellas, de una manera que ni Hannah ni Lady Rebecca lo habían hecho.

Ambas tenían un hilo tácito que las unía. La abuela, por supuesto, amaba la compañía de todas las chicas, pero en Lady Caroline veía un reflejo de su yo más joven.

A menudo, después de su lección, la abuela las invitaba a quedarse más tiempo para una visita. Rebecca aprovechaba el tiempo para acariciar a uno de los gatos de la abuela o jugar al té con una muñeca que traía consigo.

Caroline, por otro lado, se tomaba muy en serio su obra de arte. Incluso después de que la lección hubiera terminado, no se quedaba satisfecha con detener su mano. Durante otra hora más o menos, la abuela se sentaba junto a Lady Caroline mientras trabajaba y le daba palabras de aprobación o sugerencias de mejora.

En ese momento, ambas chicas habían trabajado primero en sus habilidades de dibujo y ahora habían pasado a las acuarelas. Hannah nunca se había considerado una mala profesora de arte, pero estaba inmensamente agradecida de que las chicas tuvieran una maestra tan superior que solo podía venir con años de experiencia.

Fue en una tarde así que llegó un invitado inesperado.

—¿Qué es todo esto? —retumbó una voz masculina al entrar en la pequeña cabaña sin siquiera llamar.

Las cuatro damas se volvieron sorprendidas, pero solo la abuela habló.

—Oh, Matty, ¿has venido a verme entonces? ¿Recuerdas a la señorita Jacobson, verdad? Te conté cómo ha estado trayendo a estas finas damas para que estudien conmigo —dijo, levantándose con dificultad de su asiento junto a Lady Caroline y acercándose para hacerlo entrar en la habitación.

Matthew McCarthy dudó un momento. Sabía del arreglo de las lecciones de arte, pero no había prestado mucha atención a lo que su madre decía. Nunca había soñado que caminaría en medio de una.

—Bueno, no quiero molestar —dijo, vacilando en la puerta, aunque sus ojos se posaron en Hannah y vaciló aún más.

Aunque todavía llevaba su gorro de algodón, había dejado de usar las gafas que le cubrían la mayor parte del rostro. Cuando los ojos del señor McCarthy se encontraron con los suyos, ella no pudo evitar apartar la mirada tímidamente.

El efecto de sus mejillas sonrosadas con dulces hoyuelos y sus ojos azul oscuro realzados por la luz que entraba por el asiento de la ventana donde estaba sentada era de lo más embriagador.

—No quiero oír hablar de eso, Matty —dijo la abuela—. Ven y siéntate. Lady Rebecca aquí puede servirte una buena taza de té. Por supuesto, si es que su muñeca acepta la compañía.

—La señorita Jacobson estaría muy agradecida por ello —continuó la abuela, mirando a Hannah.

—Sí —tartamudeó Hannah como si fuera una señal—, venga y únase a nosotras. La lección ha terminado, así que no estará molestando nada.

Había pronunciado sus palabras solo a medias. No podía decir lo contrario; sería demasiado grosero. Sin embargo, tomar el té con un hombre al que le había prometido al conde que no vería le pesaba en la conciencia.

El señor McCarthy estaba todo sonrisas cuando escuchó el aliento de Hannah y entró completamente en la habitación y dejó el saco de arpillera que llevaba en las manos.

—¿Son patatas para mí? —preguntó la abuela.

—Sí —dijo él, aunque su atención estaba completamente en otra parte.

—Entonces las llevaré a la cocina —dijo la abuela, empezando a levantar el gran saco de verduras. Para sorpresa de Hannah, el señor McCarthy no se ofreció a ayudar.

—Nada de eso, abuela —dijo, poniéndose rápidamente de pie—. Eso es demasiado pesado para usted. Déjeme llevarlo —añadió Hannah, recogiendo el saco sin siquiera mirar al señor McCarthy.

No le importaba si era ella o él quien salía de la habitación, pero uno de los dos necesitaba hacerlo. Cada segundo que pasaba en su presencia, temía que el conde se enterara y qué reprimenda vendría por ello.

Capítulo 12

Hannah había temido que una de las niñas dejara escapar que estuvieron en casa de la abuela ese día, o peor aún, que hubiera habido un invitado adicional. Después de la primera cena sin incidentes, se sintió más aliviada.

Las niñas habían mantenido su promesa de guardar silencio sobre el asunto hasta que terminaran su retrato en acuarela. Esto significaba que se acababa el tiempo para que Hannah asegurara al conde que era perfectamente capaz de ir a la ciudad y que, además, era digna de confianza.

También temía que, dada la proximidad a la aparición del señor McCarthy, cuando llegara el momento, Lady Rebecca mencionara tal hecho. El conde nunca confiaría en ella si eso ocurriera.

Sentía que, aparte del peso de su secreto guardado, las cosas con el conde iban por buen camino. Se mantenía ocupada en su tiempo libre y él a menudo estaba absorto en su trabajo en el ala oeste. Solo se veían durante la cena y los servicios dominicales.

Afortunadamente, era fácil mantener a ambas niñas hablando durante la comida, de modo que no pasaba mucho entre ella y el conde. Ya no le temía como aquella primera mañana en la oficina del abogado, pero tampoco se sentía lo suficientemente cómoda como para hablarle si podía evitarlo.

En general, sentía que había encontrado una buena relación laboral con Lord Grimshaw. Se sentía aliviada por este hecho y esperaba que significara que este podría ser un empleo estable para ella, a diferencia del anterior.

Por supuesto, la carta salvaje en esa esperanza era el señor Poole. Aunque había hecho notar su presencia de vez en cuando, en su mayor parte lo veía poco. A menudo solo era de paso o sirviendo en las comidas, lo que no le daba muchas oportunidades de acosarla.

Estaba segura de que si se mantenía alejada de él, pronto se aburriría de ella. Después de todo, los hombres parecían disfrutar más de la persecución que ella. Si no había persecución para él, estaba segura de que abandonaría la cacería por completo.

Fue en una cálida tarde de verano cuando Hannah se encontró en el jardín intentando enseñar a las niñas el juego del Battledore y Shuttlecock.

Cada niña se turnaba para jugar con Hannah mientras sostenían sus pequeñas raquetas de battledore y hacían lo mejor posible para golpear el volante de corcho y plumas de un lado a otro sin dejarlo caer.

Después de varias rotaciones, entre el calor del sol y correr para golpear un volante mal dirigido, Hannah tenía las mejillas sonrosadas.

Estaba segura de que no había nadie más alrededor cuando se quitó el sombrero y la cofia. Podía sentir sus mechones cayendo del apretado moño, pero no le importaba mucho debido a la diversión que estaba teniendo.

—Oh, mis queridas —dijo Hannah después de una buena ronda con Lady Caroline en la que cada dama pudo golpear el volante cuatro veces—, creo que necesito un descanso. ¿Por qué no practican ustedes dos juntas?

Las niñas estuvieron encantadas de complacer y rápidamente se pusieron a golpear el volante de un lado a otro mientras Hannah iba a descansar bajo la sombra de un gran árbol.

Quitándose el fichú, se secó el sudor que se había acumulado alrededor de su línea del cabello. Intentó volver a sujetar los mechones dorados rebeldes, pero fue inútil, así que simplemente se quitó todas las horquillas.

Una suave brisa soplaba de vez en cuando y se sentía bien dejarla fluir a través de su cabello y refrescar la humedad de su cuello.

Sentada en la hierba bajo el árbol, cerró los ojos y escuchó el alegre sonido de las niñas jugando. No era uno que hubiera escuchado en su propia infancia y más bien lo saboreaba.

Alcanzó un libro que había dejado con una cesta de meriendas y una manta. Apoyándose contra el tronco del árbol, Hannah se acomodó para leer un poco mientras las niñas seguían disfrutando del calor del sol y del juego.

Lord Grimshaw había estado trabajando duro en el ala oeste, ocupándose de las últimas paredes exteriores antes de pasar al techo.

Era un trabajo agotador y lento, ya que cada piedra tenía que ser ajustada y colocada. Odiaba admitir que era lo que más le gustaba de ello.

Lamentaba profundamente no haber completado la tarea prometida antes de la muerte de su esposa, pero uno siempre piensa que hay tiempo suficiente hasta que todo se acaba.

Solo se distrajo momentáneamente por el sonido de las niñas en el jardín. Desde su posición en el andamio, podía ver sus figuras saliendo de la casa hacia el jardín trasero, donde la señorita Jacobson procedió a enseñarles un juego.

Sonrió para sí mismo mientras escuchaba el sonido de las tres riendo entre los silbidos de las raquetas.

Sebastian Grimshaw terminó su tarde agradablemente entretenido por los sonidos de su diversión, así como por momentos de estudio secreto de su juego. Su felicidad era contagiosa y la captó hasta en su elevada posición en la casa.

—Señorita Jacobson, Caroline no me deja tener un turno para empezar —Grimshaw escuchó quejarse a su hija menor.

Habían estado fuera durante varias horas y sospechaba que estaba cansada y malhumorada.

—Vengan, tomemos todas un descanso por un rato —escuchó la respuesta de la señorita Jacobson—. Tengo unos bollos de pasas de la cocina y les leeré un poco.

Grimshaw se apartó de su pared, y la vista que tenía ante él le cortó la respiración. Allí, saliendo de la sombra del árbol, estaba una diosa griega. Caminaba lentamente hacia el borde del follaje y extendía una manta donde las niñas se sentaron felizmente y seleccionaron artículos de una cesta que ella había traído sabiamente.

La señorita Jacobson tomó su propio lugar, dejando que su vestido se acomodara a su alrededor. Su cabello dorado era como miel fluyendo por su espalda, y con delicadeza, abrió su libro y comenzó a leer.

Su voz era demasiado suave para distinguir todas las palabras, pero la imagen ante él era una que no estaba seguro de estar preparado para ver.

Allí en la manta estaba Caroline recogiendo y atando algunas flores silvestres mientras Rebecca yacía de espaldas mirando las nubes que pasaban.

La señorita Jacobson leía de manera animada, a veces incluso moviendo su brazo libre mientras declamaba las líneas. Era una imagen perfecta de una familia. Lo llenaba de tanta alegría y le dolía el corazón al mismo tiempo.

***

—Ahí están —llamó la voz de Abigail, captando la atención de las tres chicas.

—Ya casi es hora de la cena. Deben entrar y cambiarse —añadió.

—Oh, tiene razón —dijo Hannah al ver la hora en su reloj—. Perdóneme por retenerlas tanto tiempo. Nos distrajimos haciendo pequeñas coronas de nomeolvides.

Ambas niñas mostraron sus obras a su niñera antes de colocárselas en la cabeza.

—Creo que la mía es la mejor —dijo Caroline.

—Eso no es cierto. La mía es igual de buena, ¿verdad, Abigail?

Abigail miró a Hannah en busca de ayuda en esta discusión. Hannah simplemente se encogió de hombros, indicando que no tomaría partido en el asunto.

Abigail aseguró a Rebecca que ambas tenían coronas preciosas antes de meterlas en la casa con un gesto de despedida hacia su institutriz.

Hannah se puso a sacudir las migas de la manta, así como las flores sobrantes descartadas, y a doblarla para llevarla adentro. También tendría que refrescarse y prepararse para la cena.

Estaba tarareando suavemente para sí misma, pensando en lo perfecto que había sido el día cuando dobló una esquina de la casa. Una mano áspera la agarró por el brazo y la hizo girar bruscamente alrededor de la esquina, empujándola contra el frío muro de piedra.

La conmoción por sí sola le quitó el aliento e hizo que dejara caer sus pertenencias.

—Malvada embaucadora —dijo la voz del señor Poole en un gruñido bajo.

—Señor Poole —las palabras de Hannah salieron más como un suspiro—. ¿Qué significa esto? ¡Quite sus manos de mí ahora mismo!

Ahora le estaba sujetando ambos brazos y la tenía inmovilizada contra la pared sin posibilidad de escape.

—Es usted toda una tentadora —gruñó de nuevo, ignorando sus forcejeos.

—No tengo ni idea de lo que está hablando, señor Poole —replicó Hannah con toda la ira que pudo reunir a través del miedo.

Él soltó un brazo y con su mano agarró un mechón de cabello dorado, retorciéndolo entre sus dedos. Lo levantó hasta su nariz e inhaló profundamente.

—Adiviné que era rubia —dijo, acercándose a ella—. Pero un cabello tan fino y sedoso como este —pasó el mechón de Hannah por toda su barbilla y labios—. Ahora veo por qué lo escondía. Podría volver loco a un hombre.

Hannah cerró los ojos y giró la cabeza cuando su aliento caliente cayó sobre su garganta. Podía sentir el calor de su cuerpo casi tocándola, y olía un distintivo olor agrio en su aliento.

—Le juro que gritaré —dijo cuando él le dio un beso descarado en el cuello.

Él no respondió, simplemente sacó una pequeña navaja. Ella abrió la boca sorprendida, pero él debió pensar que iba a gritar porque le tapó la boca con la mano. A través de sus grandes ojos

azules, vio el destello del sol reflejarse en el metal mientras lo sostenía frente a su rostro.

—Yo no gritaría si fuera usted —dijo finalmente, soltándole la boca.

Obedientemente, ella no habló. Hannah ni siquiera se movió; ¿cómo podría hacerlo con el miedo paralizándola en el sitio?

Él levantó el mechón de nuevo y esta vez cortó los últimos cinco centímetros. Sostuvo su tesoro frente a su nariz y lo olió de nuevo.

—Para recordarla cuando todo haya terminado —dijo con una sonrisa malvada.

Las lágrimas corrían ahora por las mejillas de Hannah.

—Por favor —suplicó—. Por favor, déjeme en paz.

Él puso una mano en su garganta y apretó.

—Si quería que la dejaran en paz, no debería haber sido tan hechicera.

—No he hecho nada —susurró contra su mano que se cerraba—. No le he alentado de ninguna manera. Por favor, déjeme ir.

Pareció pensarlo por un minuto, con la mano aún apretada en su garganta. Luego sonrió maliciosamente, y ella supo que iba a hacer lo que quisiera.

Luchó por gritar contra su agarre cuando el sonido de un silbido que se acercaba lo hizo detenerse en seco.

Dio un paso atrás justo cuando un jardinero dobló la esquina. Se sobresaltó un momento al ver a los dos en un rincón tan oscuro y escondido.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó, viendo las lágrimas en las mejillas de Hannah.

—Estamos bien. ¿Necesita algo, Fredricks? —dijo el señor Poole con impaciencia.

—¿No deberías estar dentro preparándote para la cena, David? —replicó el hombre mayor.

David miró del jardinero a Hannah. Con un bufido de insatisfacción, se fue sin decir una palabra más.

El jardinero se acercó y ayudó a Hannah a recoger sus pertenencias. Le costó toda su fuerza no desplomarse en el suelo hecha un ovillo.

—¿Está realmente bien? —preguntó el hombre.

Todo lo que Hannah pudo hacer fue asentir con la cabeza. Estaba segura de que si las palabras salían, se derrumbaría por completo.

—Puede ser un sinvergüenza cuando bebe demasiado, pero en general es un buen trabajador. Simplemente intente mantenerse alejada de él —dijo el hombre.

Ella simplemente asintió de nuevo con incredulidad antes de recomponerse y apresurarse a entrar en la casa y directamente a su habitación.

***

Grimshaw estaba de pie en el andamio apretando y aflojando los puños. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, tal vez no lo habría creído.

Pero tan pronto como Abigail recogió a sus niñas y las llevó adentro, vio a la señorita Jacobson deslizarse en un pequeño nicho. Se preguntó por qué habría hecho algo tan tonto hasta que vio a su lacayo salir del mismo lugar.

No podía creer que a la cara le hubiera puesto tal espectáculo de acatar sus peticiones, pero en su propia casa estuviera desafiando su autoridad.

Grimshaw se odiaba a sí mismo por las cosas que había pensado de ella mientras la observaba con las niñas en la manta durante la última media hora. Se había visto tan amorosa y amable con ellas, y realmente había pensado que quizás... pero no. Era una embustera como la otra.

Estaba claro que al igual que la señorita Watts, sin importar lo que dijera la señorita Jacobson, tenía un objetivo mientras estuviera aquí, y eso no tenía nada que ver con enseñar a sus hijos.

Capítulo 13

Hannah hizo todo lo posible por recuperar la compostura mientras se cambiaba en el silencio de su propia habitación. No era una tarea fácil.

Aunque sus manos aún temblaban, se cambió el vestido por uno apropiado para la cena y se volvió a recoger el pelo.

Hannah hizo todo lo posible por ignorar el mechón que ahora era cinco centímetros más corto que el resto. En su mente, si fingía que todo el incidente no había ocurrido, tal vez no se desmoronaría.

Con un tirón firme, se volvió a colocar la cofia de lino, segura de que nunca más se la quitaría sin importar el clima.

Se había olvidado de sí misma esa tarde. Bajo el sol y disfrutando de la compañía de las niñas, se había perdido por completo en la alegría.

—No volverá a suceder, Jacobson —se dijo con determinación al reflejo en el espejo.

Era difícil ocultar el enrojecimiento alrededor de sus ojos, o el moretón que ya empezaba a formarse en su cuello donde el señor Poole la había sujetado con tanta fuerza.

Incluso mientras se hablaba a sí misma en el espejo, podía notar la ronquera en su voz debido al maltrato. Quizás una taza de té caliente aliviaría sus cuerdas vocales, pero hasta que pudiera conseguirla, tendría que limitar aún más su conversación.

Afortunadamente, cuando fue a buscar a las niñas con su niñera, ambas seguían de buen humor y parloteaban sobre su juego de esa tarde. A Hannah le costaba compartir la felicidad que había sentido no hacía mucho.

Parecía que habían pasado años desde que se había sentado bajo el árbol leyendo o había jugado al volante con las niñas. Encontrar la salida de la niebla del miedo y la miseria parecía imposible.

Durante la cena, Hannah se alegró de ver que el conde también estaba callado. En su lugar, el comedor se llenó con las voces de las niñas, cada una contando su día por turnos.

Hannah no tenía mucho apetito. A medida que avanzaba la noche, el dolor en el cuello parecía aumentar. Con cada bocado de comida o sorbo de bebida, su garganta ardía de dolor.

—¿Señorita Jacobson? —La voz de Lady Caroline la sacó de sus dificultades para comer.

—Lo siento, querida, ¿qué decías? —Hannah se esforzó por decir con suavidad.

—Pensé que tal vez querría contarle a Padre sobre la competición de nomeolvides.

Hannah miró al conde. Era la primera vez que realmente lo miraba esa noche. Parecía mucho más hosco de lo habitual.

Desgarraba la carne con su cuchillo y fruncía el ceño severamente a pesar del alegre parloteo de sus hijas.

—Oh, ¿por qué no lo haces tú, querida? —dijo Hannah, luchando contra el ardor en su garganta—. No creo que pueda hacerle justicia.

—Sí —dijo Grimshaw, hablando por primera vez—, supongo que la señorita Jacobson está agotada por sus excursiones de hoy. Me atrevo a decir que parece completamente exhausta.

Aunque sus palabras eran lo suficientemente amables, Hannah estaba segura de que había más en el significado de lo que dejaba entrever. La miraba de una manera tan feroz que no podía entender.

¿No había sido ya atormentada lo suficiente a manos de un hombre? Ahora tenía que preocuparse por lo que podría haber enojado tanto al conde.

Para romper la mirada que le estaba dando, Hannah tomó otro sorbo de su copa. Inmediatamente sintió a Poole a su lado llenándola de nuevo. Se tensó ante su acción innecesaria.

Grimshaw también pareció tensarse.

—Creo que todos hemos tenido suficiente, David —dijo Grimshaw secamente—. Le pediría que se retire ahora.

El señor Poole miró a su empleador con absoluto asombro. Nunca antes había sido expulsado del comedor.

Por un brevísimo momento, Hannah lo miró y él la miró a ella. Donde los ojos de ella mostraban miedo, los de él estaban decididos.

Sin embargo, fue un pequeño alivio para Hannah que el hombre fuera retirado, aunque solo fuera para el final de una comida. Ya era bastante difícil mantener la compostura sabiendo que su atacante siempre estaba de pie sobre ella, observándola.

Sebastian Grimshaw apretó su agarre sobre los cubiertos mientras observaba la mirada intercambiada entre los dos intrusos. Ni siquiera tenían la cortesía de ocultar su aventura.

—Supongo que como mañana es sábado necesitará ir al pueblo —dijo Grimshaw abruptamente a la señorita Jacobson—. Tendré el carruaje listo para nuestro viaje puntualmente a las ocho en punto. Tengo muchas otras cosas que ocupan mi tiempo mañana y no puedo desperdiciarlo todo en Concordshire.

A Hannah le daba vueltas la cabeza por sus palabras.

—Lo siento, Lord Grimshaw. No entiendo lo que está diciendo. No sabía que iba a llevar a las niñas al pueblo mañana.

—No lo hará —dijo él secamente.

—¿No recuerda que le he pedido que solo vaya a Concordshire en mi compañía? Viendo que ha estado aquí durante varios meses y no lo ha hecho, solo puedo suponer que significa que no ha ido en absoluto —dijo, acusándola de desobedecer sus órdenes.

—Eso es correcto —replicó Hannah, levantando la barbilla.

—Entonces supongo que hay muchas cosas que necesita o tal vez cartas que enviar.

—No —dijo Hannah simplemente.

—Entonces perdóneme, señorita Jacobson, pero ¿cómo es eso posible?

La estaba desafiando a admitir que no estaba cumpliendo con los estándares de su empleador.

—Mary ha sido lo suficientemente amable como para enviar mis cartas por mí y conseguir cualquier cosa que pudiera necesitar.

Él la estudió por un minuto, midiendo la verdad de sus palabras.

—¿Y no hay nada para lo que desee ir al pueblo en persona? —preguntó Grimshaw como una prueba final.

La señorita Jacobson había estado confabulando con su lacayo sin que él lo supiera; tal vez también estaba intrigando con Matthew McCarthy.

La traición corría por su sangre mientras la miraba fijamente.

—No se me ocurre nada en este momento —replicó Hannah, viendo su doble sentido y eligiendo no entrar en la discusión frente a las niñas.

—Bueno, espero que su arreglo con Mary dure algún tiempo, ya que no podré llevarla a Concordshire por un tiempo.

Ambas niñas lo miraron con curiosidad, preguntándose adónde iba con esta línea de pensamiento.

—Lamento decirles a ambas —dijo, dirigiendo ahora su atención a sus hijas—, que recibí la noticia de que debo ir a Londres de inmediato. Me iré mañana y puede que no regrese por algún tiempo.

***

Grimshaw se dijo a sí mismo que realmente tenía asuntos urgentes en Londres que lo habían llamado mientras se bamboleaba en el carruaje.

Eso no parecía calmar la culpa por haber dejado a sus dos hijas llorosas temprano esa mañana.

En realidad, sabía por qué había huido a Londres y ordenado que prepararan su casa en la ciudad. Estaba herido. Herido porque había abierto una parte de su corazón y dejado entrar a alguien solo para ser decepcionado por ella.

No podía soportar mirar a la señorita Jacobson más que a David Poole. Ambos lo disgustaban con su affaire secreto. Quería decirse a sí mismo que era porque ella claramente lo socavaba y faltaba el respeto a su autoridad.

En realidad, era porque se había encariñado con ella. La había dejado entrar en su vida y en los corazones de sus niñas, y todo lo que ella estaba haciendo era prepararlos a todos para otra gran decepción.

Grimshaw se alegró de ver que cuando llegó a Londres esa noche, todo lo necesario estaba preparado y listo para él.

Raramente usaba la casa de Londres y había esperado pasar su primera noche en una habitación alquilada hasta que se terminaran los preparativos para abrir la casa. Para su sorpresa, todo estaba hecho de manera oportuna y, en su mayor parte, la casa estaba abierta.

Aunque su principal propósito al dejar Brighton Abbey era quitar a la señorita Jacobson de su vista, y con suerte de su mente, de hecho tenía trabajo que hacer.

A menudo, posponía tales tareas o contrataba a otro para que fuera en su lugar, sin querer dejar a las niñas por un tiempo prolongado. Pero sabía que estarían bien al cuidado de su institutriz y niñera.

Aunque ella pudiera haberlo engañado, se consolaba con el hecho de que al menos era una buena compañera para sus hijas. Simplemente tendría que resignarse al hecho de que no era diferente de la señorita Watts.

Quizás todas las institutrices eran iguales. ¿Podía realmente culparla por eso? Pensó que probablemente era irracional sentir ira hacia ella por solo tratar de encontrar un lugar permanente en la vida.

Porque ciertamente uno no podía pasar toda la vida como institutriz. Suponía que el objetivo de toda dama en la profesión era usar las conexiones de su empleador para encontrarse una situación más estable.

Darse cuenta de este hecho no ayudaba al amargo dolor que aún sentía en su corazón. Se odiaba a sí mismo por huir como un cobarde.

Debería haberla enfrentado, acusado y luego removido de su posición. Por mucho que Grimshaw supiera que eso era lo que su mente le decía que hiciera, no podía llevar la acción a cabo.

Grimshaw no quitaría otro cuidador a sus hijas y, lo peor de todo, no tenía el coraje para despedirla.

Mientras yacía en la cama de su casa de la ciudad esa noche, incapaz de dormir, hizo todo lo posible por pensar en la señorita Jacobson solo con ira y malicia. En cambio, la única imagen que parecía formarse en su mente era la noche en su habitación.

Ella había estado tan asustada y se había apoyado en él en su momento de necesidad. En ese momento, le habría dado el mundo si ella lo hubiera pedido.

Recordó la sensación de su trenza dorada en sus dedos y el olor a lavanda mientras apoyaba su barbilla en la parte superior de su cabeza.

Ella parecía encajar tan perfectamente en sus brazos esa noche mientras la abrazaba y la dejaba llorar.

Su mente se dirigió a su difunta esposa; ella debe estar en el cielo ahora mismo mirándolo, tan avergonzada de sus acciones.

Sí, en vida le había dicho que se volviera a casar para encontrar la felicidad de nuevo. No podía haberlo dicho en serio, sin embargo. Incluso si lo hizo, ¿cómo podría él?

Había habido un pequeño destello de esperanza con la señorita Jacobson, se admitió a sí mismo. Mira dónde lo había llevado eso ahora. Estaba huyendo de su propia casa.

Era una noción ridícula que alguna vez pudiera encontrar con otra lo que tuvo con su querida esposa. Ella nunca podría ser reemplazada en su corazón. Cuanto antes se resignara a ese hecho, mejor sería para toda su casa.

Capítulo 14

Al día siguiente, Sebastian no se sorprendió al haber recibido ya varias tarjetas de visita. Aunque estuvo fuera la mayor parte del día atendiendo asuntos de la Cámara de los Lores, regresó a casa esa noche con varias invitaciones y tarjetas dejadas por visitantes.

Raramente venía a la ciudad desde el fallecimiento de su esposa y había olvidado lo rápido que viajaban las noticias en el apogeo de la temporada social.

La mayoría de las tarjetas eran de viejos conocidos y conexiones. Varias, pudo ver, eran de conocidos de su padre que supuso tenían hijas en edad casadera. Estas tarjetas las tiró de inmediato.

Sin duda, la mayoría vería su llegada a la ciudad como una señal de que estaba listo para tomar una nueva esposa. Nada podría estar más lejos de la verdad en su mente en ese momento.

Sin embargo, una tarjeta sí destacó. Aunque asistiría a regañadientes a la mayoría de los compromisos a los que fue invitado, este era el único nombre que le trajo alegría.

Era el señor Jayden Marsh, hijo del Barón de Westminster y hermano menor de su difunta esposa. Aunque Jayden tenía veintiséis años, lo que lo hacía seis años menor que él, los dos se habían llevado bien.

El matrimonio de Sebastian con Ann Marsh, la hija mayor del barón, había sido al principio una cuestión de conexiones entre familias.

El barón y su propio padre habían sido grandes amigos en sus años escolares. Aunque había comenzado de esa manera, Sebastian había llegado a amar y cuidar mucho a la dulce y delicada Ann.

Aunque las conexiones familiares habían significado que los dos se habían visto ocasionalmente mientras crecían, él realmente no había llegado a conocerla hasta después de su matrimonio. Lo mismo era cierto para su hermano menor.

Sebastian había prestado poca atención al joven muchacho en su propia juventud. Estaba demasiado preocupado con los ideales de un cachorro joven en sus primeras temporadas con la alta sociedad. Incluso después de su matrimonio con Ann, que siempre supo que era el plan, había visto poco a su cuñado que estaba en la escuela.

Sin embargo, una vez que Jayden terminó sus estudios, vino a visitar a su hermana y cuñado a menudo. Más que eso, era un tío muy cariñoso, primero con Caroline y luego con Rebecca cuando llegaron a su vez.

La diferencia de edad no importaba mucho para Sebastian, ya que encontró un gran amigo en Jayden. Así que fue con esta idea que Grimshaw envió una carta a su cuñado en el correo de la tarde para invitarlo a unirse a él para desayunar en el club de caballeros local.

Aunque Sebastian aún extrañaba mucho a sus hijas, estaba seguro de que un poco de tiempo lejos de Brighton Abbey y de vuelta en sociedad le haría bien.

A la mañana siguiente, se alegró de ver que Jayden había recibido su nota y lo estaba esperando en el club para desayunar.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Jayden, poniéndose de pie ante la entrada de Sebastian y tomando su mano cordialmente.

Sebastian no había pensado que hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que vio a Jayden Marsh, pero ahora que lo veía, estaba seguro de que así era. Jayden ya había madurado y cambiado mucho desde la última vez que lo vio.

Ya muchas de sus líneas juveniles se habían formado en las de un hombre. Aun así, Sebastian podía ver mucho de Ann en su hermano menor. Ambos compartían el mismo cabello negro como la noche, la tez blanca como un fantasma y los ojos color avellana que parecían cambiar constantemente con la estación.

Sin embargo, a diferencia de su hermana y la última vez que Grimshaw lo vio, Jayden ahora tenía la barbilla masculina cuadrada ya cubierta con la sombra de una barba incipiente. También parecía haber alcanzado su altura máxima. Mientras que antes Sebastian le llevaba una cabeza de altura, ahora estaban cara a cara.

A Sebastian le tomó unos momentos reconciliar al niño que conocía del pasado con el hombre que ahora estaba frente a él.

Se sentaron a desayunar y pasaron gran parte del tiempo poniéndose al día sobre sus vidas desde la última vez que se vieron.

Jayden estaba ansioso por saber del bienestar de sus sobrinas y Grimshaw estaba feliz de complacerlo con todas sus historias. Era fácil para el conde ser un padre orgulloso ya que amaba

tanto a sus hijas.

—Qué desafortunado lo de esa primera institutriz —dijo Jayden después de ponerse al día con todos los acontecimientos de Grimshaw durante el último año—. Pero parece que encontraste una mejor opción en esta nueva.

—Sí, eso es lo que pensé también —replicó Sebastian—. Desafortunadamente, parece que va por el mismo camino. Supongo que todas son así.

—¿Qué quieres decir? Pensé que habías dicho que elegiste una sencilla y poco agraciada tú mismo —respondió Jayden mientras pinchaba otra salchicha con su tenedor y se la metía en la boca.

Sebastian puso al día a su cuñado sobre todos los eventos que lo llevaron a Londres.

—Qué terrible para las niñas —dijo Jayden cuando terminó—. ¿La despedirás entonces?

—No podría —dijo instantáneamente—. Por el bien de las niñas, por supuesto —rectificó rápidamente.

—Supongo que simplemente me he resignado al hecho de que una institutriz siempre será una puerta giratoria. La dejaré quedarse el mayor tiempo posible, para darles a las niñas tanta estabilidad como pueda. Es una empresa de lo más frustrante.

—Ya lo creo —concordó Jayden—. Creo que hay una mejor manera de mantener una figura femenina en la vida de mis sobrinas —añadió.

—Te ruego que me digas si tienes una mejor manera.

—Dedícate a encontrar una nueva esposa.

Sebastian se reclinó en su silla y se burló de las palabras de su cuñado.

—¿Cómo puedes tú, de entre todas las personas, decir tal cosa?

—Quizás es mejor que venga de mí que de alguien más. No me malinterpretes, amaba mucho a mi hermana. La extraño todos los días, como sé que tú también —añadió rápidamente—. Pero ambos sabemos que esas pequeñas niñas suyas necesitan una mujer a quien admirar. Si una institutriz no es adecuada para el trabajo, ambos sabemos que una esposa lo es.

—No estoy listo para eso. Ni estoy seguro de que alguna vez lo estaré —dijo Sebastian con los labios apretados.

No le gustaba admitir debilidad ni siquiera ante Jayden.

—Eres un hombre honorable con mi hermana al amarla así, pero ella no querría verte sufrir de esta manera. Ni ver a las niñas sufrir así tampoco.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Que simplemente la borre de mi memoria, que las niñas hagan lo mismo, y vaya a buscar un reemplazo?

—Nada de eso —dijo Jayden suavemente, sabiendo que este era un tema delicado.

—No creo que te haga daño pasar algo de tiempo en sociedad al menos mientras estés aquí en Londres. Tienes negocios que atender, sí, pero no te haría daño ver también qué más tiene que ofrecer la alta sociedad.

—No voy a pasearme para ser escrutado por una matrona que busca colocar a su hija. Nunca me gustó en mi juventud, y ciertamente no me gusta ahora.

—Ciertamente no tienes que hacerlo —dijo Jayden con una sonrisa en los labios.

—¿Entonces qué propones que haga? —dijo Sebastian con un resoplido.

—Solo ve a algunos compromisos. Empieza por algo pequeño si es necesario. Un buen amigo de la familia, Lord Waldron, está organizando una cena íntima. Estoy seguro de que podría conseguirte una invitación. Sería un buen comienzo.

—Conozco al Conde de Waldron, y creo que ya me ha enviado la invitación. No había planeado asistir porque esperaba que la solicitud tuviera algo que ver con su hija.

—Supongo que también lo hizo —asintió Jayden, feliz de ver que su amigo ya había conseguido una invitación por su cuenta—. Creo que ella sería una buena pareja para ti. Me alegra ver que Lord Waldron está en la misma página.

—Bueno, no estoy seguro de estarlo yo —dijo Sebastian con otro resoplido.

—Han pasado dos años, amigo mío. Has guardado luto el tiempo suficiente. Si no por ti mismo, entonces considera la perspectiva para las niñas. —Al detectar un punto débil en la armadura de Sebastian, Jayden continuó.

—Sabes tan bien como yo que las niñas necesitan más que solo una figura femenina para criarlas con una educación adecuada. Necesitarán una patrocinadora propia cuando alcancen la edad apropiada para asegurarse de que se hagan buenos matrimonios. Incluso si consiguieras una buena institutriz para que se quede con ellas durante toda su infancia, ella nunca podría hacer eso por ellas. Necesitan una figura materna.

Sebastian vacilaba en su resolución. Jayden tenía razón en ese punto. Una niñera o institutriz podría ser capaz de moldearlas y formarlas como niñas, pero eventualmente necesitarían una mujer que las guiara en la sociedad. Ese trabajo no podía ser asignado a alguien fuera de la alta sociedad.

Si tuviera una hermana o alguna pariente mujer a quien pudiera pasarle el trabajo, sería bastante fácil. Sin embargo, ese no era el caso, y sin una esposa que presentara a sus hijas en sociedad, tendrían una desventaja frente a sus pares.

No podía soportar el hecho de que les causaría más dificultades de las que ya tenían. No, tendría que conseguirse una esposa en algún momento por el bien de ellas.

No le gustaba la idea y hubiera preferido posponerlo todo lo posible. Pero su cuñado había hecho buenos argumentos. Cuanto antes encontrara una esposa para ser madre de sus hijas, mejor estarían ellas.

Comenzaría el proceso esta misma temporada, aunque no lo disfrutaría. Le importaría poco quién fuera la mujer o cuán agradable se viera. Su único propósito sería encontrar una mujer que amara a sus hijas como propias.

Quizás esta señorita Tara Marlow, hija del Conde de Waldron, serviría. Después de todo, si su cuñado había pensado en ella primero, eso le daba algún mérito.

También facilitaría la tarea. No tenía gusto por esta búsqueda de esposa, pero había que hacerlo. Por lo tanto, lo terminaría lo más rápido posible.

—Supongo que no haría daño aceptar algunas invitaciones mientras esté aquí —dijo Sebastian a regañadientes—. Siempre y cuando no retrase el trabajo que necesito hacer. No tengo deseos de quedarme en la ciudad y lejos de las niñas más tiempo del necesario.

—Así se habla, viejo amigo —dijo Jayden con entusiasmo—. Estoy seguro de que encontrarás a la señorita Tara muy atractiva. Si no, ya tengo una lista mental de otras candidatas.

—¿No deberías estar más preocupado por encontrar tus propias candidatas? —replicó Sebastian, sin querer ser el proyecto de nadie.

—Oh, tengo muchas para mí —desestimó con un gesto.

Jayden era ciertamente lo suficientemente apuesto y encantador como para conseguir una esposa.

—Creo que aún disfrutaré un poco más de mi libertad. Padre todavía es joven y goza de buena salud, así que realmente no tengo necesidad de ello.

—Oh, ser joven y libre —dijo Sebastian con tono burlón.

Ambos hombres se relajaron un poco con el giro de la conversación. Pasaron el resto de la mañana hablando de asuntos triviales, aunque Jayden aún encontraba momentos para incluir a la señorita Tara en el tema de conversación.

Fue una mañana muy agradable y distractora para Sebastian. Cuando regresó a casa para prepararse para sus salidas de la tarde, se alegró al revisar la mañana y darse cuenta de que solo había pensado en la señorita Jacobson mínimamente.

Quizás este viaje a Londres era justo lo que necesitaba para quitársela de la mente. De esa manera, cuando regresara a Brighton Abbey, no la vería con más luz que la del resto del personal

de la casa.

Capítulo 15

Hannah tuvo que admitir que la partida abrupta de Grimshaw la había sobresaltado. Las niñas también tuvieron dificultades para continuar con su rutina habitual con su padre ausente. Sin embargo, lo que más atormentaba a Hannah era cómo él se había comportado antes de irse.

Tenía la clara impresión de que era por ella que él había decidido huir de su propia casa. Sin embargo, no podía adivinar por qué. Había sentido que durante los últimos meses realmente habían empezado a llevarse bien. No interactuaban mucho, pero las interacciones que tenían eran mucho mejores que las que habían compartido al principio de su empleo.

A menudo se decía a sí misma, cuando su mente divagaba hacia él en su ausencia, que debería alegrarse por su alejamiento de Brighton Abbey. Ciertamente le daba más libertad. Tenía menos miedo cuando visitaba a la Abuela y por eso aumentaron sus visitas a dos veces por semana.

En ocasiones, más que antes, también se podía encontrar al señor McCarthy en la cabaña de la Abuela. Hannah esperaba que fuera porque estaba tomando más interés en atender las necesidades de su madre, pero no estaba del todo segura si esa era la verdad del asunto.

De cualquier manera, ya no tenía que preocuparse cuando el señor McCarthy estaba presente de que las noticias llegaran al conde. En ese aspecto, tenía un respiro mientras transcurría su día. Sin embargo, parecía estar eclipsado por algo mucho más siniestro.

Sin la presencia del conde, David Poole se convirtió en una amenaza mucho más constante. Comenzó la primera noche que Lord Grimshaw estuvo ausente de la casa. Ella se despertó en medio de la noche, sin estar segura de por qué.

Normalmente le tomaría un momento adaptarse a la oscuridad de la habitación, pero esta noche parecía haber un resplandor. Sentándose en la cama, se dio cuenta de que el resplandor provenía de una vela que brillaba por debajo del marco de su puerta.

Hizo todo lo posible por quedarse quieta, esperando que la luz se moviera. No tenía idea de quién podría estar despierto a esta hora, o por qué estarían cerca de su habitación. Tenía la última habitación ocupada en este lado de la propiedad y no parecía haber razón para estar tan lejos a menos que fuera para visitarla.

Sin embargo, la luz no se movió. Muy silenciosamente, se levantó de la cama para inspeccionar qué era aquella curiosidad. Para su sorpresa, vio la sombra de dos pies inmóviles, interrumpiendo el haz de luz que brillaba debajo de su puerta.

En su aturdimiento cansado, no podía entender por qué una persona estaba parada directamente frente a su puerta y no se movía. Tampoco la persona llamó para informarle de una razón para estar allí.

Se quedó muy quieta, descalza y en camisón, mientras escuchaba el silencio a su alrededor. Pensó que quizás se lo estaba imaginando todo, un truco de la mente, y que no era más que la luz de la mañana que entraba por su puerta.

Sin embargo, no se veía luz por su ventana. Estaba a punto de abrir la puerta para ver la causa del extraño parpadeo de la luz de las velas cuando escuchó el sonido profundo de una respiración.

La dejó paralizada. Había pasado suficientes noches sentada en la mesa del comedor escuchando esa respiración omnipresente detrás de ella para saber quién era. Era David Poole parado frente a su puerta. Qué estaba haciendo, no tenía idea, pues simplemente parecía estar allí de pie.

Acercándose lo más silenciosamente que pudo, alcanzó el cerrojo justo debajo del pomo de la puerta. Sabía que él la oiría girarlo y temía el ruido casi tanto como el silencio. Con cada paso que daba hacia adelante, estaba segura de que pasaban varios minutos.

Hannah estaba desgarrada por el miedo. En cualquier momento él podría abrir la puerta sin cerrojo y atacarla si no actuaba rápidamente, pero un paso en falso también podría provocar su reacción antes de que pudiera asegurar correctamente la puerta.

Finalmente, parada justo frente a ella, puso una mano en el frío metal del cerrojo. Con solo unas pocas pulgadas de madera gruesa entre ellos, estaba segura de que casi podía sentir su calor inmundo sobre ella. Tomando un respiro constante, giró el cerrojo lo más rápido posible y saltó varios pasos hacia atrás.

El sonido, aunque estaba segura de que era bastante sutil, era como una ola rompiente en su mente. Se quedó sin aliento por el miedo y el pánico. La vela se movió por un momento con la

acción. Podría jurar que escuchó una risita antes de un sonido de zapatos arrastrándose en el piso de madera y la luz se disipó.

Se quedó en la fría oscuridad unos minutos más hasta que estuvo segura de que la única luz que quedaba era la de las estrellas y la luna a través de su ventana. Rápidamente saltó de vuelta a la cama y tiró de las sábanas para protegerse.

Hannah no podía creer que el señor Poole hubiera estado parado afuera de su puerta. ¿Cuánto tiempo había estado allí? Claramente, había esperado hasta que su presencia la despertara. Si hubiera querido hacer más, podría haber entrado en cualquier momento.

La estaba acechando como a una presa, tal como lo había hecho el barón. Sabía demasiado bien a dónde conducirían estas escaladas. Lo que empeoraba las cosas era que Poole era mucho más audaz ahora de lo que nunca había sido antes. Tampoco tenía las pocas restricciones de un caballero de la alta sociedad. Temía lo que haría a continuación.

Hannah se sentó en su cama, con las sábanas bien ajustadas a su alrededor, incapaz de dormir. Era ridículo temer su regreso ya que había cerrado la puerta con llave, pero lo temía de todos modos. Cuando la luz de la mañana comenzó a entrar en su habitación, se dio cuenta de que había estado agarrando las sábanas y conteniendo la respiración toda la noche, tan presa del miedo.

Relajó el agarre que tenía, haciendo lo posible por estirar sus dedos ahora rígidos mientras el sonido de la casa despertando la tranquilizaba. Ya no habría posibilidad de su regreso ahora. En la seguridad de la luz, Poole nunca podría hacer el recorrido hasta su habitación sin ser detenido. No tenía ningún propósito para estar aquí.

Se deslizó fuera de la cama, exhausta, asustada y con frío, para encender un fuego. En el calor de estos meses cálidos, no había necesitado el confort de la chimenea en su propia habitación.

Esta mañana, sin embargo, estaba helada desde adentro hacia afuera y aunque no sabía si incluso el resplandor de un fuego rugiente podría descongelar su miedo, estaba desesperada por intentar cualquier cosa.

—¿Tenías frío esta mañana? —preguntó Mary, notando el fuego mientras traía la bandeja del desayuno de Hannah.

Hannah acababa de terminar de vestirse para el día y se volvió sobresaltada ante su entrada. Aunque había abierto la puerta para no causar alarma cuando llegara la criada, e incluso le había indicado que entrara cuando Mary llamó, aún se sentía inquieta por la presencia de otra persona en su habitación.

—Vaya, Hannah, pareces haber visto un fantasma. Estás blanca como el papel. ¿Te sientes bien? —preguntó Mary, dejando la bandeja y acercándose a la institutriz.

Tomó las manos de Hannah entre las suyas. —Tus manos también están heladas. ¿Qué te pasa?

Hannah quería contarle a Mary lo que había ocurrido la noche anterior. Cómo se había quedado despierta en la oscuridad, paralizada por el miedo al hombre que podría volver y lastimarla de nuevo. Pero no podía hacer tal cosa.

Seguramente si acusara al señor Poole, él respondería con sus propias acusaciones. Ahora no solo sería su palabra contra la de él, sino que además él tenía pruebas de su lado.

El mechón de cabello que le había robado. Sin duda lo usaría a su favor, alegando que ella se lo había dado por voluntad propia.

¿Alguien creería que un miembro del servicio de larga data le había puesto un cuchillo en la garganta y se lo había quitado a la fuerza? Tenía que recordar que ella era la forastera en esta casa, tanto para el personal como para el conde. No había manera de que ninguno de ellos creyera su palabra por encima de la de él en tal situación.

No, tendría que soportar las burlas del señor Poole. Simplemente tendría que seguir estando alerta ante ese hecho. Hannah cerraría su puerta de ahora en adelante y siempre procuraría estar en compañía de otros fuera de la seguridad de su habitación.

—Es solo que no dormí bien —dijo Hannah con la más tenue de las sonrisas.

Era todo lo que parecía poder lograr.

—¿Estás segura? Tal vez te estés enfermando. ¿Debería pedirle a la señora Brennon que mande llamar a un médico?

—No, no —Hannah trató de disuadirla con toda la calma posible—. Sería una tontería innecesaria. Te aseguro que estoy bien. Solo me falta dormir, eso es todo. Estaré como nueva mañana.

Mary no estaba segura de si le creía, pero afortunadamente no insistió más en el asunto.

—¿Aún quieres que te preparen el carro para ti y las pequeñas damas? Podría ir a decirle a Johnson en los establos que no lo necesitarás hoy.

—Eres muy amable, pero no quisiera decepcionar a las niñas. Esperan con ansias los paseos en el carro cada semana.

Hannah sintió esa familiar punzada de culpa por mentir. Aunque no era una mentira total. Sí daban un paseo en el carro cada semana y las niñas realmente lo disfrutaban. Solo omitió el hecho de que su paseo tenía un destino muy específico.

Odiaba ocultarle esto incluso a Mary, a quien había llegado a ver como una amiga, pero no podía arriesgarse a que el secreto se supiera hasta que estuviera lista. Con el repentino cambio en la actitud del conde antes de su súbita partida, estaba segura de que no estaría lista para contárselo a nadie durante mucho más tiempo del que había anticipado inicialmente.

—Aunque si necesitas una excusa para ir a los establos —dijo Hannah, esperando cambiar el tema de su mal aspecto—, estoy segura de que no estaría de más recordarle al señor Johnson que necesitaremos el carro.

Mary se sonrojó ante las palabras de Hannah. Le había contado a la institutriz que desde hacía algún tiempo habían estado desarrollando una relación. Aún no habían llegado al cortejo, pero Hannah estaba segura de que eso no estaba lejos.

Era un proceso difícil, sin embargo, con Mary siempre ocupada en la casa y Johnson teniendo sus obligaciones en los establos. Raramente llegaban siquiera a comer al mismo tiempo en el comedor de los sirvientes.

Hannah estaba segura de que con el tiempo las cosas saldrían bien. No podía estar más feliz por Mary y el señor Johnson. Mary era una chica inteligente que seguramente llegaría tan lejos como su posición se lo permitiera. Johnson también era un hombre capaz. Era hábil con los caballos y tenía grandes sueños.

Aunque el proceso sería más largo de lo que cualquiera de ellos deseaba, Hannah estaba segura de que encontrarían el camino el uno hacia el otro y tendrían la vida feliz que todos esperaban al final.

—Supongo que no haría daño ir a recordarle la tarea —dijo Mary, sonrojándose aún más.

—Sí, sería muy inconveniente si lo olvidara —añadió Hannah, sabiendo perfectamente que no lo haría—. Me harías un gran favor asegurándote de que se lo recuerden.

Mary asintió en señal de acuerdo, sabiendo las palabras que ninguna de las dos estaba diciendo. No era más que una treta para darle la oportunidad de pasar algo de tiempo con su pretendiente. Apretó las manos de Hannah una última vez y le agradeció amablemente antes de salir de la habitación.

Hannah esperó hasta que la chica estuviera lejos por el pasillo antes de volver a cerrar la puerta con llave. Incluso a la luz del día, no podía estar completamente segura de que estuviera a salvo de David Poole en su propia habitación. Con la puerta asegurada, dejó escapar un suspiro de alivio y se sentó a desayunar.

Hizo todo lo posible por comer, sabiendo muy bien que con la falta de sueño necesitaría todas las fuerzas que pudiera reunir para conducir el caballo de ida y vuelta a Concordshire.

Simplemente no tenía estómago para ello, y después de apenas mordisquear su tostada, abandonó la tarea por completo y fue a buscar a sus pupilas un poco antes de lo esperado.

Capítulo 16

Más bien en contra de sus propios deseos, Sebastian aceptó la invitación para cenar en la casa de Lord y Lady Waldorn, animado por su cuñado.

Su consuelo era que al menos Jayden Marsh estaría allí para mantener una buena conversación si no había nada más.

Vestido con su mejor chaqué negro y con la corbata anudada de forma mucho más intrincada de lo que solía llevar en la mayoría de las ocasiones, Sebastian se encontró de pie frente a la casa de Lord Waldorn.

Le habían dicho que sería una pequeña reunión de amigos íntimos y familiares, pero se preguntó si realmente era así cuando bajó del carruaje. Le pareció que ya había bastantes invitados dentro, más de los que se considerarían pocos o íntimos.

Así que durante la primera hora de la velada, su cuñado lo presentó por toda la sala, ya que parecía tener muy buena relación con la mayoría de los presentes.

Naturalmente, Jayden se aseguró de que su primera parada para las presentaciones, después de saludar al anfitrión y a la anfitriona, fuera la de su hija, la señorita Tara Marlow.

Sebastian tuvo que admitir que la dama era muy encantadora a la vista. Era de figura esbelta, con una fina silueta en su vestido de seda color lavanda. Su cabello era negro como la noche y sus ojos parecían combinar de tal manera que era difícil distinguir entre las pupilas y el iris.

Adivinó que la señorita Marlow había sido la primera opción de Jayden para encontrarle pareja al conde porque se parecía mucho a Ann.

Incluso en la forma estrecha de sus ojos y la elongación de su nariz, le recordaba a Sebastian a su difunta esposa. Se preguntó si eso era realmente una buena cualidad o no.

Estaba seguro de que nunca podría amar a alguien como amó a Ann. Al mismo tiempo, no estaba seguro de poder vivir con un recordatorio constante de su pérdida.

—¿Es cierto, Lord Grimshaw, que no viene a menudo a la ciudad? —preguntó la señorita Marlow.

—No, no lo hago —respondió Grimshaw, y luego recordó que probablemente debería hablar más para mantener una conversación cortés—. Es decir, prefiero quedarme en mi residencia del condado, donde están mis dos hijas.

—Sí, el señor Marsh me habló de sus sobrinas. Suenan como unas verdaderas joyas —dijo ella con una sonrisa de dientes blancos como perlas.

—Ciertamente son joyas para mí —convino Sebastian.

Al menos parecía que la dama tenía afecto por los niños. Eso era un punto a su favor durante esta prueba de compatibilidad que se libraba entre ellos.

—¿Por qué no las trae a la ciudad con usted? —continuó ella—. Así podría venir cada temporada.

—Tienen que atender sus estudios con su institutriz.

—Oh, ¿entonces no planea enviarlas a un colegio de señoritas como es debido? —dijo la señorita Marlow, un poco sorprendida.

—No, en realidad nunca lo he considerado.

—Pues debería —continuó ella—. Yo misma fui a un colegio de señoritas. Verá que la educación es muy superior a la que puede dar una institutriz. Hay muchas menos distracciones para las niñas y, en mi opinión, los profesores están mucho más cualificados.

—Es una idea interesante para considerar. Sin embargo, mi hija mayor tiene solo ocho años y su hermana cinco. No estoy seguro de estar preparado para estar lejos de ellas durante períodos tan largos.

—Yo fui cuando tenía solo ocho años. Le aseguro que es lo más adecuado para todas las niñas que se preparan para entrar en sociedad.

A Sebastian no le gustó mucho cómo insistía en el tema. Pensó que quizás su pasión venía del hecho de que parecía haber disfrutado tanto sus días en el colegio de señoritas y esperaba que no fuera nada más.

Prefería alejar la conversación de la educación de sus hijas, sin importar el motivo de su pasión. Cualquier mención de ellas le traía instantáneamente a la mente a la institutriz que había dejado en Brighton Abbey.

Pensó que lo mejor sería dirigir la conversación hacia la señorita Marlow. Sentía que era una regla general que las conversaciones fluían mucho mejor y con poca contribución por su parte si conseguía que la otra persona hablara de sí misma.

—Parece que disfruta mucho de su tiempo aquí en Londres durante la temporada.

—Oh, sí —dijo ella emocionada—. Insisto en que padre me traiga con él cada año desde que tenía quince. Naturalmente, disfruto del aspecto social que no se puede compensar en nuestra casa de campo, pero más que eso, me encantan todas las cosas que solo Londres puede ofrecer.

—¿Y qué consideraría su oferta favorita, señorita Marlow?

—Las obras de teatro y las óperas, sin duda. Las disfruto muchísimo. Me propongo ir al menos una vez por semana mientras estoy aquí.

Grimshaw había asistido a su buena cantidad de óperas. Era un gran amor tanto suyo como de Ann. Cuando ella dijo estas palabras, Jayden se animó mirando a su amigo como diciendo: "¿Ves qué pareja tan encantadora?".

Sin embargo, esto solo hizo que Grimshaw se distanciara más de ella. No estaba seguro de poder soportar ir a la ópera ahora que su esposa ya no estaba. ¿Podría sentarse en el mismo palco en el que había estado tantas veces con su amada esposa en compañía de la señorita Marlow?

Empezaba a sentir que toda esta idea en la que su cuñado lo había metido era terriblemente mala. Bastaba una sola conversación con una dama decidida a casarse para darse cuenta de que quizás simplemente no estaba preparado para dejar de lado a su esposa y pensar en otra.

Le parecía demasiado difícil poner a la señorita Marlow en el mismo espacio mental que la madre de sus hijas. Extrañamente, con ese pensamiento, sin embargo, su mente volvió a la señorita Jacobson en la manta leyendo a las niñas al aire libre.

Sacudió rápidamente ese pensamiento de su cabeza. Había sido solo un momento pintoresco y nada más. No arrojaba ninguna luz sobre su capacidad para aceptar a otra como nueva figura materna para sus hijas.

Era demasiado tarde para que se echara atrás en los esfuerzos de Jayden por verlo felizmente casado de nuevo esta noche, aunque estaba seguro de que no volvería a acompañarlo.

—¿Cuál diría que es su ópera favorita? —preguntó Sebastian a la señorita Marlow, incapaz de abandonar cortésmente la conversación ahora.

Entonces ella se lanzó a una larga explicación sobre las óperas que más le gustaban. Era una lista muy larga que él pensó que probablemente abarcaba todas las que había visto alguna vez.

Se preguntó si ella estaba haciendo esto para mostrarle su gran amor por el teatro. Jayden Marsh no era el casamentero más sutil. Quizás había preparado a la señorita Marlow para que dijera cosas que interesaran al conde.

Le pareció una idea muy insípida y desagradable. Esperaba que fuera solo su cinismo y nada más.

Mientras ella continuaba, el conde luchaba por mantener su mente en las palabras que pronunciaba. Ella se esforzó en expresar que amaba todas las óperas, incluidas las en francés e italiano, idiomas en los que era fluida.

Sonrió mientras la escuchaba divagar. No era su conversación lo que le causaba gracia, sino el hecho de que se sentía como si estuviera entrevistando de nuevo, como lo había hecho no hace mucho en la oficina del abogado.

Naturalmente, el escenario era diferente y el puesto no era el de un empleado remunerado; sin embargo, mientras ella seguía soltando todos los logros que podía encajar en tal conversación, se sentía como si estuviera leyendo un currículum y una lista de referencias.

Finalmente, llegó el momento de la comida y se vio aliviado del deber de escuchar la serie de habilidades, logros y conocimientos de la señorita Marlow. Desafortunadamente, cuando se sentó a cenar, descubrió que nuevamente lo habían colocado cerca de otra joven soltera.

Esta dama, sin embargo, una tal Lady Isabella, era mucho más joven. Habría adivinado que la señorita Marlow estaba en sus veintitantos. Esta chica ni siquiera podía haber cumplido los veinte años.

Eso no impidió que su maternal madre, sentada al otro lado, fomentara una conexión entre los dos durante toda la comida.

Grimshaw no se consideraba realmente un hombre de gran edad, teniendo treinta y dos años, pero no podía imaginarse considerando a una pareja que estaba más cerca de la edad de sus hijos que de la suya propia.

Por alguna razón, la mente de Sebastian volvió a la señorita Jacobson ante este pensamiento. Sabía por su currículum cuando la contrató que ella misma solo tenía veinte años. Esto nunca había sido un obstáculo para él.

Quizás era la forma en que se vestía tan recatadamente, reflexionó para sí mismo. No, estaba seguro de que no era eso. Era porque ella había sido tan madura para su edad. No se tomaba a la ligera su responsabilidad con sus hijos, y esa cualidad por sí sola la hacía parecer mucho más sabia que cualquier contraparte de la alta sociedad.

Al instante, Grimshaw se enfadó consigo mismo de nuevo. ¿No podía pasar diez minutos sin que su mente volviera a la señorita Jacobson? Se recordó a sí mismo todas las razones por las que estaba en Londres en este momento.

Afortunadamente, una vez terminada la comida, pudo unirse al resto de los caballeros mientras las damas se retiraban al salón para la conversación y los refrigerios posteriores a la comida.

Jayden estaba ansioso por escuchar qué pensamientos tenía Grimshaw sobre la noche hasta el momento.

—¿Y bien? —preguntó con anticipación.

Grimshaw hizo girar distraídamente el líquido ámbar en su vaso antes de beberlo de un trago.

—Parece una dama bastante agradable —respondió sin ninguna emoción de agrado o desagrado.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Pensé que la encontrarías encantadora y compatible en tantos aspectos porque...

Jayden dudó en terminar la frase, así que Grimshaw lo hizo por él.

—Porque es muy parecida a Ann.

Jayden asintió en acuerdo. Aunque quería ayudar a su cuñado a encontrar la felicidad de nuevo, todavía era un tema delicado hablar de su hermana fallecida.

Grimshaw se acercó a la licorera y se sirvió otra copa de licor antes de tragársela también.

—No sé si podría soportar estar con alguien que me recordara tanto a Ann —dijo con toda honestidad.

—Ella era una buena pareja para ti, y tú lo eras para ella —dijo Jayden con delicadeza.

—Sería prudente encontrar a alguien con similitudes si esperas tener la misma felicidad de nuevo —terminó Jayden.

—¿Y si no quiero? ¿Y si prefiero quedarme como estoy en lugar de diluir su memoria de esa manera?

—No sería ninguna dilución darles a sus hijos una madre que los amaría igual que ella. Ciertamente, una dama con cualidades similares sería la mejor elección para eso.

Grimshaw se acercó y le dio una palmada reconfortante a Jayden. Estaba agradecido por su consejo y ayuda, pero, en toda honestidad, se preguntaba si todavía era demasiado pronto para él.

—Es un asunto sobre el que reflexionaré —dijo Grimshaw.

—Espero que lo hagas. Además —dijo Jayden con cierta vacilación—, no haría daño, por ahora, mantener la relación entre ustedes dos. Mañana hay un baile público. Sé que la señorita Marlow estará allí. Sería una oportunidad para verla en un entorno diferente. Quizás encuentres las cosas más agradables entonces.

Grimshaw vaciló ante las palabras de Jayden.

—Y puede que ya haya dicho que planeas asistir —añadió Jayden rápidamente y en voz baja antes de esconder su rostro detrás de su propia copa.

Las cejas de Grimshaw se fruncieron en decepción. Bueno, ahora no tendría más remedio que ir. Si hiciera lo contrario, podría enviar un mensaje que ofendería a la dama.

—Eres un bribón —dijo Grimshaw, pero solo a medias.

No podía enfadarse con Jayden por hacer lo que creía correcto para un amigo, por muy equivocado que estuviera en ese hecho.

—Bribón puedo ser, pero quizás algún día me lo agradezcas —respondió Jayden.

—Sí, quizás. O quizás te lleve a dar unas cuantas vueltas dentro del ring de boxeo como compensación por mi dolor y sufrimiento —añadió Grimshaw con una sonrisa burlona.

Capítulo 17

—Querida, estoy segura de que algo te preocupa enormemente —dijo la Abuela.

Hannah estaba perdida en sus pensamientos, mirando por la ventana de la cabaña de Joanna McCarthy las hojas que empezaban a cambiar de color y caer.

En ese momento, se sentía muy parecida a esas hojas. Se estaba marchitando lentamente, perdiendo toda la fuerza para resistir mucho más.

Habían pasado dos meses desde que el Conde de Grimshaw partió hacia Londres. Una nube sombría había caído sobre Brighton Abbey con su ausencia. Incluso las niñas ya no reían con la misma alegría.

Cada noche desde su partida, Hannah se despertaba por la presencia fuera de su puerta. Después de la primera noche, la mantenía constantemente cerrada con llave y rara vez se aventuraba fuera de su habitación si no estaba enseñando a las niñas.

La hacía sentir como un fantasma de su antiguo yo. Ya no disfrutaba leyendo en el jardín ni siquiera de tranquilos paseos por la casa, pues ambas cosas eran demasiado peligrosas. Encerrada en su habitación durante todo su tiempo libre, se sentía como un animal enjaulado.

Su único consuelo estaba en sus visitas a Joanna McCarthy. En su pequeña cabaña, Hannah finalmente podía respirar ese suspiro de alivio y dejar que la tensión que era un constante hormigueo en su columna se relajara.

Aunque al principio las visitas del Sr. Matthew McCarthy se habían vuelto más regulares, a medida que Hannah se marchitaba, él también había desaparecido. Esto solo le probaba que sus motivos no eran cuidar de su anciana madre.

Cuando ella mostró poco interés, y francamente una sociabilidad limitada debido a tantas noches sin dormir, él perdió interés en ella y dirigió sus atenciones a otra parte.

No le dolía su falta de atención, ya que no tenía sentimientos amistosos hacia él en primer lugar. También estaba el asunto del conde. Ciertamente no creería que ella no lo estaba alentando. Sin duda, lo consideraría culpa suya, al igual que estaba segura de que vería el comportamiento agresivo del Sr. Poole como obra suya también.

—Lo siento, Abuela —dijo Hannah, apartando los ojos de la ventana después de ver caer otra hoja que se había rendido.

—No he dormido bien en los últimos meses.

—¿Y eso por qué, niña? —preguntó la Abuela con preocupación.

—Es difícil de explicar.

—¿Difícil de poner la razón en palabras, o difícil de hacer que las palabras salgan de tu boca? —preguntó ella.

Hannah miró avergonzada sus manos. Ciertamente podía decir las palabras; no era un problema encontrar las adecuadas para explicar sus problemas. Era el miedo que las acompañaba lo que no podía dejar escapar.

Mantener su terror nocturno para sí misma era la única pared que contenía la presa del miedo. Era lo último a lo que podía aferrarse.

—Mis pequeñas damas —dijo la Abuela, volviéndose hacia las niñas—, creo que la gata atigrada del cobertizo de las cabras tuvo sus gatitos. ¿Serían tan amables de ir a ver a los pequeños ángeles por mí?

Ambas niñas se iluminaron ante la oportunidad de ver gatitos y se apresuraron a salir por la puerta. Aunque la razón era cierta, Joanna era lo suficientemente sabia para saber que la única forma en que Hannah podría hablar de sus problemas sería en confidencia.

Se sentaron en la habitación durante unos momentos de silencio para que la confidencialidad pudiera respirar un poco entre ellas.

—¿Tiene algo que ver con esas marcas en tu cuello de hace unos meses? —preguntó finalmente la Abuela.

Hannah miró a la anciana con sorpresa. Nadie más había notado los moretones que se habían formado en el cuello de Hannah después del ataque del Sr. Poole en el jardín. Había mantenido su cofia baja y su fichu alto para asegurarse de ello.

Desafortunadamente, había olvidado cómo las facultades de Joanna McCarthy parecían haberse agudizado en su vejez.

—¿Fue el conde entonces? —inquirió de nuevo cuando Hannah no respondió.

—Oh, no. Sé que parece bastante grande e imponente, pero te prometo que es un hombre honorable. Quizás un poco dominante y controlador, pero incluso estas cosas las hace de corazón.

—Apostaría a que no te lo hiciste tú misma. ¿Qué tal si le dices la verdad a la Abuela y juntas encontramos una manera de superarlo?

Hannah ya podía sentir las lágrimas brotando en sus ojos. No importaba si quería contenerlo todo, retenerlo todo, la presa se estaba rompiendo y no había forma de detenerla.

Hannah se desmoronó en un ataque de lágrimas y la Abuela se acercó rápidamente a su lado, rodeándola con un brazo reconfortante.

—Ha sido simplemente horrible —sollozó Hannah entre lágrimas después de haber derramado toda la historia a Joanna, desde el primer encuentro con el barón hasta las visitas nocturnas del Sr. Poole.

—¡Qué horribles villanos son los dos! —dijo la Abuela con un tono amargo en sus palabras—. Debes ir al conde de inmediato —añadió.

—Nunca podría hacerlo. Sería mi palabra contra la del Sr. Poole. Con mi pasado, y el Sr. Poole con mi mechón de cabello robado, no habría forma de que Lord Grimshaw me creyera.

—Te creería porque tus palabras son la verdad. Solo necesitaría mirar en tus hermosos ojos azules para verlo.

—No estoy tan segura como tú. Él ya está condicionado a pensar que tengo motivos para buscar una circunstancia diferente a través de esta posición. Le sería más fácil seguir las conclusiones del Sr. Poole que las mías.

—Todo por culpa de esa señorita Watts —dijo la Abuela, sacudiendo la cabeza—. Era una buena chica y se enamoró. Lo vi desarrollarse cada domingo en el servicio. Cuando te enamoras, no es algo que elijas y no se puede evitar —añadió la Abuela con sabiduría.

—Lord Grimshaw, de entre todas las personas, debería saberlo. Era fácil ver cuánto amaba y se preocupaba por su esposa a pesar de que fueron elegidos el uno para el otro por sus padres.

Hannah se sorprendió al escuchar esta noticia. Había aprendido tan poco sobre la difunta Lady Grimshaw. Hannah sabía bien que el conde la apreciaba y aún la lloraba por sus acciones, pero nunca habría adivinado que su matrimonio había comenzado con menos afecto, y mucho menos que fuera un matrimonio arreglado.

—Si no puedes hablar con el conde sobre esto —continuó la Abuela—, eso no significa que tengas que seguir viviendo así por más tiempo.

—Nunca podría irme —replicó Hannah rápidamente—. Por horrible que sea ese hombre, no podría dejar a las niñas. Estarían muy angustiadas.

—Yo tampoco quiero que te vayas, querida —dijo la Abuela, dando unas palmaditas con su mano arrugada en el regazo de Hannah.

—Pero hay que hacer algo. Si no puedes buscar la protección del conde, entonces debes encontrar una manera de protegerte tú misma.

—¿Qué quieres decir? —sollozó Hannah.

—Los hombres como ese —dijo la abuela arrugando aún más su ya marchito rostro— hacen lo que quieren porque creen que tienen el poder. Tú plántale cara, defiéndete y le quitarás ese poder.

—¿Defenderme? ¿Cómo podría? Él es mucho más fuerte que yo.

—No es la fuerza lo que necesitas. Es solo la sorpresa. Lo pillas desprevenido y luchas antes de que tenga la oportunidad de atraparte. Te prometo que con una vez bastará para que deje de merodear por tu puerta.

Hannah meditó sobre estas palabras mientras regresaba a casa esa tarde con las niñas. Ambas estaban tan emocionadas por la camada de gatitos que ninguna de las jóvenes notó que Hannah estaba perdida en sus propios pensamientos mientras ellas charlaban.

Lo que más entusiasmaba a las niñas era que la abuela había prometido darle un gatito a cada una para llevárselo a casa cuando fueran lo suficientemente mayores para dejar a su madre.

Era solo una preocupación más que Hannah tenía que archivar en el fondo de su mente. Las niñas ya anticipaban el día en que su padre volvería a casa.

No era solo para verlo de nuevo, sino también porque cada niña tenía un retrato en acuarela enmarcado esperando para mostrárselo.

Hannah estaba orgullosa de su trabajo, pero también aterrorizada por la ira del conde cuando se diera cuenta de lo que habían estado haciendo todos estos meses.

Esperaba contra todo pronóstico que regresara a casa con una actitud mucho mejor hacia ella que la que tenía cuando se fue.

Deseaba desesperadamente que no les quitara sus salidas a la cabaña de Joanna. Estaba segura de que a las niñas les hacía tanto bien pasar tiempo con la anciana como a la abuela.

—Rebecca, no puedes llevar un gato contigo a todas partes —Caroline regañaba las aspiraciones de su hermana menor—. Si lo llevas a la sala de estudio, seguramente se comería al señor Whiskers.

—Mi gata no. Ella amará al señor Whiskers —replicó Rebecca.

—Ningún gato querrá jamás a un ratón —argumentó Caroline con la superioridad de quien es mayor en edad y conocimiento.

—Señorita Jacobson, ¿es eso cierto? ¿Mi gata odiará al señor Whiskers sin importar qué? —preguntó Rebecca.

—No estoy del todo segura —dijo Hannah con un suspiro. Se sentía completamente agotada por la falta de sueño y la liberación de emociones que había tenido esa tarde.

—Supongo que es como pedirle a un guepardo que cambie sus manchas. Si naces de una manera, no veo cómo podrías comportarte de forma contraria a eso —continuó Hannah.

Caroline levantó la cabeza con más orgullo al ver que la autoridad había estado de acuerdo con ella en el asunto, mientras que Rebecca se resignó a hacer pucheros.

—Mi gatita será diferente —refunfuñó Rebecca en voz baja—. Amará todo y a todos, dormirá en mi cama y me seguirá a todas partes.

—Si eso es lo que esperas —dijo Hannah con una pequeña sonrisa ante las reflexiones de la niña—, creo que sería mejor que buscáramos una camada de cachorros en lugar de gatitos.

Capítulo 18

Hannah pasó la noche preguntándose si tendría el valor de seguir la sugerencia de la Abuela.

Fue otra noche más en la que él estuvo parado fuera de la puerta. Aunque esta vez la despertó el sonido de él intentando girar el pomo.

No podía creer que ahora estuviera escalando a intentar entrar en su habitación. Hannah sabía que la Abuela tenía razón. Él estaba disfrutando más del poder que tenía sobre ella que de cualquier otra cosa.

Justo cuando pensaba que podía lidiar con su comportamiento, él siempre aumentaba su nivel para asustarla aún más.

El día siguiente era sábado y tenía libertad para hacer lo que quisiera mientras las niñas pasaban el día con Abigail.

Durante los últimos meses, esto significaba estar confinada en su habitación todo el día con la puerta bien cerrada.

Sin embargo, estaba decidida a no dejar que su miedo obstaculizara más su vida. Así que en lugar de quedarse en su habitación, decidió ir a la biblioteca y tomar prestado un libro para leer afuera en el jardín.

Los días empezaban a volverse progresivamente más fríos y ella esperaba poder pasar algo de tiempo al aire libre antes de que el invierno la confinara en el interior por el resto del año.

Se había tomado su tiempo mirando los estantes de libros. Aunque su corazón latía con fuerza y se sobresaltó dos veces al oír pasos y una puerta cerrándose, se negó a dejar que su miedo la ahuyentara.

Tenía tanto derecho a caminar por Brighton Abbey como el señor Poole y ya no dejaría que él la detuviera.

Finalmente, Hannah seleccionó un libro que aún no había leído y que le pareció bastante interesante. Después de firmar su nombre en el libro de préstamos dejado para el uso de los sirvientes, salió de la biblioteca bastante triunfante por haber mantenido la cabeza alta y los miedos a raya.

Solo había dado unos tres pasos fuera de la puerta de la biblioteca cuando escuchó el sonido inconfundible de pasos pesados y rápidos en el suelo de madera detrás de ella.

Los temores de Hannah la dejaron clavada en el sitio mientras escuchaba. Eran definitivamente pasos masculinos y a un ritmo decidido. Solo había una razón lógica en la mente de Hannah por la que un miembro de la casa estaría haciendo tal cosa. Claramente estaba tratando de alcanzar y quizás adelantar a alguien.

Sabía que este era su momento. Este era el momento de plantarse. Miró rápidamente a su alrededor, esperando algún tipo de ayuda. A su izquierda había un pequeño recodo con una ventana de lectura.

Recordó el consejo de la Abuela sobre tener el elemento sorpresa de su lado. Se deslizó detrás de las gruesas cortinas del recodo.

Apoyándose contra una de sus paredes, apenas podía distinguir una rendija del pasillo entre la cortina y la pared de piedra. Esperaría hasta que el bruto estuviera sobre ella y entonces no dudaría en luchar para mantener su virtud.

Agarró el libro con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos y contuvo la respiración. En el silencio del pasillo, podía oír los latidos de su corazón en el oído tan rápidos como los pasos que se acercaban.

Finalmente, vio el par de botas frente a ella. Con cada onza de coraje y fuerza que poseía, tensó cada músculo de su cuerpo.

Justo cuando los zapatos llegaron a su escondite, echó las cortinas hacia atrás y arrojó el libro con todas sus fuerzas al libertino.

—¡No dejaré que me asustes más! —gritó mientras lanzaba el objeto con toda su fuerza.

Su puntería fue un poco desviada y en lugar de golpear al asaltante en la cabeza, le dio en el hombro. Él se giró sorprendido por el ataque, levantando los brazos instintivamente para cubrirse.

—¡¿Qué demonios cree que está haciendo?! —retumbó la profunda voz del Conde de Grimshaw mientras se volvía hacia su atacante.

Al instante, Hannah se quedó paralizada en el sitio.

—Lo siento mucho, Lord Grimshaw. No pensé que fuera... No tenía idea de que usted estaba...

Grimshaw se calmó, pero solo ligeramente cuando vio que su atacante no era más que una mujer detrás de las cortinas.

—¿Por qué diablos se escondería detrás de mis cortinas y me arrojaría un libro? —exigió.

—Verá... —comenzó Hannah y titubeó.

Estaba temblando por completo. Podría haber sido la oleada de miedo combinada con la adrenalina del momento. Quizás fue la nueva y sorprendente revelación de que no solo había atacado al hombre equivocado, sino a su empleador para colmo.

No obstante, podía sentir el mundo girando a su alrededor. Extendió la mano hacia atrás y dejó que sus manos tantearan la fría pared de piedra para estabilizarse.

El último recuerdo que tuvo antes de que el mundo se volviera negro fue la sensación de la roca helada deslizándose de sus dedos.

Decir que Sebastian Blackburn estaba sobresaltado cuando la señorita Jacobson le arrojó un libro desde detrás de un recodo era quedarse muy corto.

Aun así, eso no se podía comparar con ver a la mujer tambalearse y caer frente a él. Fue como si todo el mundo se ralentizara mientras ella palidecía hasta quedar blanca como una sábana.

La vio balbucear, inclinarse hacia atrás para alcanzar la pared y lentamente perder toda sensación en las piernas. No tuvo que pensar, solo actuar.

Extendiendo los brazos, la envolvió, sacrificando su propio cuerpo en el movimiento. Golpeó el suelo con fuerza, pero por suerte la protegió del impacto.

—Señorita Jacobson, señorita Jacobson —dijo, tratando de sacudir el cuerpo inerte que sostenía en sus brazos—. ¡Hannah! ¡Hannah, despierte!

Ella gimió por un momento, aunque sus ojos permanecieron cerrados. No obstante, Grimshaw suspiró aliviado. Simplemente se había desmayado.

Se puso de pie acunándola en sus brazos capaces en un solo movimiento. Ella dejó que su cabeza descansara sobre su pecho mientras él la sostenía cerca de sí.

—Estará bien —arrulló, aunque no estaba seguro de que ella pudiera oírlo.

De hecho, más bien pensó que se lo estaba diciendo a sí mismo más que a ella. Estaba demasiado familiarizado con la visión de una mujer debilitada hasta la médula.

Dando pasos largos y pesados, marchó hacia la biblioteca, la habitación más cercana, y depositó su cuerpo en un sofá.

Ella aún yacía inmóvil e inerte. Estaba fría al tacto al menos, aunque se veía pálida todavía y un poco más delgada si era honesto consigo mismo.

Con suavidad le quitó la cofia y deshizo los alfileres de su cabello. Con ella aún inconsciente, dudó en la siguiente parte.

Lo sabía por experiencia con su esposa. Al principio, ella todavía elegía estar completamente vestida con corsé y todo. Cuando le daba un ataque de tos, era demasiado para que pudiera respirar, y a menudo se desmayaba. Con frecuencia él aflojaba sus lazos para ayudarla a respirar más fácilmente cuando volvía en sí.

No pudo hacerlo ahora, sin embargo. En su lugar, apartó un mechón que había caído y esperó pacientemente a que la señorita Jacobson abriera los ojos.

Pasaron varios minutos antes de que eso sucediera. Estaba paseando por la habitación cuando captó la visión de sus ojos abriéndose con dificultad.

Inmediatamente se acercó a su lado y puso un brazo gentil sobre su hombro para evitar que se levantara.

—Quédate quieta un poco más —le instó.

Ella se relajó de nuevo en el sofá y, satisfecho de que no se movería, Grimshaw se dirigió a una licorera y sirvió una buena medida de brandy para ambos. Bebió el suyo y luego llevó el vaso a la señorita Jacobson.

—Toma, te devolverá algo de fuerza.

—No soporto esa cosa —dijo ella en poco más que un débil susurro.

Él le sonrió por su tenacidad. Incluso en un estado tan debilitado, aún tenía el ingenio para contradecirlo en cada pequeña cosa.

—¿Alguna vez te has desmayado antes? —preguntó, aún de pie sobre ella con el vaso.

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, entonces no sabes cuánto afectará a tu cuerpo. Lo he visto muchas veces. Toma el vaso; incluso un sorbo te hará bien.

Ella tomó el vaso a regañadientes y dio un pequeño sorbo, cerrando los ojos con fuerza mientras lo tragaba.

Débilmente, le devolvió el vaso para que lo tomara. Él frunció los labios, insatisfecho con su débil intento, pero tomó el vaso de todos modos y lo dejó sobre una mesa.

Grimshaw dudó solo un momento antes de sentarse en el sofá junto a su cuerpo extendido. Le acarició suavemente el cabello y dejó que sus dedos se deslizaran por su mejilla.

Ella lo miró con esos grandes ojos azules que parecían del tamaño de la luna. Tenía un deseo profundo en ese momento de abrazarla, de mantenerla a salvo y de consolar cualquier cosa que estuviera perturbando esos profundos pozos azules.

—¿Te gustaría decirme ahora por qué me atacaste? —preguntó con una sonrisa humorística en los labios.

Observó cómo la inundaba la comprensión y ella se puso rígida y se incorporó un poco.

—Perdóneme. No fue mi intención —balbuceó la señorita Jacobson.

—Oh, ciertamente fue tu intención —dijo Grimshaw con una risa ronca—, pero parecías bastante sorprendida de tu objetivo.

—Estaba asustada, eso es todo. Pensé que alguien me seguía y... supongo que el instinto simplemente se activó.

—¿El instinto se activó? —repitió Grimshaw con una ceja escéptica—. No te tomo por el tipo de persona que pelea, señorita Jacobson. Además, ¿quién podrías pensar que te haría daño en Brighton Abbey?

La segunda de sus preguntas lo desconcertó más. Ella tenía la mirada de una mujer enloquecida llevada al último recurso. ¿Cuáles fueron las palabras que había gritado?

—Dijiste: "No dejaré que me asustes más". ¿Quién te está asustando? —preguntó Grimshaw, más serio ahora.

No le gustaba la sensación de saber que Hannah Jacobson estaba atormentada por alguien.

—Nadie —respondió ella un poco demasiado rápido.

Grimshaw frunció los labios y juntó las cejas. Claramente le estaba mintiendo.

—De verdad. Solo soy una chica tonta, eso es todo. Pensé que oía ruidos. Un fantasma —dijo de repente como si la idea se le acabara de ocurrir—. Pensé que era un fantasma y me asusté.

—¿Y supusiste que lanzar un libro a un espíritu lo ahuyentaría? —dijo Grimshaw, sin creerle ni por un segundo.

—Fue una tontería, lo sé. Supongo que simplemente entré en pánico. Lo siento mucho por eso.

—Hannah —dijo Grimshaw suavemente, disfrutando la sensación de su nombre en sus labios —, por favor, si alguien te está asustando, necesito saberlo.

—Nadie —dijo ella, mirando al suelo.

—¿No has estado bien? Pareces un esqueleto comparada con la última vez que te vi —preguntó Grimshaw.

—No, estoy bien.

La señorita Jacobson giró las piernas y puso los pies en el suelo. Grimshaw se puso de pie y la ayudó a levantarse. Ella vaciló por un momento y se apoyó en él, pero luego recuperó el equilibrio por sí misma.

—Le aseguro —dijo con más determinación— que estoy perfectamente bien ahora.

No le gustaba que ella le mintiera. No había nada que pudiera hacer al respecto. De ninguna manera la presionaría en un estado tan delicado. Pensó en por qué se había ido en primer lugar.

Tal vez ella había tenido algún tipo de pelea de amantes y eso era lo que la había alterado tanto. Se llenó de punzadas de celos una vez más.

Había trabajado tan duro para sacar a la señorita Jacobson de su mente estos últimos meses que estuvo fuera, y en un instante, ella había caído literalmente de nuevo en sus brazos y en su corazón. Grimshaw se despreciaba a sí mismo por recaer tan fácilmente.

Sin embargo, seguía siendo un caballero y no dejaría a Hannah Jacobson fuera de su vista hasta estar seguro de que estaba lo suficientemente bien por sí misma.

Tomó su brazo aún débil y lo entrelazó con el suyo.

—Te acompañaré a tu habitación donde podrás descansar. Si quieres, puedo hacer que te suban la cena esta noche.

Ella dudó por un momento y Grimshaw se preguntó si discutiría con él también sobre este hecho. Sin embargo, aún no tenía la cabeza completamente clara, así que afortunadamente cedió a su sugerencia.

Juntos caminaron por los pasillos a un ritmo lento hasta que pudo depositarla a salvo en su habitación. Inmediatamente mandó llamar a Mary para que atendiera todas y cada una de las necesidades de la señorita Jacobson durante la noche.

Por mucho que se despreciara por ello, no eludiría sus deberes de cuidar a los miembros de su casa, incluso cuando su corazón sangraba por ellos y el de ellos por otro.

Capítulo 19

Lord Grimshaw no podía sacarse de la mente el recuerdo de la señorita Jacobson en semejante estado. Incapaz de aclarar sus pensamientos, se dispuso a retomar el trabajo en el ala oeste.

Durante su ausencia en la ciudad, sus empleados habían terminado el techo y el interior había comenzado a tomar forma. No le gustaba haberse perdido tanto durante su estancia en Londres, pero era necesario terminar el techo antes de que llegaran las tormentas invernales y destruyeran gran parte del progreso que habían logrado.

Grimshaw solo pretendía dar una vuelta por el ala y evaluar el trabajo, pero en poco tiempo se encontró trabajando arduamente. Era una tarea que requería toda su concentración, y por eso se alegraba.

Con la mente puesta en la tarea que tenía delante, no le quedaba tiempo para divagar o intentar comprender las complejidades que parecía entrañar la señorita Hannah Jacobson.

De hecho, estaba tan absorto en su trabajo que perdió por completo la noción del tiempo. No fue hasta que la señora Brennon se plantó frente a él, con una bandeja de cena en la mano, que se dio cuenta de lo tarde que se había quedado en la zona.

—¿Me he perdido la cena? —preguntó Grimshaw sorprendido al ama de llaves.

—Te has perdido la cena y muchas más horas después de eso.

Metió la mano en el bolsillo y miró la hora. Se quedó atónito. Era casi medianoche.

—Finalmente me di por vencida esperando a que terminaras de trabajar en lo que sea que te está molestando y te traje una bandeja para poder retirarme.

—Señora Brennon, perdóneme por mantenerla despierta hasta tan tarde. Va mucho más allá de sus obligaciones. Sin embargo, puedo asegurarle que nada me preocupa. Simplemente perdí la noción del tiempo.

Ella dejó la bandeja de plata en el suelo polvoriento aún sin tratar y le dirigió una mirada escéptica.

—Supongo que podrías seguir haciendo ruido aquí durante toda la noche en lugar de hablar sobre lo que te molesta —dijo, cruzando las manos y examinando esa parte del ala—. Ciertamente aceleraría el proceso. Aunque me temo que no te daría el alivio de conciencia que estás buscando.

—No estoy del todo seguro a qué alivio te refieres —respondió Grimshaw.

—Apostaría a que tiene algo que ver con la señorita Jacobson. También apostaría a que tus sentimientos por ella son la razón por la que huiste todos estos meses.

—Yo no huí —se defendió.

La señora Brennon frunció los labios y arqueó una ceja con incredulidad. Él se desinfló, sabiendo que ella lo había calado por completo.

—Lo hice, pero no por la razón que estás insinuando. Ella me frustra tanto. No puedo entender por qué es tan difícil encontrar una institutriz para las niñas que simplemente se ciña a su trabajo.

—¿A qué te refieres? La señorita Jacobson ha sido muy hábil y diligente en su trabajo.

—Estoy seguro de que eso es cierto, pero también tiene otros motivos. Al igual que la señorita Watts —replicó Grimshaw.

—Que una los tuviera no significa que todas los tengan —afirmó la señora Brennon exasperada.

—La vi tramando algo con mis propios ojos.

—No estoy segura de lo que crees haber visto, pero puedo asegurarte que la señorita Jacobson no tiene otros motivos que se parezcan a los de la señorita Watts. Hay algo dentro de ella...

La señora Brennon se interrumpió mientras buscaba las palabras.

—Algo dentro de ella que he visto está roto —terminó finalmente la señora Brennon—. No hay otra manera de explicar las acciones que he observado.

—¿Qué quieres decir? —dijo Grimshaw, sorprendido por sus palabras.

—Bueno, para empezar, solo hay unas pocas razones por las que una joven hermosa como ella sentiría la necesidad de cubrir cada centímetro de su cuerpo con ropa sencilla y poco atractiva.

Grimshaw meditó sobre estas palabras, tratando de encontrar la conclusión de su ama de llaves. Cuando tardó demasiado, ella se lo explicó claramente.

—Obviamente alguien la ha lastimado. Se cubre para protegerse de que vuelva a suceder. ¿Cómo no lo ves?

Cuando la señora Brennon lo planteó de esa manera, las cosas comenzaron a encajar para él, bueno, al menos algunas. La noche que tuvo una pesadilla y las palabras que gritó cuando lo atacó hoy.

Estaba plantando cara y negándose a seguir asustada. Por qué, no tenía ni idea. Tampoco estaba seguro de si la amenaza seguía siendo real a su alrededor o solo un eco de su pasado.

—Ella tiene sus fantasmas al igual que tú. Luchas por mantenerte alejado de ella, pero sé que juntos es la única manera en que los superarán.

—Yo no tengo ningún fantasma —dijo Grimshaw con brusquedad—, y no sé a qué te refieres con superarlos juntos.

—Oh, Sebastian, sabes exactamente a qué me refiero —dijo la señora Brennon con la familiaridad de un miembro del hogar que era más parecido a la familia.

Le tocó la mejilla con afecto, y por un segundo vio al joven bribón que solía atormentar estos pasillos.

—Le diré buenas noches ahora, Lord Grimshaw —dijo con un brillo en los ojos antes de marcharse.

Grimshaw se sentó en el suelo y picoteó la comida que ella le había traído. La señora Brennon lo había hecho sentir como un niño tonto, explicándole cosas que ella veía y él no.

Por supuesto que sabía que tenía un fantasma. El recuerdo de su esposa, el dolor de la pérdida aún lo atenazaba con fuerza. La culpa de encontrar a otra para poner en su corazón.

Ella se había equivocado al suponer que quería que esa fuera la señorita Jacobson, estaba seguro de ello. Sí, Grimshaw tenía sentimientos por ella, pero tal vez era solo la necesidad de protegerla de los miedos que la habían hecho cubrir su cuerpo físico de esa manera.

Puede que no se hubiera dado cuenta de la carga que llevaba en secreto, pero a cierto nivel, debía haberla reconocido para sentirse tan protector hacia ella.

Sin embargo, ser protector no era lo mismo que estar enamorado. Ella no era nada más que una empleada para él. Incluso si tuviera tales sentimientos, que ciertamente no los tenía, no sometería a sus hijas a ese tipo de chismes.

Ya habían tenido suficientes dificultades en la vida. Entrar en sus años de juventud con el rumor de que su institutriz se había casado con su padre era demasiado para que tuvieran que soportar.

No, encontraría una madre para ellas, no por el deseo de encontrar amor, sino por la necesidad de cuidarlas y verlas bien en el mundo.

Su corazón estaba demasiado lleno con Ann como para hacer espacio para otra. No deshonraría su memoria de esa manera.

***

Aunque Hannah estaba mortificada por sus acciones, también estaba agradecida de que el conde hubiera estado a su lado.

Estaba más irritada consigo misma que con cualquier otra cosa. En un intento de ser valiente y defenderse, se había desmoronado como un charco.

Gracias al cielo que había sido Lord Grimshaw y no el señor Poole. Solo podía imaginar lo que habría sucedido si se hubiera desmayado en presencia de David Poole.

Se estremeció ante la idea mientras yacía en su cama. Estaba completamente agotada por todo. Había pensado que tomaría un momento para recomponerse en su habitación y luego iría a cenar.

Por alguna razón, no le gustaba la idea de que Lord Grimshaw la considerara débil y vacilante, pero no parecía poder mover mucho las piernas.

Un suave golpe sonó en la puerta y Mary entró.

—Hannah, querida. ¿Cómo estás? —arrulló Mary, entrando en la habitación con una bandeja de caldo caliente y té—. Lord Grimshaw le informó a la señora Brennon que tuviste un desmayo. Pobrecita.

Dejó la bandeja y se sentó junto a Hannah en la cama.

—Estoy perfectamente bien —le aseguró Hannah—. No soy más que una tonta chiquilla. Estoy más avergonzada que otra cosa.

—Cuéntame qué pasó —la animó Mary.

Hannah dudó. Ya le había revelado su carga a la señora McCarthy y no estaba segura de poder hacerlo de nuevo.

—Todo fue simplemente ridículo. No sabía que Lord Grimshaw estaba en casa. Estaba saliendo de la biblioteca y me asustó, y me desmayé —dijo Hannah con un breve relato.

Esperaba que él omitiera el hecho de que le había arrojado un libro si le pedían que contara la historia.

—¿Estás segura de que eso fue todo? —preguntó Mary.

Hannah sonrió débilmente y le tomó la mano. Era una amiga tan amable con ella. Asintió e hizo lo mejor que pudo para parecer recuperada de toda la experiencia.

—Bueno, si estás segura, entonces debería volver a mi trabajo —dijo Mary, poniéndose de pie.

—Sí, por favor. No dejes que te retenga.

—Bueno, me mandarás llamar si necesitas algo, ¿verdad?

—Sí, lo haré. Lo prometo. Solo me quedaré aquí en la cama y leeré un poco —dijo, alcanzando el libro en su mesita de noche.

Mary aún estaba reacia, pero teniendo tareas que completar antes de que terminara el día, dejó a Hannah sola en su habitación.

Esperó hasta que Mary se hubiera ido por completo antes de volver a poner el libro en su lugar. Ya lo había leído dos veces. Esa era la razón por la que había ido a la biblioteca a buscar otro.

Consideró volver y buscar su arma, pero decidió no hacerlo. En su lugar, se acurrucó en su cama y se quedó dormida de inmediato.

No estaba segura de cuánto tiempo durmió, pero cuando despertó, la habitación estaba fría y oscura. Supuso que era tarde en la noche.

Se levantó de la cama con rigidez, habiéndose quedado dormida completamente vestida. Se movió para quitarse el vestido cuando se dio cuenta de que había sido un sonido lo que la había despertado.

Un miedo puro le recorrió la espina dorsal cuando vio la luz y oyó los pasos que se acercaban a su habitación.

Saltó de la cama y corrió a cerrar el pestillo de la puerta antes de que llegaran. El sonido fue lo suficientemente fuerte en su mente como para despertar a toda la casa.

Poole estaba de pie fuera de su puerta, vela en mano, claramente habiendo escuchado el ruido y sabiendo que estaba despierta.

Dio un par de pasos atrás para poner espacio entre ella y el atacante al otro lado. Apretó los dientes y cerró los puños.

Puede que Hannah hubiera estado demasiado asustada para abrir la puerta y enfrentarse a su atacante, pero ya no dejaría que la controlara de esta manera.

—El conde está en casa —siseó hacia la puerta.

Puede que no hubiera sido muy alto, pero en el silencio de la noche, estaba segura de que él la había oído.

—Soy muy consciente de ello —dijo la voz de Poole, ronca desde el otro lado.

—¡Así que vete! Si Lord Grimshaw te encuentra merodeando fuera de mi puerta...

—Dudo que Lord Grimshaw esté patrullando los pasillos por la noche. Pero si estás tan preocupada, todo lo que tienes que hacer es quitar el pestillo de la puerta.

—¡Nunca! —siseó Hannah en respuesta.

—Te aseguro que seré rápido y gentil —le arrulló—. Una vez es todo lo que pido y luego habré terminado contigo.

—Eres un demonio asqueroso y vil —replicó Hannah, usando cada palabra en su vocabulario para describir al hombre.

Él se rió bajo y profundo en su garganta.

—Te tendré, Hannah Jacobson. De una forma u otra, encontraré la manera de entrar. Es mejor que simplemente me dejes tener lo que quiero. Así ambos podríamos seguir con nuestras vidas.

Quería responder, decir algo para desafiarlo, pero el peso de sus palabras era pesado en el aire nocturno. Él no se rendiría. Nada iba a detenerlo.

Se cubrió la boca para ocultar un sollozo. Hannah Jacobson tal vez carecía del valor necesario para luchar contra un agresor sin desmayarse, pero no carecía tanto como para darle la satisfacción de dejarle oír sus lágrimas.

Finalmente, después de unos momentos de silencio, escuchó el soplo de su vela apagándose y, en la oscuridad, oyó sus pasos alejándose.

En el frío suelo, se desplomó en un montón y lloró hasta que se quedó dormida de nuevo.

Capítulo 20

Ala mañana siguiente, Hannah hizo todo lo posible por olvidar todo y concentrarse en el presente. Se vistió para ir a la iglesia y fue a recoger a las niñas.

Ambas burbujeaban de emoción y Abigail luchaba por mantener sus cabellos recogidos mientras saltaban por la habitación.

—Abigail dijo que padre volvió a casa anoche —dijo Rebecca emocionada.

—Sí, ¿no le visteis en la cena? —preguntó Hannah a las niñas sorprendida.

—No, no cenó anoche —respondió Rebecca con cierto pesar.

—Pero estoy deseando verle —añadió—. Caroline y yo tenemos nuestras pinturas listas — corrió y le mostró a Hannah la acuarela enmarcada y preparada.

A Hannah se le encogió el corazón. Con todo el alboroto de ayer, había olvidado por completo que las niñas querrían mostrárselas a su padre y, al hacerlo, revelarían sus visitas secretas a Concordshire.

—Estaba pensando —dijo Hannah, arrodillándose frente a las niñas—, ya que se acerca la Navidad, ¿no sería encantador regalárselas a vuestro padre en Nochebuena?

A Rebecca le gustó la idea, pero Caroline pareció meditarla un poco más. Iba a ser más difícil de convencer.

—Estoy segura de que para entonces vuestro padre habrá terminado la mayor parte del ala oeste, así que cuando se las deis en Navidad, podría colgarlas directamente en la pared. ¿No sería maravilloso? —animó Hannah un poco más.

—Oh, Caroline, será bonito, ¿verdad? —dijo Rebecca a su hermana.

Caroline miró la acuarela enmarcada que tenía en la mano. Era un jarrón con un arreglo floral. Había trabajado tan duro y era tan hermosa que quería que su padre estuviera absolutamente orgulloso de ella cuando se la regalara.

—Supongo que estaría bien —dijo finalmente Caroline después de unos momentos de reflexión.

—Maravilloso —dijo Hannah, poniéndose de pie con una mezcla de alivio y culpa.

Guio a las niñas escaleras abajo hasta donde las esperaba su padre. Ambas niñas estaban tan felices de verle de nuevo después de tanto tiempo que Hannah estaba segura de que los retratos ya estaban olvidados.

—Buenos días, señorita Jacobson. Confío en que se encuentre mejor —saludó Lord Grimshaw con suma cortesía.

—Sí, lo estoy, gracias —respondió Hannah.

Podía sentir la rígida incomodidad entre ellos después de un encuentro tan íntimo el día anterior. No pudo evitar recordar la sensación de su mano rozando su mejilla, el calor de su presencia mientras se sentaba a su lado en el sofá.

Sus ojos se encontraron con los marrones de él y, en sus profundidades, vio que recordaba el mismo momento. Apartó la mirada sonrojada y Lord Grimshaw se aclaró la garganta.

—¿Nos vamos? —dijo a las tres damas mientras señalaba con un brazo la salida y sostenía la mano de Rebecca con el otro.

No hubo nada externamente inusual en el viaje en carruaje, el sermón en la iglesia o el regreso a casa. Para cualquier observador externo, todo parecía bastante rutinario.

Sin embargo, había algo nuevo en el ambiente. Comenzó con la mirada compartida antes de partir y pareció crecer con cada segundo que pasaba.

Al final del viaje, un anhelo y deseo no expresados se habían filtrado en cada centímetro del ser de Hannah. Apenas podía mirar a Lord Grimshaw sin que su rostro se pusiera carmesí por ello.

Las niñas, naturalmente, eran demasiado jóvenes para verlo y actuaban como lo hacían habitualmente un domingo. Pasaron el viaje en el carruaje haciendo a su padre una pregunta tras otra sobre su estancia en Londres.

Él estaba más que feliz de complacerlas con historias de cenas y bailes a los que asistió. Aparentemente, Hannah se enteró de que había convertido su viaje de negocios en todo un evento social.

No estaba segura de por qué sentía tales punzadas de celos con cada mención de un baile al que había asistido o una dama refinada que había conocido durante sus meses de ausencia.

Nunca antes le había importado la sociedad de la alta nobleza. Nunca había formado parte de ella y realmente tenía poca conexión con ella, aparte de lo que veía en la casa del barón.

Incluso entonces, durante el apogeo de la temporada social, cuando la baronesa constantemente tenía visitas y eventos a los que asistir, Hannah había sentido poco deseo por la temporada.

Sin embargo, al escuchar las palabras que salían de la boca de Lord Grimshaw, las actividades adquirieron un significado completamente diferente para ella.

Estaba segura de que era solo la forma en que parecía tejer las palabras en tales cuentos encantadores para el beneficio de sus hijas lo que hacía que todo sonara tan atractivo. Si era realmente honesta consigo misma, sentía celos de esta vida de la que hablaba Grimshaw fuera de Brighton Abbey.

Cuando se preguntó por qué debería importarle, nuevamente el recuerdo de su roce en la mejilla volvió a inundarla. Era una tontería que la molestara tanto.

Estaba segura de que Lord Grimshaw podía sentir el tumulto en las palabras no pronunciadas y estaba igualmente perturbado por ello.

***

Sebastian Blackburn no estaba seguro si eran las palabras de su ama de llaves o el hecho de que acababa de pasar todo el día en presencia de la señorita Jacobson suspirando por ella, pero de cualquier manera, necesitaba desviar su atención.

Era cada vez más consciente de que los sentimientos que tenía por la dama estaban lejos de ser una relación de empleador y empleada. También era algo que no podía hacerse por el bien de las niñas.

El lunes por la noche, había llegado a una conclusión final: la única forma de quitarse su imagen de la mente era reemplazarla. Se sentó en su escritorio en ese mismo momento y escribió una carta.

De todas las damas que había conocido y con las que había tenido indagaciones matrimoniales, solo había una por la que sabía que nunca sentiría sentimientos románticos. Lady Tara Marlow era similar a su difunta esposa y al mismo tiempo completamente diferente a ella.

Ella sería la madre que sus hijas necesitaban, su madrina ante la alta sociedad cuando llegara el momento. Estaría encantada de asegurar el título de condesa si su suposición era correcta. Cada momento con esa mujer le recordaría a su difunta esposa. Estaba seguro de que era la penitencia que merecía por amar a otra además de ella.

Lady Tara le recordaría todo lo que había perdido y por qué era tan preciado. Sería el rostro que le diría que, sin importar lo que Ann hubiera dicho, era incorrecto dejar entrar a alguien más en el corazón.

Escribió tan rápido que dejó dos manchas en el papel. Era descortés, pero le importaba poco. Quería terminar lo antes posible antes de cambiar de opinión.

Con el sobre sellado y listo para ser enviado en el correo de la mañana, sintió que un gran alivio lo invadía. Entonces un pensamiento cruzó su mente.

Lo mantuvo solo por un momento antes de subir las escaleras con determinación hacia la antigua habitación de su esposa. Se quedó en el marco de la puerta durante algunos minutos. Hacía tiempo que no abría esa puerta.

A pesar de su ausencia, los sirvientes de la casa la habían mantenido limpia y sin polvo. Caminó lentamente por la habitación con nada más que la luz de la luna llena para guiarlo.

Podría haber recorrido esa habitación en la oscuridad, había estado en ella tantas veces. Se dirigió hacia el espejo donde casi podía verla sentada cepillando su largo cabello negro. Extendió la mano y tocó el peine plateado y el cepillo de cerdas que descansaban sobre el tocador.

Le costó todo su esfuerzo contener la oleada de emociones que lo golpeó con fuerza. La echaba tanto de menos.

Sin embargo, en lugar de dejar que fluyera libremente, la reprimió y se dirigió a su objetivo previsto. Abriendo el cajón superior de su cómoda, encontró la pila de cartas.

Varias de ellas estaban dirigidas a sus hijas. El día de su presentación en sociedad. El día de su boda. El día en que tendrían su primer hijo. La última carta en el fondo, sin embargo, sabía que no llevaba ni el nombre de Rebecca ni el de Caroline.

La sacó y la miró en la oscuridad. No podía ver la inscripción manuscrita de su esposa, pero ya sabía lo que decía: «Para la señora Sebastian Blackburn, condesa de Grimshaw».

Consideró encender un fuego. Nunca dejaría que esto cayera en manos de Lady Tara Marlow, ya que no merecía tal cosa.

En su lugar, la giró en su mano y sintió el sello de cera en el reverso. Siempre se había preguntado qué podría haberle dicho Ann a la mujer que ella pensaba que sería su futura esposa. El sobre era lo suficientemente grueso como para que debiera haber sido bastante.

Dudó durante lo que parecieron momentos, pero más tarde se dio cuenta de que fue mucho más tiempo mientras pasaba su mano sobre el sello que ella había presionado, la escritura que su mano había inscrito.

Metió las cartas de vuelta en el cajón y se sentó en la cama hecho un desastre. Sosteniendo su cabeza entre las manos, reprimió las lágrimas.

—Lo siento tanto —susurró a los espíritus de la oscuridad.

Grimshaw no lamentaba invitar a Lady Tara a su casa para la temporada de invierno. No lamentaba que fuera a dejar claras sus intenciones de casarse con ella. Ni siquiera lamentaba que compartiría el resto de su vida con esa mujer por el bien de sus hijas.

Lamentaba un acto más siniestro. Uno por el que estaba seguro de que Ann nunca podría perdonarlo. Un día se presentaría ante las puertas doradas del cielo donde su Ann lo recibiría y aún así estaría lleno de esta culpa.

Era el conocimiento de que había hecho espacio en su corazón para amar a otra. Lo había descongelado y había dejado entrar a alguien más. No importaba que Ann hubiera dicho que tal cosa era necesaria. Aún así se sentía como una gran traición a sus ojos.

Por lo que a Grimshaw concernía, había hecho algo peor que cuando la vio morir lentamente frente a él sin poder hacer nada al respecto. Había dejado que este dolor ocurriera activamente. Se había permitido enamorarse y, al hacerlo, estaba seguro de que había roto el corazón de Ann.

Capítulo 21

El Conde de Grimshaw tomó un respiro para calmarse frente a la puerta del aula. No estaba seguro de por qué estaba tan nervioso por hacer esto, pero tenía que hacerse de todas formas.

Llamó suavemente antes de entrar. Dentro de la habitación, Grimshaw encontró a Hannah sentada en la silla junto a un cálido fuego para protegerse del frío otoñal. Sentada en el suelo frente a ella estaba Rebecca jugando con sus muñecas. Al otro lado de la chimenea estaba Caroline sentada en una silla trabajando en su bordado.

Hannah levantó la mirada hacia Grimshaw y sonrió ante su entrada. Dejó a un lado el libro que sin duda estaba leyendo en voz alta.

Grimshaw hizo todo lo posible por reprimir el aleteo que se apoderó de su corazón cuando ella le sonrió así. Eran esas sonrisas en las que sus hoyuelos se mostraban tan profundamente las que lo derretían.

—Me pregunto —dijo, de pie un poco incómodo— si podría tener un momento para hablar con las niñas sobre algo.

—Por supuesto, Lord Grimshaw —dijo Hannah, poniéndose de pie y dejando el libro abierto sobre el brazo de la silla para marcar la página.

—Estaré en la otra habitación visitando a Abigail, si le parece bien —dijo Hannah, caminando hacia la puerta que conectaba la guardería con el aula.

Abigail pasaba el tiempo allí ocasionalmente zurciendo según fuera necesario o quizás tejiendo. A veces se quedaba en el aula y escuchaba mientras Hannah leía, pero ese no era el caso ese día en particular.

—Estaría bien, gracias, señorita Jacobson —dijo Grimshaw, haciendo todo lo posible por ocultar sus sentimientos hacia ella.

En realidad, parecía muy serio, pero en su interior temía que fuera evidente su afecto por ella.

Grimshaw esperó hasta que la señorita Jacobson salió de la habitación y cerró la puerta suavemente detrás de ella.

—Niñas —dijo, colocándose frente a ellas.

Rebecca siguió jugando con sus muñecas, aunque Caroline estaba feliz de dejar a un lado su bordado y prestar atención a otra cosa.

—Tengo algo que necesito decirles. Bueno... no sé cómo explicarlo —balbuceó y luego comenzó a caminar frente a ellas.

—¿Qué pasa, padre? Estás actuando de manera extraña —observó Caroline.

—Solo estoy un poco nervioso, eso es todo.

—¿Por qué, papá? —arrulló Rebecca con su voz angelical.

—Tengo algunas noticias que darles. Quiero que lo tomen bien.

—¿Qué es entonces? —preguntó Caroline, lo suficientemente mayor como para saber que debía estar nerviosa ante tal declaración.

Ciertamente no podían ser buenas noticias para que su padre actuara de esa manera. Prácticamente estaba luchando por pronunciar las palabras.

—Mientras estuve en Londres, les dije que asistí a muchas cenas, bailes, eventos como esos. Durante mi estadía, conocí a alguien. Es una mujer muy agradable, como creo que ustedes, niñas, descubrirán.

—¿Qué estás diciendo? —Caroline se enderezó en su silla como un puercoespín erizado.

Dio un largo suspiro.

—Su nombre es Lady Tara Marlow. Es la hija de Lord y Lady Waldron. Los he invitado a quedarse con nosotros durante las vacaciones.

—¿Para qué? —exigió Caroline, aunque estaba segura de que conocía la respuesta.

—Tengo la intención de casarme con ella —dijo Grimshaw, deteniendo su paso y mirando a sus hijas.

—¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste hacerle eso a mamá? —dijo Caroline en un tono cortante.

—Cálmate, Caroline. No hay necesidad de molestarse.

Grimshaw miró a la pequeña Rebecca, que había dejado de jugar. Quizás no lo había entendido todo, pero las lágrimas asomaban en sus grandes ojos al ver a su padre tan nervioso y a su hermana tan furiosa.

—Necesitan una madre, ambas la necesitan —trató de explicarle—. Ella es alguien que puede mostrarles los caminos del mundo y ayudarlas a encontrar su lugar en la sociedad.

—La señorita Jacobson lo hace bastante bien —replicó Caroline—. Ella nos hace hacer todas esas cosas de damas como los bordados y la hora del té y ser apropiadas. ¿Por qué necesitaríamos una madre?

—Hay cosas que solo una madre puede hacer que una institutriz no puede. Lady Tara, ya verán, es muy amable. Las amará como a sus propias hijas.

—La abuelita nos ama como si fuéramos suyas. ¿No es eso suficiente? —intervino Rebecca.

Instantáneamente Caroline se volvió hacia su hermana y la hizo callar.

—¿Abuelita? —preguntó Grimshaw, mirando entre las dos.

Caroline estaba lanzando dagas con la mirada a su hermana y Rebecca miraba al suelo, avergonzada de haber dicho algo que no debía.

—Díganme ahora —ordenó Grimshaw con voz exigente.

—Vive en la cabaña en el pueblo —dijo Caroline suavemente—. La señora McCarthy.

—McCarthy —repitió Grimshaw, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¿Cómo han tenido ocasión de ver a la señora McCarthy, y mucho menos estar en términos tan amistosos como para llamarla "abuelita"?

—La señorita Jacobson nos ha estado llevando a su cabaña cada semana. Se suponía que era un secreto.

—¿Las ha estado llevando al pueblo, a la casa de McCarthy sin mi conocimiento? ¿Y les dijo que lo mantuvieran en secreto?

Grimshaw estaba hirviendo de rabia. Si alguna vez pensó que podría haber amado a la señorita Jacobson, no tenía idea de por qué. Claramente era una sirena engañosa que había atrapado a sus hijas en su trampa.

—Queríamos mantenerlo en secreto para que fuera un regalo de Navidad —trató de explicar Rebecca.

—¿Qué tipo de regalo? ¿Iban a sorprenderme con el regalo de meses de mentiras? —bramó.

—Ha sido nuestra tutora de arte —murmuró Rebecca con una lágrima cayendo por su mejilla —. También nos deja practicar el té con ella, y tenía gatitos pequeños con los que puedo jugar.

Grimshaw suavizó su expresión. No tenía razón para estar enojado con sus niñas. Habían confiado en su institutriz cuando ella las había animado a ocultarle la verdad del asunto.

—Y supongo que mientras ustedes toman lecciones con la señora McCarthy, la señorita Jacobson está visitando a su hijo —dijo más para sí mismo mientras volvía a caminar por la habitación.

—Él rara vez viene —dijo Caroline.

—En efecto —replicó Grimshaw, viendo solo la confirmación de la presencia del caballero durante estas visitas secretas.

—Niñas, pueden ir con Abigail. Han terminado la escuela por hoy. Tendré unas palabras con la señorita Jacobson.

—¿Estás enfadado, padre? —preguntó Caroline—. Solo queríamos que fuera una agradable sorpresa. Trabajamos tan duro en nuestras acuarelas que pensamos que te gustaría de esa manera.

Se obligó a tomar un largo respiro. Se inclinó al nivel de sus niñas y tomó una en cada mano.

—No estoy enfadado con ustedes. Ninguna de las dos hizo nada malo. La señorita Jacobson desobedeció mis deseos al llevarlas. Tendré que hablar con ella sobre ese hecho.

Se puso de pie e indicó a las niñas que pasaran por la puerta hacia la habitación infantil.

Rebecca se dio la vuelta, con lágrimas aún brotando de sus ojos. —Padre, no te enfades con la señorita Jacobson. La quiero mucho —gimió.

Él apretó los puños a los costados. Cómo esta mujer había hechizado a sus hijas. No dijo nada, pero hizo lo posible por asentir comprensivamente de manera alentadora.

Hannah se sorprendió cuando la puerta del aula se abrió y ambas niñas entraron alteradas. Corrió a su lado y las abrazó a cada una.

—¿Ocurre algo? —les preguntó, aunque ninguna pudo responder al principio.

—Lo siento, señorita Jacobson —logró decir finalmente Rebecca entre lágrimas—. Revelé el secreto.

A Hannah se le heló la sangre al oír las palabras de la niña.

—Señorita Jacobson —retumbó la voz de Lord Grimshaw desde la puerta—. Me gustaría hablar con usted en mi despacho ahora mismo.

No esperó una respuesta, simplemente se marchó furioso, cerrando de golpe la puerta exterior del aula. Hannah se sobresaltó ante la acción.

—No pasa nada —arrulló a las niñas, que empezaron a sollozar de verdad al oír el portazo.

—Dijo que no debía llevarnos al pueblo —sollozó Caroline entre lágrimas.

—Y tiene razón. Perdónenme por incluirlas en algo que no debería haberse hecho. Fue un error de mi parte.

—¿Padre te echará? —gimoteó Rebecca.

—No estoy segura —dijo Hannah mientras el pánico comenzaba a crecer en su interior—. Pero pase lo que pase, les prometo que ustedes dos estarán bien.

Hannah abrazó a cada niña antes de ponerse de pie y entregarlas a su niñera. Hizo lo posible por alisarse las faldas antes de abandonar el santuario de la habitación infantil para encontrarse

con el conde que la esperaba abajo en su despacho.

Se quedó de pie frente a su puerta y aguzó el oído para captar cualquier sonido que pudiera darle una idea de qué esperar. El ruido de sus botas resonando en el suelo ahogaba cualquier otro sonido. Supuso que eso no era una buena señal.

Llamó suavemente a la puerta y recibió la orden de entrar. Hannah hizo lo posible por mantener la cabeza en alto mientras se presentaba ante el conde.

Normalmente, cuando entraba en esta habitación, él estaba detrás de su escritorio, pero hoy caminaba de un lado a otro frente a la chimenea. Ella se paró frente a él y él se cernió sobre ella con su ira hirviente.

—Dígame que no es cierto. Dígame que es una broma cruel. Por favor, dígamelo, porque no puedo ver otra razón por la que mis hijas afirmarían que usted las ha estado llevando a ver a McCarthy.

Hannah mantuvo la mirada fija en la alfombra a sus pies.

—No puedo decir que sea mentira porque no lo es. Hemos ido al menos una vez por semana estos últimos meses para que las niñas reciban clases de arte de la señora McCarthy.

—Qué cosa más extraña —resopló por la nariz—, ya que la contraté para ser la educadora completa de mis hijas. Sin mencionar el hecho de que le dije explícitamente que no fuera al pueblo sin mi presencia.

—Sé que está molesto —comenzó Hannah.

—¿Molesto? ¡¿Molesto?! —bramó Grimshaw. Levantó los brazos al aire—. Me temo, señorita Jacobson, que molesto ni siquiera comienza a describir lo que siento. Actuó a mis espaldas e involucró a mis hijas en sus planes de caza de maridos.

—¿Mis qué? —replicó Hannah, atónita.

—Me ha oído perfectamente. Solo fue a ver a esa vieja viuda para poder establecer una conexión con su hijo, Matthew McCarthy. Las niñas incluso me dijeron que él estaría allí.

—Un momento —dijo Hannah, poniendo las manos en las caderas—. Es cierto que llevé a las niñas al pueblo cada semana para clases de arte en contra de sus deseos y sin su permiso. Las convencí de no decírselo porque sabía que se comportaría de esta manera tan brusca. Nunca tuve otras intenciones más que llevar compañía a una anciana solitaria.

—Sin embargo, su hijo estaba presente, ¿no es así? —contrarrestó Grimshaw.

—En muy pocas ocasiones, sí, estaba allí. Rara vez ve a la señora McCarthy y, incluso cuando lo hacía, no se quedaba mucho tiempo. Yo no tenía intenciones hacia él ni él hacia mí.

No estaba completamente segura de esa última parte, pero como el hombre no había dicho nada directamente sobre el asunto, pensó que era una buena conclusión a la que llegar.

—No me importa cómo racionalice las cosas en su mente —replicó Grimshaw—. El hecho es que me desobedeció, alentó a mis hijas a guardarme secretos y ha demostrado tener un carácter defectuoso lleno de engaño y deshonestidad. No tengo más remedio que dar por terminado su empleo.

La mandíbula de Hannah cayó y retrocedió varios pasos, conmocionada.

—No puedo creer... No pensé... —balbuceó Hannah.

—No, no pensó —replicó Grimshaw, aún lleno de rabia—. Le daré dos semanas para que asegure el viaje y el alojamiento donde sea que planee ir —dijo Grimshaw, dándole la espalda e inclinándose sobre la chimenea fría.

Hannah se quedó allí unos momentos más, todavía tratando de procesarlo todo. No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Qué iba a hacer ahora?

—¿Puedo al menos seguir instruyendo a las niñas hasta que me vaya? —preguntó finalmente Hannah.

Grimshaw se irguió desde la chimenea y se volvió hacia ella, sorprendido por su petición.

—De acuerdo —dijo después de una pausa—. Pero requeriré que Abigail esté presente en cualquier momento que esté en compañía de ellas.

Hannah asintió y una lágrima se escapó por su mejilla.

Salió de la habitación tan rápido como sus faldas se lo permitieron y se dirigió directamente a la seguridad de su propio dormitorio con la puerta debidamente cerrada con llave.

No podía culpar al conde por estar enfadado, ni siquiera podía reprocharle que la despidiera. Había hecho mal. Había sido engañosa.

Pero todo lo que Hannah había querido hacer era llevar algo de alegría a una anciana solitaria. ¿Por qué eso estaba tan mal?

Ahora le quedaban dos semanas con las preciosas niñas y luego, ¿qué? ¿Adónde iría? No había posibilidad de que consiguiera otro puesto en esta época del año.

El otoño ya comenzaba a convertirse en invierno. Incluso si tuviera una referencia del conde, lo cual estaba segura de que no tendría, ¿cómo encontraría otra posición que la aceptara?

No podía permitirse volver a la casa de su familia. Sus padres ya luchaban tanto como estaban; darles otra boca adulta que alimentar sería cruel.

Se le revolvió el estómago al pensar en esto. ¿Qué haría su familia este invierno sin sus ingresos para complementar los suyos?

No tenía a dónde ir y, a diferencia de la última vez que huyó de un trabajo de institutriz, no tenía ahorros a los que recurrir. Había entregado cada moneda que tenía entre su familia y la abuela.

Apenas tendría suficiente para pagar el pasaje de vuelta a Londres. ¿Qué haría entonces? Haría frío con el invierno acercándose y sin tener dónde vivir.

Hannah se desplomó en su cama. Su vida nunca le había parecido tan indigente hasta este mismo momento. Estaba segura de que lo que haría que el frío y el hambre fueran aún peores serían los recuerdos de la felicidad que había tenido aquí en Brighton Abbey y cómo lo había arruinado todo.

Capítulo 22

Solo cinco minutos después de que Hannah Jacobson saliera de su despacho, el conde de Grimshaw se arrepintió completa y absolutamente de sus acciones.

Había estado enfadado, y sí, con razón, pero había perdido el control. Lo había perdido porque estaba lleno de celos. La idea de que ella tuviera algún interés en Matthew McCarthy le revolvía el estómago.

No estaba seguro de si podía confiar en las palabras que ella le había dicho. ¿Había estado simplemente visitando a una anciana solitaria como ella afirmaba? ¿Cómo podría volver a confiar en cualquier palabra que saliera de su boca?

Nada podía compararse con el absoluto desprecio por sí mismo que sintió más tarde esa noche durante la cena, cuando tuvo que informar a las niñas que la señorita Jacobson se marcharía en dos semanas.

Rebecca no dijo nada, simplemente estalló en lágrimas y lloró desconsoladamente hasta que llamaron a Abigail para que la llevara de vuelta al cuarto de los niños. Caroline fue peor. No dijo nada, simplemente se quedó sentada. Cuando Rebecca se fue, la siguió sin siquiera dar las buenas noches.

El conde se dijo a sí mismo, sin embargo, que todo estaría bien con la llegada de Lord y Lady Waldron y su hija. Lady Tara había expresado interés por sus niñas, después de todo. Ella sería una gran compañera y una distracción para ellas.

Para sorpresa del conde, esa distracción llegó mucho antes de lo que había anticipado. Solo cuatro días después de que la carta llegara a Londres, encontró una respuesta que le fue devuelta, y esa misma tarde, la familia Marlow había llegado.

Sospechaba que literalmente habían dejado todo al recibir la invitación y se habían marchado en ese instante. Grimshaw encontró todo aquello un poco desconcertante, pero hizo lo posible

por no darle importancia.

Desafortunadamente, las cosas solo parecían empeorar a partir de ahí.

—Qué encantador que hayas traído a tus niñas antes de la cena. ¿Recitarán sus lecciones para nosotros antes de irse a la cama? —dijo Lady Tara, sentada en el salón.

Hannah, que había hecho todo lo posible por mantenerse alejada del conde desde su despido, estaba de pie con ambas niñas vestidas para la cena y frente a los nuevos invitados.

—Se unirán a nosotros para cenar —dijo Lord Grimshaw, un poco perplejo por la necesidad de dar explicaciones.

Por supuesto, sabía que no era común que los niños asistieran a cenas de invitados, pero asumió que, dado que esta visita era una clara declaración de sus intenciones, serían tratadas como familia.

—¿Niños en la cena? —jadeó Lady Waldron, escandalizada—. Nunca había oído semejante cosa.

—Sí —dijo Lady Tara, acercándose a Grimshaw y enganchando su brazo al de él—. No creo que sea una muy buena idea, Grimshaw. No podrían saber posiblemente cómo comportarse apropiadamente, y mi pobre madre no tiene estómago para la impropiedad.

—Encontrarás que son niñas muy correctas y respetuosas —replicó Grimshaw.

Las miradas de ambas niñas cayeron a la alfombra, avergonzadas. Hannah puso un brazo protector alrededor de cada una de ellas para reconfortarlas.

Lady Tara simplemente miró a Lord Grimshaw con sus ojos negros llenos de expectativa.

—Supongo que por el momento pueden tomar sus comidas en el cuarto de los niños —dijo él sin mucho entusiasmo.

—Como debe ser, querido —dijo Lady Tara, recompensándolo con una deslumbrante sonrisa.

—Vamos, niñas —dijo Hannah suavemente, girándolas para salir del salón.

Las miradas de Hannah y Grimshaw se encontraron solo una vez. En el azul de sus ojos, él vio la decepción de que no hubiera defendido la causa de sus hijas.

Se dijo a sí mismo que había sido poco ortodoxo en primer lugar. También era muy natural tener cambios en la rutina con la introducción de un nuevo miembro de la familia. Estaba seguro de que entenderían cuando conocieran mejor a Lady Tara.

Ella le había asegurado durante la temporada que encontraba a los niños una alegría y había hablado a menudo sobre cómo anticipaba conocer a sus niñas algún día.

Parecía cierto que su madre tenía poco gusto por las cosas fuera de lo común. Grimshaw estaba seguro de que una vez que se casara y Lord y Lady Waldron regresaran a su propia casa, las

cosas volverían a ser como antes.

Una semana después de que la familia Marlow llegara a Brighton Abbey y solo dos días antes de que Hannah tuviera que marcharse, Lady Tara mostró su primer interés en las dos hijas de Lord Grimshaw.

Fue tanta sorpresa para las niñas como para Hannah cuando Lady Tara entró en la sala de estudio sin anunciarse e informó a las niñas que se unirían a ella para tomar el té abajo.

Hannah aún no había encontrado nada que le gustara en Lady Tara durante sus escasas interacciones de la última semana. Sin embargo, estaba segura de que debía haber algo bueno para que el conde la invitara a su residencia de campo.

Por el bien de las niñas, que también tenían la sensación de que algo no estaba bien, Hannah mantuvo su cara valiente e hizo todo lo posible por animarlas y entusiasmarlas para su tarde con Lady Tara.

—Preferiría ir a casa de la abuela —se quejó Rebecca.

—Lo sé, querida —Hannah trató de consolarla acariciando su sedoso cabello castaño.

—Hace semanas que no vamos a verla. ¿Y si está enferma o necesita ayuda? —intervino Caroline.

—Tiene al señor McCarthy para cuidar de ella.

Ambas niñas miraron a su institutriz con grandes ojos marrones incrédulos.

—Sé que no siempre es el más atento con ella. Pero estoy segura de que está ahí para ella cuando realmente importa.

A Hannah le costaba creer las palabras que decía tanto como a las niñas.

—Y de todos modos, la abuela tiene buena salud y fuerza. Se las ha arreglado bien durante muchos años sin nuestras visitas; estoy segura de que estará bien un poco más hasta que puedan ir a verla de nuevo.

—Pero ¿cuándo será eso? Padre te está enviando lejos y no nos quedará nadie para llevarnos. Te perderemos a ti y a la abuela de una vez —lloró Caroline.

—Vamos, ya está —dijo Hannah, abrazando a la niña—. No perderás a ninguna de nosotras. Estás progresando tanto con tu caligrafía que podremos escribirnos tan a menudo como quieras.

—¿Lo prometes? —preguntó Caroline, mirándola hacia arriba con la nariz mocosa.

Hannah dudó. Por supuesto, a ella le encantaría mantener correspondencia con la niña para siempre. Había llegado a querer tanto a Caroline como a Rebecca como si fueran sus propias hijas. Sin embargo, había dos grandes problemas que se interponían.

En primer lugar, seguía existiendo el hecho de que dentro de dos días abandonaría Brighton Abbey y no tendría adónde ir. ¿Cómo podía prometer mantener correspondencia con la niña si no tendría una dirección a la que escribir?

En segundo lugar estaba el propio conde. Estaba segura de que nunca permitiría que sus hijas mantuvieran contacto con ella después de lo que había ocurrido entre ellos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea —se decidió finalmente Hannah, antes de abrazar a las niñas y enviarlas con Abigail para que atendieran a Lady Tara.

Se sentó en la silla junto al fuego. Tanto estrés la había agobiado estas últimas semanas que le resultaba difícil mantener la fachada de sonrisas por el bien de ellas.

Para empeorar las cosas, ahora que toda la casa conocía su despido, el señor Poole se había convertido en un acoso aún mayor en su vida.

Cuando el conde regresó a Brighton Abbey, había limitado sus visitas nocturnas fuera de su puerta a una o dos veces por semana. Ella había pensado que la presencia del conde en la casa lo había disuadido de una vez por todas.

Con la noticia de su inminente partida, el señor Poole había ido más allá de la desvergüenza. Todas las noches se paraba frente a su puerta. A veces simplemente tiraba del pomo, esperando que el movimiento liberara el cerrojo, suponía ella. Otras noches se quedaba allí durante horas y le hablaba.

Era algo horrible despertarse con eso. Él repetía su nombre una y otra vez y le decía cosas horribles y obscenas que deseaba hacerle. Empezaba a preguntarse si su virtud valía realmente la cordura que él estaba desgastando poco a poco.

Fue en esta silla donde Hannah, por puro accidente, se quedó dormida mientras las niñas estaban en su merienda.

Se despertó de golpe. Tan acostumbrada a que el sonido que la despertaba fuera aterrador, saltó de la silla aturdida y confundida.

Para su sorpresa, no estaba sola en su cama con Poole fuera como había imaginado en su repentino despertar, sino que seguía en el aula. El sonido que la despertó era el clic de las zapatillas de las niñas en el suelo del pasillo apresurándose hacia ella.

—¿Qué tal fue? —preguntó Hannah, alisándose el pelo y la falda.

Hacía tiempo que se había quitado el engorroso gorro. Ya no tenía sentido llevarlo.

—Horrible —dijo Caroline, sentándose en la silla opuesta con un frufrú de tela.

—Oh, no puede haber sido tan malo. Lady Tara me pareció muy amable —hizo lo posible por decir Hannah sin revelar sus verdaderos sentimientos.

—Bajamos al salón, el salón de mamá —explicó Caroline—. Ella estaba sentada en la silla de mamá. Rebecca le dijo que era donde se sentaba nuestra madre y ella dijo —las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos—, dijo que entonces era el lugar adecuado para ella porque iba a ser nuestra madre ahora.

Hannah abrazó a la niña mientras lloraba una vez más. Las pobres queridas estaban pasando por momentos tan difíciles últimamente que a Hannah le dolía y deseaba poder alejarlas de todo aquello.

—Quizás lo dijo con buena intención y lo has malinterpretado. Tal vez intentaba decir que estaría encantada de amar y cuidar a unas niñas tan hermosas.

—No creo —lloró Rebecca, aferrándose a las faldas de Hannah con sus propias lágrimas—. Incluso me gritó.

—¿Por qué motivo? —preguntó Hannah, sin saber que estas niñas hubieran hecho algo para merecer una dura reprimenda, bueno, excepto por el incidente del señor Bigotes.

—Llevé mi muñeca conmigo y la senté a tomar el té con nosotras. Ella dijo que era una niñería y que las niñas educadas dejaban sus juguetes en la guardería —dijo Rebecca medio amortiguada contra las faldas de Hannah.

Eso fue la gota que colmó el vaso para Hannah en lo que respectaba a Lady Tara. Cómo esa mujer podía decir cosas tan crueles a dos angelitos que ya estaban en una situación delicada estaba más allá de su comprensión.

Sin embargo, sin importar sus sentimientos personales, no los compartiría con las niñas. Había muchas posibilidades de que, sin importar los sentimientos de ellas hacia Lady Tara o los sentimientos de Lady Tara hacia ellas, ella fuera la futura señora de esta casa.

Cuanto antes encontraran la manera de soportarla, mejor. Hannah no alimentaría su antipatía por la dama, por muy justificada que fuera.

—Estoy segura de que sólo estaba nerviosa por pasar tiempo con vosotras dos. Dad una oportunidad a Lady Tara y tal vez descubráis que os gusta mucho.

—¡No quiero darle una oportunidad! ¡Nunca me gustará! ¡No quiero volver a verla nunca más! —estalló Caroline antes de salir corriendo de la habitación entre lágrimas hacia su cama en la guardería.

Capítulo 23

El Conde de Grimshaw estaba fuera de sí por el dolor y la confusión. El propósito principal de traer a Lady Tara a su vida era por el bien de sus hijos.

Ahora recibía noticias de que, después de una tarde juntas, Caroline estaba inconsolablemente disgustada y Rebecca había sido reducida a las lágrimas.

—¿Ocurrió algo malo? —preguntó Grimshaw a Lady Tara.

—No, querido —dijo ella con su voz aguda. A él realmente no le gustaba cuando usaba ese término de cariño.

—Tuvimos una tarde encantadora tomando el té. No tengo ni idea de por qué estarían disgustadas. Se fueron del salón bastante contentas. Aunque —continuó como si la idea se le acabara de ocurrir—, fueron directamente con esa institutriz suya.

Grimshaw se animó y se erizó a la vez al mencionar a la señorita Jacobson. La única forma en que había sobrellevado estas últimas dos semanas era no pensar en ella tanto como le fuera posible.

—No quiero presumir nada, por supuesto, pero usted mencionó que su despido se debió a problemas de confianza. ¿Es realmente prudente que siga enseñando a las niñas en tal situación? Quién sabe qué pensamientos podría estar poniéndoles en la cabeza.

—No —Grimshaw hizo un gesto de dismissión con la mano—. Su despido no tiene nada que ver con su capacidad para enseñar a las niñas. Las quiere profundamente y nunca haría nada que pudiera disgustarlas.

—Pero no puede estar contenta por haber perdido este puesto. Tal vez esté influyendo en ellas en mi contra como una forma de vengarse de usted —Lady Tara continuó como si la idea le pareciera absolutamente horrible.

Grimshaw se levantó de su asiento y recorrió la habitación mientras pensaba en el asunto. Un mechón rebelde de cabello oscuro le cayó sobre la cara y lo apartó con irritación. Estaba seguro de que no había forma de que Hannah Jacobson hiciera algo tan sucio y deshonesto a las niñas, incluso si fuera para castigarlo a él.

—Iré a hablar con Caroline —dijo finalmente—. Estoy seguro de que todo es un gran malentendido que se resolverá antes de la cena.

—Oh, me alivia oír eso —dijo Lady Tara con un suspiro—. Odiaría pensar que sus niñas no me aprecian.

—Ellas la aprecian —insistió Grimshaw—. ¿Cómo no podrían hacerlo?

—Quizás si las cosas se hicieran oficiales, no estarían tan confundidas con esta visita —dijo Lady Tara mientras quitaba una pelusa de la parte superior de su vestido de lino.

Grimshaw vaciló. No estaba acostumbrado a que las mujeres fueran tan directas ni estaba listo para hacer nada oficial.

—Déjeme ir a hablar con Caroline —tranquilizó a la dama antes de excusarse y salir del salón.

Grimshaw subió las escaleras de dos en dos y fue directamente a la habitación de los niños. Allí encontró a Caroline tumbada en su cama, con los ojos enrojecidos y aún sollozando.

—¿Qué pasó hoy? —preguntó Grimshaw suavemente mientras se sentaba junto a su hija en la cama.

—Es horrible, padre —dijo Caroline entre sollozos.

—¿Lo es? ¿O alguien te dijo que lo era? —añadió con cierta renuencia.

Caroline se dio la vuelta en su cama y se sentó, mirando a su padre directamente a los ojos. Aunque tenía las facciones suaves de su madre, Grimshaw podía ver claramente su propio rostro en el de ella.

—Nadie tuvo que decírmelo. Fue mala y cruel e hizo llorar a Rebecca.

—Creo que deberías darle otra oportunidad —replicó Grimshaw.

Se sintió aliviado al oír que la señorita Jacobson no estaba poniendo a las niñas en contra de su posible esposa. No había dado mucho crédito a la idea, pero tenía que preguntar de todos modos.

—Ella no tiene hijos propios —trató de explicar—, ni tuvo la suerte de tener un hermano como tú. Puede que sea nueva en esto de estar con niños y no siempre diga lo correcto. Pero te prometo que lo está intentando.

—No lo creo —dijo Caroline, volviéndose a acostar en la cama—. Nos desprecia.

—Para nada —contradijo Grimshaw—. Ella misma me ha dicho lo emocionada que estaba por conocerlas. Tiene grandes esperanzas de que algún día sean grandes amigas.

—No quiero —dijo Caroline como una niña petulante.

Grimshaw elevó la voz al tono que indicaba a sus hijos que hablaba en serio:

—Caroline, hay muchas posibilidades de que veamos mucho más a Lady Tara, así que te sugiero que te resignes a ese hecho. Ella está tratando de ser tu amiga; no creo que sea pedirte demasiado que hagas lo mismo.

Caroline hundió la cabeza en su almohada y lloró lágrimas de frustración mientras su padre salía furioso de la habitación.

No podía entender qué le había pasado a la niña para que estuviera tan obstinadamente en contra de Lady Tara. Tal vez la dama había dicho algo incorrecto, algún tipo de malentendido.

Los niños eran criaturas literales; una simple frase podría haber molestado a Caroline y disgustado a Rebecca.

Mientras caminaba por el pasillo hacia su propia habitación para cambiarse para la cena, se aseguró por millonésima vez que este era el camino correcto a seguir.

Caroline y Rebecca iban a necesitar una figura materna. Alguien que pudiera ayudarlas a navegar por la sociedad. Lady Tara había sido un miembro muy involucrado de la alta sociedad y sus conexiones serían beneficiosas para sus niñas cuando fueran mayores.

Quizás Caroline estaba molesta ahora porque temía que él estuviera reemplazando a la madre que había perdido. Si tan solo pudiera encontrar una manera de explicarle a su hija que nunca permitiría que otra mujer entrara en su corazón como lo había hecho Ann.

Incluso cuando una había encontrado la manera de entrar, él la había rechazado. Después de todo, ese era el motivo por el que Lady Tara estaba aquí en primer lugar. Con la dama a su lado, el lugar de Ann estaría asegurado y él podría olvidarse por completo de Hannah Jacobson.

***

Hannah había decidido tomar todas sus comidas ya fuera con las niñas en el aula o en su propia habitación. No era difícil hacerlo con la llegada de los invitados de Lord Grimshaw. Con las niñas desterradas de su mesa de comedor, no tenía sentido su presencia.

Justo estaba subiendo las escaleras con una bandeja en la mano desde la cocina de abajo cuando un ruido fuerte y estridente llamó su atención.

Dejando su bandeja en una mesa del pasillo, caminó hacia el frente de la casa de donde provenían los gritos frenéticos.

—¡Lord Grimshaw! —dijo la señora Brennon, irrumpiendo en el salón.

Grimshaw, que había estado de pie junto al piano escuchando tocar a Lady Tara antes de la cena, miró a su ama de llaves con asombro.

—Perdone la intrusión, pero debe ver esto de inmediato —dijo la señora Brennon, completamente agitada y agitando un pergamino en su mano.

—De acuerdo —dijo él, tratando de infundir algo de calma en la mujer—. Salgamos afuera —indicó que saliera del salón.

Lady Waldron ya se estaba abanicando por la conmoción de la grosera entrada, y Lord Waldron tenía las sales aromáticas listas por si cualquier otro suceso impropio enviaba a su esposa a un ataque de nervios.

En el pasillo, fue recibido por Abigail, que estaba fuera de sí.

—¿Qué es lo que ocurre?

Abigail intentó hablar, pero solo escaparon de sus labios sollozos ahogados.

—Es Caroline —dijo la señora Brennon—. Ha desaparecido.

Hannah entró en el vestíbulo justo cuando se pronunciaron estas palabras. Su corazón saltó instantáneamente a su garganta y se apresuró hacia adelante, olvidando toda la enemistad entre ella y el conde.

—¿Caroline ha qué? —preguntó Hannah en un tono de pánico.

—Déme esa carta —exigió Grimshaw, mostrando su propio miedo en su rostro.

—Querido padre,

Lamento informarle que me he escapado.

Muy sinceramente suya,

Lady Caroline Blackburn.

El conde leyó la breve nota en voz alta antes de mirar a Hannah con preocupación.

—No dudaría que ella le haya puesto esa idea en la cabeza a Lady Caroline —llamó la voz de Lady Tara desde detrás del conde.

Todos se volvieron para ver que había seguido a Grimshaw fuera del salón y estaba acusando a Hannah de la desaparición de Caroline.

—Jamás aprobaría que una niña abandonara su hogar. Especialmente en la oscuridad y el frío. Oh, Lord Grimshaw —dijo Hannah mientras las preocupaciones la inundaban—. ¿Y si se perdió en el camino?

—¿En el camino? ¿En el camino hacia dónde?

—¿Ve? —dijo Lady Tara con aire de suficiencia—. Ella sabe dónde está la niña porque fue quien le dio la idea.

—Sé dónde está porque sé adónde iría estando tan alterada.

—¿Dónde? —instó Lord Grimshaw, extendiendo la mano para agarrar suavemente el codo de Hannah.

La miró profundamente a los ojos con la súplica de un padre preocupado. Ella compartió su preocupación y descartó toda la ira por las acusaciones de Lady Tara.

—A casa de la abuelita, por supuesto —dijo Hannah suavemente—. Iré a buscarla —añadió con más determinación.

—No, iré yo —dijo Grimshaw ahora que tenía un destino en mente—. Señora Brennon, vaya y dígale al mozo de cuadra que prepare mi caballo.

—Perdóneme, Lord Grimshaw, pero sería mejor si voy yo —dijo Hannah suavemente—. Estará alterada. Me quedaré la noche con ella en casa de la abuelita y hablaré las cosas con ella. Ocho años es el comienzo de una edad muy emocional en su vida. Creo que este asunto debe manejarse con delicadeza.

—¿Y yo no puedo hacer eso? —dijo él, un poco ofendido.

—Usted puede ser un poco —Hannah vaciló—, autoritario y dominante a veces —dijo con toda honestidad—. Creo que sería mejor si yo hablo con ella y regresamos juntas por la mañana.

Grimshaw lo pensó. Recordó su discusión anterior. Había ido a consolar a Caroline y solo la había alterado más. Hannah tenía razón en que probablemente él no era el mejor candidato para un enfoque sensible.

—De acuerdo, pero yo misma la llevaré allí y me aseguraré de que Caroline esté en casa de la señora McCarthy y a salvo. Luego regresaré por la mañana para recogerlas a ambas —dijo Grimshaw con firmeza.

—Vaya a buscar sus cosas y podremos irnos.

—No hay nada que necesite que sea tan importante como para no salir ahora mismo —dijo Hannah.

Su mayor temor era que Caroline pudiera perderse en la oscuridad caminando por el camino. ¿Y si tomaba el camino equivocado y se lastimaba? Cuanto antes estuviera en la cabaña de la señora McCarthy y viera a Caroline a salvo junto al hogar de la anciana, mejor.

Él asintió en silencioso entendimiento de su urgencia, pues él también la sentía y, de hecho, estaba agradecido por su sentido de la propiedad en el asunto.

—Grimshaw —llamó Lady Tara mientras los otros dos comenzaban a salir de la casa—. ¿Qué hay de la cena? ¿Qué debo decirles a madre y padre?

—Lady Tara, esto es una emergencia. Mi hija podría estar perdida o herida o algo peor. Estoy seguro de que puede encontrar una manera de darles mis disculpas por perder la cena de esta

noche —dijo Grimshaw antes de darse la vuelta sin otro pensamiento para la mujer.

Cuando los dos salieron, ya había dos corceles ensillados y listos para ellos. Ambos montaron en silencio y Hannah tomó la delantera para mostrarle el camino a la casa de la señora McCarthy.

Tomaron el camino dolorosamente despacio a pesar de estar a caballo, solo para que si Caroline aún estaba por ahí, pudieran encontrarla.

El aire nocturno estaba más allá de helado, y Hannah se preocupaba sabiendo que Caroline podría estar vagando sola afuera. Incluso si llegaba a la casa de la abuelita, ¿se habría preparado adecuadamente contra el frío? ¿Y si se enfermaba por el frío aire nocturno de invierno?

Finalmente, llegaron a la casa de la abuelita sin respuesta al llamado del nombre de Caroline en el camino. Hannah dio un suspiro de alivio cuando vio a través de la ventana de la cabaña a la abuelita y a Caroline acurrucadas frente al hogar con un pequeño gatito en su mano.

—Está adentro —llamó Hannah a Grimshaw, que estaba justo detrás de ella—. Puedo verla.

Hannah desmontó su caballo y lo ató a una estaca fuera de la casa. La abuelita, con sus ojos de halcón, la notó venir y estaba en la puerta antes de que Hannah hubiera terminado de asegurar las riendas.

—Vendré por ustedes dos por la mañana —reiteró Grimshaw mientras dudaba en irse.

Hannah simplemente lo despidió con un gesto, pues no le importaba nada más que entrar en la casa y ver que Caroline estuviera a salvo.

Se apresuró a través de la puerta abierta de la abuelita y entró en la pequeña sala delantera. Se dejó caer sobre Caroline, abrazándola y besándola.

Grimshaw vaciló antes de marcharse. Quería asegurarse de que ningún daño había caído sobre su hija. Observó por la ventana mientras Hannah examinaba a la niña antes de abrazarla y besarle la cabeza de nuevo.

Exhaló un suspiro de alivio. Sin duda estaba a salvo y bien. Su última imagen fue la de las dos chicas en un estrecho abrazo, el pobre gatito desesperado por escapar de la trampa entre ellas, con lágrimas corriendo por ambos pares de mejillas.

Capítulo 24

Después de que Hannah se asegurara de que Caroline estaba en efecto ilesa y sin heridas, no volvieron a hablar del asunto por el resto de la noche.

En su lugar, permanecieron junto al calor del fuego mientras Caroline jugaba con el gatito y la abuela contaba historias de cuando era una niña pequeña.

Hannah sabía que era justo lo que Caroline necesitaba. Aunque probablemente la niña no lo supiera, no estaba huyendo sino en realidad corriendo hacia algo.

Corría hacia la seguridad y el confort de un lugar y una mujer que la amaba por completo e incondicionalmente. Eso era lo que Caroline necesitaba esa noche, así que eso fue lo que Hannah se aseguró de que recibiera.

Tanto Hannah como Caroline durmieron en camas improvisadas junto al hogar y fue el primer sueño profundo que Hannah había tenido en mucho tiempo.

Se despertó al sentir el frío del hogar apagado y se levantó para buscar leña y encenderlo de nuevo.

—Creo que se me ha acabado —susurró la abuela para no despertar a Caroline, que aún dormía profundamente—. Hay un poco junto al cobertizo, iré a buscarlo.

—No se moleste —dijo Hannah, poniéndose de pie y estirando sus articulaciones adormecidas —. Estaré encantada de hacerlo. Le traeré una buena pila aquí junto a la chimenea para que no tenga que salir mucho más al frío.

—Gracias, querida —dijo la abuela con una sonrisa—. Mi marido siempre se aseguraba de tener leña en la casa. Ahora que él no está, me cuesta mantenerlo todo —añadió con un suspiro melancólico—. Estoy segura de que Matty vendrá algún día pronto y se ocupará de mí.

Hannah le dedicó una sonrisa reconfortante a la señora, aunque mientras caminaba hacia el aire fresco de la mañana, estaba menos segura de que Matthew McCarthy tuviera algún interés por el

bienestar de su madre.

Cuando Hannah salió por la puerta trasera de la cabaña, escuchó el crujido inconfundible del hielo. Al mirar hacia abajo, vio que una fina capa de hielo se había congelado en el suelo. Todo el mundo a su alrededor era un maravilloso paisaje de carámbanos y supuso que eso significaba que la nieve tampoco estaba lejos.

Agradeció que este frío hubiera esperado una noche más. Quién sabe cómo le habría ido a Caroline si hubiera marchado por los caminos en la oscuridad con esta temperatura en el aire.

Escuchó el suave crujido de sus pies y el sonido de los pájaros despertando mientras hacía sus viajes de ida y vuelta entre el montón de leña y el hogar de la casa.

Una hora más tarde, Caroline estaba despierta y desayunando junto a su cálido resplandor, y Hannah ya no sentía el frío exterior debido a su esfuerzo extenuante.

Hannah sabía que Lord Grimshaw llegaría en cualquier momento y tendría que ayudar a Caroline a aceptar la nueva vida que tenía por delante.

—Caroline, ¿sabes que lo que hiciste anoche estuvo mal? —preguntó Hannah mientras estaban sentadas a la mesa.

—No quiero volver —dijo Caroline enfurruñada—. Quiero quedarme aquí con la abuela. Podría cuidar de los gatitos y ayudarla en la cabaña —sugirió Caroline.

—Es una idea tan encantadora —intervino la abuela—. Pero tu padre te echaría mucho de menos. Debes volver a casa con él, mi niña.

—Pero ella es simplemente horrible —suplicó ahora Caroline a Hannah—. Intenté decírselo a padre y no me escuchó.

—Sé que ahora no parece la mejor opción para tu familia —dijo Hannah, rodeando a Caroline con un brazo y frotándole suavemente la espalda—. Para ser sincera, no puedo decir que alguna vez te sentirás diferente respecto a ella. Pero debe hacer feliz a Lord Grimshaw o no la habría traído a Brighton Abbey.

Caroline refunfuñó ante esto.

—Y no elegiría a una dama que no pensara que también os haría felices a ti y a Rebecca. Os quiere muchísimo a las dos. Sois su mundo entero. Tu padre nunca soñaría con hacer algo que no fuera lo mejor para vosotras.

—Sé que a ti tampoco te cae bien —replicó Caroline como último recurso.

—No importa si me cae bien o no, ¿verdad? Es la elección de tu padre. Seamos felices por él, ¿eh?

Aunque las palabras salieron de la boca de Hannah, no podía sentirlas en su corazón. No estaba segura de poder sentirse alguna vez feliz por el matrimonio de Lord Grimshaw con Lady Tara. El hecho de tener que decir tales cosas a Caroline le desgarraba el corazón.

Hoy probablemente sería su último día con Caroline y Rebecca Blackburn, así que no empañaría ese momento con sus pensamientos personales sobre la dama.

Quería que la recordaran como alguien que intentó ayudar y animarlas, incluso si la perspectiva parecía sombría.

El sonido de un carruaje llamó la atención de todas y en silencio se prepararon para la partida. Para cuando el carruaje de los Grimshaw se detuvo frente a la cabaña, las capas estaban puestas y los abrazos y despedidas a la abuela ya se habían expresado.

Johnson bajó del asiento del cochero, tomó el caballo que Hannah había montado la noche anterior y lo ató a la parte trasera del carruaje para que los siguiera.

Grimshaw salió del carruaje con aspecto de haber dormido poco y sin tiempo para afeitarse. Hannah supuso que era el aspecto de un padre que había pasado toda la noche preocupado por la felicidad de su hija.

Caroline no le dirigió ni una palabra, sino que simplemente subió al carruaje. Él miró a Hannah con gesto interrogativo.

—Solo dale un poco de tiempo —dijo Hannah para calmar sus temores.

Hannah subió al carruaje detrás de Caroline, y Grimshaw les siguió. Caroline se pegó al lado de Hannah, apoyándose en ella en busca de apoyo mientras hacían el viaje de vuelta a Brighton Abbey en silencio.

Tal vez porque Caroline también recordaba que este sería el último día de Hannah en la finca; tal vez porque sabía que a la sombra de Hannah su padre no la presionaría. De cualquier manera, no se separó del lado de su institutriz a su regreso.

Finalmente, y de mala gana, Caroline fue llevada con Abigail, y Hannah se quedó sola. El conde, también con un gran peso en su mente, fue directamente del carruaje a las puertas cerradas de su despacho.

Esto dejó a Hannah un poco en el limbo en medio del vestíbulo. Sin duda, debía ir a su habitación y prepararse para marcharse ese mismo día. El problema era que seguía sin tener a dónde ir ni medios para llegar allí.

Hannah recordó el sonido del hielo crujiendo bajo sus pies esa mañana. ¿Qué iba a hacer ahora con el invierno acercándose de verdad y sin perspectivas de tener un techo sobre su cabeza?

Aunque lamentaba el pensamiento tan pronto como le vino a la mente, sabía que solo había un curso de acción posible. Era algo que hubiera preferido no tener que hacer nunca, pero no había otra alternativa.

Tendría que presentarse ante el conde y suplicarle que le permitiera quedarse en cualquier puesto posible, al menos hasta que pasaran las partes más frías del invierno.

Capítulo 25

Hannah sabía dónde encontraría al conde. Después del desayuno, a menudo se retiraba a su despacho para atender cualquier trabajo que pudiera tener.

Después de ocuparse del papeleo, pasaría la tarde con sus invitados en lugar de trabajar en el ala oeste como había estado haciendo en el pasado.

Hannah necesitaba hablar con él a solas. Estaba segura de que si esperaba demasiado, estaría con sus invitados y se vería obligada a humillarse frente a todos ellos.

De pie frente a la puerta del despacho, Hannah acercó su oído a la madera para escuchar algún sonido. Podía oír el sutil sonido de una pluma rasgando el papel. Dando un paso atrás, alisó sus faldas y tomó un largo y profundo respiro. Levantando una mano que solo temblaba ligeramente, llamó suavemente a la puerta.

La abrió cuando le indicaron que entrara y se sorprendió al ver que Lord Grimshaw no estaba solo en la habitación. Sentada frente a él, pareciendo demasiado pequeña en la enorme silla, estaba Caroline.

—No quiero interrumpir nada —dijo Hannah rápidamente—. Solo me preguntaba si podría hablar con usted en algún momento de hoy.

—Ahora está bien —dijo Grimshaw, reclinándose en su silla—. Caroline, puedes ir a unirte a tu hermana en la guardería ahora.

—Espero que consideres lo que hemos hablado hoy —añadió Grimshaw cuando la arrepentida niña se puso de pie.

Hannah le dio una débil sonrisa a su alumna y esperó que no hubiera sido demasiado duro con ella por su escapada de la noche anterior.

—Por favor, toma asiento —dijo Grimshaw cuando la puerta se cerró lentamente, dejándolos en privado.

—Creo que será mejor que me quede de pie —dijo Hannah con solo un ligero temblor en su voz.

Él la estudió con sus ojos oscuros, tratando de descubrir la razón de su comportamiento nervioso.

Hannah inhaló profundamente y luego dejó que todas sus palabras salieran apresuradamente con la exhalación.

—Sé que mi despido es efectivo hoy. Desafortunadamente, no he podido conseguir ningún tipo de alojamiento en otro lugar. Entiendo que es posible que ya tenga una institutriz de reemplazo y que ya no sea aceptable para trabajar en esa capacidad para usted. Me pregunto si podría permitirme algún alojamiento hasta que pueda conseguir otro. Estoy segura de que para la primavera a más tardar. Estaría feliz de trabajar de cualquier manera que considere apropiada como pago.

Las cejas oscuras del conde se habían alzado al principio de su discurso con sorpresa, pero al final de este, una suave sonrisa rozó su mandíbula cuadrada.

—Señorita Jacobson, por favor, tome asiento —indicó con su mano.

Hannah dudó solo por un segundo. ¿Estaba sonriendo porque iba a disfrutar negándole la petición? No esperaba que un hombre serio como Lord Grimshaw estuviera tan feliz de cargar con el peso de tenerla en su casa por más tiempo.

No obstante, caminó hacia adelante y tomó la silla que Caroline había dejado vacante.

—Caroline y yo tuvimos una larga conversación desde que regresamos de Concordshire —dijo Grimshaw, entrelazando sus dedos frente a él—. Parece que tengo una gran deuda con usted. Caroline se mostraba reacia a escuchar mis exhortaciones, pero usted, señorita Jacobson, parece tener el toque mágico para llegar a ella.

—No estoy del todo seguro de lo que le dijo, pero Caroline ha decidido darle una oportunidad a Lady Tara, y se lo agradezco —terminó suavemente.

—Me alegro de haber podido ayudar. Sé que los grandes cambios no pueden ser fáciles para los más pequeños.

—Sí, me atrevo a decir que es difícil para todos nosotros —dijo Grimshaw con una mirada distante en sus ojos.

—Pero a la luz de los acontecimientos recientes, creo que actué con demasiada precipitación antes. Es evidente que se preocupa por mis niñas y mantiene sus mejores intereses en el centro de sus intenciones.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Hannah para asegurarse de que no hubiera malentendidos.

—Estoy diciendo que más bien esperaba que se quedara como institutriz. Y —añadió vacilante —, que me perdonara por perder los estribos como lo hice.

Hannah se llevó las manos a la boca sorprendida e hizo todo lo posible por contener las lágrimas. Solo momentos antes, estaba mirando una vida sin posibilidades de empleo y sin forma de cuidar de sí misma. Ahora volvía a tener un techo sobre su cabeza y, lo que es más, se le daba una segunda oportunidad para terminar este trabajo en buenos términos.

—No sabe cuánto significaría eso para mí —dijo suavemente para controlar su emoción—. ¡No puedo esperar para decírselo a las niñas! Oh, esto es tan maravilloso. Muchas gracias —continuó Hannah.

—Por favor, soy yo quien debería agradecerle. Esta mañana con Caroline, vi cuánto ha crecido y florecido bajo su cuidado. Me hace un gran servicio al quedarse.

Grimshaw sonrió, satisfecho de que al menos no tenía que preocuparse por encontrar otra institutriz.

—Aunque —añadió con un tono de advertencia—, debo pedirle que se atenga a mis peticiones. Si va al pueblo a ver a su señora McCarthy, me gustaría estar presente también. Puedo hacerme disponible para adaptarme al horario que ya haya hecho con la viuda.

—Gracias, Lord Grimshaw. Es muy amable de su parte. Sé que las niñas, especialmente Caroline, se sentirán aliviadas de saber que pueden visitarla de nuevo.

—Sí, debe haberse encariñado realmente con la viuda para correr hacia ella anoche.

—Sí, creo que están cortadas por el mismo patrón —reflexionó Hannah—. Tienen mucho en común y Grannie es una buena influencia femenina para ella.

Los pensamientos de Grimshaw se tornaron más oscuros al mencionar un modelo a seguir. Se suponía que Lady Tara debía ser esa influencia femenina para sus niñas. De hecho, era el único propósito por el que la había traído a Brighton Abbey.

No sentía ningún placer ante la idea de casarse con la dama. Lo hacía solo por sus niñas. Ahora estaba desgarrado por el hecho de que ellas mismas luchaban contra la idea de una figura materna que las cuidara.

Caroline había explicado en detalle el té de la tarde que había tenido con Lady Tara que la llevó a abandonar Brighton Abbey. Le hubiera gustado decirse a sí mismo que quizás hubo un malentendido en algún lugar de las interacciones que su hija tuvo con la dama, pero no parecía encontrar una explicación lógica para ello.

Lady Tara había hablado repetidamente sobre su amor por los niños en Londres. También había parecido muy interesada cuando él hablaba de sus hijas. No podía ver que ese fuera el caso

por la manera en que Caroline explicaba sus acciones de ayer por la tarde.

—¿Ocurre algo, Lord Grimshaw? —preguntó Hannah, notando la opacidad en sus ojos.

Él sacudió la cabeza como si quisiera eliminar físicamente la melancolía.

—Todo es un poco más difícil de lo que esperaba —dijo finalmente en voz baja.

—Estoy segura de que las niñas se encariñarán con ella —dijo Hannah, aunque era una sensación incómoda alentar a Lord Grimshaw en una relación con Lady Tara.

Él metió la mano en su bolsillo y sacó el sobre que ahora llevaba consigo en todo momento.

—Me preocupa que no lo hagan —dijo, mirando fijamente la letra de su difunta esposa.

—Aun así, es tu elección. Caroline y yo hablamos sobre el asunto. Ella estuvo de acuerdo en que es más importante que tú seas feliz.

Grimshaw la miró, sorprendido por sus palabras.

—No soy feliz con ella. De hecho, no la soporto —dijo sin rodeos.

—¿Qué? —dijo Hannah, conmocionada por sus palabras.

—Ella hablaba de amar tanto a los niños, de querer tener algunos propios para cuidar, durante todo nuestro tiempo en Londres. Pensé que sería una buena pareja para las niñas.

—Entiendo de dónde viene tu deseo de verlas bien cuidadas, pero ¿no sería mejor encontrar una mujer por la que sientas afecto?

Grimshaw la miró larga y duramente. Estaba seguro de que los estanques de sus ojos azules podían decir lo que pasaba por su mente. Era ella por quien sentía un profundo cariño.

—Nunca podría —dijo suavemente, volviendo a guardar el sobre—. No podría soportar hacerle eso a Ann.

—¿Tu difunta esposa? —preguntó Hannah suavemente.

Grimshaw solo asintió, mirando sus manos.

—Estoy segura de que ella estaría feliz por ti si encontraras a alguien a quien pudieras amar.

—Tal vez. Ella misma lo dijo —dijo con una sonrisa nostálgica que se desvaneció rápidamente —. Pero nunca podría hacerlo. Sería como una traición.

Hannah no sabía qué decir. Ciertamente podía apreciar la complejidad de la situación y podía ver claramente el tormento que le causaba.

—Pensé que si encontraba a alguien que amara a mis hijas como propias, cumpliría con la petición de Ann de volver a casarme. Supuse que eso era lo que quería decir, de todos modos. Sería aún mejor si fuera una mujer por la que nunca pudiera tener sentimientos románticos. Así siempre podría serle fiel.

—Pero ¿realmente crees que Lady Grimshaw sería feliz sabiendo que pasaste tu vida miserable por su causa? —Hannah hizo una pausa antes de continuar con un tono suave.

—Caroline solo compartió conmigo algunos recuerdos que tenía de su madre, pero por lo que he aprendido de Lady Grimshaw, era una mujer amable. Ella también querría que fueras feliz.

Grimshaw se sorprendió de que Caroline hubiera hablado con la señorita Jacobson sobre su madre. Se sorprendió aún más de que tuviera recuerdos de los que hablar. Era tan pequeña cuando su madre murió y Grimshaw rara vez hablaba de ella debido a las emociones que le provocaba.

Reflexionó sobre las palabras de la señorita Jacobson. Sabía que tenía razón. Ann era demasiado buena persona como para pedir a alguien que sufriera por su causa.

—Supongo que ya no importa. No se puede hacer nada al respecto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hannah, tratando de ocultar lo mejor posible la sensación de que su estómago caía al suelo.

¿Acaso el conde ya había hecho arreglos para casarse con Lady Tara? Esperaba, por el bien de Caroline y Rebecca, que no fuera así.

—Mis intenciones fueron bastante claras cuando invité a los Marlow a pasar las fiestas. Ahora se esperará.

—¿Pero no se ha dicho? —preguntó Hannah de nuevo con alivio.

Él se reclinó en su silla y la estudió. Hannah estaba segura de que su rostro revelaba sus emociones internas.

—No —dijo suavemente, penetrando en sus ojos con los suyos—, aún no se ha dicho. Pero se espera, no obstante.

—No presumiré de darte consejos sobre un asunto que no podría entender completamente yo misma. Sin embargo, como mujer que ama a Caroline y Rebecca, podría darte una sugerencia sobre cómo se sentiría Lady Grimshaw acerca de una conexión con Lady Tara por el bien de ellas.

—¿Y cuál sería esa, señorita Jacobson?

—No lo hagas. Son lo suficientemente sabias como para darse cuenta de que estás sufriendo por ellas. Incluso si Lady Tara llega a encariñarse con las niñas, y tal vez lo haga, me preocupa que aun así cause una gran brecha entre tú y ellas.

—Tienes una relación maravillosa con tus hijas. Mucho mejor que la mayoría. Necesitan el amor de su padre mucho más que el afecto de una mujer.

Grimshaw le agradeció sus palabras. Ciertamente le dio mucho en qué pensar. La dejó en su oficina con sus propias reflexiones durante el resto de la mañana mientras Hannah iba a contarles a las niñas la noticia de que se quedaría.

Aunque Grimshaw trató de resignarse a sufrir un matrimonio por el beneficio de sus hijas, sabía que la señorita Jacobson tenía razón. Ann no estaría complacida y si Lady Tara nunca se encariñaba con las niñas, ciertamente lo resentirían por su presencia.

Sin embargo, había una cosa que permanecía siempre presente en su mente mientras Grimshaw pensaba en el asunto. Hannah Jacobson amaba a las niñas. Las amaba como si fueran suyas.

Claramente el sentimiento era mutuo también, ya que Caroline se abría a ella de maneras que nunca lo hacía ni siquiera con él.

Se permitió reflexionar sobre la señorita Jacobson toda la tarde mientras Lady Tara tocaba el piano y Lord Waldron le hablaba de política.

Sus sentimientos por ella no eran un secreto en su mente. Pensó que veía indicios de que ella también tenía algunos sentimientos por él. Sin embargo, no podía estar seguro; posiblemente solo tenía un gran amor por sus hijas. También estaba la intromisión de David Poole a considerar.

Grimshaw estaba seguro de que no tendría paz hasta que supiera el asunto con certeza.

Capítulo 26

Lord Grimshaw sabía lo que tenía que hacer para tranquilizar su mente. Nunca fue de los que jugaban a las adivinanzas. Iría a ver a Hannah Jacobson y le preguntaría directamente si tenía sentimientos por él.

Era poco ortodoxo, sin duda, pero tenía que saberlo, y esta era la forma más segura de averiguarlo.

Desafortunadamente, aún tenía invitados que entretener, y eso le llevó hasta bien entrada la noche. Frustrado por la incesante cháchara de Lady Waldron y Lady Tara, se puso de un humor ciertamente agrio.

Aunque no parecía apropiado ir a la habitación de la señorita Jacobson tan tarde en la noche, sabía que no podría encontrar paz hasta que descubriera la verdad del asunto por sí mismo.

Era cerca de la medianoche cuando sus invitados finalmente se retiraron, y Grimshaw se dirigió al extremo del ala este donde residía la señorita Jacobson.

Estaba seguro de que estaría profundamente dormida en la cama, pero él mismo no podría dormir esa noche a menos que al menos lo intentara.

Sin más que una vela para iluminar su camino, caminó en la oscuridad, decidido a resolver el asunto antes del amanecer. Se paró frente a su puerta y escuchó.

Por supuesto, había silencio al otro lado. Ahora estaba casi seguro de que ella estaba profundamente dormida y que esto era una misión de locos. Sin embargo, golpeó suavemente la puerta.

Si estaba despierta, era lo suficientemente fuerte como para oírlo, pero ciertamente no lo suficiente como para despertarla en caso de que ya se hubiera acostado.

Sorprendentemente, escuchó el roce de telas moviéndose en el interior, y una voz firme le invitó a entrar. Tomó una larga y profunda respiración para calmar sus nervios y abrió la puerta.

Hannah Jacobson no tenía duda de que el señor David Poole intentaría entrar en su habitación de nuevo esta noche. Sin duda la noticia de que se quedaría como institutriz llegaría al piso de abajo.

Nunca había esperado, cuando vino a suplicar la misericordia de Lord Grimshaw, que él siquiera le permitiera quedarse, mucho menos reinstaurarla.

Hannah estaba segura de que estaba en una especie de euforia por la noticia cuando determinó su plan para la noche. Iba a ser ahora o nunca.

No viviría una noche más en Brighton Abbey temiendo qué criaturas podrían acecharla en la noche.

Por esta razón, cuando escuchó los pesados pasos dirigiéndose hacia ella, no solo estaba despierta sino lista. Sorprendentemente, el señor Poole golpeó suavemente la puerta.

Hannah había anticipado que intentaría entrar sin siquiera una invitación. Se movió alrededor de la cama con un candelabro en la mano. Levantándolo en el aire para estar lista cuando la puerta se abriera, invitó al vil demonio a entrar.

Grimshaw, por segunda vez, se encontró siendo atacado físicamente por la tenaz señorita Jacobson.

Por suerte, cuando su arma se balanceó para golpearlo, él dejó caer su candelero, extinguiendo la luz y agarrando lo que supuso era un atizador de algún tipo.

—¡Sinvergüenza! ¡Monstruo! —gritó Hannah.

No había anticipado que Poole detuviera su golpe. Desesperadamente trató de arrancar el candelabro de su agarre.

—¿Qué le pasa, mujer? —la voz de Grimshaw respondió.

Hannah inmediatamente soltó el candelabro en su mano.

—¿Lord Grimshaw?

—Sí —dijo él, exasperado y aliviado de que ella hubiera soltado su agarre sobre el objeto.

Se inclinó para recoger su vela, ahora apagada.

—¿Por qué me diría que entrara solo para atacarme? —preguntó Grimshaw confundido, sosteniendo el objeto cerca de su cara—. Y con un candelabro, veo. Un paso adelante desde el libro, debo añadir —agregó con humor.

—Lo siento mucho. Pensé que era otra persona.

—Sí, sigues diciendo eso.

Hannah se volvió y encontró las cerillas en su chimenea. Encendiendo una, encendió la vela allí y la llevó a Grimshaw para que encendiera la suya también.

Él la miraba desde arriba, en parte evaluando si se iba a desmayar de nuevo como la última vez. Afortunadamente, ella aún mantenía su misma complexión y en lugar de miedo, parecía iluminada con determinación.

—Tal vez le gustaría decirme a quién esperaba en su lugar.

Hannah apretó los labios. No tenía deseo alguno de decirle al conde que David Poole la estaba acosando.

Puede que hubiera sido lo suficientemente amable como para devolverle su trabajo, pero claramente aún no confiaba completamente en ella. De lo contrario, ¿por qué más pediría acompañarlas a la casa de la señora McCarthy?

Si le dijera que esperaba que el señor Poole entrara en su habitación en medio de la noche, llegaría a sus propias conclusiones antes de que ella pudiera siquiera explicar la razón.

Grimshaw dejó su vela en la mesita de noche y cruzó los brazos, mirándola severamente desde arriba.

—Señorita Jacobson, debo insistir en que me lo diga. Algo está pasando aquí y exijo saberlo.

—Incluso si lo hiciera, no me creería de todos modos. Ahorraré mi aliento, gracias. Por favor, dígame qué lo trae a mi habitación a esta hora tan tardía y rápidamente.

—Lo haré encantado después de que me informe a quién está esperando en lugar de mí —replicó Grimshaw, dispuesto a igualar su naturaleza obstinada.

De repente, Hannah se quedó quieta al oír más pasos que se acercaban. Sus ojos se posaron en el candelabro que aún estaba en manos de Grimshaw.

Reconociendo sus pensamientos, él lo sostuvo más lejos de ella y le dirigió una mirada interrogante.

Ella inmediatamente corrió a cerrar la puerta y echarle el cerrojo tan silenciosamente como pudo y luego apagó las velas para que volvieran a estar de pie en la oscuridad.

—Por favor, señor —susurró Hannah suplicante—, el candelabro.

—Creo que todos en compañía estaremos mucho más seguros si lo sostengo yo —respondió en su propio susurro, intuyendo que el invitado no era bienvenido por sus acciones.

Grimshaw estaba desconcertado por todo el suceso. Pero apenas tuvo tiempo de asimilarlo cuando la luz de una vela brilló bajo la puerta y alguien intentó abrirla sin siquiera llamar.

Observó cómo la señorita Jacobson se tensaba por un momento mientras se agitaba el picaporte. Ella dio un paso hacia él y no pudo evitar disfrutar del hecho de que se inclinara hacia él en busca de protección.

¿De qué necesitaba protección? Estaba a punto de abrir la puerta y verlo por sí mismo, ya que ella no tenía deseos de revelarle el nombre de este intruso nocturno. De repente, oyó el tintineo de llaves y cómo una se deslizaba en la cerradura.

—Oh, cielos —dijo ella en voz baja—. Consiguió una llave.

Grimshaw se dio la vuelta, manteniendo a la señorita Jacobson a su espalda para protegerla. Aunque estaba seguro de que no podría necesitarlo, levantó el candelabro en el aire mientras se probaban varias llaves en la cerradura.

Finalmente, el sonido de los engranajes girando resonó en la habitación y Grimshaw se puso rígido, listo para enfrentarse al asaltante.

La puerta se abrió de golpe y, para su sorpresa, se encontró ante el rostro atónito de David Poole. David solo dudó un momento antes de darse la vuelta para huir.

En dos zancadas, Grimshaw salió por la puerta y se enfrentó a la figura en retirada de Poole.

—¡David Poole! ¡He visto tu cara, hombre! Vuelve ahora mismo o haré que te arresten.

Su voz retumbó por el pasillo y seguramente despertó a toda la casa, pero no le importaba. Lo que le importaba en ese momento era saber por qué Poole estaba en la puerta de Hannah Jacobson y, además, con una llave.

¿Habría acertado en su primera suposición de que eran intrusos? Peor aún, ¿era una relación mucho más íntima de lo que imaginaba que la señorita Jacobson pudiera tener fuera del matrimonio?

Poole se detuvo ante las palabras del conde. No habría posibilidad de huir ahora que había sido reconocido. No era difícil hacerlo con su cabello rojo fuego brillando contra la luz de las velas incluso mientras se retiraba.

—Lord Grimshaw, no tenía idea de que usted... Me temo que ambos hemos caído en una trama muy astuta.

Hannah también salió de su habitación y se quedó cerca de Grimshaw.

—¿Una trama? ¿Qué quieres decir?

—Obviamente, la señorita Jacobson nos pidió a ambos que estuviéramos aquí esta noche. Normalmente no apruebo semejante comportamiento indecoroso —dijo Poole, usando su ingenio rápido a su favor—. Me temo que la señorita Jacobson insistió mucho en que viniera a su habitación esta noche.

—No se me pidió que viniera a las habitaciones de la señorita Jacobson, ni esperaría que ella hiciera lo mismo con ningún hombre.

Grimshaw bajó la mirada hacia la mujer a su lado.

—Por supuesto que no —dijo ella, sorprendida de que él siquiera considerara preguntarlo.

—Me temo que está mintiendo —dijo Poole con una expresión de pesar en sus palabras—. Fue muy hechizante. Me avergüenza decir que me convenció de visitarla esta noche.

—No le mentiría, señor —continuó Poole—. He sido un miembro leal de su personal estos últimos cinco años. Nunca le he dado una razón para desconfiar de mí.

Hannah flaqueaba mientras permanecía de pie. Por eso no le había dicho ni una palabra a Lord Grimshaw sobre Poole. Estaba segura de que él creería al hombre antes que a ella.

—Hannah —dijo Grimshaw, volviéndose hacia la dama—, dime la verdad y te creeré.

Hannah buscó en sus ojos su sinceridad y en los oscuros recovecos la encontró. No podía perder nada con al menos intentarlo.

—El señor Poole ha continuado acosándome desde mi llegada a pesar de mis intentos por detenerlo. Me he visto obligada a encerrarme en mi habitación por las noches por seguridad y no puedo estar sola en la casa sin temer sus ataques.

—Ella miente, señor —dijo Poole con un resoplido.

—Lo dudo mucho, ya que yo mismo he sido testigo de su intento de defenderse de un atacante —replicó Grimshaw.

—Tengo pruebas, señor —dijo Poole, metiendo la mano en su bolsillo—. Aquí, un mechón de cabello que la señorita Jacobson me dio como símbolo de su afecto.

Sostuvo en alto el mechón dorado en el resplandor de la luz del fuego, atado con un trozo de cordel.

Grimshaw se volvió hacia la señorita Jacobson en busca de una respuesta. Su rostro se puso blanco como un fantasma y, por un segundo, vaciló en su creencia en sus palabras.

—Me lo quitó —dijo ella débilmente—. Estaba en el jardín. El señor Poole me arrastró a un rincón; me puso un cuchillo en la garganta para que no gritara y me quitó el mechón.

Podía verla apretando el puño para evitar temblar con el simple recuerdo del suceso. Se dio cuenta de que conocía bien el momento.

Grimshaw la había observado con las niñas en el jardín. Después de que las niñas se fueran, creyó verla caminar hacia un rincón oscuro y luego a Poole salir.

Ahora que el prejuicio producido por las acciones de la anterior institutriz se había eliminado de sus ojos, se dio cuenta de que ella no se había deslizado hacia el nicho, sino que la habían arrastrado. Era una variación tan pequeña, pero la recordaba claramente al reproducir el recuerdo en su mente.

El estómago se le revolvió y la rabia invadió a Grimshaw de golpe. Luchó por saber qué emoción reprimir y a cuál dar rienda suelta.

Hannah Jacobson había vivido con miedo bajo su propio techo estos últimos meses. Había sido torturada, atormentada y amenazada. Peor aún, nunca se sintió segura para pedir su ayuda.

¿Le habría creído si hubiera acudido a él? Con toda honestidad, no podía decir que lo habría hecho. Eso lo hizo sentirse aún más enfermo consigo mismo.

Grimshaw entrecerró los ojos mirando a David Poole y apretó sus propios puños. Poole tragó saliva con dificultad y dio un pequeño paso atrás.

—Saldrás de mi casa en este instante. Ni siquiera quiero verte detenerte a recoger tus cosas. Haré que te las envíen —dijo Grimshaw con voz profunda y dura.

—Si alguna vez te veo poner un pie en mi propiedad de nuevo, haré que te arresten. ¿Me he expresado con claridad?

—Pero... —balbuceó Poole—. Sí, señor —suspiró finalmente con resignación.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Una cosa más —bramó Lord Grimshaw, haciendo pleno uso de su autoridad.

Extendió una mano frente a Poole—. Creo que tienes algo que pertenece a la señorita Jacobson.

Poole se acercó tentativamente, sin estar seguro de si era una trampa. Dejando el mechón de cabello en la mano del conde, retrocedió de nuevo.

—Las llaves también —bramó Grimshaw.

Sacó el llavero de su bolsillo. Sin duda, alguien que realmente fuera lo suficientemente confiable como para tenerlas las estaría buscando. Tendría que llevárselas a la señora Brennon por la mañana.

—Ahora vete —gruñó Grimshaw.

Poole no pudo sostener la mirada del conde. Simplemente se dio la vuelta y se alejó. A Grimshaw le costó toda su cortesía dejar ir al canalla y no molerlo a golpes.

Capítulo 27

Lord Grimshaw apenas podía mirar a la mujer a su lado. Se sentía demasiado avergonzado de sí mismo. El haber permitido que acosaran a su institutriz, sin su conocimiento y en la seguridad de su propia casa, era imperdonable.

—Gracias —dijo Hannah, poniendo una mano en su brazo—. No estaba segura de que fueras a creerme.

Él guardó los objetos robados en su bolsillo y se volvió hacia la dama. Suavemente, puso una mano en cada uno de sus brazos y la acercó hacia él.

Ella siguió su movimiento hasta que quedaron a un suspiro de distancia. Levantó la cabeza para mirar el rostro del conde. Podía verlo atormentado y se preguntó si estaría debatiendo de nuevo su valía en la casa.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes —dijo finalmente Grimshaw con voz suave y ronca.

—Pensar cómo debes haber vivido estos meses —le dolía decirlo.

Levantó una mano y dejó que el dorso de sus dedos rozara la línea de su mandíbula. Hannah se inclinó inconscientemente hacia su caricia.

No podía seguir el ritmo de sus propias emociones cambiantes esa noche. Pero pasar del terror por las acciones de Poole a una completa dicha reconfortante ante el toque de Lord Grimshaw fue el salto más grande para ella.

—No todo ha sido malo —dijo suavemente mientras disfrutaba de su caricia.

—Pero podría haber sido mucho mejor —respondió Grimshaw frunciendo sus oscuras cejas.

Inclinó ligeramente la cabeza de ella hacia arriba con la punta de sus dedos. Ella miró profundamente en sus ojos oscuros. Él bajó su propia cabeza solo un poco.

Quería besarla, sentir sus suaves labios de terciopelo contra los suyos. Ella también estaba lista y esperando.

Al instante, su mente se dirigió a Ann y la carta. Grimshaw sabía en su corazón que Hannah era la elegida.

Era la dama que amaría a sus hijos como propios, que lo amaría a él como suyo. Ya había abierto su corazón a ella y la había dejado entrar. Por mucho que intentara mantenerla fuera, ella había entrado de todos modos.

Sin embargo, Grimshaw aún tenía esa vacilación. Ese pensamiento de su esposa y su lealtad hacia ella. ¿Podría alguna vez permitirse amar de nuevo sin traicionar a su esposa?

Las palabras que Hannah le había dicho tenían sentido en ese momento. Ahora que estaba en el momento y lleno de pasión por esta mujer, ya no estaba tan seguro de que su difunta esposa aprobaría tales acciones.

Dejó caer su mano y dio un paso atrás, alejándose de la señorita Jacobson. Ella pareció confundida y herida por un segundo. Supuso que ella también había esperado plenamente ese beso.

Le dolía verla herida y rechazada. Le dolía aún más poner esa distancia entre ellos cuando su cuerpo y su mente le gritaban lo contrario.

—Venías a decirme algo —dijo finalmente Hannah para romper la tensión entre ellos.

—Sí, así es —dijo Grimshaw solemnemente.

Lo pensó. Había venido a hablarle de sus sentimientos. Ahora no estaba seguro de poder hacerlo. El impulso se había desvanecido.

—Pero creo que ya ha habido suficientes revelaciones por una noche. Lo dejaré para otra ocasión —dijo Grimshaw.

Hannah abrió la boca para protestar, para animarle a que expresara sus pensamientos. Sin embargo, pudo ver que no tenía sentido hacerlo.

—Gracias, de todos modos —dijo él con una suave sonrisa.

—¿Por qué?

—Por nuestra conversación de hoy. Me ha dado mucho en qué pensar.

Levantó la mano de ella hasta sus labios, demasiado tentado como para no hacerlo. Grimshaw la besó suavemente, y Hannah dio un paso inconsciente hacia adelante, acercándolos más.

—Buenas noches, señorita Jacobson —dijo suavemente.

Ella mantuvo sus ojos fijos en sus labios mientras rozaban la suave piel de su mano.

—Espero que duerma profundamente. Ahora está a salvo —añadió—. Comprobaré ahora mismo que él se ha marchado de la propiedad —le aseguró—. Ya no tiene nada que temer en Brighton Abbey.

—Gracias —logró susurrar Hannah—. Buenas noches.

Él soltó su mano con reluctancia y ella se dispuso a volver a entrar en su habitación. Se detuvo en la puerta por un momento y miró hacia atrás.

Grimshaw la observó alejarse. Era una tortura verla partir sin haberle declarado sus sentimientos.

Sin embargo, fue recompensado cuando ella se detuvo y le miró de nuevo. Sonrió suavemente, dejando que esos dulces hoyuelos brillaran antes de cerrar lentamente la puerta tras su imagen.

Lord Grimshaw se dispuso a recorrer el pasillo hasta su propia habitación. Nada parecía haber salido como esperaba esa noche, pero aun así no podía sentirse demasiado decepcionado.

—Grimshaw, ¿qué fue ese alboroto? —llamó una voz femenina gentil.

Grimshaw se detuvo en seco al descubrir que, justo cuando pasaba por la habitación de Lady Tara, ella asomaba la cabeza.

—Creí oír gritos.

Salió al pasillo con su bata de dormir.

—Nada de qué preocuparse, Lady Tara. Digamos que tuve un empleado descontento, pero todo se ha solucionado ahora.

Lady Tara miró hacia el final del pasillo en la dirección de la casa de donde él había venido. Reflexionó que conocía al único empleado que residiría en esa dirección.

—Ya veo —dijo de manera satisfecha y conocedora.

Grimshaw consideró corregirla, pero pensó que era mejor no hacerlo. Le importaba poco lo que Lady Tara pensara.

Por la mañana, le dejaría claro que no tenía intención de casarse con ella. Grimshaw dudaba seriamente que se quedara mucho tiempo después de eso.

Estaba seguro de sus sentimientos por Hannah Jacobson, pero sabía que ella necesitaría algo de tiempo para recuperarse de su experiencia negativa con el señor Poole.

También persistía ese molesto sentimiento de culpa por su difunta esposa. La señorita Jacobson le había hecho entrar en razón. Ya no podía negar sus sentimientos por ella.

Pero estaba seguro de que necesitaría encontrar una manera de aceptar sus sentimientos hacia su difunta esposa antes de poder ver un futuro con otra persona.

De una manera muy extraña e inversa, la interrupción de David Poole esa noche había sido providencial.

Sus sentimientos por la señorita Jacobson estaban ahí y seguramente permanecerían. Incluso la distracción de otras perspectivas en Londres no parecía apartarla de él.

Sin embargo, hasta que estuviera listo para dejar ir a su Ann, nunca estaría preparado para aceptar a otra mujer en su vida.

***

Hannah Jacobson se acomodó en su habitación. No podía quitarse la sensación del beso de Sebastian Blackburn en su mano.

Cuando se mudó por primera vez a Brighton Abbey, lo había encontrado tan serio y sombrío. Ahora estaba empezando a verlo verdaderamente bajo una nueva luz.

Recordó cuando lo había visto trabajar en su amada ala oeste durante la primavera y el verano. Había estado impresionantemente guapo.

Hannah veía ahora que era más que solo un hombre guapo, sombrío y taciturno. Tenía un amor desbordante por sus hijas.

Tanto así que haría casi cualquier cosa para evitar que volvieran a salir lastimadas, sin importar lo que eso implicara.

Hannah sonrió ante ese pensamiento. Ahora era tan sobreprotector con ellas. ¿Cómo se comportaría cuando tuvieran edad para asistir a las temporadas en la ciudad?

Se acurrucó bajo sus mantas para protegerse del frío. No había encendido el fuego esa noche en su habitación, y el frío se estaba colando a través de los muros de piedra de la casa.

Hannah tenía que recordarse constantemente que los inviernos aquí podían ser mucho más severos que en Londres. Ni siquiera podía imaginar cómo sería eso.

Afortunadamente, no tendría que hacerlo. A diferencia de su infancia en el internado, se le permitiría tener fuegos cálidos y agua caliente para lavarse.

Esa noche estaba demasiado exhausta para levantarse y encender el fuego. Se arropó más con las mantas. Hacía mucho más frío de lo que estaba acostumbrada últimamente, pero nada que no hubiera experimentado antes.

Prefería quedarse en el calor de su cama que salir. Mientras yacía allí, repasó mentalmente las acciones de Grimshaw esa noche.

Estaba tan segura de que él no creería sus palabras. Ahora, mirando hacia atrás, veía lo ridículo que había sido eso.

Estaba casi segura de que sus meses de tormento podrían haberse resuelto si tan solo hubiera reunido el valor para hablar con el conde.

Podía parecer controlador, pero no carecía de sentido común. Si hubiera apelado a él desde el principio, podría haberse ahorrado mucho dolor y sufrimiento.

Le habría gustado librarse de Poole antes, pero tenía que admitir que con ese sufrimiento también había llegado cierto crecimiento.

Después del ataque del barón Edgley, se había sentido completamente desesperanzada y asustada. Algunos días apenas podía salir de su habitación por miedo.

Poole había intentado ejercer ese poder sobre ella nuevamente, y por un tiempo lo había logrado. Pero Hannah se dio cuenta de que su tiempo en Brighton Abbey había visto un crecimiento en ella.

Ya no era la señorita asustada que se escondía detrás de gorros y telas ásperas. Ya no se sentía culpable por las acciones crueles de otros y no se escondería para protegerse de ellos.

Gracias a las palabras alentadoras de la abuela, había encontrado su propia fuerza y coraje para defenderse, primero contra su atacante y también frente a Lord Grimshaw a pesar de los temores de que él pudiera no creerle.

Se dio vuelta en su cama para acomodarse para una noche de sueño tranquilo, algo que no había tenido en bastante tiempo.

Sus ojos captaron la luz a través de la ventana. Era mucho más brillante de lo que debería ser para la noche. Parpadeando contra ella, supo que la curiosidad era demasiada para resistirse.

Levantándose de su cama y envolviéndose con una manta para protegerse del frío, caminó hacia la ventana y corrió la cortina.

La luz de la luna y las estrellas parecía reflejarse en un caleidoscopio de colores. Cayendo silenciosamente al suelo había un flujo constante de copos.

Hannah se quedó de pie junto a su ventana viendo cómo su aliento empañaba el cristal mientras estudiaba el brillo reluciente que se reflejaba en cada hermoso copo.

Estaba segura de que no había mejor señal para una noche de sueño tranquilo que el silencioso manto de nieve.

Capítulo 28

Hannah se despertó de repente al oír a Mary llamando a su puerta.

—Hannah, ¿estás despierta? —llamó después de golpear por tercera vez.

—Lo siento —respondió Hannah adormilada—. Sí, pasa.

Mary abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Dios mío, ¿aún estás dormida? Oh, ¿por qué hace tanto frío aquí? ¿No te llenaron la yesca?

—Sí lo hicieron —dijo Hannah, levantándose de la cama y estirándose—. Simplemente estaba demasiado cansada para encenderla anoche.

Mary dejó la palangana de agua humeante que parecía desprender aún más vapor debido al frío de la habitación.

Se acercó a la chimenea y la encendió ella misma.

—No tienes que hacer eso, Mary —dijo Hannah, aún tratando de quitarse el sueño de los ojos.

No podía recordar un momento en el que hubiera dormido tan profundamente. Debería estar molesta por haberse quedado dormida. De hecho, si Hannah tuviera todos sus sentidos, estaría preparándose frenéticamente para no llegar tarde a recoger a las niñas.

Pero aún no estaba completamente despierta y se encontraba todavía en un estado de feliz somnolencia.

—Te vas a morir de frío si no caliento esta habitación —dijo Mary mientras encendía la cerilla.

—No sé cómo pudiste dormir con este frío, y mucho menos quedarte dormida.

—Supongo que me resultaba acogedor de alguna manera.

—¿Acogedor? —preguntó Mary, confundida por sus palabras.

—Sí, el único hogar que realmente recuerdo era Hendrick's. Casi nunca había fuego en los dormitorios y incluso los de las aulas y comedores eran tan pequeños que a menudo

bromeábamos diciendo que si te sentabas a más de dos personas de distancia, se te congelaba el puré.

—Eso suena horrible —dijo Mary, poniéndose de pie y limpiándose el hollín de las manos en el delantal.

—Quizás, pero cuando es todo lo que conoces... —dijo Hannah, encogiéndose de hombros ante el recuerdo.

—No digo que yo viviera como una reina mientras crecía —respondió Mary—. Éramos yo y mis seis hermanos. Dormíamos en una cama de pieles junto al fuego. Supongo que debería sentirme bendecida de que siempre estuviéramos calientes durante los meses fríos.

—Sí, empiezo a ver cuánto difieren tus meses fríos aquí en Concordshire de los de Londres —coincidió Hannah.

—¡Oh! —exclamó Hannah, despertando ante los recuerdos de la noche anterior—. ¡Estaba nevando!

Saltó descalza hacia la ventana con la emoción de una niña.

—Sí, y todavía lo está haciendo —respondió Mary, sin mirar ella misma.

—Sospecho que nos esperará una buena tormenta. Suele venir así, en grandes ráfagas, luego se calienta un poco y se derrite, solo para volver a empezar de nuevo.

Hannah miraba por la ventana maravillada. Si pensaba que la belleza de la escarcha en la casa de la señora McCarthy era fascinante, poco tenía en comparación con la vista que tenía ahora ante sus ojos.

Todo el mundo estaba cubierto por la manta blanca de cristales que había visto caer la noche anterior. La nieve seguía cayendo, sumándose a la manta.

Ahora, en lugar de brillar con la luz, parecían caer como plumas blancas bajo una manta esponjosa de nubes grises.

—Oh, me pregunto si podré sacar a las niñas a jugar esta tarde —dijo Hannah, medio para sí misma.

—Oh, no espero que pare en algún tiempo.

—¿En serio?

—Oh, sí. Debería seguir así durante un día o dos hasta que tengamos unos cuantos pies de nieve en el suelo.

—Qué maravilloso —dijo Hannah emocionada.

—No realmente. Esta es la clase húmeda. Es pesada y empapa la ropa. No es buena para retozar. Un poco más adelante en el año, quizás después de las fiestas, tendremos una buena

nevada seca y podrás llevar a las niñas a jugar en ella.

—No tenía idea de que hubiera diferentes tipos de nieve —dijo Hannah con aprecio por la sabiduría de Mary.

—¿No nieva en Londres?

—Sí, pero estaba toda cubierta de hollín cuando la veía. Y nunca me permitieron jugar en ella de niña.

—¿Nunca te lo permitieron? Eso es lo más ridículo que he oído jamás. Vaya, creo que mi hermano y yo hicimos nuestro primer trineo cuando yo tenía solo siete años.

—¿Qué es un trineo? —preguntó Hannah con anticipación.

—Dios mío —dijo Mary—. Y yo más joven que tú.

—No por mucho. Solo tengo veinte años.

—Aun así, te prometo esto: cuando cumplas veintiuno sabrás lo que es un trineo —dijo Mary con una risita.

—Haré que mi hermano Jimmy nos traiga uno cuando la nieve sea buena y seca para ello. Oh, a las niñas les encantará —exclamó mientras juntaba las manos.

Mary se acercó a la ventana y miró por ella un momento. Había visto nieve suficiente, pero la emoción de Hannah empezaba a contagiarse.

Hannah rodeó a la chica con un brazo y la abrazó.

—Estoy tan contenta de tenerte como amiga —dijo Hannah.

Era la primera vez que le decía eso a alguien. Tenía el recuerdo claro de otra amiga, una chica de la escuela. Ruby y Hannah habían cultivado lentamente una amistad cuando las maestras no miraban, ya que cualquier forma de conversar se consideraba ociosidad.

Cómo deseaba haberle dicho a Ruby cuánto apreciaba su pequeña amistad antes de dejarla atrás en Hendrick's.

No iba a cometer ese error de nuevo. Se aseguraría de decirle a cada persona que entrara en su vida cuánto significaban para ella.

Mary apoyó la cabeza en el hombro de Hannah y observaron la nieve en silencio durante unos segundos más.

—Será mejor que me ponga a trabajar, y tú también —añadió.

Hannah suspiró y estuvo de acuerdo.

—Aunque cómo me concentraré, y mucho menos haré que las niñas lo hagan con semejante país de las maravillas invernal fuera de nuestras ventanas, está más allá de mi comprensión —dijo Hannah con una sonrisa.

Mary se detuvo justo en la puerta y se volvió: —Me alegro tanto de que te quedes.

—Yo también —coincidió Hannah con una sonrisa.

Esperó a que la puerta se cerrara firmemente antes de apartarse de la ventana y empezar a vestirse para el día. No pudo evitar mantener esa sonrisa en los labios. Estaba feliz de quedarse. Más que eso, ya no tenía miedos ni reservas al respecto.

***

Lord Grimshaw se despertó ante la escena reluciente fuera de su ventana. Se hundió en un humor muy agrio con solo verla.

Había esperado decirle a Lady Tara que no tenía intenciones de casarse con ella y enviarla rápidamente de vuelta a la ciudad.

Con la nieve cayendo como estaba, no tendría sentido decir tales palabras. Lord y Lady Waldron, así como su hija, estarían confinados en la casa hasta que la nieve húmeda se derritiera.

Conocía lo suficiente la zona como para saber que intentar conducir un carruaje con ese clima no valía la pena.

<

Cada pocos metros, las ruedas simplemente se hundirían en la nieve húmeda mezclada con el barro de abajo. Sería un viaje muy largo, lento y arduo que nadie en su sano juicio intentaría si se pudiera evitar.

Ahora Grimshaw se vería obligado a continuar su papel de anfitrión para unos invitados con los que no tenía ningún deseo de conocer más personalmente de lo que ya no conocía.

Grimshaw trató de convencerse de que el tiempo extra sería bienvenido. Todavía necesitaba aclarar su propio corazón. La familia Marlow sería una distracción suficientemente buena.

—Buenos días —dijo tan alegremente como pudo a los tres invitados en la sala de estar.

—Oh, Grimshaw, buenos días —refunfuñó Lord Waldron detrás del periódico.

Grimshaw apreciaba que el hombre fuera de pocas palabras temprano en la mañana. Sin embargo, detestaba que Lord Waldron siempre pareciera agarrar el periódico y pasara toda la mañana con él.

—Confío en que ha dormido bien —dijo Lady Tara, perfectamente vestida con un suave vestido azul con adornos de encaje blanco.

—Sí, por supuesto —dijo Grimshaw con una sonrisa tensa.

Sin el pretexto de soportar a la mujer por el bien de sus hijos, le resultaba difícil fingir.

—Bueno, excepto por la interrupción temprana —dijo Lady Tara con un brillo en los ojos que hablaba de encuentros secretos.

Naturalmente, Lady Waldron captó esto de inmediato.

—¿Qué es esto? ¿Qué interrupción? Espero que tengas más decoro que salir de tu habitación por la noche —canturreó la mujer a su hija.

—No salí de mi habitación, madre. Solo asomé la cabeza, eso es todo —añadió en dirección a Grimshaw con un toque coqueto.

Lady Waldron miró a Grimshaw y se estaba preparando para escandalizarse.

—Por favor, calme sus nervios, Lady Waldron. Tuve un problema con un miembro del personal, pero se resolvió.

—¿En medio de la noche? ¿Qué problema podría tener en medio de la noche?

—Betsy me dijo esta mañana que tuvo que hacer que sacaran a un sirviente a la fuerza —continuó arrullando Lady Tara.

—No, no tan severo, pero tuve que hacer arreglos para su despido a pesar de la hora tardía —trató de decir Grimshaw con la mayor delicadeza posible.

Realmente no disfrutaba hablar de asuntos domésticos con personas ajenas a la casa. Tampoco pensaba que fuera apropiado chismorrear sobre personal despedido deshonrosamente, por muy libertino que fuera.

—Qué desafortunado —dijo Lady Waldron como para zanjar el asunto, y Grimshaw se alegró de ello.

—¿Cree que nevará todo el día? —preguntó Lady Tara después de unos sorbos de su chocolate caliente.

—Espero que sí. Y durante varios días más.

—Realmente, qué terrible. Odio estar encerrada así —dijo con un puchero.

Grimshaw consideró recordarle que aún no había dado ni una sola vuelta por el jardín desde su llegada a Brighton Abbey. Por qué la nieve la mantendría dentro cuando la falta de ella hacía el trabajo perfectamente, no tenía idea.

—Bueno, si esto alegrará su humor, acabo de recibir una carta de Jayden con el correo de la mañana —dijo después de abrir la carta y escanearla.

—Oh, qué encantador, ¿qué dice? —preguntó Lady Tara, feliz de que Grimshaw la desviara hacia un tema más feliz.

—Dice que planea venir para la Navidad. Lo invito todos los años, pero su horario no siempre permite la visita —explicó Grimshaw a las damas.

—Espero que venga dentro de la semana. Con suerte, el muchacho no saldrá hasta que pase esta ventisca.

—Oh, ¿no será maravilloso? —dijo Lady Tara con su voz cantarina—. Todos juntos de nuevo. Cuánta diversión tendremos. Y en una época tan festiva, lo hará todo mucho más alegre.

—Sí —fue todo lo que Grimshaw pudo decir en acuerdo.

En toda honestidad, más bien esperaba que Lady Tara y sus padres estuvieran fuera de Brighton Abbey y de su vida para cuando llegara la Navidad.

Capítulo 29

Hannah observó la nieve caer durante tres días más. La emoción inicial se fue desvaneciendo lentamente y fue reemplazada por algo más. Preocupación.

Se preocupaba enormemente por Joanna McCarthy, sola en su pequeña cabaña. Con cada copo de nieve que flotaba hasta el suelo, Hannah se preguntaba si eso era solo un copo más para bloquear a la abuela en su casa.

Hannah sabía bien que la anciana viuda solo tenía una cantidad limitada de leña guardada en la casa y el resto detrás del cobertizo. Con el frío que acompañaba a la tormenta, la estaría consumiendo rápidamente solo para mantener una temperatura razonable en la casa.

Con la nieve acumulándose casi hasta la mitad de la pantorrilla ahora, ¿podría la abuela siquiera abrir su puerta? Esta nieve era mucho más húmeda de lo que Hannah había conocido en Londres. Rápidamente aprendió la verdad de todas las advertencias de Mary en el segundo día de la ventisca.

Ambas niñas suplicaban constantemente salir a jugar. Finalmente, cuando la tarde del segundo día tuvo un pequeño respiro, Hannah permitió que las dos se abrigaran, se pusieran medias dobles y salieran. Era espesa y húmeda y se derretía fácilmente, adhiriéndose a los dobladillos de todos sus vestidos.

Solo duraron diez minutos antes de que el viento cortante comenzara a aumentar de nuevo y Hannah insistió en que regresaran adentro. Durante el resto de esa tarde, se sentaron junto al fuego de la sala de estudio, con las medias colgadas para secarse, mientras bebían chocolate caliente y leían cuentos.

Su preocupación por la abuela para la tarde del tercer día era más de lo que podía soportar. Esperó hasta que las tareas escolares de las niñas se completaran ese día antes de bajar a la gran sala de estar donde sabía que encontraría a Grimshaw y sus invitados.

—Con su permiso, Lord Grimshaw —dijo con una reverencia.

—¡Todavía estás aquí! —soltó Lady Tara groseramente.

Todos los ojos se volvieron hacia ella. Lady Tara se ruborizó de inmediato y se abanicó ante el arrebato.

—Perdónenme. Estaba bajo la impresión de que una nueva institutriz se encargaría de la educación de los hijos de Lord Grimshaw.

—He decidido que es en el mejor interés de Caroline y Rebecca que la señorita Jacobson se quede —dijo Grimshaw con firmeza.

Tal vez Lady Tara pensaba que aún tendría voz y voto en el funcionamiento de la casa, aunque Grimshaw no había hecho más que darle la espalda desde que comenzó la ventisca. Simplemente entrecerró sus ojos marrones sobre Hannah, segura de que una vez que fuera la señora de la casa, la señorita Jacobson no estaría más.

—¿Hay algo que necesite, señorita Jacobson? —dijo Grimshaw, volviendo toda su atención a Hannah.

—Sí —dijo con un pequeño suspiro—. Es la abuela, la señora McCarthy, quiero decir —corrigió Hannah para todos los presentes—. Estoy preocupada por ella.

—¿Qué quieres decir con preocupada por ella? —preguntó Grimshaw, juntando sus oscuras cejas.

—Bueno, vive completamente sola. Con esta tormenta, temo que pueda quedar atrapada por la nieve. Solo tenía suficiente leña en su casa para unos pocos días. Me preocupa que pueda congelarse —terminó Hannah, exponiendo sus preocupaciones.

—¿No es ella la señora a la que dijiste que Caroline se escapó? Me atrevo a decir que no parece ser una buena influencia para la niña al aprobar tal acción.

—Es una maravillosa mujer viuda —respondió Hannah con demasiada brusquedad.

Los ojos de Lady Tara se agrandaron con disgusto y Hannah rápidamente miró al suelo. Tuvo que recordarse a sí misma que ella y el conde habían discutido esta futura unión con esta mujer, o al menos la posibilidad de ello.

No tenía idea si todavía estaba en los planes. Si ese fuera el caso, Hannah tendría que aprender a cuidar su lengua alrededor de la dama. Aunque Hannah temía que tal cosa no sería necesariamente una tarea fácil, estaba acostumbrada a permanecer en silencio entre aquellos que sentían que tenían una superioridad sobre ella.

—Aprecio que estés preocupada, pero estoy seguro de que la señora McCarthy está bien. Matthew vive solo un poco más abajo por el camino sobre la tienda del pueblo. Es bastante capaz

de atender las necesidades de su propia madre —trató de tranquilizarla Grimshaw.

—Sé que es capaz, pero temo que no esté dispuesto.

—¿Por qué nos está trayendo esta preocupación? —intervino Lady Tara de nuevo en un intento por mantener su participación en la conversación.

—Le estoy preguntando a Lord Grimshaw porque necesitaría el uso de un carruaje para ir a visitar a la señora McCarthy.

—Incluso mi conductor más hábil te diría que eso es imprudente —dijo Grimshaw, optando por ignorar a Lady Tara—. La nieve es demasiado profunda. Te hundirías y quedarías atascada tú misma. No veo cómo tu congelamiento a mitad de camino a Concordshire ayudará a la viuda.

—¿Entonces un caballo? —dijo Hannah, levantando su barbilla en desafío.

Él le sonrió. No pudo evitar admirar su obstinada tenacidad.

—Lo siento, señorita Jacobson. No puedo permitir que vayas. Todavía está nevando fuerte afuera. Veré si uno de los mozos de cuadra puede cabalgar cuando esté libre para chequearla.

—¿Pero cuándo será eso? Podría estar congelándose hasta morir —Hannah dio un paso adelante, envuelta en preocupación.

—Si no me permite el caballo, encontraré otra manera —añadió Hannah con determinación.

Grimshaw luchó por ocultar su sonrisa. No podía creer que se hubiera enamorado de una mujer tan diferente a su Ann. Ann siempre había sido callada, obediente y abierta a cualquiera de sus sugerencias o consejos. Hannah, por otro lado, estaba dispuesta a pelear con él por cualquier cosa. A veces pensaba que lo hacía solo por diversión.

—Eso fue muy grosero —replicó Lady Tara.

Hannah dio un paso atrás, dándose cuenta de que se había pasado un poco de la raya.

—Bien, perdone mi impertinencia, Lord Grimshaw —dijo antes de hacer una reverencia y marcharse.

—Hannah —la llamó, sin importarle que Lady Waldron jadeara ante su tono familiar.

Hannah se dio la vuelta.

—Te doy permiso para ir, pero me temo que no puedo prescindir del caballo —dijo en tono burlón.

—Sabes muy bien que necesitaría al menos un caballo para llegar hasta ella —replicó Hannah, con las manos en las caderas.

—Lo sé —dijo Grimshaw con una amplia sonrisa que llegaba hasta los hoyuelos de sus ojos color chocolate.

Hannah se dio la vuelta y salió de la habitación. El miserable bruto. Ella solo le había pedido que fuera cortés con sus tontas reglas. Ahora le había negado la oportunidad. Bueno, no se la había negado per se, sino que le había quitado la capacidad de hacerlo.

Su comentario de que le daba permiso pero no un caballo era solo para burlarse de ella. Esbozando una sonrisa en sus propios labios como la que llevaba Grimshaw, estaba decidida a demostrarle que se equivocaba.

Grimshaw se rio para sus adentros de la dama mientras tocaba la campanilla. Al llamar al mayordomo, le indicó que enviara a Johnson tan pronto como pudiera para que comprobara el estado de la viuda.

—No sé por qué harías semejante cosa. La boca que tiene esa chica —se quejó Lady Tara.

Él ignoró sus palabras y gran parte de todas las demás cosas que dijo durante la siguiente media hora. En su lugar, reflexionó sobre Hannah Jacobson y ese pequeño mentón que le gustaba sobresalir cuando estaba decidida a salirse con la suya.

—Lord Grimshaw —dijo la señora Brennon, entrando en la habitación agitada—. Una palabra en privado, si me permite.

—Por supuesto —dijo Grimshaw, poniéndose de pie y acompañando a la mujer al pasillo.

En los treinta segundos que tardaron en llegar al aislamiento, su mente ya había imaginado al menos media docena de razones por las que la mujer parecía tan perturbada.

Cuando se volvió después de cerrar las puertas del salón, nunca esperó que la mujer le golpeara con un pañuelo que llevaba en la mano.

—¡Hombre miserable!

—¡Ay! —exclamó, aunque no le dolió—. ¿Qué he hecho para merecer ser constantemente atacado?

—Bueno, no sé en otras ocasiones, pero ahora sí que se lo merece.

—¿Por qué?

—Por enviar a la señorita Jacobson a Concordshire en medio de una ventisca sin nada más que su chal para calentarse y sus pies para llevarla.

—Yo no hice tal cosa —se defendió Grimshaw.

—Intenté detenerla —gimoteó la señora Brennon en su pañuelo—. Dijo que usted le había dado permiso para irse, pero que no le proporcionaría transporte. Que tenía que ir a pie.

—Quiero decir, sí dije eso, pero...

La señora Brennon le golpeó de nuevo y sollozó:

—Hombre miserable. Se congelará hasta morir.

Si hubiera sido cualquier otro miembro del personal, Grimshaw podría haberse enfadado por sus acciones. Viendo cómo la señora Brennon había sido una segunda madre, y realmente más disciplinaria que su propia madre, simplemente hizo todo lo posible por esquivar sus golpes.

—Dije esas cosas, pero solo estaba bromeando con ella. Ella lo sabía. Nunca pensé que...

—Pues lo hizo.

—¿Cuándo? —dijo Grimshaw, poniéndose serio—. Si Hannah está en medio de una ventisca, quién sabe qué podría pasarle.

Sería bastante fácil simplemente perder el camino. No había carretera que guiara sus pasos y el frío y la nieve que caía seguramente la desorientarían.

Perderse en el bosque a esta hora del día nunca era una buena elección. El anochecer estaba cerca y seguramente habría lobos hambrientos al acecho después de una tormenta tan larga como esta.

—Dígale a Johnson que prepare mi caballo inmediatamente —ordenó Grimshaw.

—Buen hombre —dijo la señora Brennon, dándole ahora palmaditas en el hombro con el brazo del pañuelo, aunque él todavía se encogió por un momento—. Sabía que haría lo correcto e iría tras ella.

La señora Brennon le dio un beso en la mejilla y se apresuró a ver que todo estuviera listo para el conde.

—¿Adónde vas? —dijo Lady Tara, asomándose al pasillo.

A Grimshaw le hubiera gustado decirle que nada le irritaba más que una mujer tan entrometida como para escuchar a escondidas una conversación de la que había sido excluida a propósito. Pero no tenía tiempo para eso. Cada segundo perdido podía ser otro en el que Hannah fuera perseguida por lobos o se congelara hasta morir perdida en el bosque.

—Tengo que ir a ocuparme de algo. Volveré tarde esta noche.

—¿Es esa institutriz? Parece causar bastantes problemas —comentó Lady Tara, claramente irritada por el hecho de que Grimshaw la dejara por otra mujer.

Grimshaw apretó el puño e hizo todo lo posible por acompasar su respiración. Sería inapropiado gritarle a la horrible mujer, especialmente porque todavía estaban atrapados en la Abadía de Brighton.

Se volvió y sonrió lo más suavemente que pudo a la mujer, aunque ella dio un paso atrás, por lo que Grimshaw supuso que no había hecho un buen trabajo.

—Haré todo lo posible por volver lo antes que pueda —dijo con toda la suavidad que pudo y se dio la vuelta para marcharse antes de que la horrible mujer pudiera encontrar una respuesta.

Capítulo 30

Afortunadamente, en el tiempo que le llevó correr a su habitación, vestirse con su ropa de invierno más abrigada y dirigirse a los establos, Johnson tuvo el buen juicio de ensillar su corcel más veloz.

El semental negro relinchaba ante la oportunidad de salir del confinamiento del establo después de días atrapado en su interior.

Grimshaw montó de un ágil movimiento y le dio rienda suelta al animal. Tuvo que admitirse a sí mismo que se sentía bien liberarse del encierro en el que ambos habían estado atrapados estos últimos tres días.

La nieve caía con bastante intensidad ahora; entre la visión borrosa, las nubes oscuras y la pérdida de la poca luz que quedaba del sol poniente, Grimshaw solo esperaba que alguien más hubiera encontrado a Hannah y la hubiera ayudado en su camino.

Era un corto trayecto hasta Concordshire, cinco millas como máximo, y cualquier otro día no le habría importado que Hannah hubiera ido a pie.

Mientras el corcel bajo él comenzaba a disminuir la velocidad después de la primera milla luchando contra la espesa nieve, su preocupación aumentó. No creía que hubiera llegado tan lejos sin encontrarla.

Lo que había comenzado a un ritmo vertiginoso ahora se había reducido a un trote dificultoso para el semental negro.

—Vamos, muchacho, podemos lograrlo —dijo Grimshaw alentando al caballo.

Grimshaw forzó la vista lo más que pudo. No era mucho lo que se podía ver en la oscurecida tormenta de nieve. El vapor que emanaba de cada respiración suya o del caballo solo parecía oscurecer más su visión.

Finalmente, se inclinó hacia adelante, seguro de haber vislumbrado una tela ondeante.

—Hannah —gritó contra el viento.

Estaba seguro de que la tela se había movido de nuevo entre la ráfaga de nieve. Llamando al semental, lo instó a avanzar tan rápido como el caballo pudiera ir.

Solo pasaron unos breves minutos entre divisar a Hannah y finalmente alcanzarla, pero para Grimshaw pareció una eternidad. Ella tenía la cabeza inclinada contra la nieve que soplaba con un chal envuelto firmemente alrededor de su cabeza y cuerpo.

—¿Estás loca, mujer? —la reprendió Grimshaw, acercando el caballo a Hannah.

Ella levantó la mirada sorprendida. Quizás simplemente había pensado que él era otro viajero en este terrible clima.

—Lord Grimshaw —dijo con sorpresa y luego alzó el mentón desafiante, aunque él estaba seguro de poder ver un temblor en sus labios—. Ya le dije, debo asegurarme de que Joanna esté a salvo y atendida.

—¿Y congelándote a medio camino de su cabaña ayudará a la mujer cómo? Estás caminando con la nieve hasta la mitad de tu falda. ¿Realmente pensaste que podrías llegar hasta allí de esta manera?

—Sí —replicó ella obstinadamente.

Grimshaw le tendió una mano y ella la miró, desconcertada.

—No iré con usted, señor. Estoy decidida. No puede hacerme cambiar de opinión.

—Mujer, o me das la mano y te sientas a horcajadas en este caballo o me veré obligado a levantarte y ponerte sobre la bestia yo mismo —dijo Grimshaw con tono severo.

Ella dudó solo un momento antes de extender la mano y ofrecerle una mano enguantada.

Él se burló de ello. Eran los finos guantes blancos de algodón que ella usaría para un servicio dominical. Sin duda los únicos que tenía. Estaba seguro de que las puntas de sus dedos debían estar azules.

Sosteniéndola firmemente, ella colocó un pie en el estribo y él la ayudó a sentarse en el corcel delante de él.

Se inclinó hacia adelante y puso las riendas entre sus dientes mientras se quitaba sus propios guantes.

—Ponte estos antes de que pierdas un dedo —dijo.

—Pero sus manos se congelarán —objetó Hannah.

Él le rodeó la cintura con un brazo y agarró las riendas con el otro. Se sintió satisfecho al sentir que al menos su centro estaba relativamente cálido.

—Es un corto viaje hasta la casa de la viuda McCarthy desde aquí. Estoy seguro de que mis manos estarán bien hasta entonces —dijo contra su oído.

Sintió que ella se reclinaba más contra sus brazos y él saboreó la sensación de tenerla contra su pecho. No se le escapó el hecho de que ella, efectivamente, estaba temblando y empapada desde las faldas hacia abajo.

—¿Me va a llevar el resto del camino? —preguntó ella con un pequeño castañeteo.

—Por supuesto que sí. Te prometí que me aseguraría de que revisaran a la viuda. ¿Por qué no pudiste simplemente esperar?

—¿Y si se está congelando hasta morir allí dentro? No tenía idea de cuándo se ocuparía de ello. Estaba muy ocupado con sus invitados —respondió ella mientras el caballo comenzaba su trote.

—Soy un hombre de palabra —dijo él con seriedad.

—Sé que lo es —le aseguró ella—. Simplemente no sabía cuánto tiempo tomaría. Mi conciencia no podía esperar ni un momento más.

—Evidentemente —dijo Grimshaw con desdén—. Creo que eres, por mucho, la mujer más testaruda que he conocido jamás.

—Estoy segura de que lo dice como un insulto, pero se lo agradezco. Estoy bastante segura de que fue mi naturaleza obstinada la que me ayudó a sobrevivir en Hendrick's Preparatory.

—En realidad lo dije como un cumplido —respondió Grimshaw contra su oído.

Hicieron el resto del viaje en relativo silencio. Hannah se sintió aliviada de tener su calor en la espalda. Con toda honestidad, se había estado maldiciendo por ser tan tonta como para pensar que podría caminar hasta la cabaña.

No veía esperanza de avanzar o retroceder cuando el negro y jadeante corcel llegó a su lado. Tendría que recordar encontrar una manera de agradecer verdaderamente a Lord Grimshaw por venir en su ayuda.

Ahora mismo, sin embargo, estaba bastante contenta deleitándose con la sensación de su pecho contra su espalda y su fuerte mano extendida sobre su cintura. Él la mantenía firmemente sujeta.

Nunca le admitiría a Lord Grimshaw que era una jinete inexperta, ya que nunca había tenido la oportunidad de hacer mucho en su vida. Añadiendo el hecho de que ya no podía sentir sus dedos de las manos o los pies y estaba compartiendo el caballo con otro jinete, todo el asunto se volvía mucho más dudoso.

Afortunadamente, Lord Grimshaw parecía conocer bien al semental. Maniobraba y le hablaba al animal y, para sorpresa de Hannah, el caballo obedecía sus órdenes habladas.

Hannah apenas podía evitar temblar hasta caerse de su asiento cuando finalmente la cabaña apareció a la vista.

Sintió un momento de alivio al ver la seguridad del refugio, pero rápidamente quedó ensombrecido. En el tiempo que les llevó terminar el viaje, el sol se había puesto por completo y, aparte de la poca luz que reflejaba la nieve, no se veía ninguna otra. Solo brillaba una vela solitaria en una ventana, pero no había resplandor de fuego ni humo saliendo de la chimenea.

La nieve se había calmado hasta convertirse en una ligera caída y el viento finalmente había amainado, dándole a Hannah una mejor vista que cuando había intentado caminar por sí misma.

—Grimshaw, mira, no tiene fuego. Espero que la abuelita esté bien —se preocupó Hannah y deseó que el caballo avanzara más rápido a través de los montones de nieve.

Apenas esperó hasta llegar a la puerta antes de deslizarse del animal. Grimshaw, por suerte, estaba lo suficientemente atento a sus deseos como para usar su mano para estabilizarla en el descenso.

Hannah tomó aire bruscamente al hundirse de nuevo en la nieve. No parecía haber pasado tanto tiempo, pero su cuerpo ya había olvidado la sensación de arrastrarse a través de ella.

Dio los últimos pasos a través del pequeño jardín de la abuelita hasta la puerta principal.

Llamó a la puerta, rezando para que la abuelita no estuviera allí. Tal vez el señor McCarthy había sido considerado con su madre y había venido a llevarla de vuelta a su casa para esperar a que pasara la nevada.

El sonido de la voz de la abuelita en el interior le dijo lo contrario.

—Oh, querida. Me temo que no puedo abrir la puerta —llamó.

—No te preocupes, abuelita. Te sacaremos —respondió.

Con sus manos, comenzó a cavar en el montón de nieve que se había acumulado contra la puerta de la cabaña. Grimshaw solo se había tomado el tiempo de atar el caballo antes de unirse también a su trabajo.

Con sus grandes manos desnudas sacando la nieve, el trabajo se terminó en un momento y el conde abrió la puerta.

—Oh, querida —dijo la abuelita de nuevo, toda agitada—, no deberías haber venido. Mírate, congelada hasta los huesos. Entra, entra. No tengo fuego para calentarte, pero encontraremos una manera.

—¿Tiene leña afuera? —preguntó Lord Grimshaw.

La abuelita levantó la vista como si hubiera notado la presencia del conde por primera vez.

—Sí, mi señor. Está detrás, contra el cobertizo donde las dos cabras están esperando que pase la tormenta. También hay una puerta en la parte trasera de la cabaña, pero me temo que está atascada.

—Me ocuparé de la leña y la puerta —dijo Grimshaw y asintió hacia Hannah—. Tú entra ahora y al menos quítate lo que puedas de tu ropa mojada.

—Espera —llamó Hannah cuando él se dio la vuelta para irse—. Llévate estos de vuelta entonces —dijo, quitándose los grandes guantes forrados de piel de las manos.

Él los tomó agradecido y se los puso antes de recuperar el caballo y dirigirse a la parte trasera de la cabaña.

Hannah entró en la casa oscurecida y su corazón se hundió tan bajo como sus pies helados. Aunque tenían refugio del viento, todavía hacía un frío glacial en la cabaña. Hannah vio su aliento salir en pequeñas nubes mientras la abuelita la llevaba a la habitación principal para quitarse los zapatos y las medias.

Al conde no le llevó mucho tiempo desatascar la otra puerta y comenzar su viaje de entrada y salida de la casa con la leña. Hannah se apresuró a encender un fuego con el combustible que él proporcionaba.

Durante un rato, todos trabajaron en silencio, sin decir una palabra al otro. Las tareas requerían demasiado esfuerzo como para añadir conversación.

Pero una vez que el fuego ardía con fuerza, más leña de la que se podía quemar en una semana estaba apilada junto al hogar. Todas las partes estaban dentro con la ropa exterior mojada quitada para secar, Hannah encontró su lengua de nuevo.

—¿Cuánto tiempo has estado así? —le preguntó a la abuelita.

—Oh, solo ayer y hoy —la anciana lo descartó con un gesto.

—¿Por qué Matthew no vino a ayudarte? —preguntó Grimshaw bruscamente.

—Oh, mi Matty —la abuelita lo descartó de su manera habitual—. Es un chico ocupado. Estaba segura de que vendría pronto.

—Te habrías congelado antes de que viniera —le dijo Hannah.

—Soy dura, te lo aseguro —dijo con su cara redonda sonriendo—. Oh, la tetera está lista —añadió, levantándose de su asiento.

Justo cuando la alcanzó sobre el fuego, empezó a sonar su silbido. Grimshaw miró a Hannah, sorprendido de que la abuelita lo supiera antes de que sonara.

Hannah simplemente le sonrió. Estaba segura de que pronto llegaría a conocer a la abuelita como ella, incluyendo todas sus pequeñas idiosincrasias como esa.

—Ahora caliéntense por dentro y por fuera —dijo la abuelita, sirviéndoles a cada uno una taza de té.

Hannah la tomó agradecida y la bebió de un trago, sin importarle que le quemara al bajar. Grimshaw la observó por encima de su propia taza de té con ojo cauteloso.

La abuelita se puso a hacer más cosas para producir algún tipo de comida para que comieran, a pesar de la insistencia de Hannah de que no hacía falta que se molestara.

Cuando Hannah dejó su taza, Grimshaw hizo lo mismo y se inclinó hacia adelante para tomar las manos de Hannah entre las suyas. Ella se sorprendió de lo cálidas que estaban. Las suyas todavía estaban heladas.

Las giró en el resplandor de la luz del fuego e inspeccionó cada uno de sus dedos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hannah, apenas por encima de un susurro.

—Estoy inspeccionando si tienes congelación —dijo Grimshaw con una sonrisa en los labios —. Por suerte para ti, no veo ningún dedo azul.

Inclinándose hacia adelante, llevó la mano que sostenía hasta sus labios y besó suavemente las puntas de sus dedos. Ella estaba hipnotizada por la acción.

—¿Debería revisar tus dedos de los pies ahora? —dijo Grimshaw con sus labios sonrientes aún rozando las puntas de sus dedos.

Ella se sonrojó y se apartó.

—Ciertamente no puedes.

Fingió ofensa, pero sabía que no podía ocultar el rubor que su broma había producido.

—Supongo que tendremos que quedarnos la noche —dijo Grimshaw con un suspiro mientras miraba alrededor del pequeño alojamiento.

—¿Lo haremos? —dijo Hannah, sorprendida.

—Bueno, no tengo ningún deseo de volver a casa cabalgando en la oscuridad, con lobos alrededor —añadió para rematar.

—¿Lobos? —preguntó Hannah como si el pensamiento nunca se le hubiera ocurrido.

Él asintió.

—Oh, no se preocupen por los lobos —dijo la abuelita, entrando en la habitación con un plato lleno de pasteles de carne fríos—. No te molestan mientras tú no los molestes a ellos.

La abuelita siempre era la optimista, decidió Hannah.

—Son bienvenidos a quedarse la noche, sin embargo. La ropa necesitará tiempo para secarse de todos modos. No enviaría a su señoría de vuelta con cosas mojadas.

—Estoy agradecido por su hospitalidad —dijo Grimshaw sinceramente mientras tomaba un trozo de pastel.

—Sin embargo, solo hay una habitación arriba. Hannah y yo podemos tomar el jergón aquí, justo como cuando la dulce Lady Caroline vino a visitarme —dijo la abuelita y Hannah asintió en acuerdo.

—Tonterías. No voy a privar a una viuda de su cama. Tú y Hannah pueden quedarse con la habitación —dijo, mirando hacia las escaleras que conducían a una única habitación en el desván —. Estoy perfectamente capacitado para dormir en un jergón por una noche. Me atrevo a decir que tendré la mejor parte del trato de todos modos, con el fuego justo a mi lado para mantenerme caliente.

Capítulo 31

Sebastian durmió profundamente junto al fuego. Aunque era el conde de Grimshaw, no le desagradaba el trabajo duro ni las condiciones menos que prístinas.

Dos veces se levantó durante la noche para avivar el fuego. Quería asegurarse de que el calor pudiera llegar a toda la casa.

Grimshaw fue despertado por una visión que no había visto en algún tiempo: el sol brillando a través de la ventana. Por fin, parecía que la ventisca había pasado.

Se sintió aliviado al saber que no harían el viaje de regreso a casa en medio de la tormenta. Con el despeje de las nubes, esperaba que la nieve empezara a derretirse rápidamente también, haciendo el viaje mucho mejor.

Poco después de despertar, escuchó el movimiento de las damas arriba, así como en la cocina. Joanna McCarthy debía ser madrugadora, ya que parecía haber llegado a la cocina antes de que él siquiera se moviera.

Hannah bajó las escaleras poco después de que Grimshaw despertara y parecía un poco tímida por la cercanía de una pequeña cabaña con la presencia de Grimshaw. Apenas pronunció un buenos días antes de dirigirse a la cocina para ver si la señora McCarthy podía necesitar una mano extra.

Grimshaw se ocupó de las cenizas en el hogar y guardó el jergón. Sin nada más que hacer, se dirigió a la cocina.

—No puedes quedarte aquí sola, abuelita —se detuvo en el umbral para escuchar la conversación entre Hannah y la viuda.

—No me importa, querida —dijo la abuelita mientras revolvía una olla de gachas.

—¿No irás al menos a casa del señor McCarthy? Estoy segura de que estaría encantado con tu presencia durante la Navidad.

—Oh, Matty estará demasiado ocupado para mí. Después de una tormenta, la tienda está el doble de concurrida. Solo estorbaría. Estoy bien aquí en mi pequeña cabaña.

—¿Y si hay otra ventisca?

La señora McCarthy guardó silencio por unos momentos. Sin duda, si Grimshaw y Hannah no hubieran acudido en su ayuda, estaría en una situación lamentable.

—¿Tal vez podría preguntarle a Lord Grimshaw si podrías quedarte con nosotros, solo hasta que pase lo peor del clima invernal? —preguntó Hannah cuando no hubo respuesta.

—Oh, ni soñaría con imponer esa carga a Lord Grimshaw —respondió la señora McCarthy.

Trabajaron en silencio de nuevo por unos momentos. Grimshaw supuso que Hannah, siempre terca, estaba maquinando un plan para ver a la viuda a salvo durante la temporada fría.

—Oh —dijo la viuda de repente—, casi lo olvido.

Dejó a un lado la cuchara con la que revolvía el desayuno y se apresuró hacia un armario. Sacó tres paquetes envueltos en papel marrón.

—Conseguí algo pequeño para Lady Caroline y Lady Rebecca por la temporada. Espero que les guste. No pensé que te vería hasta después del nacimiento de nuestro Señor, pero la providencia te trajo justo a tiempo para darles sus regalos para el día.

—Y este es para ti —dijo la señora McCarthy, entregando las tres cajas y señalando la de arriba.

—¿Cómo has podido hacer esto? —dijo Hannah con sorpresa.

—Oh, usé el dinero que me diste.

—Abuelita, eso era para ti. Se suponía que debías pagar los útiles escolares con él, además de tu pago por las clases —la regañó Hannah.

—Oh, tonterías. Ya tenía la mayoría de los útiles a mano.

—Entonces deberías habértelo quedado para ti.

—No necesito nada. Oh, me llenará de alegría saber que esas niñas tienen algunos pequeños regalos de mi parte.

—Eres demasiado amable, abuelita —dijo Hannah, dándole un abrazo cariñoso a la mujer.

Grimshaw se aclaró la garganta para anunciar su presencia.

—Oh, qué bien, su señoría está despierto. Justo a tiempo para el desayuno —dijo la señora McCarthy, sirviendo las gachas en unos cuencos—. Sea un amor y agarre la tetera, está hirviendo.

Medio segundo después de que pronunciara sus palabras, la tetera comenzó a sonar. El conde se rió para sus adentros de los agudos sentidos de la anciana mientras caminaba y vertía el té en

la tetera de cerámica.

Hannah tomó la bandeja con los cuencos y el conde insistió en llevar el juego de té. Juntos, los tres marcharon en procesión hacia la sala principal.

Desayunaron charlando alegremente. La señora McCarthy siempre era buena manteniendo conversaciones amenas.

Una vez terminada la comida, no quedaba nada más que Hannah o el conde pudieran hacer antes de que debieran regresar a la Abadía de Brighton. Hannah se demoró, no obstante, esperando encontrar una manera de convencer a la abuelita para que se uniera a ellos.

—Me pregunto, señora McCarthy —dijo Grimshaw después de que los platos fueran retirados y lavados por el trío—, mis niñas han hablado tan bien de usted. La quieren como si fuera su propia abuela. Desafortunadamente, no tienen abuelos propios. Estaría muy agradecido si viniera con nosotros durante las fiestas y fuera una abuela para Caroline y Rebecca.

—No quisiera ser una carga para usted, Lord Grimshaw —dijo la abuelita, aunque su determinación se había desmoronado ante la petición de tan distinguido invitado.

—No sería una carga en absoluto, se lo puedo asegurar. De hecho, creo que la Navidad no estaría completa sin usted allí —dijo Grimshaw, dedicándole una sonrisa encantadora.

Hannah tuvo que contener una risita al ver a la abuelita sonrojarse ante el encanto del conde.

—Bueno, si cree que las niñas podrían disfrutar de mi presencia, no podría negarme a tal petición.

—¡Maravilloso! —dijo Grimshaw, juntando las manos—. Iré a preparar el caballo para que usted lo monte. Ah, no quiero oír nada al respecto —añadió antes de que la abuelita pudiera protestar—. Y me ocuparé de las necesidades de las cabras antes de que nos vayamos. Me aseguraré de que un hombre venga a cuidarlas mientras usted se queda con nosotros —agregó más para sí mismo como una ocurrencia tardía.

—Supongo que debería ir a buscar algunas pertenencias entonces —dijo la abuelita, un poco insegura de sí misma. Se sentía como si la estuvieran tratando como una dama refinada.

Media hora más tarde, el trío dejó la pequeña cabaña bien cerrada. La abuelita había sido hábilmente colocada sobre el caballo por las fuertes manos de Grimshaw, y él y Hannah caminaban a cada lado de la bestia.

Con el sol brillando intensamente, la nieve ya había comenzado su lento deshielo. Sin embargo, aún estaba muy húmedo para caminar, y Grimshaw estaba seguro de que al final del día el terreno estaría verdaderamente empapado. No obstante, era mucho mejor que la nieve azotadora de la noche anterior.

Hicieron buen tiempo, llegando a Brighton Abbey a primera hora de la tarde. Ambas niñas se precipitaron al vestíbulo a su llegada.

Su entusiasmo se desbordó cuando vieron al miembro adicional del grupo. La abuela, por su parte, quedó maravillada por la magnífica belleza de la vasta mansión.

Grimshaw no había considerado realmente las ramificaciones de sus acciones con respecto a los invitados que ya alojaba. Sin embargo, con el alboroto de sus hijos a su llegada, pronto fueron recibidos también por Lord y Lady Waldron y Lady Tara.

—Permítanme presentarles a la señora Joanna McCarthy —dijo Grimshaw a sus tres invitados —. Ha tenido la gentileza de aceptar mi oferta de quedarse durante las fiestas.

Los tres le dirigieron una mirada muy escéptica. Claramente, no veían a la viuda como una compañera digna para sus tardes en el salón.

Grimshaw estaba seguro de que si hubiera sido un buen anfitrión, habría considerado sus sentimientos al respecto antes de invitar a la viuda a quedarse, pero para ser honesto, no le importaba. Con el sol brillando y las carreteras que pronto estarían despejadas, esperaba no tener que ser su anfitrión por mucho más tiempo.

Antes de que se pudiera hacer mucho en el asunto para aliviar la comodidad de los Marlow, la abuela fue arrastrada por Lady Caroline y Lady Rebecca para su propio tour personal de la mansión. Naturalmente, los aspectos más destacados incluían el cuarto de los niños, el aula, el ala oeste y la cocina, donde se podían robar dulces.

—Estaba muy preocupada cuando no regresaste anoche —dijo Lady Tara en tono de reproche.

Sus ojos oscuros se movían entre Lord Grimshaw y Hannah. Estaba mucho más que preocupada cuando se trataba de la idea de que Grimshaw pasara una noche en presencia de la hermosa institutriz.

—Si me disculpan, iré a cambiarme a ropa seca —dijo Hannah, haciendo una reverencia y dejando a los dos solos para discutir los sentimientos de Lady Tara sobre el asunto.

—Señorita Jacobson —la detuvo Grimshaw—. Si fuera tan amable de reunirse conmigo en mi oficina una vez que esté caliente y seca. Tengo algunos asuntos que requieren su presencia.

—Sí, por supuesto —dijo Hannah, sin estar segura de qué asuntos podrían incluirla.

Se dio la vuelta y fue a refrescarse y cambiar sus faldas empapadas por un vestido nuevo y fresco. Grimshaw se volvió hacia Lady Tara.

—Me preocupa que esta institutriz esté teniendo una mala influencia en los niños —dijo Lady Tara con seriedad.

—Me temo que no comparto sus preocupaciones —dijo Grimshaw claramente.

—Quizás porque está demasiado cegado por su belleza para darse cuenta —dijo ella, poniendo sus manos en las caderas.

Grimshaw soltó una risa fuerte y prolongada ante su declaración. No se estaba riendo de la idea de que Hannah fuera hermosa, porque ciertamente lo era.

La había elegido como institutriz porque quería una dama de aspecto sencillo y hogareño. Aunque ella había intentado vestirse para el papel, no era nada de eso, y él lo sabía muy bien.

—Le aseguro, Lady Tara, que he llegado a conocer su buena naturaleza y dedicación a sus deberes mucho antes de siquiera echar un vistazo a su belleza.

Lady Tara abrió la boca para hablar, pero Grimshaw intervino antes de que se le diera la oportunidad.

—Perdóneme, pero yo también estoy bastante empapado. Debo cambiarme esta ropa mojada y atender asuntos en mi oficina.

—Sí, por supuesto —dijo Lady Tara con una sonrisa. No le gustaba que la reprendieran, pero no le mostraría tales sentimientos a él—. Odiaría que se enfermara.

Recién vestida, Hannah se dirigió de su habitación a la oficina de Lord Grimshaw. Se preguntaba qué asuntos tendría que posiblemente necesitaran su asistencia.

Hannah entró en la oficina y se paró frente al conde, quien también estaba lavado y vestido con un traje fresco. Incluso su corto cabello negro estaba peinado hacia atrás y ella podía oler el fuerte aroma a pino y jabón flotando por la habitación.

—¿Hay algo que necesite de mí, Lord Grimshaw? —preguntó Hannah, retorciéndose las manos con preocupación.

Él le sonrió suavemente. Levantándose, caminó hacia una gran estantería detrás de él y recuperó un pequeño cofre de caoba.

Hannah observó mientras sacaba una llave de su escritorio y desbloqueaba el cofre. Cuando lo abrió, ella no pudo ver por encima de la tapa.

—Confieso que las escuché hablando con la señora McCarthy esta mañana. Entiendo que le estaba dando fondos para sus clases de arte.

—Sí, señor —dijo Hannah, aún sin saber qué pensar de las preguntas del conde.

—¿De dónde obtuvo el dinero para pagarle? —preguntó él, sacando una gran pila de billetes y contándolos.

—No lo robé, si es lo que está insinuando —dijo Hannah con una mezcla de shock y dolor.

La mirada de Grimshaw pasó de los billetes a ella. Por segunda vez ese día, se rio de corazón.

—No la estoy acusando de robar el dinero, mi querida Hannah. Juro que busca una oportunidad para enfadarse conmigo.

—No lo hago —dijo Hannah enfadada.

Él levantó una ceja oscura hacia ella y ella se sonrojó, dándose cuenta de que había caído directamente en su trampa.

—No es mi intención —dijo Hannah finalmente.

Grimshaw la miró con un brillo en sus ojos oscuros. Cómo estaba aprendiendo a amar todo sobre esta mujer.

Su mente se desvió hacia la carta en su bolsillo y la mujer que la escribió. Hannah era tan diferente de su Ann. Todavía no podía comprender cómo podía tener tanto amor y admiración por la mujer frente a él y aún tener espacio suficiente para mantener a su Ann en su corazón.

—Entonces, ¿le gustaría decirme cómo obtuvo los fondos? —preguntó Grimshaw de nuevo.

—Lo tomé de mi propio salario —dijo Hannah con la barbilla levantada.

—Como sospechaba. ¿Cuánto? —preguntó, volviendo al asunto de sus billetes nuevamente.

—No estoy completamente segura, para ser honesta. Solo lo que podía ahorrar para mi familia.

—¿Su familia?

—Sí, envío la mayor parte de mi salario a mi familia en Londres. Mi madre acaba de tener otro hijo y cualquier cantidad les ayuda mucho.

—¿Y no guarda nada para usted misma? —dijo Grimshaw con sorpresa.

—Tengo pocas necesidades. Estoy bien atendida aquí en Brighton Abbey —respondió Hannah.

—Bueno, no puedo permitir que pague la educación de las niñas de su propio salario. De ahora en adelante, me aseguraré de que la señora McCarthy reciba un salario adecuado por su tiempo de tutoría. Y esto es para reembolsarle por sus salarios pasados.

Grimshaw extendió una gran pila de billetes. Hannah dio un paso atrás y mantuvo sus manos alejadas.

—No podría aceptar eso. Es demasiado para empezar.

—Es una mujer muy obstinada, ¿lo sabe, señorita Jacobson? —dijo Grimshaw, anticipando bastante que esta no sería una tarea fácil.

—No creo ser tan obstinada —contestó ella.

—Caso demostrado —dijo Grimshaw con una sonrisa—. Ahora tome esto antes de que lo ponga en su mano yo mismo.

Hannah aún dudó pero finalmente se acercó y tomó el dinero.

—Pero es demasiado, señor —repitió Hannah.

—Entonces envíe lo que no quiera a su familia. Quizás les permita tener un ganso extra grande para su cena de Navidad.

—¿Extra grande? Quiere decir un ganso en general.

Las palabras de Hannah sorprendieron a Grimshaw. Tenía una idea de que ella provenía de una situación más pobre que la suya, pero no sabía que su familia sufría tanto.

—Estarán muy agradecidos por esto —dijo Hannah, con los ojos llenos de lágrimas.

Grimshaw rodeó su escritorio y se paró frente a ella. Le asombraba que lo que para él parecía una cantidad tan pequeña pudiera hacer tanta diferencia para ella.

Grimshaw miró hacia abajo a la señorita Jacobson, que sollozaba. Metió la mano en su bolsillo y sacó un pañuelo para ella.

Hannah se secó los ojos agradecida antes de devolverle el pañuelo. Grimshaw dejó que sus dedos rozaran los de ella. Saboreó la sensación que esto envió por todo su cuerpo.

Grimshaw estaba seguro de que ella también lo había sentido, pues sus ojos se alzaron para encontrarse con los suyos. Dio un paso más cerca, cerrando el espacio entre ellos. Le habría gustado besarla en ese momento. Sin embargo, sabía que aún no era el momento adecuado.

Todavía tenía una leve vacilación en su corazón con respecto a su difunta esposa. Hasta que no resolviera su propio tormento, no estaría listo para dar el siguiente paso.

Capítulo 32

Los días siguientes fueron de los más agradables para Hannah. Dividió su tiempo entre prepararse para la Navidad, que estaba a solo dos días, y entretener a las niñas y a la abuela.

La abuela tenía todo tipo de ideas para alegrar la mansión antes de que llegara la Navidad.

Primero, les enseñó a las niñas cómo hacer copos de nieve con pergamino. Los ataron juntos y decoraron los pasillos con las guirnaldas.

Luego, la abuela les contó historias sobre Papá Noel y todos escribieron cartas para arrojarlas al fuego. Las cenizas subieron por la chimenea para llegar mágicamente al mismísimo San Nicolás.

También pasaron incontables horas en la cocina viendo a la cocinera hacer sus pasteles y pudines navideños. Rebecca apenas podía contener su emoción a medida que se acercaba el día.

Grimshaw, desafortunadamente, no lo estaba pasando tan bien con sus invitados. Lord y Lady Waldron eran un grupo sombrío.

No ayudaba el hecho de que ya no deseaba estar en presencia de Lady Tara. No estaba seguro de tener el valor de decirle a la cara que no tenía intención de casarse con ella.

Ya era bastante difícil para él lidiar con sus propias emociones. No estaba seguro de estar dispuesto a provocar emociones tan desastrosas en otra persona.

En su lugar, pasó la mayor parte de su tiempo en el ala oeste. Con el techo terminado en su ausencia, solo quedaba por terminar el interior.

Esperaba que mientras cumplía su promesa a Ann, también pudiera encontrar una manera de resolver el tumulto interior que rugía dentro de él; esperaba llegar a un acuerdo con sus emociones y su culpa.

Grimshaw también esperaba que su distanciamiento de los demás mientras se sumergía en su trabajo alentara a Lady Tara a perder interés. Tal vez de esa manera, ella se marcharía por su

cuenta sin que él tuviera que dañar su honor.

Sin embargo, poco sabía que sin Grimshaw para entretenerla, Lady Tara se dedicaba a pasar tiempo con las niñas.

Sospechaba que él estaba perdiendo interés debido a la aversión que las niñas sentían hacia ella. Tenía poco interés por los pequeños, pero tampoco tenía ningún deseo de abandonar Brighton Abbey sin el título de condesa.

Comenzó a acompañar a las niñas, su institutriz y la abuela en sus diversas aventuras y manualidades. Por suerte no era todos los días, ya que Lady Tara solo podía soportar tanto tiempo con esas personas.

Sin embargo, en las ocasiones en que lo hacía, eran eventos muy sombríos. Hannah tenía que usar toda su voluntad para mantener a las niñas de buen humor con las constantes correcciones de Lady Tara sobre su comportamiento.

Era evidente para Hannah que Lady Tara detestaba cualquier cosa que se pareciera al juego infantil. A menudo se preguntaba cómo habría sido Lady Tara de niña.

No tenía aptitud para hablar con niños. A menudo era dura y hablaba de manera muy literal. Nunca se preocupaba por considerar los sentimientos delicados de las niñas mientras corregía cualquier imperfección.

Afortunadamente, la monotonía de su presencia se vio finalmente interrumpida el día antes de Navidad cuando otro visitante sorpresa llegó a Brighton Abbey.

—Tío Jayden —saludaron Rebecca y Caroline a su tío cansado por el viaje cuando entró en la casa.

Ambas le rodearon las piernas con sus brazos, sin importarles su aspecto fatigado. Jayden Marsh, por su parte, olvidó sus músculos cansados y levantó a cada niña, haciéndolas girar.

—No puedo creer lo grandes que se han puesto desde la última vez que las vi.

Hannah no pudo evitar sentir la alegría contagiosa mientras todos se reencontraban o se presentaban por primera vez esa noche en el salón, después de que el Sr. Marsh se hubiera refrescado.

Incluso Grimshaw, que había parecido tan esquivo estos últimos días, estaba presente cuando todos se reunieron en el salón antes de la cena.

Hannah se sentó a un lado de la habitación y observó con deleite cómo las niñas acosaban a su tío y él disfrutaba enormemente de sus preguntas.

Aunque Grimshaw estaba presente, Hannah notó que todavía no estaba del todo allí. Su mente parecía estar atrapada en un mundo diferente propio.

Estaba segura de que las fiestas eran lo más difícil para él. No podía imaginar lo que se sentía al haber perdido a un ser querido. Seguramente la llegada de estas épocas festivas solo le recordaría su ausencia.

El corazón de Hannah sufría por el conde. Había llegado a apreciarlo tanto a él como a las niñas en los últimos meses. Deseaba poder encontrar una manera de quitarle el dolor.

Tenía una idea en particular en la que había estado trabajando las últimas semanas. Esperaba que le ayudara a superar el tumulto interior que había mencionado en el pasado.

Sabía que al ayudarlo, solo estaría asegurando su matrimonio con Lady Tara. De ninguna manera esperaba con ansias esa presencia constante en Brighton Abbey.

A pesar de lo que decía sobre no tener interés en la dama, debía haber encontrado alguno, de lo contrario, ¿por qué ella y su familia seguían en Brighton Abbey?

No obstante, si eso era lo que Lord Grimshaw veía en su futuro, ella no diría lo contrario. Había llegado a apreciarlo tanto como a sus niñas. Estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para asegurar su felicidad. Incluso si eso significaba un ligero desagrado para ella.

Estaban disfrutando de una agradable velada, a pesar de la sombra que se cernía sobre la habitación. El salón estaba lleno de palabras no dichas, algunas anticipando promesas y otras evitando dar malas noticias.

La cena fue lo suficientemente agradable con la compañía adicional. Las niñas y Hannah habían recuperado su posición en la mesa, a pesar de las objeciones de Lady Waldron, con la adición de la abuela.

Ahora con Jayden añadido a la fiesta, todos se olvidaron de los prejuicios para escuchar sus historias.

—Todavía no puedo creer que hayas logrado viajar en esa tormenta —dijo Grimshaw con una risita alrededor del calor de una chimenea después de la comida.

—Bueno, la ventisca no estaba en Londres cuando salí. Supongo que debe haber viajado hacia el sur porque el carruaje se topó con ella.

—Sin embargo, no había forma de detenerse, y simplemente continuamos. Dos veces tuve que salir y ayudar a empujar la rueda fuera de un surco.

Las niñas estaban fascinadas con sus historias y aún más agradecidas de tener la compañía de su tío a tiempo para las fiestas.

Después de terminar sus relatos sobre el viaje, las niñas se fueron a sus propios entretenimientos. Hannah las dejó ocuparse de sus propios asuntos, habiendo estado enfrascada en un juego de cartas con la abuela.

No fue hasta que el fuerte grito agudo de Lady Tara sobresaltó a todos los presentes que Hannah levantó la vista de su juego.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —dijo Grimshaw, apresurándose desde su pequeño grupo formado por Jayden y Lord Waldron, quienes habían estado en una profunda conversación sobre las pasadas elecciones.

—¡Un ratón! ¡Un horrible ratón! ¡Estaba justo aquí en mi asiento! —exclamó Lady Tara con un chillido agudo.

Hannah oyó a las chicas reírse en el rincón y supo de inmediato lo que había ocurrido.

Se apresuró hacia el asiento de Lady Tara y, tras buscar solo un momento, sacó al señor Bigotes de detrás de un cojín.

Sosteniéndolo por la cola, lo levantó. Puede que supiera que el bromista era inofensivo, pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

—Lady Caroline, por favor, ven y llévate al señor Bigotes —dijo Hannah, manteniendo al roedor a distancia de su propio cuerpo.

Lady Tara fulminó con la mirada a las chicas mientras se acercaban riendo para recoger a la mascota.

—¡Vosotras! Pusisteis esa horrible criatura en mi asiento. Qué absolutamente despreciable por vuestra parte —dijo, señalando con el dedo a Lady Caroline.

Lord Waldron estaba ocupado abanicando a su esposa, que se había desmayado al ver a la criatura, y Grimshaw aún intentaba sortear a Lord y Lady Waldron para llegar al centro de la acción.

—Solo pretendían hacer una broma —defendió Hannah a sus pupilas—. No digo que esté bien, pero ese lenguaje parece un poco duro.

Ambas chicas se escondían detrás de las faldas de Hannah ante el arrebato de la dama.

—Me hicieron exactamente lo mismo. Estoy segura de que le ha dado un gran susto, pero cuando recupere la compostura, verá que es inofensivo.

—¿Inofensivo? ¿Inofensivo? Supongo que usted las animó a hacerlo.

—Por supuesto que no —replicó Hannah, alzando la barbilla.

—¿De qué se trata todo esto? —dijo Grimshaw, interponiéndose entre las dos damas.

—Esas horribles bestiecillas pusieron una rata en mi cojín. Casi me desmayo del susto. Grimshaw, debes hacer algo.

Grimshaw miró severamente a sus hijas. Consideraba que había sido una acción de mal gusto, pero no veía la necesidad de llamarlas horribles o bestias.

—¿Es cierto esto, niñas?

—Sí, padre —dijo Lady Caroline.

—Os iréis a la cama ahora mismo. Tendréis suerte si Papá Noel viene después de semejante comportamiento.

A Hannah le habría gustado decir que seguramente vendría y las recompensaría por mostrar la verdadera naturaleza de Lady Tara ante su padre, pero se mordió la lengua.

En su lugar, hizo salir a las dos niñas con la abuela y el señor Bigotes para asegurarse de que se acostaran correctamente.

Lady Waldron finalmente volvió en sí y su marido la ayudó con cuidado a acostarse para que descansara por la noche después del susto.

Jayden, que había tardado un poco en entender la situación, ahora estaba al tanto y se reía de buena gana del asunto.

—No tiene gracia, señor Marsh. ¿Y si esa cosa me hubiera mordido? ¿Cómo han podido hacer algo así? Le aseguro que es una influencia negativa la que las animó a hacerlo.

Lady Tara comenzó a despotricar.

—Le aseguro que la mascota está bien adiestrada —dijo Grimshaw, haciendo lo posible por ocultar su irritación hacia la dama—. No mordería ni a un gato. Y en cuanto a la mala influencia, supongo que ese sería yo. Después de todo, le hicieron lo mismo a Hannah cuando llegó, así que no pudieron haber sacado la idea de ella como está usted insinuando.

—Hay que hacer algo con ellas, Grimshaw. Están fuera de control. Sugiero enviarlas a un internado estricto. Es la única forma de que aprendan a comportarse.

—Un momento —interrumpió Jayden antes de que Grimshaw pudiera decir algo—. Puede que haya sido un acto poco acertado, pero de ninguna manera se comportan mal. ¿Qué otros niños se sentarían tan tranquilos y se comportarían tan educadamente durante toda la velada? Me atrevo a decir que mi propia hermana y yo habríamos causado muchos más problemas a estas alturas de la noche.

Lady Tara infló las mejillas de rabia al ver que ambos hombres se ponían en su contra. Miró a Grimshaw en busca de una última oportunidad de apoyo. Al no encontrar ninguno en su rostro severo, se dio la vuelta y salió furiosa de la habitación.

Capítulo 33

Con Lady Tara fuera de la habitación, Grimshaw dejó escapar un largo suspiro. Jayden hizo lo mismo y se dejó caer en un sofá.

—Esa es más problemática de lo que pensé al principio.

—Estuvo mal que las chicas hicieran algo así —respondió Grimshaw, tomando asiento en una silla adyacente.

—Pero bastante gracioso, si me preguntas —dijo Jayden con un brillo de humor en los ojos.

Grimshaw soltó una pequeña risita.

—¿Qué voy a hacer con esas chicas? Seguro que es mi culpa. Las dejé correr libres antes de que llegara Hannah.

—Ella parecía estar enderezándolas bien.

—Sí, a pesar de mí —concordó Grimshaw.

—Así que Hannah, ¿eh? —preguntó Jayden, arqueando una de sus cejas rubio oscuro—. Es bastante bonita de ver. No me extraña que ya no te interese Lady Tara.

—No creía que fuera tan obvio al respecto —replicó Grimshaw.

—¿Bromeas? Al menos una vez cada media hora te pillaba mirando en su dirección con esa sonrisa de colegial.

—Ciertamente no tengo una sonrisa de colegial —dijo Grimshaw con voz ronca—, así que eso por sí solo me dice que simplemente estás intentando tomarme el pelo.

—Dime que me equivoco. Dime que no tienes ojos para la institutriz.

—Es complicado —respondió Grimshaw suavemente.

—¿Complicado cómo? Está claro que ella también tiene sentimientos por ti. Además, adora a las niñas. ¿Qué complicación hay?

—Su posición social, para empezar. Mis hijas disfrutan de su compañía ahora, pero será menos aceptada en sociedad debido a su origen; lo sabes. ¿Y si eso repercute negativamente en las niñas cuando alcancen la mayoría de edad? Lady Tara, por otro lado... —logró decir Grimshaw.

—Sí, supongo que la dama tendría más influencia en ciertos círculos, pero ¿realmente estarías dispuesto a someter a tus hijas a ella por el beneficio de esos círculos?

—No —dijo Grimshaw, sabiendo que ya había determinado ese hecho.

—Sin embargo, permití que la dama asumiera ciertas cosas. Ahora estoy obligado por honor, por mucho que desee no estarlo.

—No se han pronunciado palabras —dijo Jayden con un gesto de la mano—. No hay honor que te ate a ella. Estoy seguro de que puede sentirse herida por el rechazo. A juzgar por cómo actuó esta noche, espero no estar presente para ver esa escena —añadió con una risita—, pero no tendría motivos para manchar tu nombre por ello.

—Tal vez —consideró Grimshaw.

—Pero supongo que hay algo más que te mantiene alejado de la hermosa institutriz.

Grimshaw miró a su cuñado.

—Creo que es bastante claro. Ann.

—¿Crees que ella no lo aprobaría? —preguntó Jayden—. Me refiero al hecho de que sea la institutriz.

—No lo sé —dijo Grimshaw, considerándolo por primera vez—. Era una mujer amable y humilde. No creo que le diera mucha importancia a las clases sociales.

—Entonces, ¿qué te preocupa, amigo mío? Sería una buena madre para tus hijas. Me atrevería a decir que eso es todo lo que Ann desearía.

—No es que piense que Ann no lo aprobaría, exactamente. Es más que me siento abrumado por la culpa. Temo haberme enamorado de Hannah.

—¿Quién no lo haría? Yo mismo podría haberlo hecho un poco después de solo un día —bromeó Jayden.

—Lo digo en serio. He llegado a preocuparme por ella, a sentir por ella, a querer amarla y protegerla.

—¿Y crees que Ann despreciaría que te preocuparas por tu nueva esposa?

—Sí. No. No lo sé. Solo me preocupa que de alguna manera, al hacerlo, esté decepcionando a Ann.

—Como dijiste, Ann era amable —dijo Jayden después de unos momentos.

Sonrió con nostalgia ante un recuerdo que cruzó por su mente.

—Recuerdo cuando éramos niños. Había un chico de cocina que vino a quedarse en nuestra casa de campo. Era un chiquillo enfermizo y el cocinero solía darle coscorrones durante esos primeros meses. No era culpa del chico; sabía poco de sus deberes y el cocinero nunca se tomaba el tiempo para enseñarle adecuadamente.

—Annie se encargó de darle la amabilidad que merecía. Guardaba pasteles y bollos de los tés y se los llevaba. Incluso le hizo una pequeña peonza de madera para que jugara. Me atrevo a decir que fue su primer y único juguete.

—No veía al chico como alguien de estatus inferior. Tampoco veía al torpe aprendiz lento que veía el cocinero. Veía a otra persona. Lo único que le importaba era que fuera feliz en su vida en nuestra casa.

—El punto es que ella querría que fueras feliz.

Ambos se quedaron un rato perdidos en sus propios pensamientos sobre la difunta condesa de Grimshaw.

—Pienso mucho en ella en esta época —dijo Grimshaw suavemente—. Quizás sea porque tengo menos cosas que me mantengan ocupado cuando el clima es frío y estoy atrapado en el interior.

—Quizás sea porque tengo tantos recuerdos felices con ella que incluyen las fiestas —añadió Grimshaw, sacudiendo la cabeza.

—La echo de menos. No creo que llegue un momento en que no lo haga. No pensé que pudiera mantener mi amor y afecto por ella y dejar entrar a otra persona también. Estaba seguro de que solo había espacio para una.

—Sí, pero has dejado entrar a la institutriz y eso no significa que ames menos a mi hermana —dijo Jayden con una sabiduría más allá de sus años.

—Sí —concordó Grimshaw.

—Entonces no dudes. Ann no querría que lo hicieras.

La mañana de Navidad vio a toda la familia y el personal vestidos con sus mejores galas de domingo para el servicio en Concordshire.

Se necesitaron los dos carruajes de Grimshaw para llevarlos a través de la nieve ahora derretida hasta la capilla. Jayden viajó con la institutriz, las niñas y la abuela en un carruaje, mientras que Grimshaw se sentó con Lady Tara y sus padres en el otro.

Su viaje fue sombrío, lleno de rostros serios. No esperaba mucho más después del incidente de la noche anterior.

No pudo evitar sentir un poco de envidia al escuchar las risas e incluso los villancicos que provenían del coche de atrás.

El sermón del Dr. O'Driscoll fue tan sombrío como de costumbre. Incluso el día del nacimiento del Señor podía convertirse en un evento aburrido bajo su ministerio.

Aunque las palabras del reverendo eran severas y aleccionadoras, aún se podía sentir la emoción de la temporada en toda la congregación.

Desde ahora hasta la Noche de Reyes, habría mucha alegría y júbilo por todo el condado.

Tampoco escapó a la atención de Grimshaw que, junto con el habitual parloteo feliz de una congregación en medio de una temporada festiva, también se escuchaban los susurros adicionales sobre la fiesta de Grimshaw.

Ciertamente, ya se habían sugerido cosas con la presencia de la familia de Lady Tara. Eso había recibido su debido curso de chismes. Ahora todas las miradas se dirigían al hecho de que Grimshaw ahora incluía a la señora Joanna McCarthy en el asiento de su casa.

Grimshaw estaba seguro de que Matthew McCarthy recibiría críticas por no cuidar de su propia madre. No quedaría sin decir que ella tenía que quedarse en la casa del lord para su comodidad cuando su hijo no estaba dispuesto a proporcionársela.

A Grimshaw le importaba poco la luz que esto arrojaría sobre el hombre de negocios. En la mente de Sebastian, se merecía todas las miradas duras y los comentarios negativos que recibiría.

Regresaron a Brighton Abbey, mitad un grupo feliz y mitad uno bastante abatido.

Fue durante el viaje en carruaje de vuelta a casa que Lady Tara hizo el anuncio que Grimshaw había estado esperando.

—Habíamos planeado quedarnos durante las fiestas, pero mi madre está ansiosa por regresar a Londres mientras los caminos aún sean transitables —dijo Lady Tara fríamente.

—Estoy de acuerdo en que podría ser una decisión sabia —respondió Grimshaw.

Con el anuncio hecho, la familia Marlow solo se quedaría uno o dos días más, justo el tiempo suficiente para hacer sus preparativos para la partida.

Grimshaw no podría haber considerado el viaje matutino más agradable después de eso. Parecía que se le hubiera quitado un peso de los hombros al saber que Lady Tara se iría y sin que él tuviera que informarle que ya no tenía la intención de hacerla su novia.

Estaba seguro de que una joven y hermosa mujer como ella encontraría fácilmente a otro para distraerla. Le hubiera gustado pensar, ahora que estaba al final de todo el evento, que no era Lady Tara per se quien tenía un carácter terrible.

Quizás era solo que no encajaba bien con su familia y en su vida. Ciertamente, todavía había esperanza de que ella encontrara el lugar donde encajaría bien.

La cena de Navidad fue más agradable de lo que Grimshaw había esperado esa mañana. Con el entendimiento entre él y Lady Tara de que no habría unión, todos parecían estar más relajados.

Incluso Lady Waldron parecía estar de mejor humor con la liberación de la presión de ver a su hija emparejada en la compañía actual.

Mientras todos se sentaban alrededor del fuego esa noche, Lord Waldron compartió una tradición que tenía de niño y la implementó con el grupo presente.

Todos escucharon con nada más que el sonido crepitante del fuego detrás de ellos, mientras su voz suave leía la historia del nacimiento de Cristo de la Biblia familiar de Grimshaw.

Aunque estaba en compañía mixta, mientras Grimshaw miraba alrededor de la habitación mientras Lord Waldron leía, no pudo evitar sentir el espíritu de la Navidad fluyendo por toda su casa.

Notó que la pequeña Rebecca se había quedado dormida en los brazos de Jayden. Sin duda, era la tercera porción de pudín de Navidad lo que la había arrullado a un sueño temprano.

—Esperaba darles sus regalos esta noche, pero con Lady Rebecca profundamente dormida, tendrá que esperar —dijo la Abuela cuando Lord Waldron terminó su lectura.

—¿Esperar? Oh, ¿espero que no sea por mucho tiempo? —dijo Lady Caroline, decepcionada de que se le privara de un regalo por culpa de su hermana.

—Iba a guardarlos hasta la Noche de Reyes, un bonito regalo de los Reyes Magos, pero si crees que no puedes soportar esperar, entonces mañana —dijo la Abuela con una sonrisa.

Con esas palabras, la Abuela caminó con Lady Caroline mientras Jayden llevaba a su sobrina dormida a la cama.

Lady Tara y su grupo también expresaron sus felices deseos y buenas noches antes de regresar a sus propias habitaciones para un sueño temprano. Tenían planes de partir temprano al día siguiente.

—Señorita Jacobson, me pregunto si podría quedarse y hablar conmigo un rato —dijo Grimshaw cuando se encontraron solos y Hannah también se dispuso a excusarse.

Ella dudó por un momento. No era que temiera a Grimshaw. Puede que le hubiera temido al principio como al barón. Ahora lo conocía lo suficiente. Sebastian Blackburn era un buen hombre y aunque pudiera tener un aspecto feroz en su naturaleza, no lo era.

—Sí, Lord Grimshaw —dijo, volviendo a sentarse más cerca del fuego.

Era la única luz que quedaba en la habitación, así que se sentaron uno al lado del otro frente a él para tener una mejor vista del otro.

—Quería agradecerle —comenzó Grimshaw.

—¿Agradecerme?

—Sí, por su naturaleza obstinada.

—Eso parece una tontería por la que agradecer a alguien —dijo Hannah, aunque sus mejillas se hundieron con una sonrisa sonrojada.

—Habría estado de acuerdo con usted no hace mucho tiempo. Pero ahora veo el valor de esta cualidad bastante única que posee. Verá, sin ella, la señora McCarthy no habría estado aquí en Brighton Abbey.

—Ella es una maravilla, ¿verdad? —coincidió Hannah.

—Un tesoro. Solo lamento que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta de que su propia familia no la cuidaba adecuadamente. Nunca hubiera esperado que mis hijas encontraran una dama para adoptar, pero parece que lo han hecho. En el proceso, yo también la he adoptado, supongo.

—Me alegra mucho oír eso —respondió Hannah.

—Espero que ella considere a Brighton Abbey como un segundo hogar ahora —dijo Grimshaw, inclinándose hacia adelante en su asiento. No se refería solo a la señora McCarthy con sus palabras.

Hannah percibió el doble significado en las palabras de Lord Grimshaw.

—Creo que ella lo ve de esa manera, señor —dijo Hannah en respuesta a ambos significados de la conversación.

Capítulo 34

Al día siguiente, toda la familia salió para desear a Lady Tara y a su grupo un viaje seguro y feliz de regreso a casa.

Grimshaw no podría haber deseado un mejor día para tal ocasión. El sol brillaba alto en el cielo, calentando la tierra a su alrededor. Incluso escuchó el sonido distintivo de varios pájaros invernales cantando alegremente en celebración de la partida.

Jayden se quedaría durante el resto de las festividades y posiblemente hasta la primavera. Todos en la casa estaban felices de contar con su grata compañía.

Lo que sorprendió a Grimshaw con alegría fue lo bien que Jayden parecía llevarse con la señorita Jacobson. Nunca se había dado cuenta de lo importante que era para él que el hermano de su difunta esposa aceptara su nueva elección.

Ahora que los veía interactuar tan felizmente juntos, sentía un gran alivio de una carga que ni siquiera sabía que llevaba.

Las chicas lograron convencer a la abuela de que les permitiera recibir sus regalos el día después de Navidad, así que todos se sentaron alrededor del cálido hogar mientras las chicas abrían sus paquetes.

Para Lady Caroline, le dio un pequeño caballete de madera. Claramente estaba hecho por la mano hábil de la abuela, ya que cada pata tenía intrincadas hiedras talladas.

Para Lady Rebecca, un pequeño juego de té de porcelana para su muñeca. Estaba hecho de arcilla y pintado con perfectos diseños de pequeñas flores. Era asombroso ver el nivel de habilidad que tenía la anciana.

Como si eso no fuera suficiente, insistió en que Hannah abriera su regalo. Esto fue seguido por una negativa y luego mucho aliento de todo el grupo hasta que Hannah quedó completamente avergonzada.

Aunque reacia a aceptar un regalo, y mucho menos a abrirlo frente a toda una multitud de personas, Hannah lo hizo de todos modos.

Al instante sus ojos se llenaron de lágrimas cuando sacó el objeto de la caja. Era un pequeño escritorio portátil. Venía con varias plumas finas, frascos de tinta y, lo mejor de todo, hojas de papel delicadamente decoradas.

—Oh, abuela, esto es demasiado bueno. Debe haberte costado una fortuna.

—Siempre hablabas de escribir cartas a tu propia madre. Pensé que sería bonito que tuvieras un buen escritorio para hacerlo.

—Pero es demasiado. ¿Cómo conseguiste cosas tan finas? —dijo Hannah, inspeccionando una de las plumas con punta de metal.

—Olvidas que mi Matty es dueño de la tienda del pueblo. Le pedí que lo encargara como una sorpresa para ti. Sabía que te encantaría tanto como a mí.

Hannah sospechaba que lo había hecho durante un tiempo en el que había esperado ganarse su favor. Estaba segura de que ya no era el caso después de haberlo tratado con tanta frialdad.

—Debes prometerme que le agradecerás de mi parte —dijo Hannah, dando un gran abrazo a la abuela—. Es la cosa más hermosa que he visto jamás.

—Oh, Matty estará feliz de saber que te gusta, querida —dijo la abuela con su propia alegría brillando detrás de sus pequeños ojos oscuros.

Fue durante esta alegre ocasión que fueron interrumpidos por un anuncio. Al parecer, los oídos de Matthew McCarthy debían haber estado zumbando con su discusión porque se encontraba fuera de la puerta de Brighton Abbey.

El caballero entró en la habitación con determinación una vez que se le permitió y se dirigió directamente hacia su madre como si ella le hubiera causado una gran ofensa.

—Madre, nos vamos ahora mismo. Recoge tus cosas y vámonos —dijo bastante bruscamente sin siquiera dirigir una palabra a ningún otro miembro en la habitación.

—¿Quién es este sinvergüenza? —dijo Jayden en voz alta.

—Soy el señor Matthew McCarthy. Estoy aquí para recoger a mi madre y sus pertenencias.

—Creo que la dama está bastante feliz aquí en Brighton Abbey. Todos estamos disfrutando de su compañía durante la temporada festiva —dijo Grimshaw, poniéndose de pie—. No hay motivo para que venga aquí de manera tan grosera, señor.

—Perdóneme, Lord Grimshaw, pero sí lo hay. La noticia ha corrido por todo Concordshire de que no he sido un buen administrador de mi madre, y estoy aquí para rectificar eso.

—Quizás eso habría servido cuando estaba atrapada dentro de una cabaña fría durante una ventisca, pero su ayuda no es necesaria en este momento.

—Oh, sí, Matty. Estoy disfrutando mucho aquí con su señoría. De verdad deseo quedarme.

—¿Y qué hay de tus animales? ¿Qué hay de las cosas que necesitan atención en la cabaña? ¿Vas a dejar que todo se pudra mientras te sientas aquí pretendiendo ser una dama fina? —espetó Matthew.

—Tengo a un hombre encargándose de las necesidades de su propiedad —dijo Grimshaw entrecerrando los ojos—. Joanna McCarthy está aquí como mi invitada, y se quedará como tal hasta que desee lo contrario. Claramente, no lo desea en este momento.

Los ojos parecían girar en la habitación de un hombre al otro mientras la batalla verbal continuaba. Matthew McCarthy no se iría hasta que su orgullo herido fuera reparado, y Grimshaw no iba a permitir que esta mujer cayera en manos que la trataran menos de lo que merecía.

Matthew McCarthy miró a su madre con frustración y vio a Hannah a su lado. Sus ojos se posaron en el set de escritura en su regazo, y su rabia se volvió hacia ella.

—Todo esto es por tu culpa, ¿sabes? —dijo—. Mi madre estaba perfectamente contenta hasta que empezaste a venir por aquí. Me tomé todas esas molestias para conseguirte esa cosa —señaló la caja de escritura—, y para agradecérmelo, has manchado mi buen nombre.

Grimshaw se interpuso entre Matthew y las damas, bloqueando su vista de él. Grimshaw no lo hizo por el beneficio de Hannah, sino para proteger al señor McCarthy de la lengua afilada de Hannah.

Ella ya estaba inflando sus mejillas y lista para darle un pedazo de su mente al miserable hombre. Puede que hubiera sido una flor temerosa cuando llegó por primera vez a Brighton Abbey, pero ya no lo era y Grimshaw lo sabía bien.

—Llevemos nuestra conversación a mi despacho —dijo Grimshaw con una expresión severa.

Matthew consideró la idea, pero Grimshaw no le dio tiempo para responder ni positiva ni negativamente a su oferta. En su lugar, agarró al caballero por el brazo y lo condujo en la dirección correcta.

—No voy a dejar que me intimides en mi propia casa —dijo Grimshaw en la intimidad de su despacho—. No me importa que sea tu madre. La he tomado bajo mi responsabilidad y me aseguraré de que sea tratada como es debido.

—Tú has hecho un trabajo pésimo. Primero lo oí de boca de la señorita Jacobson y luego confirmé la verdad con mis propios ojos.

—Si crees por un segundo que voy a permitir que te lleves a esa señora de vuelta a su soledad sin cuidados, estás muy equivocado.

Grimshaw se cernió sobre él con toda la furia acumulada en su interior. Raramente usaba su título para aventajar a otros, pero no tenía problema en hacerlo ahora.

—¿Te atreves a tener la impertinencia de decirme que estoy equivocado al suponer que la señora McCarthy encontrará un confort y afecto muy superiores aquí en mi propia casa?

Era una pregunta que Grimshaw sabía muy bien que el hombre no tendría más remedio que responder negativamente. Hacer lo contrario sería insultar al conde.

Matthew McCarthy tragó saliva con dificultad. No esperaba que el conde luchara tan audazmente en nombre de su madre.

Estaba dividido entre lo que sabía que debía decir y las ramificaciones de abandonar Brighton Abbey sin su madre.

—Seré la vergüenza del pueblo —dijo finalmente McCarthy, aunque con un tono mucho más deferente.

—Me importa poco tu reputación. Deberías haber considerado el bienestar de la señora McCarthy. Por el amor de Dios, es tu madre, hombre —escupió Grimshaw.

—Tu reputación en decadencia es obra tuya. No voy a eliminar la consecuencia que, con toda honestidad, creo que verdaderamente mereces.

McCarthy arrastró los pies en la habitación. Había sido derrotado y seguramente abandonaría la finca con las manos vacías por ello.

—Ahora, si me disculpas —dijo Grimshaw, irguiéndose en toda su estatura con la satisfacción de haber ganado la contienda—. Tengo invitados a los que debo atender. Le deseo un buen día, señor.

Sin siquiera mirar atrás o hacer una pausa para escuchar las palabras del caballero, Grimshaw salió de la habitación y regresó a la alegre reunión en el salón.

Después de asegurarle a la señora McCarthy que Grimshaw había hecho ver a Matthew el error de sus acciones y que ella era más que bienvenida a quedarse, contando además con la plena bendición del señor McCarthy para hacerlo, el asunto quedó completamente olvidado y la temporada festiva continuó como si la perturbación nunca hubiera ocurrido.

Capítulo 35

La abuela se quedó con la familia hasta el día después de Año Nuevo, momento en el que aseguró tanto a Hannah como a las niñas que estaba lista para regresar a su propia cabaña.

—Debo estar allí para la Noche de Reyes. Colgué algunas ramitas de muérdago y hiedra antes de que vinieras a verme. Si no las quemo en la Epifanía, tendré mala suerte durante todo el año, estoy segura.

—Eso es solo una tonta superstición. Estoy segura de que no hay nada de verdad en ello. Debes quedarte —insistió Hannah a la anciana.

—Superstición o no, no podría soportar no hacerlo. Temería que cualquier mal que pudiera ocurrirme durante el próximo año fuera causado por mi retraso.

Hannah pudo ver que no haría cambiar de opinión a la viuda en su determinación. Así que fue con una cesta de pasteles y pudines para su propia celebración de la noche cinco días después que la señora McCarthy regresó a casa en la comodidad y el estilo del mejor carruaje de Grimshaw.

Lady Caroline soltó un pequeño sollozo mientras observaba a través de la ventana cómo se marchaba la abuela.

—No estés triste, Lady Caroline —dijo Hannah, rodeando a la niña con un brazo cariñoso—. La veremos de nuevo en unos días. Tu padre ha accedido a llevarnos dos veces por semana para tomar el té de la tarde con la abuela. Me atrevo a decir que la veremos tanto que desearás que dejemos de ir.

—Nunca desearé eso —dijo Caroline con la inocencia de una niña.

—Lo sé, querida, solo estaba bromeando —dijo Hannah con una sonrisa y un suave apretón.

Los siguientes días fueron un paréntesis entre la fiesta de Año Nuevo y la celebración de la Epifanía. Las niñas volvieron a la rutina diaria de su educación y formación como damas.

Grimshaw se puso a trabajar con gran vigor a medida que se acercaba la finalización del ala oeste. Encontraba gran emoción en su eventual terminación.

En algún lugar de su corazón, había llegado a la conclusión de que con el ala oeste terminada, Ann estaría en paz en el cielo y él estaría listo para dar el siguiente paso en su vida.

Con esa noción siempre presente en su mente, se encontró olvidando no ser tan abierto sobre sus sentimientos hacia la señorita Jacobson.

Se sintió satisfecho al ver que a ella no le molestaba su atención como él temía que pudiera ser. De hecho, en muchos aspectos, ella acogía e incluso correspondía su coqueteo.

—Me pregunto, señorita Jacobson, si podría ayudarme con algo —dijo Grimshaw una noche mientras la familia estaba sentada alrededor del fuego.

Ambas niñas jugaban tranquilamente con el juego de té de Rebecca. Caroline, que normalmente se sentía demasiado mayor para jugar a los juegos de imaginación y muñecas, se había permitido esta noche por el bien de hacer feliz a Rebecca en su juego.

Jayden estaba profundamente concentrado en algunas noticias que había recibido esa mañana de su padre. Hannah, por su parte, estaba ocupada escribiendo una carta a su madre en su nuevo papel de cartas.

Sin embargo, a petición del conde, dejó a un lado su escritura y aceptó de buena gana ayudar a Lord Grimshaw a pesar de no conocer la petición.

Le pidió que lo acompañara a la mesa de cartas que estaba en la parte trasera del salón. Allí tenían más privacidad, aunque probablemente no fuera necesaria.

—Esperaba hacer algo bonito para las niñas. Dárselo como regalo de Reyes. Normalmente les regalaría un vestido nuevo o algún otro tipo de adorno, pero pensé que podría haber algo mejor. Me preguntaba si podrías ayudarme.

—No estoy segura de poder hacerlo, pero estaré encantada de intentarlo —respondió Hannah.

—Seguramente debes saber, como mujer, qué les gustaría. Cuando eras una niña pequeña, ¿qué cosas te gustaba recibir?

—Me temo que mi infancia no sería una comparación precisa con la de las jóvenes damas —dijo Hannah con honestidad.

—¿Quizás piensas que tienen demasiado entonces? —Grimshaw pareció reflexionar, recostándose en su silla.

—No, no es eso. Simplemente experimenté una infancia diferente, eso es todo.

—Pero no estás en contra de las pequeñas atenciones y muestras de afecto cuando se dan en momentos apropiados ahora, ¿verdad?

—No creo que lo hubiera estado tampoco entonces. Simplemente no pude recibirlas. Pero no, para responder a tu pregunta. No creo que haya nada malo en darles pequeños regalos. Ciertamente ambas lo merecen.

Hannah miró con cariño hacia las niñas que jugaban tranquilamente. Grimshaw la estudió.

—¿Las quieres? —preguntó con un repentino giro en la conversación.

—Por supuesto que sí —replicó Hannah, sorprendida de que siquiera lo preguntara.

Por supuesto que él sabía que esa sería su respuesta, pero aun así tenía el deseo de oírlo en voz alta.

—¿Las amarías como si fueran tus propias hijas?

—Ya lo hago —dijo Hannah, aún sin estar segura de adónde quería llegar con su conversación.

Una sonrisa rápida pero fugaz se dibujó en sus labios. Se frotó la barbilla. A esta hora de la noche, ya comenzaba a oscurecerse con la barba incipiente.

—Temo que Lady Tara podría haberles arruinado la idea de una madre.

—No creo que sea así —respondió Hannah, aún sin estar segura de adónde llevaba la conversación.

No pudo evitar sentir alivio cuando vio a Lady Tara dejar Brighton Abbey. Le hubiera gustado decir que era únicamente por el bien de los niños. Si fuera completamente honesta consigo misma, sin embargo, eso no era del todo exacto.

Descubrió que se había enamorado del conde tanto como de sus hijas. Era un marcado contraste con la actitud con la que había llegado por primera vez a la casa de campo.

Por supuesto, con una experiencia tan mala como la que había tenido con el Barón Edgley, no era de extrañar que estuviera en contra de que le gustara el conde, y mucho menos de enamorarse de él.

Sin embargo, le resultaba difícil hacer lo contrario. Lo que al principio había visto como un exterior brusco, aprendió que no era más que un padre que amaba profundamente a sus hijas.

Era un buen hombre que trabajaba duro con sus propias manos. Estaba dispuesto a admitir sus propios defectos, pero también se mantenía firme cuando Hannah estaba equivocada. Encontró ese rasgo sorprendentemente admirable.

No pudo evitar que su corazón se hundiera un poco ante la pregunta del conde. ¿Ya estaba en busca de una nueva esposa? Hannah había esperado que con el desastre con Lady Tara, se tomaría tiempo antes de volver a iniciar su búsqueda.

Por supuesto, nunca esperó que pusiera sus ojos en ella. En cambio, más bien esperaba poder simplemente disfrutar del tiempo que tenía ahora y preocuparse por lo que deparara el futuro

cuando llegara.

Parecía que el futuro se estaba convirtiendo en presente por su confusa conversación. Tal vez estaba buscando su consejo de nuevo.

Hannah no estaba del todo segura de poder darle tales palabras de consuelo. Antes solo había sido medio consciente de sus sentimientos. Ahora estaba segura de que su corazón se había entregado por completo al conde.

—¿Ya tienes otra dama en mente? —preguntó Hannah, tragando saliva con dificultad—. Me refiero a tomar como esposa y madre de las niñas.

Hannah hizo todo lo posible por ocultar sus temores en su pregunta. Necesitaba saber la respuesta y deseaba no oírla al mismo tiempo.

—Sí —dijo Grimshaw simplemente—. Ha sido una elección mía desde hace algún tiempo, pero dudaba.

—¿Por qué? —preguntó Hannah, segura de que su corazón latía lo suficientemente fuerte como para que incluso el conde lo oyera.

—Bueno —dijo con un suspiro—. Me preocupaba que Ann me odiara por ello. Lo sé —dijo deteniéndola antes de que hablara—, he llegado a ver que tienes razón en ese asunto. Está mal que me sienta culpable. Pero lo sentía de todos modos. No sé si puedo explicar por qué.

—Supongo que pensé que si me permitía amar a otra, eliminaría a Ann de mi corazón. Ahora he aprendido que hay espacio suficiente. Mi mayor temor es que la dama en cuestión no vea con buenos ojos tal situación.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que le pediría que me amara a mí y a mis hijos como suyos, y creo que lo hace en ambos casos. Al menos, lo ha confirmado por el bien de mis hijos —dijo Grimshaw con un brillo en sus ojos oscuros.

El corazón de Hannah se aceleró ante sus palabras. No estaba segura, pero pensó que en realidad podría estar hablando de ella. No podía creer posible que Grimshaw se hubiera enamorado de ella como ella de él.

Parecía que lo había irritado a cada paso. Sin mencionar el hecho de que también había intentado agredirlo físicamente dos veces. ¿Qué hombre querría a una mujer como ella, incluso sin considerar el hecho de que provenía de un linaje menos que ideal?

—Pero me pregunto si ella sería feliz sabiendo que aún aprecio a mi difunta esposa. Me pregunto si con el tiempo llegaría a resentir eso.

—¿Resentir que ames a tu primera esposa? ¿Cómo podrías no hacerlo? Ella te dio el regalo de dos hermosas niñas. Yo misma nunca conocí a la mujer, y solo escuché historias sobre ella, pero he llegado a tener una gran admiración por la dama.

—¿La tienes? —dijo Grimshaw, sorprendido.

—Por supuesto. Cualquier mujer que encontrara un lugar en su corazón para ti, Lord Grimshaw —dijo Hannah, con las mejillas sonrojadas por la franca conversación—, no tendría más remedio que sentir afecto por Lady Grimshaw también. Ella tiene influencia en cada rincón de Brighton Abbey. Incluso el simple acto de terminar el ala oeste en su nombre muestra cómo ha influido en este lugar para bien.

Grimshaw miró a la mujer frente a él con asombro. Ciertamente era sabia más allá de sus años cuando tenía el antojo de serlo.

—¿Y no crees que resentiría esa presencia? —preguntó Grimshaw mientras extendía una mano y tomaba la de Hannah.

Sus ojos se desviaron hacia donde se tocaban a través de la mesa. Podía sentir su calidez fluyendo por sus venas.

—Sé que yo nunca lo haría —respondió Hannah apenas por encima de un susurro.

Grimshaw recompensó su respuesta con una amplia y alegre sonrisa. Llevando su mano a sus labios, la besó muy suavemente.

Era solo el primer paso, pero era un paso definitivo en la mente de Grimshaw para cortejar a la señorita Hannah Jacobson.

Capítulo 36

Fue una feliz coincidencia que el día de la llegada de los Reyes Magos, Grimshaw diera los toques finales al ala oeste. Fue un gran alivio para él ver todas las habitaciones debidamente arregladas, incluyendo el gran salón que ocupaba la mayor parte de la primera planta del ala.

Se imaginó los grandes bailes que podrían celebrarse en las recién remodeladas paredes de la casa. Le daba esa conexión con su pasado, así como la renovada esperanza de un brillante futuro.

Las festividades de la noche y el posterior banquete eclipsaron cualquier celebración que hubieran disfrutado hasta entonces. La cocinera incluso creó pasteles moldeados cubiertos de glaseado de colores y figuras de pastillaje.

Siguiendo el espíritu de la Abuela, todas las decoraciones festivas fueron retiradas de sus lugares de honor y colocadas frente a la chimenea del salón para ser quemadas antes de la medianoche.

Hannah estaba feliz de ver a las niñas abrir los regalos que les había hecho: máscaras decoradas y sombreros de fiesta para llevar toda la noche.

Por su parte, el conde tenía planeado un regalo muy especial para sus queridas hijas. Eso tendría que llegar más tarde en la noche. En lugar de su regalo, para contener su emoción, esperó hasta después del banquete para revelar el ala oeste y su hermoso y gran salón de baile.

Las niñas bailaron y giraron con pura emoción por la habitación que una vez albergó árboles jóvenes y hojas en descomposición.

A su vez, las dos damas regalaron a su padre las pinturas en las que habían trabajado tan duro con la ayuda de la señora McCarthy. Él las ayudó a recorrer los pasillos y habitaciones ahora amuebladas en la nueva ala hasta que cada niña eligió el mejor lugar para colgar su pintura.

—También tengo un regalo para ti —dijo Hannah después de que colgaran las pinturas y las niñas corrieran de arriba abajo, entrando y saliendo de todas las nuevas habitaciones.

—Espero que te guste —añadió, entregándole su propia pintura envuelta en papel.

—No soy ni de lejos la artista que es la señora McCarthy. Además, solo tenía el retrato que me mostró la señora Brennon y las descripciones de las niñas como referencia —continuó Hannah a modo de explicación, nerviosa.

—Es Ann —dijo Grimshaw con un nudo en la garganta.

En su mano sostenía un maravilloso retrato de su difunta esposa, reflejado del que estaba en su dormitorio. Por supuesto, Hannah se había tomado algunas libertades. Notó de inmediato que en lugar del vestido oscuro de la pintura de la habitación, llevaba uno de color lavanda claro.

Lo recordaba bien, ya que Ann lo usaba a menudo. Supuso que era el que Caroline recordaría mejor y habría descrito a Hannah.

—Lady Caroline dijo que era bastante parecido —dijo Hannah vacilante cuando él no dijo nada más—. Pensé que quedaría bien en la entrada principal del ala. Después de todo, ella fue la inspiración para terminarla, ¿no es así?

—Es perfecto —dijo Grimshaw con la voz algo ronca.

—Oh, me alegro tanto de que te guste —dijo Hannah con un suspiro de alivio.

—Eres una mujer extraordinaria, Hannah Jacobson —respondió Grimshaw, apartando los ojos de la pintura y estudiando a la dama que tenía delante.

—Oh, no creo que sea tan buena —dijo Hannah, sintiéndose tímida—. Me alegro de que te guste, de todos modos.

Grimshaw quería decirle que era extraordinaria por mucho más que sus excepcionales habilidades artísticas. Quería decirle que era una criatura excepcional por haber encontrado la manera de amar a sus hijas a pesar de sus inicios amargos. Y lo era aún más por aceptarlo a él a pesar de su exterior endurecido.

Estaba seguro de que cualquier otra mujer en su situación se habría marchado en el momento en que él impuso sus exigencias. Qué ridículas le parecían ahora. Había intentado controlarla con el fin de proteger a sus niñas.

Si Grimshaw hubiera sabido entonces que sería Hannah Jacobson quien ayudaría a sus niñas a sanar sus heridas. No necesitaban protección del amor de su querida institutriz.

—Yo también tengo un regalo para ti. Bueno, una especie de regalo. Quiero decir que creo que es un regalo en cierto modo —dijo Grimshaw nervioso.

Hannah no pudo evitar reírse de su torpe discurso. Era un lado de Grimshaw que rara vez se veía.

—En fin —dijo, riéndose de su propia ridiculez—, quiero dártelo más tarde esta noche, si te parece bien.

—Por supuesto —dijo Hannah, con la curiosidad despertada pero siempre amante de una buena sorpresa.

—Venid, niñas —llamó Grimshaw después de colgar su último cuadro en el lugar adecuado—. Creo que es hora de irse a la cama.

—¿A la cama? Pero padre, quiero quedarme a quemar el acebo contigo.

—Me temo que esta noche no, querida —dijo Grimshaw ante las súplicas de Lady Caroline.

—Estamos demasiado emocionadas para dormir —añadió Lady Rebecca, acercándose a su padre de un salto.

—Supongo que todo ese pastel tiene algo que ver —dijo Hannah con una risita.

—Al menos déjanos quedarnos despiertas hasta que el tío Jayden vuelva a casa.

Jayden Marsh había optado por no asistir a las algo moderadas festividades de la Abadía de Brighton para ir a un baile de máscaras en Concordshire.

—Supongo que el tío Jayden no volverá a casa hasta mucho después de que prendamos fuego a las decoraciones. Tendréis que esperar hasta mañana para escuchar todas sus historias del baile.

Ambas niñas se quejaron, pero a regañadientes hicieron lo que su padre les indicó. Habían tenido más emociones en esa noche que las que podían recordar. Aunque en ese momento les parecía imposible apoyar la cabeza en sus suaves almohadas de plumas, Hannah estaba segura de que cuando llegara el momento, se dormirían rápidamente.

—Pero entonces te quedarás solo para quemar las decoraciones, padre —dijo Rebecca mientras los cuatro se dirigían a través de la casa hacia el cuarto de los niños—. ¿Y si te olvidas de una pieza y cobra vida un duende?

—No estaré completamente sola. Tendré a la señorita Jacobson para ayudarme. Me han dicho que tiene un ojo muy agudo para los errores. Dudo que deje escapar ni una hoja de las llamas.

—Tiene un ojo muy agudo, de verdad —coincidió Caroline—. Incluso cuando creo que no puede darse cuenta de que me he saltado una puntada en mi dechado, siempre la detecta.

—Y tu dechado está quedando una obra maestra ahora, ¿verdad, querida? —dijo Hannah con una sonrisa.

Caroline tuvo que estar de acuerdo. Aunque detestaba el trabajo, era satisfactorio verlo todo terminado sin que su mirada se dirigiera automáticamente a los puntos que sabía que había estropeado.

—¿Te quedarás despierta conmigo? —preguntó Grimshaw después de que ambas niñas estuvieran bien arropadas en la cama.

—Si eso es lo que deseas, estaré encantada —respondió Hannah.

—Me daría la oportunidad de entregarte el regalo del que te hablé.

Grimshaw extendió su brazo para que Hannah lo tomara. Juntos caminaron hasta el salón. Se sentarían juntos junto al fuego y esperarían la medianoche.

—Nunca he hecho esto antes —exclamó Hannah cuando se acercaba la hora.

—¿De verdad? —preguntó Grimshaw sorprendido.

Habían pasado la mayor parte del resto de la velada en agradable conversación a solas en el salón. Grimshaw hizo una pregunta tras otra sobre su familia, hermanos y tradiciones navideñas. A cambio, él también le contó algunas de las suyas de su infancia que más había disfrutado.

—Bueno, tal vez lo hice cuando vivía con mi madre y mi padre. No recuerdo haberlo hecho. Ni siquiera recuerdo realmente que tuviéramos ningún tipo de decoración en nuestra casa.

—¿Qué hay de tu escuela para señoritas? Seguramente tendrían decoraciones por todas partes para las fiestas.

—No, no en Hendrick's —dijo Hannah con contundencia.

—Creían que era una pérdida de tiempo ociosa. Sin mencionar que estoy segura de que se consideraría una superstición pagana quemar los adornos en la Noche de Reyes.

—Bueno, espero que no tengas ninguna aversión a hacerlo esta noche —dijo Grimshaw, sin querer detenerse en un pasado que no podía cambiar por mucho que lo deseara.

—En realidad, lo estoy esperando con ilusión, por el bien de la abuela, por supuesto. Bueno, y por las niñas. Rebecca estaba muy preocupada por la aparición de duendes.

Grimshaw sonrió ante las preocupaciones de su pequeña.

—Mejor empezamos ya. Se acerca la hora. Todo tiene que estar hecho antes de medianoche o los duendes empezarán a brotar.

Grimshaw se levantó de su asiento y ayudó a Hannah a hacer lo mismo. Comenzaron lentamente, arrojando un manojo de ramas a la vez y observando cómo ardían.

Pronto toda la habitación se llenó con la fragancia del exterior mezclada con cítricos secos y especias penetrantes.

—Hace que todo parezca tan fresco y nuevo —dijo Grimshaw después de que un manojo particularmente grande fuera arrojado al fuego—. Me recuerda a un nuevo comienzo —intentó explicar de nuevo.

—Sí —asintió Hannah, observando las llamas.

—Es algo que nunca pensé que podría tener en mi propia vida —se aventuró Grimshaw, esperando haber elegido finalmente el momento adecuado.

Hannah se volvió y miró al hombre sombrío que tenía delante.

—Incluso cuando me había resignado a... por las niñas... es decir... aún no veía un futuro para mí. Al menos no uno feliz —intentó balbucear desesperadamente.

—No lo estoy explicando como esperaba —dijo con un resoplido de frustración.

—¿Explicar qué, señor? —preguntó Hannah.

Él dio un paso adelante y tomó sus manos entre las suyas. Ella no se apartó y eso le dio el valor para continuar.

—Hannah, tú eres mi esperanza para un futuro —dijo suavemente—. El regalo que esperaba darte, si lo aceptas, es decir...

Tomó una respiración profunda.

—Soy yo. Todo yo. Deseo darte cada parte de mí, incluso las piezas rotas. Has abierto tu corazón a mis hijos. Espero que puedas encontrar una pequeña parte para permitirme a mí también. A cambio, te doy todo lo que tengo y todo lo que soy para que sea tuyo.

Había cerrado los ojos durante su pequeño discurso, desesperado por sacarlo todo. Ahora los abrió y miró el rostro resplandeciente de la mujer a quien había abierto su alma.

Las lágrimas se acumulaban contra el reflejo de sus ojos azules. Él soltó una mano para poder acariciar su mejilla. Dejó que sus dedos recorrieran su mandíbula.

—Perdóname, no quería disgustarte. No tienes que decir nada si no lo deseas.

—Sí quiero —susurró Hannah—, pero temo no poder producir las palabras.

Una sola lágrima se deslizó por su mejilla y él la apartó con su pulgar.

—¿Es porque no puedes soportar la idea? —preguntó Grimshaw, aún inseguro de sus lágrimas.

Hannah sostuvo su mano firmemente contra su mejilla mientras negaba con la cabeza. Cómo ardía por decirle todo lo que ella también sentía por él. Cómo había deseado que una noche como esta llegara a suceder.

Se rió un poco para sí misma. Tal vez la abuela tenía razón en que esta tonta tradición traería cosas buenas en el año venidero.

Incapaz de decir las palabras, vio cómo la oscura ceja de Grimshaw se fruncía confundida por sus acciones. Debía parecer bastante tonta en ese momento.

No tenía las palabras para expresar sus sentimientos, pero hacía mucho tiempo que había desarrollado el valor para actuar según sus deseos.

En su lugar, dio un paso hacia él y, poniéndose de puntillas para alcanzar su altura, Hannah lo besó suavemente en los labios.

Grimshaw dio un paso atrás sorprendido. Hannah supuso que probablemente era la primera vez que una mujer había sido lo suficientemente atrevida como para besarlo. Solo le tomó medio segundo recuperar el sentido.

Cerrando de nuevo la distancia entre ellos, Grimshaw envolvió a Hannah firmemente en sus brazos hasta que estuvo lo más cerca posible de él.

Bajó la cabeza hacia ella y la besó apropiadamente, con fuerza y pasión, como había soñado hacer durante tanto tiempo.

Grimshaw separó sus labios de los de ella a regañadientes, aunque mantuvo su abrazo firme para sostenerla. Ella lo miró con una sonrisa soñadora jugando en sus labios.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Supongo que esto significa que tendremos que renegociar las reglas.

—¿Tú crees? —replicó Grimshaw con un brillo en sus ojos oscuros.

—Sí, definitivamente recuerdo una en particular que establecía que no se me permitía relacionarme con ningún miembro del sexo opuesto.

—Ah —dijo él con su propia sonrisa pícara igualando la de ella—. Creo que era a menos que obtuvieras mi aprobación previa.

Inclinó la cabeza de nuevo para que sus labios rozaran los de ella.

—Me complace decir —continuó susurrando profundamente contra sus labios— que apruebo de todo corazón esta confraternización en particular.

—Me alegra oírlo —rió Hannah suavemente contra sus labios.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo de hacerlo antes de que la boca de él volviera a posarse sobre la suya. Grimshaw estaba seguro de que, al amanecer, Hannah Jacobson no tendría ninguna duda en su mente de que él le pertenecía por completo.

Epílogo

Fue una ocasión mucho más grandiosa de lo que Hannah jamás había imaginado para su día de boda. A decir verdad, nunca había anticipado realmente este día. Incluso cuando guardaba su afecto por Lord Grimshaw en lo más profundo de su corazón, jamás habría creído que estaría preparándose para intercambiar votos matrimoniales con él.

—Te ves perfecta —dijo Mary detrás de ella mientras colocaba la última rosa blanca en el cabello perfectamente arreglado de Hannah.

—Eres la novia más hermosa que he visto jamás —añadió con una lágrima brillante.

—Espero que Lord Grimshaw esté de acuerdo —dijo Hannah nerviosamente.

Se puso de pie y dio unos pasos atrás para verse lo más posible en el espejo redondo.

Llevaba un fino vestido color crema que Grimshaw había insistido en que le hicieran. Alrededor de su cuello y prendidas en su cabello estaban las rosas blancas y rosadas secas más delicadas que Hannah había visto jamás.

También desprendían el perfume más maravilloso. Tomó un respiro para calmarse y se reconfortó con el aroma.

Hannah no podía creer lo nerviosa que estaba. Pensó que estaba siendo tonta. No había razón para estar nerviosa. Grimshaw estaría feliz de verla caminar por el pasillo de la capilla incluso si llevara puesto su recatado vestido de muselina y el gorro y los anteojos demasiado grandes.

Alguien llamó a su puerta, y Hannah pudo saber por las risitas detrás de ella que eran sus futuras hijastras antes incluso de abrirla.

—Oh, ambas se ven tan hermosas —dijo Hannah con admiración y elogio.

A cada niña también se le había confeccionado un vestido nuevo para la ocasión. Ambos eran de fina seda rosa, aunque el de Rebecca estaba adornado con fino encaje crema y Caroline tenía una cinta rosa más oscura para embellecer el suyo.

Ambas niñas tenían sus cabellos castaños oscuros rizados y decorados con sus propios juegos de rosas secas rosadas.

—Abigail dijo que viniéramos a buscarte. El carruaje está listo, madre —dijo Rebecca con un tono inocente y una mano extendida.

Hannah tomó su mano pero en su lugar se inclinó para quedar a la altura de los ojos de las niñas. Con lágrimas brillando en sus pestañas, miró a los rostros de sus hijas.

—Quiero que ambas sepan que las amo mucho —dijo Hannah suavemente contra la emoción que se elevaba en ella.

—Lo sabemos —dijo Caroline con una sonrisa—. Pero debemos apresurarnos; a padre no le gustaría que llegáramos tarde.

—No, me atrevo a decir que no le gustaría eso —dijo Hannah, recordando su naturaleza exigente cuando se conocieron por primera vez.

Tomó a una niña en cada mano y juntas se dirigieron al carruaje que las esperaba. Las tres viajaron juntas hacia Concordshire, donde Grimshaw ya las esperaba en la iglesia.

Hannah se sorprendió al ver a los habitantes del pueblo vestidos con sus mejores galas dominicales, agitando flores mientras entraban en la plaza del pueblo.

El carruaje se detuvo frente a la capilla y las tres chicas salieron. Juntas entraron en el santuario para encontrar el interior tan lleno como las multitudes del exterior.

Sentados en lugares de honor a un lado de la capilla estaban la madre y el padre de Hannah con todos sus hermanos.

Al principio, Hannah había estado un poco indecisa cuando Lord Grimshaw sugirió invitarlos a todos a Brighton Abbey para la ceremonia. No estaba segura de que él no cambiaría de opinión una vez que viera realmente sus humildes orígenes.

Sebastian Blackburn no era el tipo de hombre que mirara por encima del hombro a una persona simplemente por su posición en la vida. En cambio, miraba el carácter interior. En el caso de la familia de Hannah, no vio nada que faltara y los recibió en su familia con los brazos abiertos.

Frente a la familia de Hannah, también sentado en la parte delantera de la capilla, estaba Jayden Marsh, quien había regresado momentáneamente a Concordshire para las nupcias antes de volver a su hogar en Londres y el inicio de la temporada.

A su lado, en un asiento de honor, estaba la abuela. Se secaba los ojos mientras las niñas caminaban hacia adelante con Hannah justo detrás de ellas.

Las niñas avanzaron por los bancos de distinguidos invitados. Hannah reconocía a algunos y a otros no, pero todos estaban felices de compartir su momento. Cuando llegaron al final, ambas

niñas abrazaron a su padre antes de tomar su lugar junto a la abuela.

A pesar de todo el mundo girando a su alrededor, Sebastian Blackburn solo tenía ojos para una persona. Observó con silencioso asombro cómo la vivaz Hannah Jacobson caminaba por el pasillo de piedra vestida con su hermoso vestido crema.

Vio en ella la luz de un nuevo comienzo, la esperanza de un futuro lleno de felicidad. Lo más importante, vio un amor al que podría aferrarse hasta que fueran separados de esta tierra.

Aunque el servicio fue uno apropiado administrado por el Dr. O'Driscoll, Grimshaw prestó poca atención a ello. Solo tenía un momento enfocado en el fondo de su mente con gran anticipación.

Fue con las palabras finales de marido y mujer y el permiso para besar a su novia que Grimshaw esbozó una sonrisa de alegría incontenible.

Hannah inclinó su cabeza hacia arriba, compartiendo la misma felicidad que su nuevo esposo. Levantando sus pies calzados con zapatillas sobre la punta de los dedos, sintió el calor de las manos de Sebastian rodeando su cintura.

Él vaciló solo por un momento mientras sus narices se rozaban suavemente. Suavemente contra sus labios, susurró: —Te amo —antes de tomar su boca con la suya.

Quizás por el bien de la decencia, o al menos en respeto al resoplido del Dr. O'Driscoll, Sebastian debería haberle dado a su esposa un beso casto y rápido.

No tenía tales intenciones. Había esperado demasiado tiempo para hacer a Hannah completamente suya. Iba a saborear cada momento de su primer beso como marido y mujer.

Hannah, por su parte, estaba más que feliz de seguir obedientemente esta petición en particular.

¡La historia de Louisa está disponible en nuestro sitio web y en Amazon! ¡Lee ahora!

¡Lee el próximo libro de la serie ahora!

Haz clic aquí o escanea el código QR

Bonus Escena

Gracias por comprar y leer mi libro. ¡Significa mucho para mí y para Starfall Publications!

Como muestra de agradecimiento, nos gustaría ofrecerte un 20% de Descuento en tu primer pedido en la EShop de Starfall www.starfallpublicationsbooks.com usando el código SFKU20 ¡y un Bonus Scene de este libro!

¡Haz clic aquí o en la imagen o escanea el código QR para leerlo 100% gratis!

Por favor, por favor, por favor, por favor publica tu reseña en Amazon, ¡ayuda más de lo que crees!

¡Reunámonos!

Starfall Publications me ha ayudado a mí y a tantos otros a hacerles llegar mi pasión por la escritura.

El principal objetivo de esta empresa ha sido, y siempre será, la calidad, y me siento honrada de publicar mis libros bajo su nombre.

Me gustaría dar oficialmente las gracias a Starfall Publications por ofrecerme la oportunidad de formar parte de un equipo tan maravilloso y trabajador.

Gracias a ellos, mis sueños -y los vuestros- se han hecho realidad.

Sígalos en las redes sociales

¿Quieres influir en nuestras próximas historias y dar tu opinión antes incluso de que se publiquen?

¿Publicas tus reseñas en Amazon, Goodreads o Bookbub?

¿Compartes tus lecturas con tus amigos o seguidores en las redes sociales?

Únete a nuestro Grupo de Influenciadores y gana mientras lees.

👉 https://starfallpublicationsbooks.com/pages/book-influencers 👈

Free Book



¡Gracias por llegar al final!

Querido lector,

Espero que hayas disfrutado de cada giro, vuelta y momento emotivo de esta historia. Significa muchísimo para mí que me hayas acompañado en este viaje, y como muestra de agradecimiento, me encantaría ofrecerte un regalo especial: ¡uno de mis libros, gratis, escogido especialmente para ti!

Simplemente haz clic en el enlace de abajo y sigue las instrucciones. Tu libro gratuito estará listo para que lo descargues de inmediato, y espero que te traiga tanta alegría como este.

👉 Consigue tu libro gratis aquí 👈

A cambio, ¡me encantaría mantener el contacto! Cuando descargues tu libro, también te unirás a mi comunidad de lectores, así que serás el primero en enterarte de mis nuevas publicaciones, contenido exclusivo y vistas detrás de escena.

¡Gracias de nuevo por leer! Estoy deseando compartir más historias contigo.

Con sincera gratitud,

Starfall Publications y el autor

Also by Abby Ayles

Belles of The Ball

Vera At The Ballroom

Olive At The Ballroom

Giovanna At The Ballroom

Esther At The Ballroom

Agnes At The Ballroom

***

The Keys to a Lockridge Heart

Melting a Duke's Winter Heart

A Loving Duke for the Shy Duchess

Freed by the Love of an Earl

The Earl's Wager for a Lady's Heart

The Lady in the Gilded Cage

A Reluctant Bride for the Baron

A Christmas Worth Remembering

A Guiding Light for the Lost Earl

The Earl Behind the Mask

***

Tales of Magnificent Ladies

The Odd Mystery of the Cursed Duke

A Second Chance for the Tormented Lady

Capturing the Viscount's Heart

The Lady's Patient

A Broken Heart's Redemption

The Lady The Duke And the Gentleman

Desire and Fear

A Tale of Two Sisters

What the Governess is Hiding

***

Betrayal and Redemption

Inconveniently Betrothed to an Earl

A Muse for the Lonely Marquess

Reforming the Rigid Duke

Stealing Away the Governess

A Healer for the Marquess’s Heart

How to Train a Duke in the Ways of Love

Betrayal and Redemption

The Secret of a Lady’s Heart

The Lady’s Right Option

***

Forbidden Loves and Dashing Lords

The Lady of the Lighthouse

A Forbidden Gamble for the Duke’s Heart

A Forbidden Bid for a Lady’s Heart

A Forbidden Love for the Rebellious Baron

Saving His Lady from Scandal

A Lady’s Forgiveness

Viscount's Hidden Truths

A Poisonous Flower for the Lady

***

Marriages by Mistake

The Lady's Gamble

Engaging Love

Caught in the Storm of a Duke’s Heart

Marriage by Mistake

The Language of a Lady’s Heart

The Governess and the Duke

Saving the Imprisoned Earl

Portrait of Love

From Denial to Desire

***

The Dukes' Ladies

Entangled with the Duke

A Mysterious Governess for the Reluctant Earl

A Cinderella for the Duke

Falling for the Governess

Saving Lady Abigail

The Duke's Rebellious Daughter

The Duke's Juliet

Secret Dreams of a Fearless Governess

A Daring Captain for Her Loyal Heart

Loving A Lady

Unlocking the Secrets of a Duke’s Heart

***

German Editions

Vera im Ballsaal

Olive im Ballsaal

Giovanna im Ballsaal

Esther im Ballsaal

Agnes im Ballsaal

Verstrickt mit dem Herzog

Der Earl Und Die Rätselhafte Erzieh

Ein Aschenputtel Für Den Herzog

***

French Editions

Vera Au Bal

Olive Au Bal

Giovanna Au Bal

Esther Au Bal

Agnes Au Bal

Emmêlée Avec Le Duc

Une Gouvernante Mystérieuse Pour Le Comte Réticent

Une Cendrillon pour le Duc

***

Italian Editions

Vera Nella Sala da Ballo

Olive Nella Sala da Ballo

Giovanna Nella Sala da Ballo

Esther Nella Sala da Ballo

Agnes Nella Sala da Ballo

Intrecciata con il Duca

Il Conte Reticente E L'Enigmatica Istitutrice

Una Cenerentola Per Il Duca

***

Spanish Editions

Enredada Con El Duque

El Conde Y La Enigmática Institutriz

Una Cenicienta Para El Duque